

BERT HELLINGER



EL AMOR DEL ESPÍRITU

un estado del ser

índice

Hellinger® Science:

Introducción y resumen.....6

- La dimensión del espíritu..... 6
- La libertad..... 8
- La preocupación.....8
- El futuro.....9
- El amor.....9

Sobre este libro..... 10

Los comienzos12

- Comentario previo12

Culpa e inocencia

en nuestras relaciones12

- La compensación.....12
- La huida.....13
- La plenitud..... 13
- El ideal altruista.....13
- El intercambio13
- Traspasar lo recibido14
- La Bola de Oro.....14
- El agradecimiento.....15
- El tomar15
- El retorno15
- La felicidad16
- La justicia16
- Perjuicio y pérdida16
- La salida16
- La impotencia17
- La doble transferencia17
- El vengador18
- El perdón18
- La segunda vez19
- La reconciliación19
- La revelación19
- El dolor20
- Lo bueno y lo malo20
- Lo propio21
- Lo ajeno 21
- El destino21
- La humildad22
- Orden y plenitud24

Los límites de la

conciencia25

- La respuesta25
- Culpa e inocencia25
- Las condiciones previas26
- Las diferencias26
- Las diferentes relaciones27
- El orden27
- La apariencia27
- Los jugadores28
- El conjuro28
- La vinculación28
- El respeto29
- La lealtad29
- El sitio30
- Fidelidad y enfermedad30
- El límite30
- Lo bueno31
- La conciencia del grupo31
- El derecho a la pertenencia32
- La compensación negativa32
- La jerarquía32
- El anhelo33

- El temblor33
- El miedo33
- La frase extraviada33
- La expiación34
- La solución35
- La comprensión35
- El camino35

Los Órdenes del Amor entre padres e hijos y en el seno

de la red familiar..... 36

- Orden y amor36
- Los diversos órdenes36
- Padres e hijos37
- La fuente romana37
- El honrar37
- La vida38
- Gracias al Amanecer de la Vida38
- El rechazo39
- Lo especial40
- Los dones de los buenos padres40
- Lo personal de los padres40
- La inversión del orden41
- La comunidad unida por el Destino42
- La red familiar.....42
- El vínculo en la red Familiar.....43
- La integridad.....43
- La responsabilidad colectiva de la familia.....44
- El mismo derecho a la pertenencia.....44
- Los Órdenes del Amor45

Los Órdenes del Amor entre el hombre y la mujer en

relación con el fondo último.....46

- El hombre y la mujer.....46
- Padre y madre.....46
- El desear.....47
- La consumación.....47
- El vínculo en relación de pareja.....48
- Celos.....48
- La carne.....49
- El bajo continuo.....49
- La falta.....49
- El hijo del padre y la hija de la madre.....50
- Anima y animus.....50
- La reciprocidad.....51
- Seguir y servir51
- La igualdad de rango.....51
- La compensación.....52
- El acuerdo.....53
- Implicaciones sistémicas.....54
- La constancia.....54
- El morir.....54
- El fondo último.....55

La conciencia espiritual.....57

- comentario previo.....57

La diferenciación de las

conciencias.....57

- La conciencia personal58
 - a. La vinculación.....58
 - b. Lo bueno y lo malo.....58
- La conciencia colectiva.....59
 - a. La integridad.....59
 - b. El instinto.....60
 - c. La pertenencia más allá de la muerte.....60

- d. ¿Quién pertenece?.....60
- e. Sólo el amor soluciona.....61
- f. ¿Quién más pertenece a la familia?.....61
- g. La compensación.....61
- h. La expiación.....62
- i. La venganza.....62
- j. La curación.....62
- k. El orden de jerarquía.....63
- l. Infringir el orden de jerarquía y sus consecuencias.....63
- m. El alcance.....64
- La conciencia espiritual.....65

Las diferentes conciencias y

Constelaciones Familiares.....66

- La conciencia espiritual.....66
 - a. La diferenciación de las conciencias.....66
 - b. Las Constelaciones Familiares del Espíritu.....67
- La conciencia personal.....68
- La conciencia colectiva.....70
- Resultado.....71

Reflexiones.....71

- Lo posible.....71
- La guía.....71
- La búsqueda.....72
- La benevolencia.....73
- La expectativa.....74
- Delante.....74
- Lo ligero.....75
- La sintonía.....76
- Estar presente.....76
- La conciencia.....77
- El vínculo.....79

Lo que enferma
y lo que sana en la familia.....81

- Comentario previo.....81

Amor que enferma,

amor que sana.....82

- El vínculo y sus consecuencias.....82
- Similitud y compensación.....82
- La enfermedad sigue al alma.....83
- Mejor yo que tu.....83
- El amor consciente.....84
- Yo por ti.....85
- Aunque tú te vayas, yo me quedo aquí.....85
- Te sigo.....86
- Aún viviré un poco.....86
- La esperanza que enferma.....87
- El amor que sana.....87
- La enfermedad como expiación.....87
- La expiación causa doble sufrimiento.....88
- La compensación y la reconciliación.....89
- La expiación sustituye la relación.....89
- En la tierra la culpa pasa.....90
- La enfermedad como expiación por otros.....90

- La enfermedad como consecuencia del no tomar a los padres.....91
- El honrar a los padres91
- Ser o No Ser.....91

Salud y sanación desde el punio de visia espiritual.....92

Amor del Espíritu.....92

Amar a los padres espiritualmente.....93

- La criatura93
- El otro amor.....93
- Meditación: La despedida.....93
- El camino.....95
- El instante.....95

El orden de jerarquía vulnerado.....96

- La implicación.....96
- La solución.....96
- Culpa y expiación.....96
- El nivel espiritual.....97

Psicosis, el amor junto al abismo.....97

- Ejemplo.....97
- Lo que lleva a la psicosis.....99
- Psicosis como perpetradores, psicóticos como víctimas.....100
- La psicosis como problema familiar.....101
- Los ayudadores.....102
- Ejercicio: El amor espiritual.....102

Nuestro amor junto al abismo.....103

- El amor de la conciencia.....103
- Benevolencia para todos.....103
- La vinculación.....104
- El amor consciente104
- La precedencia.....105
- Nuestro amor ciego.....105
- El camino de la purificación.....105

Meditación: Amor que aleja del abismo.....106

- El círculo.....106
- Paz a los muertos.....106
- La libertad.....106
- Trastornos del habla.....107
- Tartamudeo por temor a una persona interiorizada.....107
- Tartamudeo por mantener un secreto familiar.....108
- La exoneración.....108
- Reconciliar lo opuesto.....108
- Ejercicio para tartamudos: "Tú y yo - nosotros dos".....109
- Como crecemos109
- Ejercicio: Reconciliación en el alma.....109
- Ejemplo: Tartamudeo y esquizofrenia.....110
- Aclaraciones.....112

El decir.....113

- Los objetos114
- Las grandes palabras.....114

Autismo.....114

Constelaciones Familiares del Espíritu en una frase .115

- La forma de proceder.....115
- Ejemplo: Muchacho de 12 años con tic.....116
- Ejemplo: Hombre de 40 años con diarrea.....116
- Ejemplo: Mujer de 35 años solo puede tomar alimento líquido.....117
- Ejemplo: Hombre de 37 años insensible y paralizado del lado derecho.....118
- El movimiento interior.....118
- Meditación: nuestra propia frase.....119

Supervisiones breves.....119

- El futuro119
- Un niño pierde el habla.....120
- Ejercicio: Ir con el espíritu.....120

Ayudar en sinionía.....122

- Comentario previo.....122

La ayuda como profesión.122

- La ayuda como dar y tomar.122
- El oficio de ayudar.....122
- ¿Cuándo podemos ayudar?.....123
- Ayudar con respeto.....123
- Ayudar en forma segura.....123
- Ayudar a otros a crecer.....124

Los Órdenes de la Ayuda..124

- ¿Qué significa ayudar?.....124
- Ayudar como compensación.....124
- Sólo dar lo que se tiene y tomar lo que se necesita.....125
- Mantenerse dentro de las posibilidades126
- La imagen primaria de la ayuda: padres e hijos.....126
- Ayudar de igual a igual.....127
- Mantenerse dirigidos hacia toda la familia.....128
- Ayudar sin juicios.....129
- Ayudar más allá del bien y del mal.....129
- Ayudar sin compadecerse ..130
- Ayudar en sintonía con un destino difícil.....130
- Observación, percepción, comprensión, intuición, sintonía.....130

Ayudar en sintonía con el alma....132

- La actitud terapéutica.....133
- Las preguntas.....133
- El comienzo del amor.....134
- Amor y fuerza.....134
- El amor del ayudador.....135
- El alma que abarca.....136
- La psicoterapia sencilla.....136
- Amor y destino.....137

Ayudar en sintonía con las familias.....137

- Ayudar en sintonía con los padres.....137
- La sintonía con la propia familia.....138
- La sintonía con la otra familia.....139
- La sintonía con otros ayudadores.....139
- La benevolencia.....140

Cómo lograr una buena ayuda....140

- El último lugar.....141
- El orden de jerarquía.....141
- La grandeza142

La relación terapéutica.....142

- La acción142
- El control.....143
- El servicio de la vida.....143
- El afán.....144
- Sintonía y valor.....144
- La lucha de poder.....145
- La dureza.....146
- La empatía.....146
- La empatía sistémica.....147

El Alma Grande.....147

- El efecto de la inacción.....148
- La noche del espíritu.....148
- Negar la acción148
- El guerrero.....149
- Ganar y perder.....149
- Los opuestos.....149
- Los errores.....149
- El manantial.....150

Imágenes que solucionan.....150

- La imagen de origen.....150
- La imagen de solución.....151

Dos tipos de sentimientos.....151

- Los sentimientos primarios.....151
- Los sentimientos dramáticos.....151
- Los sueños.....152
- La buena y mala mirada.....152

La ayuda fundamental.....152

- El objeto.....153
- La brevedad.....153
- La seriedad.....153
- El límite máximo.....154
- El respeto.....154
- El recogimiento.....154
- El otro nivel.....155
- La humildad.....155
- La compasión.....155
- El movimiento interrumpido.....155

- El soltar a los muertos.....156
- Actuar que soluciona.....158
- El temor.....159
- La preocupación.....159
- El río.....159

Ayudar de igual a igual...160

- Arriba y abajo.....160
- Actuar.....160
- Lamentarse.....160
- Acontecimientos.....161

La Constelación Familiar

Interior.....161

- Ayudar a través de la renuncia.....162
- La realidad sacada a la luz.....162

El destino.....163

- La libertad de movimiento.....163
- La familia como destino.....163
- La línea genealógica.....163
- La fuerza sanadora.....164
- El destino grande.....164
- La muerte temprana.....165

Constelaciones Familiares del Espíritu.....166

- Comentario previo.....166
- Lo nuevo de las Constelaciones Familiares del Espíritu.....166

La filosofía.....166

- El cuerpo.....167
- El alma.....167
- El espíritu humano.....167
- El espíritu creador.....168

Constelaciones Familiares del Espíritu.....168

- El campo espiritual.....168
- Los movimientos del espíritu.....169
- El campo espiritual de la familia.....169
- Campo y alma.....169
- El alma familiar.....169
- La conciencia.....170
- La justicia.....170
- El cautiverio del Espíritu.....171

El camino del conocimiento fenomenológico.....172

- El procedimiento.....172
- Meditación: La distancia.....173

El Alma.....173

- La otra dirección.....174
- La seriedad.....174
- El alcance.....174
- El alma perdida.....175
- La claridad.....175

La vinculación de lo

esperado.....175

- En nuestra familia.....176
- En la familia del cliente.....176
- Disonancia y resonancia.....177

La otra forma de

Constelaciones Familiares...177

- El anhelo.....178
- Las dimensiones de la ayuda.....178
- El efecto de la inacción.....178
- Los principiantes.....179
- Confiar en el alma.....179
- La protección.....180
- El inconcluso.....180
- Crecer en sintonía.....181
- La inacción.....182
- Los diferentes caminos.....182
- Cuento: Dos formas de saber...183

Hombre y Mujer.....184

Hombre y mujer desde la

visión espiritual.....184

- El honrar.....184
- El asentir.....184
- El amor del espíritu.....185
- La fidelidad.....185
- Lo que sigue.....186
- Ejemplo: La mirada más allá de la pareja.....186
- Ejercicio: Ir con el espíritu.....187
- La indulgencia.....187
- Ejemplo: Felicidad que permanece.....188

Niños con necesidades.....189

Todos los niños son buenos.189

- Meditación: Nosotros como niños difíciles.....190

Cuento para un huérfano....191

- Ayudar a los niños.....192

Ejemplo: Criatura discapacitada: ahora

asiento.....192

- Comentario previo.....192
- La constelación.....193

Ejemplo: Hijos abortados son representados.....194

- Las consecuencias para la mujer.....198
- Las consecuencias para los hijos.....199
- Las consecuencias para las relaciones de pareja.....199

Los Grandes Conflicios.200

Comentario previo.....200

El gran conflicto.....200

- El deseo de aniquilar.....200
- El desplazamiento del deseo de aniquilar.....201
- La injusticia.....202
- La conciencia.....202
- Lo nuevo como amenaza.....203
- El rechazo interiorizado.....203
- El campo.....204
- Campo y conciencia.....205
- El delirio.....205
- Resumen.....206

La gran paz.....206

- El amor.....206
- El intercambio.....206
- La conciencia.....206
- La impotencia.....207
- El triunfo.....207
- La comprensión.....207
- La paz interior.....207
- La percepción.....208
- La otra conciencia.....209
- El otro amor.....209

Paz a los pueblos.....210

La religión espiritual.....211

- Comentario previo.....211

El amor divino.....212

Los dioses.....213

Semejante a Dios.....214

El otro Dios.....

Ejemplo: Jesús y Caifás...215

- Comentario previo.....215
- Ismael e Isaac.....215
- Caifás y Jesús.....215
- El camino del entendimiento espiritual.....216
- La constelación.....216
- Reflexión.....218
- Cuento: La vuelta.....218

Reflexiones finales.....219

¡Organiza tu casa!.....219

Buscando.....219

La libertad.....219

Llegamos.....220

Vida que permanece.....221

La retirada.....222

La paz.....222

Suficiente.....223

Yendo.....224

Epílogo.....224

La Hellinger® Sciencie: Introducción y resumen

La Hellinger® Sciencie, escrita así con toda intención, es una ciencia del amor del espíritu.

Es una «scientia universalis», la ciencia universal de los órdenes que rigen la convivencia humana, comenzando por las relaciones de familia, es decir la relación entre hombre y mujer y entre padres e hijos, incluyendo su educación, pasando por los órdenes en el trabajo, en la profesión y en las organizaciones, hasta llegar a las órdenes de los grupos que trascienden, como por ejemplo las culturas y los pueblos.

Al mismo tiempo es la scientia universalis de los desórdenes, que en la convivencia humana desemboca en conflictos que separan a los seres humanos en lugar de acercarlos y reconciliarlos.

Estos órdenes y desórdenes se reflejan en el cuerpo. Tienen un rol fundamental en la enfermedad y en la salud física, anímica y espiritual.

¿Por qué a esta ciencia se la denomina Hellinger Sciencie?

Me he dedicado tanto a obtener las comprensiones, como a describirlas. Las he ido constatando en el quehacer práctico y de manera pública. Así es como fue posible que muchas personas pudieran constatar en ellos mismos los efectos de esas comprensiones, tanto en sus relaciones como en sus acciones. Por tanto queda así demostrado que se trata de una verdadera ciencia.

Como ciencia la Hellinger® Sciencie se encuentra en movimiento. Esto quiere decir que sigue desarrollándose de forma continua, también con las experiencias y las comprensiones de muchas otras personas que se han abierto a ella y por supuesto a sus consecuencias.

Como ciencia viva no se trata de una enseñanza concluida que pudiera transmitirse como algo definitivo, que pudiera ser aprendido. Por eso, para ella no son válidos los parámetros de éxito, como si pudiera medirse en una escala, que se encontrara fuera de ella y que fuera necesario justificar.

Su justificación es su efecto y su éxito. Se trata en todos los sentidos de una ciencia abierta.

La dimensión del espíritu

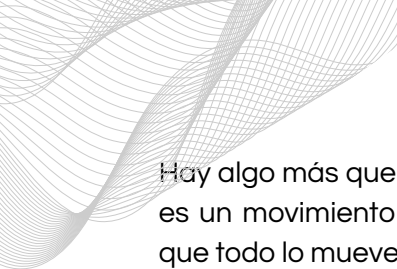
La Hellinger® Sciencie ha logrado llegar, más allá de las comprensiones inmediatamente comprobables, acerca de los órdenes y desórdenes de nuestras relaciones, a otras dimensiones, a la dimensión del espíritu. Es desde este punto que se adquiere conciencia del alcance de esas comprensiones. A partir de aquí es cuando se experimenta su significado y trascendencia universal y los efectos que de ahí se derivan en todos los ámbitos.

¿Qué es esta comprensión del espíritu y cuáles son sus dimensiones?

Esta comprensión proviene de una observación y de las consecuencias que de ella resultan: todo lo que está presente no se acciona por sí mismo.

Es movido desde fuera. Incluso cuando algo aparenta moverse por sí mismo, como por ejemplo, todo lo que vive, su movimiento tiene un origen que no puede provenir de sí mismo.

De allí que todo movimiento, también todo movimiento de lo vivo, resulte de un movimiento que proviene desde fuera y no sólo en su inicio, sino ininterrumpidamente durante todo el tiempo que dure esta vida.



Hay algo más que hay que considerar aquí. Todo movimiento, en particular todo movimiento vivo, es un movimiento consciente. Se presupone la existencia de una conciencia en aquella fuerza que todo lo mueve. Con otras palabras: todo movimiento es un movimiento pensado. Algo se pone en movimiento porque es pensado por esta fuerza, y como resultado se pone en movimiento tal y como es pensado.

¿Qué es entonces lo que se haya al inicio de todo movimiento?
Un pensamiento que todo lo piensa tal y como todo es.

¿Qué resulta de todo esto?

Para este pensamiento nada existe que él no quiera que sea así, tal como en definitiva es y tal como se mueve. Todo movimiento es al fin y al cabo, un movimiento del espíritu. Por ello, para este espíritu no hay nada que termine. Todo lo que fue, lo sigue pensando así, como nos piensa a nosotros en el presente y como al mismo tiempo piensa todo lo venidero. Como piensa futuro simultáneamente con el pasado, el futuro está referido en todo a este pasado. El pasado se encuentra en movimiento hacia el futuro y encuentra en él su consumación.

Pero también lo que está por venir llegará a convertirse en pasado y del mismo modo se mueve como algo pasado en dirección hacia algo que ha de suceder. Para nosotros es inimaginable que pudiera finalizar este pensamiento que todo lo mueve. Así como no puede haber algo que no hubiera sido pensado por él, así tampoco puede haber algo después de él.

¿Por qué quién o qué pudiera pensarse después de semejante pensamiento?

Teniendo en cuenta este pensamiento se alcanza el fin de muchos de nuestros conceptos y suposiciones hasta ahora fundamentales. Por ejemplo, la suposición del libre albedrío, la suposición de la responsabilidad personal. Con ello quedan abolidos muchos de los juicios de apreciación y de las diferenciaciones en las que se sustenta nuestra cultura. Aquí menciono, en primer lugar, la diferenciación entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo falso, entre escogido y condenado, entre arriba y abajo, entre elevado e inferior, entre mejor o peor y finalmente también entre vida y muerte.

Pero nos seguimos encontrando con estas diferenciaciones y también nosotros las experimentamos.

¿No son ellas también pensadas y queridas por este espíritu tal como son?

Aquí conviene considerar lo siguiente: lo pasado y lo venidero no son lo mismo. Lo pasado está en camino hacia ese futuro. Por eso, para nuestra experiencia hay un delante de y un detrás de, un más y un menos.

¿Qué es este menos? ¿Qué es este más?

Se trata de más capacidad de conciencia o de menos capacidad de conciencia.

Nos encontramos en un movimiento de mayor conciencia y que va en aumento. Un movimiento de menos consciente —en sintonía con este espíritu y su movimiento amplio— hacia más consciente, en sintonía con su movimiento. Entonces para nosotros hay un movimiento de más o de menos, que para este espíritu no es concebible. Para él no hay más o menos, No obstante este movimiento, considerando que es en él que nos encontramos, es pensado por este espíritu en este movimiento. Él es pensado de esa manera para nosotros por el espíritu, sea cual fuere la experiencia que nos exija, en el camino hacia una mayor conciencia.

¿Quién logra ese más de conciencia? ¿Quién logra ese más de sintonía con la conciencia del espíritu? ¿Podemos lograrlo nosotros personalmente? ¿Podemos lograrlo nosotros solos en esta vida? ¿O se hallan todos los seres humanos, pasados, presentes y futuros conjuntamente en este camino y obtienen esta conciencia junto con todos los demás? ¿Lo logran junto con todas las experiencias, que alguna vez se han hecho y con todas las que aún se tendrán que lograr, tanto nuestras, como las de muchos otros, tanto en esta vida como en muchas otras? ¿También aquí el logro es colectivo?

La libertad

Naturalmente nos sentimos libres en múltiples sentidos. Y por supuesto nos sentimos responsables de nuestras acciones y de sus consecuencias. Pero al mismo tiempo sabemos que otra fuerza, un poder del espíritu que todo lo mueve, ha pensado, ha movido y ha querido de tal manera nuestra libertad, nuestra responsabilidad y nuestra culpa con todas sus consecuencias, y como consecuencia nosotros las experimentamos como propias.

¿Actuamos entonces de otro modo? ¿Podemos actuar de otro modo? ¿De dónde podemos tomar la fuerza para poder movernos y actuar de otro modo? Así ¿qué remedio nos queda?

Actuar de la misma manera como hasta ahora y asentir tal y como corresponde a nuestra libertad, a nuestra responsabilidad, a nuestro pasado y a nuestra culpa con todas sus consecuencias, tal y como la experimentamos.

Al mismo tiempo la vivenciamos como un más en sintonía consciente con ese espíritu que todo lo mueve. También la experimentamos como un más de conciencia, tanto para nosotros, como para todos, que junto con nosotros, cargan las consecuencias de nuestra libertad y de nuestra responsabilidad y que fueron incluidos en las consecuencias de nuestros actos y de nuestra culpa. Esos muchos viven el mismo proceso en forma distinta. A través del mismo proceso obtienen experiencias diferentes. Si perciben ambas cosas al mismo tiempo, ser libre y sometido, logran un más en conciencia, quizás también un más en sintonía con ese espíritu que todo lo mueve. Obtienen un más en conciencia, que tanto a ellos, como también a muchos otros seres, va acercando en su camino hacia la conciencia que todo lo abarca.

La preocupación

En esta dimensión del espíritu se llega a la preocupación, y también la preocupación acerca del futuro de la Hellinger@Sciencie. Ella proviene de un movimiento del espíritu, tal y como es pensada por este espíritu y se mantiene en este movimiento, como este espíritu lo piensa, indistintamente de si alguien la aprueba o la rechaza. Como una ciencia universal demuestra su verdad en un caso u otro, tan sólo gracias a su efecto.

¿Qué sucede entonces con la preocupación que nos hacemos con respecto al futuro: de nuestro futuro, del futuro de otras personas y del futuro del mundo? ¿No se evidencian, en todos los casos, como preocupaciones necias, como si con ellas pudiéramos modificar o impedir algo?

Serían entonces preocupaciones contra los movimientos del espíritu, como si fueran independientes de él.

Sucede en forma diferente con las preocupaciones que nos hacemos en concordancia con los movimientos del espíritu. Son preocupaciones que provienen de un sentido de asistencia, como servicio al mundo, tal como este espíritu las mueve. Están en sintonía con sus preocupaciones y con su asistencia. Estas preocupaciones están en concordancia con las leyes de la vida, también con su inicio y su final.

El futuro

En sintonía con el pensamiento de este espíritu, para nosotros, todo futuro es ahora. Este espíritu piensa de manera total en la actualidad, en el ahora. En la dimensión del espíritu termina toda preocupación por lo venidero. Todo lo próximo nos es mostrado ahora en sintonía con ese movimiento. Como existe algo próximo, existe para nosotros un futuro, pero un futuro-ahora.

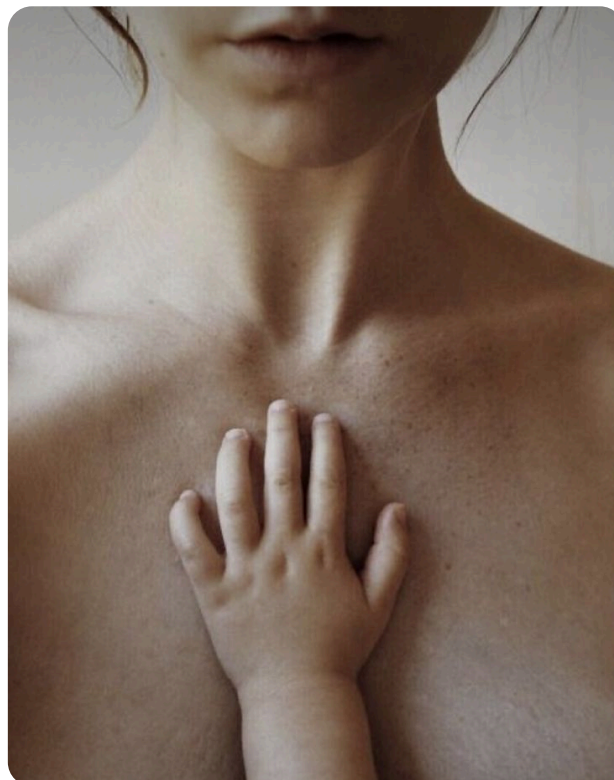
La Hellinger® Sciencie es una ciencia para el ahora. Todas sus comprensiones tienen un efecto ahora y de inmediato. Toda objeción contra estas comprensiones también tiene su efecto ahora y de inmediato. Con esto se muestra que la Hellinger® Sciencie es una verdadera ciencia, una ciencia de nuestras relaciones-ahora.

El amor

La Hellinger® Sciencie es en definitiva una ciencia del amor. Es una ciencia universal del amor. Es la ciencia de un tipo de amor que lo abarca todo de la misma manera.

¿Cómo se logra este amor?

Se logra en sintonía con el pensamiento del espíritu que todo lo mueve, tal y como lo piensa. Es amor en sintonía con el pensamiento de este espíritu, consciente del movimiento del espíritu. Sabe cómo ama y cómo puede amar, porque este amor le alcanza como comprensión consciente, en sintonía con la conciencia del espíritu. Por ello este amor, como también la conciencia, son puros. El amor es puro porque es movido por otro pensar. Es un amor consciente, un amor consciente y puro. Por lo mismo es también un amor creador, creador en concordancia con el pensamiento del espíritu. De ahí que este amor se convierta en ciencia, en una ciencia universal. Como ciencia universal alcanza un efecto universal. Logra un efecto porque es verdadera.



Sobre este libro

La Hellinger® Sciencie da pie a la pregunta siguiente: hasta dónde una denominación así es admisible. Yo también me lo pregunté, Muy poco a poco, entendí el alcance de mis comprensiones acerca de los órdenes en la convivencia humana y en el amor humano. Entendí que estas comprensiones se unen y ensamblan en una ciencia que abarca nuestras relaciones y que ha llegado el tiempo de presentarla como una ciencia propia y otorgarle públicamente el espacio que requiere.

Mi nombre quiere dejar asegurado que esta ciencia se describa y presente en su claridad original. Esa es también la meta de este libro.

Me fue posible este discernimiento acerca de los órdenes y desórdenes en las relaciones humanas por mis comprensiones de los modos de acción de la conciencia humana y sus consecuencias, ya que éstas se dan en cada uno de los niveles de nuestras relaciones. La inviolabilidad de la conciencia, que se da en la cultura occidental y aquí especialmente en la cultura cristiana, hasta en filósofos tan prominentes como Kant, pero también en otros filósofos sobresalientes de la Ilustración, ha impedido mirar detenidamente y determinar qué es lo que ha originado la llamada escrupulosidad en la convivencia humana. Esta forma de contemplar en manera precisa fue obstaculizada por la aseveración de que la conciencia hace perceptible la voz de Dios en nosotros, a la que tenemos que obedecer, en toda circunstancia. Las consecuencias tan graves que tiene esta aseveración se muestran en que en los grandes conflictos, que para muchos seres humanos son mortales, ambas partes buscan aniquilar al otro y que permanezca la buena conciencia, sin compasión humana y sin respeto.

Este libro proporciona una sinopsis de la Hellinger® Sciencie y su aplicación en los ámbitos de:

- Hombre y mujer
- Padres e hijos
- Salud y enfermedad
- Profesión y éxito
- Organizaciones
- Reconciliación y paz

Al mismo tiempo es un libro didáctico para la aplicación de estas comprensiones. En primer término, se encuentra aquí el método de las Constelaciones Familiares y su siguiente desarrollo hacia las Constelaciones Familiares del Espíritu. De estos objetivos surge la siguiente clasificación:

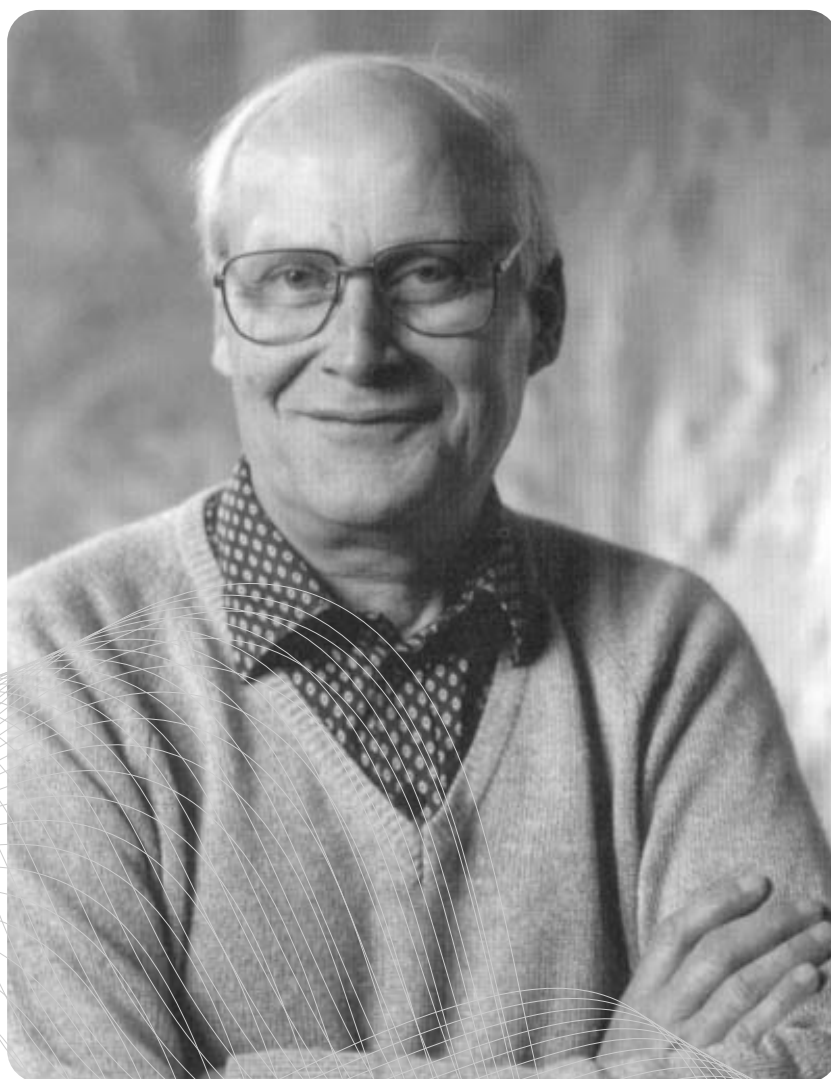
1. Los comienzos
2. La conciencia del espíritu
3. Qué enferma y qué sana en las familias
4. Salud y sanación desde la visión espiritual
5. Ayuda en sintonía
6. Las Constelaciones Familiares del Espíritu
7. Hombre y mujer
8. Niños con necesidades
9. Los grandes conflictos
10. La religión espiritual

La Hellinger® Science es una Ciencia del Amor.

La aplicación de la Hellinger® Science en profesión y éxito y en organizaciones, se deriva, en gran medida, de las comprensiones acerca de la conciencia, ante todo de las consecuencias de la exclusión, de las leyes de compensación del dar y tomar y del beneficio y la pérdida, de la ley de jerarquía y de sus consecuencias, si ésta es ignorada.

Con este libro de consulta les entrego una gran cantidad de indicaciones —todas de la viva experiencia— que les va a facilitar comprender la Hellinger® Science y su alcance, y aplicarla personalmente en su profesión.

Con su ayuda, nuestras relaciones se pueden desenvolver con mayor facilidad, en diferentes planos, y en consecuencia muchos seres humanos podrán ser más felices.



Bert Hellinger

Los comienzos

Comentario previo

Las comprensiones fundamentales acerca de los órdenes, que rigen a las relaciones humanas, me llegaron de forma lenta, solamente paso por paso en un largo camino de entendimiento. Ustedes pueden ir acompañándome en él, desde su inicio, para vivenciarlo y comprenderlo. Los distintos capítulos fueron creciendo a lo largo de un año. Las comprensiones básicas, sobre las que se fundamentan fueron verificadas en la experiencia viva. Por ello son viajes de exploración a nuestra propia alma. Cada capítulo lleva un trecho más adelante: hacia los Órdenes del Dar y Tomar, hacia los Órdenes de la Conciencia de pertenencia y exclusión y hacia los Órdenes del Amor entre hombre y mujer y entre padres e hijos.

Culpa e inocencia en nuestras relaciones

Toda relación humana se inicia dando y tomando, y con el dar y el tomar también comienzan nuestras experiencias de inocencia y de culpa. Quien da, también tiene derecho a recibir, y quien toma, también se siente obligado. El derecho en un lado y la obligación en el otro son el patrón fundamental de culpa-inocencia en toda relación. Este patrón sirve al intercambio entre dar y tomar, ya que ambos, tanto el que da como el que toma, no están tranquilos hasta que no se dé la compensación, hasta que el que tomó también da, y el que dio también toma. A este respecto aportaré un ejemplo:

La compensación

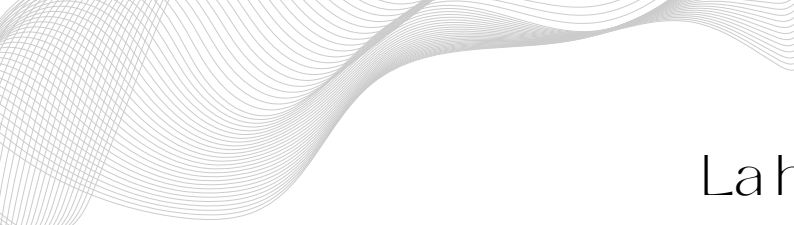
En África un misionero fue trasladado a otra región. La mañana de la partida llegó un hombre que había caminado varias horas para despedirse de él y regalarle una pequeña cantidad de dinero. El valor del regalo equivalía a unos treinta peniques.

El misionero se dio cuenta de que el hombre quería darle las gracias, ya que lo había visitado varias veces en su poblado cuando había estado enfermo. También sabía que esos treinta peniques eran una gran cantidad de dinero para él. Por un momento se vio tentado de devolvérselos e incluso regalarle algo más.

Pero después se lo pensó, cogió el dinero y le dio las gracias.

Siempre que recibimos algo de otros, por muy bello que sea, perdemos nuestra independencia y nuestra inocencia, puesto que, tomando, nos sentimos obligados y en deuda con la persona que dio. Experimentamos esta culpa como malestar y como presión, por lo que intentamos librarnos de ella dando nosotros mismos. No hay tomar sin este precio. La inocencia en cambio, se experimenta como placer. La sentirnos como el derecho a la reivindicación cuando hemos dado sin tomar, y cuando damos más de lo que tomamos. Y la sentimos como levedad y libertad cuando no estamos obligados a nada, por ejemplo, cuando nosotros mismos no necesitamos o tomamos nada y, muy especialmente, cuando también hemos dado después de haber tomado. Para alcanzar o conservar este estado conocemos tres comportamientos característicos.

El primero es:



La huida

Algunos pretenden conservar su inocencia negándose a participar. Prefieren cerrarse en vez de tomar. De esta manera tampoco están obligados a nada. Esta es la inocencia de los no-jugadores que no quieren ensuciarse las manos. Por eso, muchas veces se creen especiales o mejores. Sus vidas, sin embargo, sólo funcionan al mínimo y, en consecuencia, se sienten vacíos y descontentos.

Esta actitud se encuentra en muchas personas depresivas. En un primer lugar, se niegan a tomar al padre o a la madre o a ambos. Más tarde transfieren esta actitud también a otras relaciones y a las cosas buenas de este mundo. Algunos justifican su negación de tomar con el reproche de que aquello que se les ofreció y se les dio no fue ni adecuado ni suficiente. Otros justifican el no tomar con los errores del que da. El resultado, sin embargo, siempre es el mismo: los que así actúan se quedan inactivos y vacíos.

La plenitud

El efecto contrario podemos ver en aquellos que logran tomar a sus padres tal como son, tomando de ellos todo lo que les den. Este tomar es experimentado como un continuo aporte de energía y de felicidad. De esta manera se les capacita para tener también otras relaciones donde pueden tomar y dar mucho.

El ideal altruista

Una segunda manera de experimentar la inocencia es el derecho a exigir de otros, cuando yo les he dado más de lo que ellos me dieron a mí. Por regla general, esta inocencia suele ser pasajera, ya que en cuanto yo también tomo del otro, mi derecho se acaba. Algunas personas, sin embargo, prefieren mantener su derecho en vez de permitir que los demás les den también a ellos, como siguiendo el lema: «Es mejor que tú te sientas obligado y no yo».

Esta actitud se encuentra en muchos idealistas y es conocida como el ideal altruista.

Pero tan exigente libertad de obligaciones resulta hostil para cualquier relación. Ya que quien únicamente quiere dar, se aferra a una superioridad que no debería ser más que pasajera porque, de lo contrario, se le niega la igualdad de rango al otro, puesto que de aquel que no quiere tomar nada, los demás muy pronto no quieren recibir nada tampoco. Así, se retiran y se enfadan con él. Tales altruistas permanecen solos, sintiéndose amargados con frecuencia.

El intercambio

La tercera y más bella forma de experimentar la inocencia es la descarga una vez que se consigue el equilibrio, cuando tanto hemos tomado como dado. Este intercambio entre dar y tomar se realiza entre todos los implicados. Es decir, quien toma algo del otro, también le devuelve algo equivalente. Pero no sólo hay que tener en cuenta el equilibrio, sino también el nivel del intercambio. Un intercambio reducido entre dar y tomar aporta poca ganancia; el gran intercambio, sin embargo, enriquece y viene acompañado de un sentimiento de plenitud y de dicha. Esta dicha no cae del cielo, se crea. En el intercambio a un nivel tan alto tenemos la sensación de levedad y de libertad, y de justicia y de paz. De entre las muchas posibilidades de experimentar la inocencia, esta será la más liberadora. Esta inocencia está satisfecha.

Traspasar lo recibido

En algunas relaciones, sin embargo, no es posible llegar a esta descarga, porque entre el que da y el que toma existe un desnivel insalvable. Este sería el caso entre padres e hijos, o entre maestros y alumnos. Ya que padres y maestros, en un primer lugar dan, e hijos y alumnos toman. Naturalmente, también los padres reciben algo de sus hijos, y los maestros, de sus alumnos, pero el desequilibrio no se elimina, sólo se mitiga.

No obstante, también los padres en su tiempo fueron hijos, y los maestros, alumnos. Ellos logran llegar a una compensación traspasando a la siguiente generación aquello que ellos mismos recibieron de la anterior. Y sus hijos o alumnos pueden hacer lo mismo.

Börries von Münchhausen lo describe muy claramente en un poema:

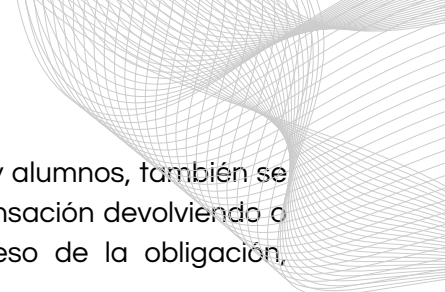
La bola de oro

*Por mucho amor que el padre recibiera,
no se lo pagué, ya que de niño
no reconocía el valor del don,
y de hombre me hice igual que los hombres, y duro.*

*Ahora, un hijo te crece, tan bienamado
como ninguno que fuera la delicia de un corazón de padre,
y yo pago lo que en su tiempo recibí con él,
que no me lo dio —ni me devuelve—.
Pues al hacerse hombre y pensar como los hombres,
él, al igual que yo, hará sus propios caminos;
nostálgico, pero sin envidia, lo veré,
dando al nieto aquello que a mí me corresponde.*

*Lejos en la sala de los tiempos mi mirada va,
contenida y serena, observando el juego de la vida:
La bola de oro cada cual, sonriente, pasa,
y ninguno la bola de oro devolvió.*





Aquello que se aplica a la relación entre padres e hijos, y entre maestros y alumnos, también se aplica a cualquier situación en la que sea imposible alcanzar una compensación devolviendo o intercambiando. Es decir, a pesar de todo podemos aliviarnos del peso de la obligación, traspasando a otros algo de lo que recibimos.

El agradecimiento

Una última posibilidad de alcanzar un equilibrio entre tomar y dar es el agradecimiento. Al dar las gracias no rehuyó el dar. Aún así, a veces es la única respuesta adecuada al tomar. Por ejemplo, para una persona discapacitada, o para un enfermo, o para un moribundo y, a veces, también para un enamorado.

Aquí, junto con la necesidad elemental de compensación, también entra en juego aquel amor elemental que atrae y vincula a los miembros de un sistema social, comparable a la fuerza de gravedad que mantiene unidos los cuerpos en el espacio. El amor acompaña el tomar y el dar y le precede. En el tomar se expresa como gratitud.

El que da las gracias, reconoce: «Tú das, independientemente de si yo en algún momento podré pagártelo, y lo tomo de ti como un regalo». Y quien acepta el agradecimiento dice: «Tu amor y el reconocimiento de aquello que doy me valen más que todo lo demás que aún puedas hacer por mí». Así, al dar las gracias, no sólo nos afirmamos mutuamente con aquello que nos damos, sino también con aquello que significamos el uno para el otro. En este contexto contaré una pequeña historia:

El tomar

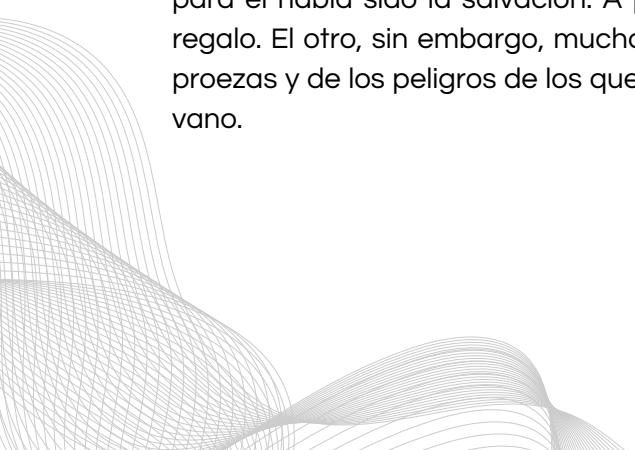
Un hombre se sentía muy agradecido y en deuda con Dios, por haber sido salvado de un peligro mortal. Preguntó a un amigo qué podía hacer para que su agradecimiento fuera realmente digno de Dios. Aquel, sin embargo, le contó una historia: Un hombre quería a una mujer de todo corazón y le pidió que se casara con él. Pero ella tenía otras intenciones. Un día, al querer cruzar la calle juntos, por poco un coche hubiera atropellado a la mujer, de no ser por su acompañante que la detuvo con un movimiento rápido. En ese momento, ella se dirigió a él y le dijo: «Ahora me casaré contigo».

«¿Qué te parece, cómo se sentiría ese hombre entonces?» preguntó el amigo.

El otro, en vez de responder, tan sólo puso cara de indignación. «Ves», dijo el amigo, «quizás a Dios le pase lo mismo contigo». Aún os contaré otra historia al respecto:

El retorno

Un grupo de amigos tuvieron que marchar a la guerra juntos; vivieron peligros indecibles, y dos de ellos volvieron ilesos. Pero uno de ellos se había vuelto muy callado: la vivencia más importante para él había sido la salvación. A partir de ese momento, toda su vida posterior le parecía un regalo. El otro, sin embargo, muchas veces se encontraba con los amigos, presumiendo de sus proezas y de los peligros de los que se había salvado. Era como si hubiera vivido todo aquello en vano.



La felicidad

La felicidad inmerecida frecuentemente se vive como algo amenazante y terrible. Eso tiene que ver con que secretamente pensamos que, con la felicidad, suscitaríamos la envidia del Destino o de otras personas. Así, vivimos el hecho de tomar la felicidad como el atentado contra un tabú, como el cargar con una culpa, como el asentimiento a un peligro. El dar las gracias mitiga el miedo. A pesar de todo, la felicidad nos pide tanto humildad como valentía

La justicia

La interacción de culpa e inocencia se inicia dando y tomando, y se regula mediante una necesidad de compensación, común a todos. En cuanto este equilibrio se alcanza, una relación puede darse por terminada, o ser retomada y continuada dando y tomando de nuevo. Sin embargo, no puede darse ningún intercambio constante sin que una y otra vez se llegue a un equilibrio. Es igual que al andar: nos paramos si mantenemos el equilibrio; nos caemos y nos quedamos en el suelo si lo perdemos; y seguimos avanzando si alternativamente lo perdemos y lo volvemos a ganar. La culpa como deuda y la inocencia como descarga y derecho a la reivindicación se hallan al servicio del intercambio. Gracias a esta culpa y a esta inocencia nos apoyamos mutuamente y nos unimos en el bien. Esta culpa y esta inocencia son una culpa y una inocencia buenas que nos hacen sentirnos en orden, bajo control y buenos.

Perjuicio y pérdida

Por otra parte, en el tomar y el dar también existe una culpa y una inocencia malas, por ejemplo, cuando aquél que toma es un perpetrador, y aquél que da, la víctima del primero. Es decir, cuando uno atenta contra otro de manera que éste no puede defenderse. O cuando uno reclama algo que necesariamente tiene que perjudicar o doler al otro. También aquí ambos, el perpetrador y la víctima, se hallan sometidos a la necesidad de compensación. La víctima tiene el derecho de exigirla, y el perpetrador se sabe obligado a satisfacer esta exigencia. Pero en este caso la compensación es en perjuicio mutuo, ya que, después de cometerse la injusticia, también el inocente trama el mal. Quiere perjudicar al culpable de la misma manera que éste le perjudicó a él. En consecuencia, al culpable se le exige más que una mera reparación: también tiene que expiar. Sólo cuando ambos, el culpable y su víctima, fueron igualmente malos, perdiendo y sufriendo en la misma medida, vuelven a encontrarse en un mismo nivel. Sólo entonces es posible que entre ellos se establezcan la paz y la reconciliación, y puedan volver al intercambio positivo. O, cuando el daño y el dolor fueron demasiado grandes, puedan separarse en paz. A este respecto contaré un ejemplo:

La salida

Un hombre le contó a un amigo que su mujer, desde hacía veinte años, aún no le había perdonado que él, pocos días después de la boda, se hubiese marchado de vacaciones con sus padres porque decían que lo necesitaban para llevar el coche, dejando sola a su mujer durante seis semanas. Por mucho que había intentado persuadirla, disculparse y pedirle perdón, no le había servido de nada. El amigo le contestó: «Lo mejor sería lo siguiente: deja que desee o haga algo para ella misma que a ti te cueste no menos que a ella en aquel entonces». El hombre comprendió enseguida y se puso radiante. Ahora tenía la llave que realmente cerraba. Es posible

que a algunos les asuste la idea de que no sea posible la reconciliación si en tales casos el inocente no se enfada o se vuelve malo también y exige la reparación. Pero de acuerdo a la antigua frase de que el árbol se conoce por sus frutos, tan sólo tenemos que mirar y ver qué ocurre en el caso contrario, para darnos cuenta de qué es lo realmente bueno y qué lo realmente malo.

La impotencia

También en el contexto de daño y pérdida vivimos la inocencia de diversas maneras.

La primera es la impotencia, ya que el perpetrador actúa y la víctima padece. Al culpable solemos considerarlo tanto más culpable, y tanto más graves sus actos, cuanto más indefensa e impotente fuera su víctima. Pero una vez perpetrada la injusticia, la víctima raras veces permanece indefensa, podría actuar, exigiendo del perpetrador justicia y expiación para así poner fin a la culpa y permitir un nuevo comienzo.

Si la víctima misma no actúa, otros actuarán en su lugar, pero con la diferencia de que entonces tanto el daño como la injusticia que éstos cometen con otros, en su lugar, acaban siendo mucho más graves que si la víctima misma se hubiera ocupado de sus derechos y de su venganza.

A este respecto aportaré un ejemplo:

La doble transferencia

Un matrimonio mayor participó en un seminario. Ya la primera noche, ella desapareció. Cuando volvió a la mañana siguiente, se plantó toda provocativa delante de su marido y dijo: «Acabo de estar con mi amante». Cuando la mujer estaba con otras personas del grupo, se mostraba atenta y llena de interés. Siempre que veía a su marido, sin embargo, estaba como fuera de sí. Para los demás era incomprensible por qué estaba tan enfadada con él, tanto más cuando el hombre no se defendía, sino que mantenía una actitud objetiva. ¿Qué había ocurrido? Supimos lo siguiente: de niña, su padre la había enviado a pasar el verano en el campo con su madre y con sus hermanos, mientras que él se quedaba en la ciudad con su amante. De vez en cuando iba con la amiga a ver a la familia, y su mujer los recibía bien y los atendía sin reproches ni quejas. Ella reprimía su rabia y su dolor, y sus hijos lo notaban. Esta actitud la podríamos llamar «virtud heroica», pero sus efectos son fatales, ya que en los sistemas humanos el rencor reprimido vuelve a surgir más tarde, a saber, en aquellos que menos se pueden defender. En la mayoría de los casos son los hijos o los nietos, y ni siquiera se dan cuenta de ello. De esta manera se desarrolla una doble transferencia. En un primer lugar, la transferencia a otro sujeto; en nuestro ejemplo, de la madre a la hija. En un segundo lugar, la transferencia a otro objeto; en nuestro ejemplo, al marido inocente en lugar del padre culpable. También aquí la víctima es aquel que menos puede defenderse, porque ama a la perpetradora. Donde los inocentes prefieren sufrir en vez de actuar, pronto hay más víctimas inocentes y perpetradores culpables que antes. En nuestro ejemplo, la solución habría sido que la madre de aquella mujer se enfadara abiertamente con su marido. De esta manera, él habría tenido que enfrentarse a la realidad y se habría dado un nuevo comienzo o una separación clara. Por otra parte hay que añadir, que aquí la hija que venga a su madre, no sólo ama a su madre, sino también a su padre. Lo imitaba comportándose con su marido de la misma manera que él había tratado a su madre. Así, pues, actúa aún otro patrón de culpa inocencia, en el que el amor ciega a la persona para el orden. Es decir, la inocencia en un lado la ciega para la culpa y sus consecuencias en el otro lado. La doble transferencia también la encontramos donde la víctima, después de los hechos, no pudo actuar por encontrarse impotente. También a este respecto aportaré un ejemplo:

El vengador

Durante una psicoterapia, un hombre de unos cuarenta años sentía el miedo de que pudiera ser violento con alguien. Ni su carácter ni su comportamiento indicaban tal posibilidad. Así, el terapeuta le preguntó si en su familia había habido violencia.

Resultó que su tío, el hermano de su madre, fue un asesino. En su empresa tenía una empleada que, al mismo tiempo, era su amante.

Un día le enseñó a esa mujer la foto de otra mujer, pidiéndole que fuera a la peluquería para que le arreglaran el pelo exactamente de la misma manera que lo llevaba aquella mujer. Después de que ya se le había visto un tiempo con ese peinado, viajó con ella al extranjero y allí la asesinó. A continuación, regresó a su país con aquella mujer cuya foto había enseñado a la víctima. Ahora ésta era su empleada y su amante. Pero todo salió a la luz, y el hombre fue condenado a cadena perpetua.

El terapeuta aún quería saber más de otros familiares, sobre todo de los abuelos, los padres del asesino. Se preguntaba dónde había que buscar la fuerza motriz para tal crimen. Pero el hombre sólo podía dar pocas informaciones. Del abuelo no sabía absolutamente nada, y la abuela había sido una mujer piadosa y respetable. Después, empezó a investigar más a fondo y descubrió lo siguiente: esa mujer piadosa, durante la época nazi y con la ayuda de su hermano, había denunciado a su marido por homosexual. Éste, en consecuencia, fue detenido y llevado a un campo de concentración, donde murió asesinado.

El verdadero asesino en el sistema, del que evidentemente provenía la energía aniquiladora, era la abuela piadosa. El hijo, sin embargo, como un segundo Hamlet hizo de vengador del padre, pero, al igual que Hamlet, también cegado por una doble transferencia: él se hizo cargo de la venganza en lugar de su padre. Ésta fue la transferencia en el sujeto. Sin embargo, respetó a la propia madre, matando en su lugar a la mujer amada. Esta fue la transferencia en el objeto.

Asimismo el hijo asume todas las consecuencias, no sólo por el crimen cometido por él mismo, sino también en lugar de su madre. De esta manera se parece a ambos padres, a la madre por el crimen, al padre por la prisión.

Así pues, es ilusorio pensar que podríamos mantenernos alejados de toda maldad guardando las apariencias de la impotencia y de la inocencia en vez de encarar la culpa del perpetrador, incluso al precio de cometer algún mal nosotros mismos. De lo contrario, la culpa no puede encontrar ningún fin. Por tanto, quien se somete pasivamente a la culpa del otro, no sólo no puede guardar su inocencia, sino que, además siembra la desgracia.

El perdón

A veces, el enfrentamiento necesario también se sustituye por el perdón, cuando éste tan solo encubre y aplaza el conflicto en vez de solucionarlo. Especialmente grave es el perdón cuando la víctima le perdona la culpa al culpable como si tuviera el derecho de hacerlo. Para lograr una reconciliación verdadera, el inocente no sólo tiene el derecho de exigir la reparación y la expiación, sino incluso tiene la obligación de hacerlo. Y el culpable no sólo tiene la obligación de llevar las consecuencias de sus actos, sino también tiene el derecho de hacerlo. Un ejemplo:

La segunda vez

Un hombre y una mujer, los dos ya casados, se enamoran. Cuando, poco después, la mujer queda embarazada, se divorcian de sus respectivas parejas anteriores y contraen un nuevo matrimonio. La mujer no había tenido hijos antes. El hombre, sin embargo, tenía una hija pequeña de su primer matrimonio, que dejó con la madre. Ambos se sentían culpables ante la primera mujer del hombre y ante su hija, y su gran anhelo era que la mujer les perdonara. Esta, sin embargo, estaba resentida con ellos, ya que tanto ella como su hija pagaban el precio en beneficio de ellos dos.

Una vez, al hablar de su gran deseo con un amigo, éste le dijo que, por un momento, se imaginaran cómo se sentirían si aquella mujer realmente les perdonara. En ese instante se dieron cuenta de que, hasta entonces, aún habían rehuido las consecuencias de su culpa, y que su deseo de alcanzar el perdón se contradecía con la dignidad y los deseos de todos. Reconocieron que su nueva felicidad se fundamentaba en la desdicha de la primera mujer y de su hija, y decidieron responder adecuadamente a reclamaciones justificadas.

Sin embargo, también se mantenían firmes en su elección.

La reconciliación

También existe el perdón bueno que respeta la dignidad del culpable guardando, al mismo tiempo, la propia. Este perdón exige que la víctima no lleve sus exigencias hasta el último extremo, y que también acepte la recompensa y la expiación que el perpetrador le ofrezca. Sin este perdón bueno no hay reconciliación posible.

Aportaré un ejemplo:

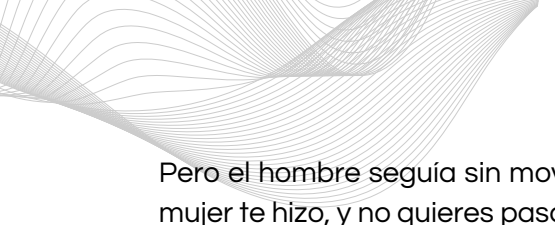
La revelación

Una mujer había dejado a su marido por una amante y pidió el divorcio. Después de muchos años, se dio cuenta de lo mucho que aún quería a su marido, y le preguntó si podía ser su mujer otra vez. El hombre, sin embargo, no quería pronunciarse, ni a favor ni en contra. Sin embargo, acordaron consultar el asunto con un psicoterapeuta.

Éste preguntó primero al marido, qué quería conseguir en la sesión. El hombre dijo: «Sólo una revelación».

El terapeuta respondió que eso era difícil, pero se esforzaría en conseguirlo. Después preguntó a la mujer qué podía ofrecerle ella al marido para que sintiera ganas de volver con ella. Lo había imaginado todo demasiado fácil, y lo que ofrecía aún no significaba ningún compromiso. No era de extrañar que el marido no se impresionara en absoluto.

El terapeuta le señaló a la mujer que, sobre todo, tenía que reconocer que ella había herido a su marido. Y él tenía que ver que ella estaba dispuesta a reparar la injusticia cometida con él. La mujer se quedó unos instantes pensativa, después miró a los ojos a su marido y le dijo: «Siento mucho lo que te hice. Por favor, déjame ser tu mujer otra vez. Te querré y te cuidaré; y a partir de ahora podrás fiarte de mí».



Pero el hombre seguía sin moverse. El terapeuta le miró y le dijo: «Debió dolerte mucho lo que tu mujer te hizo, y no quieres pasarlo una segunda vez».

En ese momento sus ojos empezaron a humedecerse, y el terapeuta siguió: Alguien como tú, que tuvo que sobrellevar tanto dolor, muchas veces se siente moralmente superior al otro y reclama el derecho de rechazarlo como si no lo necesitara. Contra tal inocencia, el culpable se ve impotente».

El hombre sonrió como si lo hubieran pillado. Se volvió hacia su mujer y con cariño le miró a los ojos. El terapeuta dijo: «Ésta fue la revelación. Son cincuenta marcos. Y ahora marchaos. Y no quiero saber cómo acaba».

El dolor

Cuando en una relación humana la culpa del perpetrador desemboca en una separación, solemos ver al perpetrador como libre e independiente. Pero si no perpetrara el acto hiriente, quizás tendría que ir a menos, teniendo así la pretensión y el derecho de guardarle rencor al otro.

Frecuentemente, el perpetrador procura comprarse la separación sufriendo tanto antes de la misma, que el dolor de la víctima a la hora de separarse queda compensado. Quizás, a través de la separación, únicamente quiere abrirse paso a un ámbito nuevo o más extenso, y sufre porque sólo puede lograrlo haciendo daño o perjudicando al otro. Pero en una separación, no sólo el perpetrador tiene la posibilidad de un nuevo comienzo; también la víctima, sin esperarlo, se halla con nuevas posibilidades.

Pero cuando el otro se cierra ante este hecho, aferrándose a su dolor, le dificulta el nuevo camino al perpetrador, y ambos, a pesar de la separación, permanecen atados.

En cambio, donde también la víctima aprovecha la oportunidad de un nuevo comienzo, le proporciona libertad y desagravio al perpetrador. De todas las maneras de perdonar, ésta es, quizá, la más bella, ya que reconcilia aunque la separación sea un hecho. Sin embargo, donde la culpa y el daño adquirieron una magnitud fatal, únicamente puede darse la reconciliación si se renuncia por completo a toda expiación. Éste es un perdón humilde y un asumir humildemente la impotencia. Así, ambos, la víctima y el culpable, se someten a un destino incalculable poniendo fin a la culpa y a la expiación.

Lo bueno y lo malo

Solemos dividir el mundo en una parte que tiene el derecho de existir, y otra, que en el fondo no debería estar, aunque en realidad está y actúa. A lo primero lo llamamos bueno o sano, o sanación y paz. A lo otro lo llamamos malo o enfermo, o desgracia y guerra —y todas las demás expresiones que se suelen emplear—. Esto tiene que ver con que llamamos bueno y ventajoso a aquello que nos resulta leve; y a aquello que resulta grave, lo llamamos fatal o malo. Pero mirándolo más detenidamente, vemos que la fuerza que hace progresar al mundo se fundamenta en aquello que nosotros llamamos difícil o malo o grave. El desafío para lo nuevo, nace de aquello que preferiríamos eliminar o excluir.

Por tanto, esquivando lo difícil o lo pecaminoso o lo beligerante, perdemos precisamente aquello que quisiéramos conservar: nuestra vida, nuestra dignidad, nuestra libertad, nuestra grandeza. Sólo quien también encara las fuerzas oscuras y asiente a ellas, se encuentra unido con sus raíces y con la fuente de su fuerza. Tales personas son más que buenas o malas: están en sintonía con algo más grande, con su profundidad y con su fuerza.

Lo propio

Ahora también hay una fatalidad o hechos graves que nos pertenecen como nuestro destino personal; por ejemplo; una enfermedad hereditaria, o circunstancias graves en nuestra infancia, o una culpa personal. Si asentimos a esta gravedad, integrándola en nuestra realización vital, se convierte para nosotros en una fuente de fuerza.

En cambio, si alguien se rebela contra este destino, por ejemplo contra una lesión recibida en la guerra, le resta fuerza a este destino. Lo mismo se aplica a la culpa y sus consecuencias.

Lo ajeno

En consecuencia, en los sistemas familiares frecuentemente otra persona adopta el destino rechazado o la culpa rechazada. Las consecuencias son doblemente graves. Un destino o una culpa ajenos no nos dan ninguna fuerza, ya que únicamente el destino y la culpa propios son capaces de hacerlo. Pero también aquel del que adoptamos el destino y la culpa se ve debilitado de esta manera. Su destino y su culpa pierden su fuerza también para él.

El destino

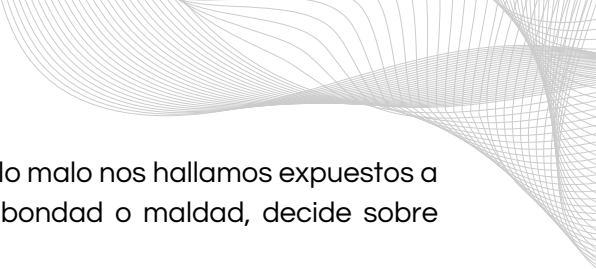
También nos experimentamos como culpables si fuimos favorecidos por el destino a costa de otros y sin que pudiéramos cambiar ni evitar nada.

Por ejemplo: alguien nace, pero su madre muere. Esta persona es inocente con toda seguridad. A nadie se le ocurriría pedirle cuentas por ello. No obstante, el conocimiento de su propia inocencia no puede proporcionarle ningún alivio. Dado que su vida se halla fatalmente vinculada con la muerte de la madre, nunca podrá deshacerse de la presión de la culpa.

Otro ejemplo: a un automovilista se le revienta una rueda mientras está circulando, el coche patina y choca contra otro vehículo. El otro conductor muere; el mismo se salva. Si bien no hay ninguna culpa por su parte, a partir de ese momento su vida estará vinculada con la muerte y el sufrimiento de otros, y a pesar de su clara inocencia se siente en deuda con ellos.

Un tercer ejemplo: alguien cuenta que al final de la guerra, su madre, embarazada de él, se trasladó al hospital militar para buscar a su padre y ponerlo a salvo en casa. En su camino de huida, sin embargo, un soldado ruso los amenazó. Ellos se defendieron y lo mataron. A partir de ese momento, aunque actuasen en defensa propia, ellos mismos, y también su hijo, se sentían en deuda, ya que ellos vivían donde otro, por cumplir con su deber, murió.

Ante una culpa y una inocencia tan fatales nos experimentamos como impotentes en todos los sentidos. Y es por eso que nos resultan tan difíciles de soportar. Si tuviéramos una culpa o un mérito, también tendríamos algún tipo de poder o de influencia.



Pero aquí experimentamos que tanto para lo bueno como para lo malo nos hallamos expuestos a un destino incalculable que, independientemente de nuestra bondad o maldad, decide sobre muerte y vida, salvación y desgracia, sanación o perdición.

Esta impotencia fatal es tan aterradora para muchos, que prefieren tirar la felicidad o la vida que ganaron, antes de tomarlas como una ganancia. Frecuentemente estas personas intentan alegrar, al menos posteriormente, una culpa o un mérito personales, para así, quizá poder escaparse de la impotencia ante una salvación o una culpa inmerecidas.

El patrón habitual de reacción ante una culpa fatal es que la persona aventajada a costa de otros, limita esta ventaja o la cede o la desecha; por ejemplo, a través de un suicidio, una enfermedad, o contrayendo una culpa en el auténtico sentido moral y cargando con la pena correspondiente.

Estas soluciones se deben a un pensamiento mágico y no son más que una forma infantil de asumir la felicidad inmerecida. Ya que, bien mirado, de esta manera la desdicha no disminuye sino que aumenta. Así, por ejemplo, cuando un hijo cuya madre murió en el parto se limita en su vida o se suicida, el sacrificio de la madre fue en vano y, por así decirlo, la madre aún carga con la responsabilidad por la desdicha de su hijo.

En cambio, si el hijo dice: «Querida madre, ya que perdiste tu vida al nacer yo, al menos quiero que no haya sido en vano: le sacaré provecho, en memoria tuya»; la presión de la culpa fatal se convierte en un motor para su vida, haciendo posibles actos para los que otros no encontrarían las fuerzas. Así, el sacrificio de la madre surge un efecto positivo más allá de su muerte, lo cual reconcilia y da paz.

También aquí todos los afectados se hallan bajo la presión de la compensación. Ya que quien recibió el destino, también quiere dar algo equivalente, y si no puede dar nada, al menos quiere renunciar a algo equivalente. En este contexto, sin embargo, los caminos habituales nos llenan al vacío, ya que el destino no se preocupa ni de nuestras reclamaciones ni de nuestras reparaciones, ni tampoco de nuestra expiación.

La humildad

De hecho, es nuestra propia inocencia la que hace que la culpa fatal sea tan difícil de soportar. Si yo fuera culpable y se me castigara, o si yo fuera inocente y se me salvara, podía suponer que el Destino estuviera sujeto a un orden y una regla morales, y yo podría influir y dirigirlo mediante la culpa o la inocencia.

En cambio si se me salva independientemente de mi culpa o de mi inocencia, mientras que otros, independientemente de si son culpables o inocentes, perecen, entonces me encuentro expuesto en todos los sentidos ante estos poderes, viéndome confrontado inevitablemente con la impotencia fatal de mi propia culpa o inocencia.

Así, como única medida me queda la sumisión, el asumir conscientemente un contexto mucho más poderoso que mi propia voluntad, sea para felicidad o desdicha mía. La actitud fundamental en esta manera de actuar la defino como humildad. Ella me permite tomar mi vida y mi felicidad, mientras duren, al margen del precio que otros pagan por ellas. También me permite asentir a mi

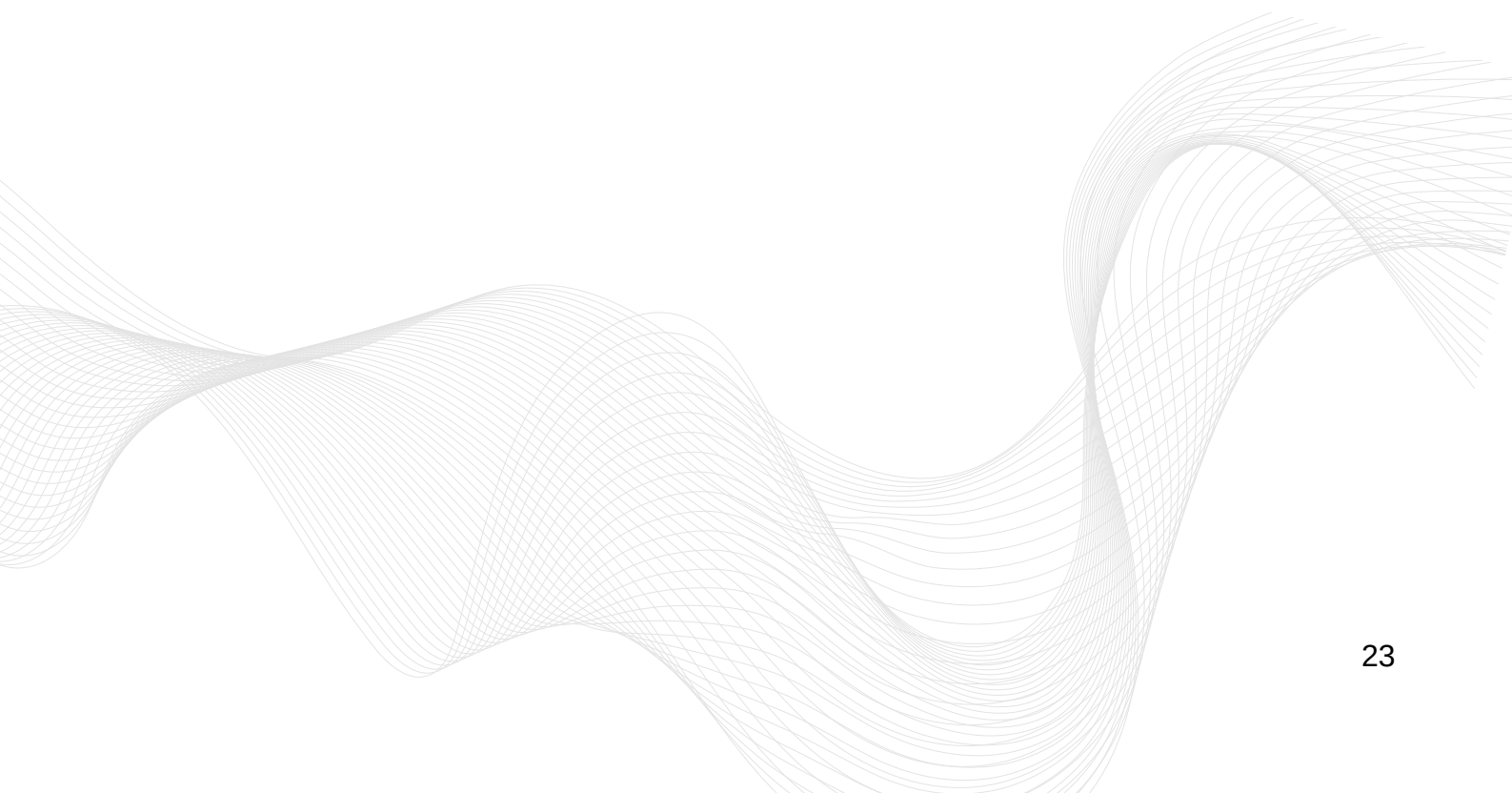
propia muerte y a mi propio destino difícil cuando a mí me toque, sean cuales fueran mi culpa o mi inocencia.

Así, como única medida me queda la sumisión, el asumir conscientemente un contexto mucho más poderoso que mi propia voluntad, sea para felicidad o desdicha mía. La actitud fundamental en esta manera de actuar la defino como humildad. Ella me permite tomar mi vida y mi felicidad, mientras duren, al margen del precio que otros pagan por ellas. También me permite asentir a mi propia muerte y a mi propio destino difícil cuando a mí me toque, sean cuales fueran mi culpa o mi inocencia.

Esta humildad responde a la experiencia de que no soy yo quien determina el Destino, sino que el Destino me determina a mí. Me coge, me lleva y me deja caer, siguiendo unas leyes cuyo secreto no puedo ni debo revelar. Esta humildad es la respuesta adecuada a la culpa y la inocencia fatales. Ella me pone a un mismo nivel con las víctimas. Ella me permite honrarlas, no limitando o tirando aquello que tengo a costa de aquellas personas, sino justamente tomándolo agradecido, a pesar de su alto precio, pero después, pasando también algo a otros.

En primer lugar he hablado de la culpa y la inocencia en el dar y el tomar. Sin embargo, culpa e inocencia tienen muchas caras y actúan de muchas maneras. Ya que las relaciones humanas son una constante interacción de diferentes necesidades y órdenes, que también intentan imponerse mediante diferentes experiencias de culpa e inocencia. Estas experiencias diferentes de culpa e inocencia las trataré cuando hable de los límites de la conciencia y de los Órdenes del Amor.

Ahora quisiera decir algo sobre el orden y la plenitud.



Orden y Plenitud

El orden es la manera
en que lo diverso confluye.
Por tanto, se caracteriza
por la diversidad y la plenitud.

Está en intercambio, une lo disperso,
recogiéndolo para la realización.
Por tanto, se caracteriza por el movimiento.

Conjura lo pasajero en una forma
que promete continuidad.
Por tanto, se caracteriza
por la permanencia.
Pero al igual que un árbol,
antes de caer,
libera el fruto que le sobrevive,
así también el orden se mueve con los tiempos.
Por tanto, se caracteriza por la renovación y el cambio.

Los órdenes vivos vibran y se despliegan.
Nos impulsan y nos imponen disciplina
a través del anhelo y del temor.
Poniendo límites, también nos dan espacio.

Se hallan más allá de aquello que nos separa.



Los límites de la conciencia

Conocemos la conciencia como un caballo conoce al jinete que lo monta, y como un timonel conoce las estrellas en las que mide su posición y fija el rumbo. Pero —¡ay!— por desgracia son muchos los que montan el caballo, y en el barco muchos timoneles se orientan por muchas estrellas. La cuestión es: ¿A quién subordinan, si acaso, los jinetes? ¿Y qué rumbo le indica al barco el capitán?

La respuesta

Un discípulo se dirigió a un maestro: «¡Dime lo que es la libertad!». «¿Qué libertad?» —le preguntó el maestro—. «La primera libertad es la necesidad. Se asemeja al caballo que, relinchando, derriba a su jinete. Pero tanto más fuerte siente su mano después. La segunda libertad es el arrepentimiento. Se asemeja al timonel que se queda en el barco naufragado, en vez de bajar al bote salvavidas. La tercera libertad es el entendimiento. Ella viene después de la necesidad y después del arrepentimiento. Se asemeja a la brizna que se balancea con el aire y, porque cede donde es débil, se sostiene». El discípulo preguntó: «¿Eso es todo?». Replicó el maestro: «Algunos piensan que son ellos mismos los que buscan la verdad de su alma. Pero la Gran Alma piensa y busca a través de ellos. Al igual que la Naturaleza, puede permitirse muchos errores, ya que sin esfuerzo sustituye a los jugadores equivocados por otros nuevos. A aquél, sin embargo, que deja que sea ella la que piense, a veces le concede algún margen de movimiento, y como el río lleva al nadador que se entrega a sus aguas, también ella lo lleva a la orilla, uniendo sus fuerzas a las de él».

Culpa e inocencia

La conciencia la experimentamos en nuestras relaciones y tiene que ver con nuestras relaciones, ya que todo actuar que tenga consecuencias para otros viene acompañado de un sentimiento consciente de inocencia y de culpa. Y al igual que el ojo, al ver, constantemente distingue la claridad de la penumbra, así, este sentimiento consciente en todo momento distingue si nuestro actuar favorece o perjudica la relación. Aquello que perjudica la relación es experimentado como culpa, y aquello que la favorece, como inocencia.

Mediante el sentimiento de culpa, la inocencia nos sujeta, obligándonos a corregir nuestro rumbo. Mediante el sentimiento de inocencia, nos deja rienda suelta, y una brisa fresca hincha la vela de nuestro barco.

Es similar el equilibrio: de la misma manera que un sentido interior, con la ayuda de los sentimientos de malestar o bienestar, nos impulsa y dirige constantemente para que mantengamos nuestro equilibrio, así también otro sentido interior nos impulsa y nos dirige con otros sentimientos de malestar o bienestar para que nos mantengamos en las relaciones importantes para nuestra vida.

Nuestras relaciones se logran teniendo en cuenta determinadas condiciones que, en lo esencial, nos vienen predeterminadas, comparables a las condiciones de arriba y abajo, delante y detrás, izquierda y derecha en el sentido del equilibrio. Bien podemos caernos hacia delante o hacia atrás, hacia la derecha o hacia la izquierda si así lo queremos, pero un reflejo innato nos obliga a la compensación antes de producirse la catástrofe, por lo que justo a tiempo volvemos a encontrar el equilibrio.

De la misma manera, existe un sentido superior a nuestra arbitrariedad, que vela por nuestras relaciones. Actúa como un reflejo, con la finalidad de conseguir el reajuste y la compensación en cuanto arriesgamos nuestra pertenencia, alejándonos de las condiciones necesarias para el éxito de nuestras relaciones. Al igual que nuestro sentido del equilibrio, también el sentido relacional percibe al individuo junto con su entorno, registra el espacio libre y el límite, dirigiendo a la persona mediante diferentes sensaciones de malestar y bienestar. Este malestar lo sentimos como culpa, y este placer, como inocencia.

Así pues, tanto la culpa como la inocencia sirven a un mismo señor. El obliga tanto a la inocencia como a la culpa a juntarse en un mismo tiro, delante de un mismo coche, dirigiéndolas en una misma dirección. De esta manera, ambas impulsan la relación, manteniéndola en el camino a través de su interacción. Bien quisiéramos tomar las riendas a veces, pero el cochero no las suelta. Nosotros no somos más que prisioneros e invitados en su coche. El nombre del cochero, sin embargo, se llama Conciencia.

Las condiciones previas

Las condiciones predeterminadas para las relaciones humanas comprenden:

- la vinculación
- la compensación
- el orden

Solemos cumplir estas tres condiciones, al igual que las condiciones para nuestro equilibrio, incluso en contra de otros deseos o intenciones, siguiendo el imperativo del impulso, de la necesidad y del reflejo. Las reconocemos como condiciones básicas porque al mismo tiempo las experimentamos como necesidades básicas.

El vínculo, la compensación y el orden se condicionan y se complementan mutuamente, y su interacción es lo que experimentamos como la conciencia. Así, pues, también experimentamos la conciencia como impulso, necesidad y reflejo, y en el fondo, como fundida con las necesidades de vinculación, de compensación y de orden.

Las diferencias

Ahora bien, aunque siempre existe una interacción entre estas tres necesidades de vinculación, de compensación y de orden, cada una de ellas tiende a imponer sus fines con un sentimiento propio de culpa y de inocencia. Así, pues sentimos la culpa y la inocencia de maneras diferentes, dependiendo de la meta y de la necesidad a las que sirven.

- Al servicio del vínculo sentimos la culpa como exclusión y lejanía, y la inocencia, como cobijo y cercanía.
- Al servicio de la compensación entre dar y tomar, sentimos la culpa como obligación, y la inocencia, como libertad o derecho.
- Sirviendo al orden, sentimos la culpa como infracción y como temor ante el castigo, y la inocencia, como cumplimiento concienzudo y como lealtad.

La conciencia sirve a cada uno de estos fines, aunque resulten contradictorios. En consecuencia, también experimentamos estas contradicciones en los fines como contradicciones en la conciencia. De hecho, muchas veces la conciencia, al servicio de la compensación, nos exige aquello que al servicio del vínculo nos prohíbe, y al servicio del orden nos permite aquello que al

servicio del vínculo nos impide. Así, por ejemplo, cuando le causamos a otro un daño igual que éste nos causó a nosotros, estamos satisfaciendo la necesidad de compensación y nos sentimos justos. El vínculo, sin embargo, por regla general queda destruido. Para corresponder tanto a la necesidad de compensación como a la de vinculación, el daño que nosotros le causamos debe ser un poco inferior al que él nos causó. De esta manera, la compensación sufre, pero el vínculo y el amor ganan.

Por otra parte, cuando le hacemos a otro tanto bien como él nos hizo a nosotros, bien suele darse la compensación, pero raras veces el vínculo. Para que la compensación favorezca también la vinculación, tenemos que darle al otro un poco más de lo positivo que él nos dio a nosotros. Y él, al compensar lo recibido, tiene que darnos un poco más de lo que nosotros le dimos. Así, el dar y el tomar permiten tanto la compensación como un intercambio constante, fortaleciendo al mismo tiempo el vínculo y el amor.

Contradicciones similares experimentamos también entre las necesidades de vinculación y de orden. Por ejemplo, cuando una madre riñe a su hijo por algo que hizo, diciéndole que tiene que quedarse solo en su habitación durante una hora, y por cumplir con el orden, deja al hijo solo durante una hora entera, esta madre cumple con el orden, pero el hijo se enfadará con ella, y con razón, ya que teniendo en cuenta el orden, la madre atenta contra el amor. En cambio, perdonándole al hijo, al cabo de un tiempo, el resto del castigo, la madre atenta contra el orden, al mismo tiempo, sin embargo, fortalece el vínculo y el amor entre ella misma y el hijo.

Por tanto, cualquiera que fuera nuestra manera de seguir a la conciencia, ésta tanto nos condena como nos absuelve.

Las diferentes relaciones

Ahora bien, al igual que nuestras necesidades, también nuestras relaciones difieren, siguiendo intereses contradictorios. Si servimos a una relación es posible que perjudiquemos a la otra. Y aquello que en una es considerado inocencia, en otra nos arroja a la culpa. Así, quizá, por un mismo acto nos hallemos ante muchos jueces, y mientras uno nos condena, el otro nos absuelve.

El orden

A veces experimentamos la conciencia como si fuera una sola. La mayoría de las veces, sin embargo, se parece más a un grupo en el que diversos representantes procuran imponer diversos fines con diversos sentimientos de culpa y de inocencia. En todo esto, tanto unos como otros tanto se apoyan como que se mantienen en jaque, siempre para bien de un Todo mayor.

A pesar de todo, aunque opuestos, tanto unos como otros sirven a un orden superior. Al igual que un general que en frentes diferentes, con tropas diferentes, en terrenos diferentes, con medios y tácticas diferentes, busca éxitos diferentes, este orden, por bien de un Todo mayor, al final sólo permite éxitos parciales en todos los frentes. Por tanto, la inocencia siempre será un logro parcial.

La apariencia

Por tanto, culpa e inocencia casi siempre aparecen juntas. Quien extiende la mano para coger la inocencia, también toca la culpa; y quien está de inquilino en casa de la culpa, descubre como subinquilino a la inocencia. Asimismo, culpa e inocencia frecuentemente cambian sus vestidos, por lo que la culpa aparece vestida de inocencia, y la inocencia, vestida de culpa. Así, pues, las apariencias engañan, y sólo los efectos muestran lo que fue real. A este respecto os contaré una pequeña historia:

Los jugadores

Se presentan como enemigos. Luego se sientan, frente a frente, y juegan en el mismo tablero con una gran variedad de figuras, siguiendo reglas complicadas, jugada por jugada. El mismo juego real. Ambos sacrifican diferentes figuras a su juego, y, atentamente, se mantienen en jaque, hasta que el movimiento termina. Cuando no va más, la partida está acabada. Después, cambia de lado y de color, y del mismo juego comienza tan sólo otra partida. Pero el que largamente juega, y muchas veces gana, y muchas veces pierde, en ambos lados se convierte en maestro.

El conjuro

Quien pretende descifrar los enigmas de la conciencia se adentra en un laberinto donde necesita muchos hilos de orientación para distinguir, entre el sinfín de caminos, aquellos que llevan afuera de aquellos que terminan sin salida.

Y moviéndose a tientas, a cada paso tiene que enfrentarse a los mitos e historias que surgen alrededor de la culpa y de la inocencia, seduciendo nuestro entretenimiento y paralizando nuestros pasos si osáramos investigar aquello que secretamente transcurre.

A los niños les pasa así, cuando oyen hablar de la cigüeña, y los presos lo habrán experimentado cuando a las puertas del campo de muerte leyeron: «¡El trabajo libera!».

A veces, sin embargo, hay uno que tiene valor de mirar abiertamente y de romper el conjuro. Como aquel niño que, en medio de las ovaciones de las masas desbocadas, señala al dictador y claramente dice en voz alta aquello que todos saben, pero nadie se atreve a admitir o a expresar: «¡Pero si está desnudo!».

O como aquel juglar que se pone en el borde de la carretera donde un flautista tiene que pasar con una fila de niños. Les toca una contramelodía que saca a algunos de su marcha acompasada.

La vinculación

La conciencia nos vincula con el grupo importante para nuestra supervivencia, cualesquiera que sean las condiciones que éste nos imponga. La conciencia no está por encima de este grupo, ni por encima de su creencia o superstición: está a su servicio.

Así como un árbol no elige el lugar en el que crece, y así como se desarrolla de manera diferente en un campo abierto o en un bosque, y en un valle protegido de otra manera que en una cima expuesta a la intemperie, así un niño se integra en el grupo de origen sin cuestionarlo, adhiriéndose a él con una fuerza y una consecuencia únicamente comparables a una fijación.

El niño vive esta vinculación como amor y como felicidad, independientemente de si en este grupo podrá desarrollarse favorablemente o no.

La conciencia, sin embargo, reacciona a todo cuanto beneficie o ponga en peligro la relación. Por lo tanto, tenemos la conciencia tranquila si nos comportamos de manera que podamos estar seguros de tener aún el derecho de formar parte del grupo, y tenemos mala conciencia si nos

hemos desviado de las condiciones del grupo, hasta el punto de tener que temer la pérdida total o parcial del derecho a la pertenencia. Ambas partes de la conciencia, sin embargo, sirven a una misma meta. Con un constante tira y afloja nos llevan e impulsan en una misma dirección, asegurando nuestra vinculación con las raíces y el tronco.

La medida de la conciencia, por tanto, es aquello que es válido en el grupo al que pertenecemos. Así, personas que provienen de grupos diferentes también tienen conciencias diferentes, y quien forma parte de diversos grupos, para cada grupo tiene una conciencia.

La conciencia nos mantiene con el grupo como un perro mantiene las ovejas con el rebaño. Pero en cuanto cambiamos de grupo, la conciencia, para protegernos, cambia de color como un camaleón. Así, tenemos otra conciencia con la madre, y otra con el padre. Otra con la familia, y otra en el trabajo. Otra en la Iglesia, y otra en el bar con los amigos. No obstante, siempre se trata del vínculo y del amor de vinculación, y del temor ante la separación y la pérdida.

¿Pero qué hacemos cuando un vínculo se opone a otro vínculo?

En este caso buscamos la compensación y el orden de la mejor manera posible.

Contaré un ejemplo:

El respeto

Un hombre y una mujer preguntaron a un profesor qué debían hacer con su hija, ya que últimamente la mujer se veía cada vez más obligada a ponerle límites, y no se sentía lo suficientemente apoyada por su marido. En primer lugar, el profesor les explicó en tres frases las reglas para una educación lograda:

1. En la educación de sus hijos, el padre y la madre, de maneras distintas, consideran correcto aquello que en sus propias familias era importante o faltaba.
2. El hijo sigue y reconoce aquello que a ambos padres les es importante o les falta.
3. Si uno de los padres se impone frente al otro en la educación, el hijo se alía con aquel que pierde.

Como siguiente paso, el profesor les propuso que se permitieran percibir dónde y cómo los amaba su hija. Se miraron a los ojos, y sus caras se iluminaron.

Por último, el profesor aún le recomendó al padre que, de vez en cuando, hiciera sentir a su hija cuánto se alegraba si ella era buena con su madre.

La lealtad

La conciencia nos ata con más fuerza cuando en un grupo ocupamos un lugar inferior, dependiendo de él. En cuanto ganamos poder en un grupo, o nos hacemos independientes, el vínculo se afloja, y con él se afloja también la conciencia.

Los débiles, sin embargo, se esmeran y siguen siendo fieles. Ellos muestran la entrega más desinteresada porque están atados. En una empresa son los trabajadores sencillos, en un ejército, los soldados comunes, y en la Iglesia, el pueblo fiel. Para el bien de los fuertes del grupo actúan a conciencia, arriesgando su salud, su inocencia, su felicidad y su vida, aún si los fuertes se aprovechan de ellos sin ningún tipo de escrúpulos, para aquello que ellos llaman los fines superiores.

Estos son los pequeños que dan la cara por los grandes, los verdugos que hacen el trabajo sucio, los héroes de una batalla perdida, las ovejas detrás de su pastor que las lleva al matadero, las víctimas que pagan la cuenta. Y son los hijos los que en lugar de sus padres o antepasados saltan a la brecha, realizando lo que no planearon, expiando lo que no hicieron, y cargando culpas que ellos no causaron. También a este respecto contaré un ejemplo:

El sitio

Un padre había castigado a su hijo por desobediente y, la noche siguiente, el hijo se ahorcó. Aunque ahora el padre ya era mayor, aún no había logrado deshacerse del peso de su culpa. De repente, en la conversación con un amigo, se acordó de que cuando, pocos días antes del suicidio, la madre contó en la mesa que estaba embarazada de nuevo, ese mismo hijo exclamó, todo alterado: «¡Por Dios, si ya no cabemos aquí!».

Y el padre comprendió: el hijo se había ahorcado para quitarles preocupación a los padres; había hecho sitio para el otro.

Fidelidad y enfermedad

Este amor de vinculación se manifiesta también en enfermedades graves, por ejemplo, en la anorexia. En su alma de niña, la anoréxica le dice a uno de sus padres: «Prefiero desaparecer yo antes que tú». Por tanto, una enfermedad de este tipo es difícil de curar, porque para nuestra alma infantil constituye una prueba de inocencia con la que esperamos conservar y asegurarnos nuestro derecho a la pertenencia. Así, pues, la enfermedad va unida a un sentimiento de fidelidad.

En consecuencia, la solución o la curación se temen y se evitan, aunque hacia fuera se afirme lo contrario. A ellas se une el temor de perder la pertenencia, y el sentimiento de culpa y de traición.

El límite

Donde la conciencia vincula, también pone límites, incluyendo y excluyendo. Muchas veces, por lo tanto, si queremos permanecer en un grupo, tenemos que negarle o retirarle al otro, que es distinto, la pertenencia que para nosotros reivindicamos. Así, por la conciencia, nos hacemos terribles para el otro, ya que, en nombre de la conciencia, tenemos que desear o hacer al otro, que se desvía de ella, aquello que para nosotros mismos tememos como consecuencia peor de una culpa y como amenaza extrema: la exclusión del grupo.

Pero de la misma manera que nosotros tratamos a otros, ellos, en nombre de la conciencia, también proceden con nosotros. Así, mutuamente nos ponemos un límite para el bien y, en nombre de la conciencia, suprimimos este límite para el mal.

Así, pues, culpa e inocencia no son lo mismo que bien y mal. Ya que muchas veces realizamos los actos malos con la conciencia limpia, y los actos buenos, con mala conciencia. Realizamos los actos malos con buena conciencia siempre que sirvan al vínculo con el grupo importante para nuestra supervivencia, y realizamos los actos buenos con mala conciencia siempre que pongan en peligro el vínculo con este grupo.

Lo bueno

Por lo tanto, el bien, que reconcilia y establece la paz, tiene que superar los límites que nos impone la conciencia a través de la vinculación con el grupo particular. Sigue a otra ley, oculta, que actúa en las cosas sólo porque son. Al contrario de la conciencia, actúa de una manera silenciosa y discreta, como el agua que fluye y pasa desapercibida. Percibimos su presencia tan sólo por sus frutos.

Sin embargo, la conciencia habla donde las cosas son. Un niño, por ejemplo, va al jardín, se maravilla de todo lo que crece, escucha a un pájaro en los arbustos. En ese momento llega la madre diciendo: ¡Mira que bonito!

Ahora, el niño, en vez de maravillarse y ser todo oído, tiene que escuchar palabras, y la relación con aquello que es, se sustituye por comentarios.

La conciencia del grupo

El vínculo que la conciencia establece con un grupo es tan trascendental, que sentimos como reivindicación y obligación aquello que en este mismo grupo otros sufrieron o causaron, aunque muchas veces, de manera inconsciente. En consecuencia, nos vemos implicados en culpas ajenas y en inocencia ajena, en pensamientos, preocupaciones y sentimientos ajenos, en conflictos ajenos y en consecuencias ajenas, en metas ajenas y desenlaces ajenos.

Así, por ejemplo, cuando una hija, por cuidar a sus padres ancianos, renuncia a la felicidad de tener su propia familia, y sus hermanos se burlan de ella y la menosprecian, posteriormente una sobrina imitará la vida de esta tía y, sin darse cuenta del contexto ni poder defenderse, sufrirá la misma suerte.

Aquí contrastando con la conciencia personal que sentimos, actúa otra conciencia, más amplia, que actúa ocultamente y se antepone a la conciencia personal. La conciencia personal, de primer plano, nos ciega para la conciencia oculta, más extensa, y frecuentemente atentamos contra esta conciencia más extensa precisamente por seguir a la conciencia personal.

La conciencia personal que sentimos sirve a un orden que se muestra a través del impulso, de la necesidad y del reflejo. La conciencia más extensa, sin embargo, que actúa ocultamente, permanece inconsciente, de la misma manera que también el orden al que sirve frecuentemente permanece inconsciente. Así, pues, no podemos sentir este orden; únicamente lo reconocemos por sus efectos, más claramente por el sufrimiento que causa su infracción, sobre todo, para los hijos de una familia.

La conciencia personal, de primer plano, se refiere a personas con las que estamos vinculados de manera sensible, es decir, a los padres y hermanos, a familiares, amigos, cónyuges e hijos. Es a ellos a quienes esta conciencia les confiere un lugar y una voz en el alma.

La conciencia oculta, sin embargo, se hace cargo de todas aquellas personas que nosotros excluimos de nuestra alma y de nuestro pensar y sentir conscientes, ya sea porque los temamos o los condenemos, porque pretendamos oponernos a su destino, porque otros en la familia se hayan hecho culpables con ellos sin que en ningún momento esa culpa fuera nombrada ni tampoco expiada. También es posible que ellos hayan tenido que pagar aquello que nosotros tomamos y recibimos, sin que se lo agradeciéramos ni los valoráramos por ello.

Esta conciencia se hace cargo de los expulsados y de los ignorados, de los olvidados y de los muertos, y a aquellos que aún se sienten seguros de su pertenencia, no les concede ninguna paz hasta que también los excluidos tengan nuevamente un lugar y una voz en su corazón.

El derecho a la pertenencia

La conciencia de grupo les concede a todos el mismo derecho a la pertenencia, y cuida de que a todos los que formen parte también se les reconozca este derecho a la pertenencia. Es decir, vela por el vínculo en un sentido mucho más amplio que la conciencia personal. No conoce excepciones, tampoco en el caso de asesinos de miembros del propio grupo. También ellos todavía siguen perteneciendo.

La compensación negativa

Cuando un miembro del grupo fue excluido o expulsado por los demás, aunque sólo fuera por el hecho de ser olvidado, como muchas veces ocurre en el caso de un hijo muerto en temprana edad, esta conciencia lleva a otro en el grupo a representar a la persona excluida, imitando la suerte de ésta sin siquiera darse cuenta de ello. Así, por ejemplo, a través de una identificación inconsciente un nieto imita a un abuelo excluido, viviendo y sintiendo y haciendo planes y fracasando como él, sin conocer el contexto.

Para la conciencia de grupo, ésta sería una compensación, pero a un nivel arcaico, de la misma manera que la conciencia de grupo en sí es una conciencia arcaica. Ella conduce a una recompensa negativa que no ayuda a nadie, ya que la injusticia cometida con un miembro anterior tan sólo es repetida por otro miembro posterior, inocente, sin alcanzar ninguna reparación. A pesar de todo, el excluido sigue siendo excluido.

La jerarquía

Otra ley importante se muestra a través de cómo funciona la conciencia de grupo. En cualquier grupo, hay una jerarquía que se basa en el tiempo, donde lo que ocurrió antes tiene más importancia que lo que viene después. Por ejemplo, un abuelo tiene un lugar de mayor relevancia en comparación con un nieto, y el nieto, al ser más reciente, ocupa un lugar secundario. Esto significa que, en la compensación que se da en la conciencia de grupo, no se considera justo para aquellos que vienen después, ya que no tienen los mismos derechos que los que están antes. La compensación tradicional solo toma en cuenta a los que están antes, ignorando a los que están después.

Además, esta conciencia de grupo impide que las personas más jóvenes se involucren en los asuntos de las generaciones anteriores. No pueden defender sus derechos, expiar sus culpas o redimirlos de sus destinos difíciles. Como resultado, quienes están en una posición posterior tienden a reaccionar a esta situación desarrollando una necesidad de fracaso y autodestrucción. Por lo tanto, cuando en una familia surgen comportamientos autodestructivos, a menudo la persona que los provoca es alguien que ocupa un lugar secundario. Al fracasar, esta persona, de alguna manera, rinde homenaje a aquellos que están en una posición anterior.

Así, el poder que se asume termina en impotencia, los derechos que se reclaman resultan en injusticia, y los destinos que se intentan controlar llevan a la tragedia. A continuación, compartiré algunos ejemplos para ilustrar esto.

El anhelo

Una mujer joven sentía un anhelo incontenible que ella misma no podía explicar. Finalmente se dio cuenta de que no era su propio anhelo el que sentía, sino el anhelo de su hermana nacida del primer matrimonio de su padre. Al casarse su padre en segundas nupcias, ésta no pudo volver a verlo ni visitar a sus hermanastros nunca más. Entretanto había emigrado a Australia y las naves parecían quemadas. A pesar de todo, la mujer joven reanudó el contacto con ella, la invitó a Alemania, e incluso le envió el billete de avión. Pero la suerte ya no pudo detenerse: en el camino al aeropuerto desapareció.

El temblor

En un grupo, una mujer empezó a temblar en todo el cuerpo, y cuando el coordinador del grupo miró detenidamente el proceso, vio que ese temblor debía pertenecer a otra persona.

- Le preguntó: «¿A quién pertenece este temblor?».
- La mujer contestó: «No lo sé».
- El otro siguió preguntando: «¿Será quizás un judío?».
- Ella dijo: «Es una judía».

Cuando ella nació, un hombre de las SA vino a casa para felicitar a la madre en nombre del Partido. Detrás de una puerta, sin embargo, había una judía que escondían en la casa. Esa mujer temblaba.

El miedo

Una pareja llevaba ya muchos años de casados y aún no vivían juntos porque el hombre decía que sólo en una ciudad lejana podía encontrar el trabajo adecuado. Cuando en un grupo se le advirtió que en la ciudad de la mujer podía tener el mismo trabajo, encontró objeciones a todo. Así se manifestó que aún había otro motivo oculto para su comportamiento.

Su padre había pasado muchos años en un sanatorio a muchos kilómetros de la familia, porque padecía de tuberculosis grave, y cuando a veces venía de visita a casa, su presencia representaba una amenaza para la mujer y para los hijos. Hacía tiempo que el peligro ya no existía, pero ahora el hijo tomó sobre sí el mismo miedo, el mismo destino, y como si también él fuera un peligro, se mantenía alejado de su mujer.

La frase exiraviada

Un hombre joven, en peligro de suicidio, contó en un grupo que, de niño, había preguntado a su abuelo paterno: «¿A ver cuándo te mueres por fin y haces sitio?». El abuelo se río con ganas, pero al nieto la frase le había rondado por su cabeza toda su vida.

El coordinador del grupo pensaba que la frase había salido por boca de un niño, porque en otro contexto no pudo ser expresada. Y realmente encontraron lo que buscaban.

Hacía muchos años el otro abuelo, el paterno, había mantenido relaciones con una secretaria y, a continuación, su mujer contrajo tuberculosis. Aquí pertenecía esta frase: «¿A ver cuándo te mueres por fin y haces sitio?». El deseo se cumplió: la mujer murió.

Pero ahora, los posgénitos, inocentemente culpables y sin saber nada, se hicieron cargo de la culpa y del castigo. Primeramente un hijo evitó que su padre sacara provecho de la muerte de la madre: se fugó con la secretaria.

Después, un nieto se prestó para tomar sobre sí la frase siniestra y expiar la culpa: él estaba en peligro de suicidio.

Aún aportaré otro ejemplo. Un cliente me transmitió este caso por escrito, y me atengo exactamente a sus informaciones.

La expiación

La bisabuela de un cliente se casó con un campesino joven y quedó en estado. Estando aún embarazada el hombre murió, al parecer de fiebre nerviosa. Fue un 31 de diciembre cuando tenía 27 años. Una serie de sucesos masivos a partir de ese momento, sin embargo, indican que la bisabuela, ya durante este matrimonio, mantuvo una relación con el hombre que posteriormente se convertiría en su segundo marido, y que la muerte del primer marido estaba relacionada con este hecho. Incluso se sospechó que fuera asesinado.

La bisabuela se casó con su segundo marido —el bisabuelo del cliente— el 27 de enero. Este bisabuelo murió de accidente cuando su hijo tenía 27 años. El mismo día, exactamente 27 años después, un nieto del bisabuelo murió de la misma manera en un accidente. Otro nieto desapareció a la edad de 27 años.

Exactamente cien años después de la muerte del primer marido de la bisabuela, un bisnieto se volvió totalmente loco un 31 de diciembre, a la edad de 27 años, es decir, la misma fecha y a la misma edad a la que murió el primer marido de la bisabuela. El 27 de enero, el aniversario de la boda de la bisabuela con su segundo marido, este bisnieto se ahorcó. Para entonces, su mujer estaba embarazada, igual que la bisabuela, al morir su primer marido.

El hijo del hombre que se había ahorcado, es decir, el tataranieto del bisabuelo del cliente, había cumplido 27 años un mes antes de la fecha de esta carta. Mi cliente tenía el presentimiento de que le podía pasar algo a ese hijo, pero pensaba que el peligro sería mayor en el aniversario de la muerte de su padre, es decir, exactamente el 27 de enero. Así, pues, fue a verlo para protegerlo, y juntos visitaron la tumba de su padre. Después, su madre contó que este hijo el 31 de diciembre había estado totalmente fuera de sí, jugando ya con un revólver, en ademán de suicidarse. Finalmente, la madre y su segundo marido pudieron disuadirlo. Todo esto ocurrió exactamente 127 años después de morir el primer marido de la bisabuela a la edad de 27 años, un 31 de diciembre. Falta añadir que estos familiares no sabían nada del primer marido de la bisabuela.

Aquí parece, pues, un suceso fatal que sigue teniendo efectos trágicos hasta cuatro y cinco generaciones después.

Pero esta historia aún sigue: unos meses después de esta carta, el cliente acudió a mí, presa del pánico, ya que estaba en peligro de matarse y no se veía capaz de defenderse contra sus ideas de suicidio. Le dije que se imaginara a sí mismo delante del primer marido de la bisabuela y que lo mirara, se inclinara profundamente ante él, hasta el suelo, y que le dijera: «Te doy la honra. En mi corazón tienes un lugar. Por favor, bendíceme si me quedo».

A continuación le pedí que les dijera a la bisabuela y al bisabuelo: «Cualquiera que fuera vuestra culpa, la dejo con vosotros. Yo no soy más que un hijo». Después le hice imaginar que retiraba su cabeza de la soga, con cuidado, y que lentamente retrocedía, dejando la cuerda colgando. Así lo hizo. Después, se sintió muy aliviado y liberado de sus ideas de suicidio. Desde entonces, el primer marido de la bisabuela se ha convertido en amigo y fuerza protectora para él.

La solución

Con este último ejemplo también acabo de mostrar una solución que cumple las exigencias de la conciencia oculta de una manera sanadora. Los excluidos reciben la honra, y reciben el lugar y el rango que les corresponde. Y los posteriores dejan la culpa y sus consecuencias allá donde pertenecen; se retiran humildemente. De esta manera se da una compensación que aporta reconocimiento y paz para todos.

La comprensión

En nuestras relaciones actúan, pues, órdenes que tanto se manifiestan en las conciencias, como también a través de sus efectos. Quien conoce estos efectos puede superar los límites de la conciencia a través de la comprensión. Esta comprensión sabe donde las conciencias nos ciegan, libera donde las conciencias atan, frena donde las conciencias empujan, actúa donde las conciencias paralizan, y ama donde las conciencias separan. Para terminar, aún os contaré una historia al respecto

El camino

Al padre anciano llegó el hijo, pidiendo:

«Padre, ¡bendíceme antes que te vayas!».

El padre dijo: «Sea mi bendición que te acompañe un primer trecho en el camino del saber».

A la mañana siguiente, salieron al aire libre
y de la estrechez de su valle subieron
a una montaña.

El día ya se iba encogiendo cuando llegaron a la cima,
pero ahora hacia todas partes se extendía la tierra,
hasta el horizonte
a la luz.

El sol se puso,
y con él se desvaneció
la deslumbrante suntuosidad;
se hizo de noche.
En la oscuridad, empero,
destellaban
las estrellas.



Los Órdenes del Amor entre padres e hijos y en el seno de la red familiar

Primero hablaré de la interacción entre orden y amor. Es un texto denso (y lo recitaré lentamente):

Orden y amor

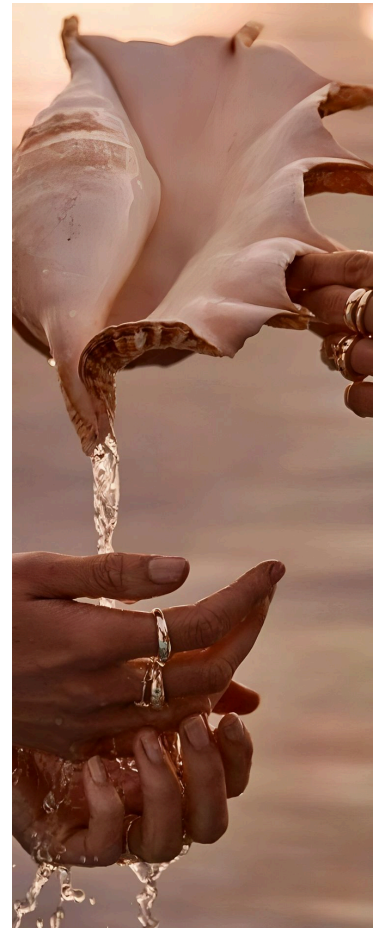
El amor llena lo que el orden abarca.
El uno es el agua, el otro el jarro.

El orden recoge,
el amor fluye.
Orden y amor se entrelazan en su actuar.

Igual que una melodía, al sonar, se guía por las armonías,
así el amor se guía por el orden.
Y al igual que el oído difícilmente se habitúa a las disonancias,
por mucho que se expliquen,
así nuestra alma difícilmente se hace
a un amor sin orden.

Algunos tratan este orden
como si no fuera más que una opinión,
que pudieran tener o variar a gusto.

En realidad, empero, nos viene dado:
actúa aunque no lo entendamos.
No se idea, se encuentra.
Lo conocemos, igual que el sentido y el alma,
por su efecto.



Los diversos órdenes

Por sus efectos, pues, conocemos los Órdenes del Amor, y por los efectos desciframos las leyes según las cuales perdemos o ganamos en el amor. Aquí se muestra que las relaciones del mismo tipo siguen a un mismo orden, por ejemplo las relaciones de pareja; y que diferentes tipos de relaciones siguen a órdenes diferentes. Así, pues, los Órdenes del Amor son diferentes para las relaciones del hijo con sus padres, y diferentes para las relaciones en el seno de la red familiar.

Son diferentes para la relación de pareja entre hombre y mujer, y diferentes para la relación de la pareja como padres con sus hijos. Y también son diferentes para nuestra relación con el Fondo último, es decir, para aquello que experimentamos como espiritual o religioso.

Padres e hijos

En un primer lugar, los Órdenes del Amor entre padres e hijos comprenden que los padres den y los hijos tomen. Los padres dan a sus hijos aquello que antes tomaron de sus propios padres y aquello que, como pareja, toman el uno del otro. Los hijos, en un primer lugar toman a sus padres como padres, y en un segundo lugar todo aquello que los padres den de más. A cambio, los hijos, más tarde, pasan a otros aquello que de sus padres recibieron, sobre todo a sus propios hijos. Quien da puede dar porque antes tomó, y quien toma puede tomar porque más tarde también dará. Quien estuvo antes, tiene que dar más, porque ya ha tomado más también, y quien llega más tarde aún tiene que tomar más. Pero también él, más tarde, cuando haya tomado lo suficiente, dará a los posteriores. De esta manera, todos, sea dando o tomando, se someten a un mismo orden, siguiendo a una misma ley.

Este orden también es válido para el dar y el tomar del anterior entre hermanos: quien estuvo primero tiene que dar al posterior, y quien llega más tarde, tiene que tomar del anterior. Quien da, ya ha tomado antes, y quien toma, más tarde tiene que dar también. Así, pues, el primer hijo da al segundo y al tercero, el segundo toma del primero y da al tercero, y el tercero toma del primero y del segundo. El hijo mayor da más, y el hijo menor toma más. A cambio, muchas veces el hijo menor suele cuidar a los padres cuando éstos llegan a la vejez.

Conrad Ferdinand Meyer describe este movimiento de arriba hacia abajo muy claramente en un poema:

La fuente romana

Un surtidor se alza para colmar,
cayendo, el mármol de la concha
que, a su vez, se vela, rebosa e inunda
el seno de otra cavidad.
De tanta riqueza entrega a la tercera su caudal;
y cada una toma
y da al mismo tiempo,
y fluye y descansa.



El honrar

En un segundo lugar, los Órdenes del Amor entre padres e hijos y entre hermanos comprenden que todo el que tome honre el don recibido y al dador del que lo tomó. Quien de esta manera toma, acerca el don recibido a la luz hasta que brille, y aunque también de sus manos sigue fluyendo hacia abajo, su resplandor recae en el dador, como si, para volver a la imagen de la fuente romana, la concha inferior, en sus aguas que de arriba recibió, le reflejara a la superior el caudal que encima de ella fluye y, más allá todavía, el cielo.

Como tercera propiedad de los Órdenes del Amor en la familia existe una jerarquía que, al igual que el dar y el tomar, está orientada de arriba hacia abajo, de acuerdo con el antes y el después. Por tanto, los padres tienen prioridad sobre los hijos, y el primer hijo tiene prioridad sobre el segundo.

El curso del dar y tomar, de arriba hacia abajo, y el curso del tiempo, de antes a después, no pueden ni pararse ni retroceder, ni ser variados en su rumbo, ni ser invertidos de abajo hacia arriba, o de después a antes. En consecuencia, los hijos siempre se hallan por debajo de los padres, y lo posterior siempre va después de lo anterior. El dar y el tomar, y con él también el tiempo, siempre avanzan, pero nunca retroceden.

La vida

Sin embargo, en el dar por parte de los padres y en el tomar por parte de los hijos no se trata de un dar o un tomar cualquiera, sino de dar y de tomar la vida. Al darles la vida a los hijos, los padres no les dan nada que a ellos les pertenezca. Junto con la vida, los padres mismos se dan a los hijos, tal como son, sin añadir ni restar nada. Por tanto, los padres no pueden ni añadir ni restarle nada a la vida que de esta manera dan, ni tampoco pueden reservarse nada. Y de la misma manera, los hijos, al recibir la vida de los padres, no pueden ni añadir, ni suprimir ni rechazar nada; ya que no sólo tienen a sus padres: ellos son sus padres.

Así, pues, el orden del amor comprende que el hijo tome su vida tal como los padres la den, en conjunto, y que asiente a sus padres, tales como son, sin ningún otro deseo, ni rechazo, ni temor.

Este tomar es una realización humilde. Significa el asentimiento a la vida y al destino tal como me vengan dados a través de mis padres: a los límites que con ello se me impone, con las posibilidades que se me abren, con las implicaciones en el destino de esta familia, también en la culpa de esta familia, en lo grave y en lo liviano de esta familia, sea lo que sea.

Podemos experimentar los efectos de este tomar imaginando que nos arrodillamos delante del padre y de la madre, inclinándonos profundamente, hasta el suelo, extendiendo los brazos hacia delante, con las palmas de las manos abiertas hacia arriba, y diciendo: «Os doy la honra». Después nos levantamos para mirar a los ojos al padre y a la madre, agradeciéndoles el don de la vida diciendo, por ejemplo:

Gracias al Amanecer de la Vida

«Querida Mamá/ querida mami:

La tomo de ti, toda, entera,

con lo bueno y lo malo,

y la tomo al precio entero que a tí te costó

y que a mí me cuesta.

La aprovecharé, para alegría tuya (y en tu memoria).

No habrá sido en vano.

La sujeto fuertemente y le doy la honra,

y, si puedo, la pasaré, como tú lo hiciste.

Te tomo como mi madre,

y tú puedes tenerme como tu hijo/tu hija.

Tú eres la Verdadera para mí,

y yo soy tu verdadero hijo/ verdadera hija.



Tú eres la grande, yo el pequeño/ la pequeña.
Tú das, yo tomo. Querida Mamá:
Me alegro de que hayas elegido a Papá.
Vosotros dos sois los únicos para mí.
¡Sólo vosotros!».

Y después lo mismo con el padre:
«Querido Papá/ querido papi:
La tomo de ti, toda, entera,
con lo bueno y lo malo, y la tomo al precio entero que a ti te costó
y que a mí me cuesta.
La aprovecharé, para alegría tuya (y en tu memoria).
No habrá sido en vano.
La sujeto firmemente y le doy la honra,
y, si puedo, la pasaré, como tú lo hiciste.

Te tomo como mi padre,
y tú puedes tenerme como tu hijo/tu hija.

Tú eres el Verdadero para mí,
y yo soy tu verdadero hijo/ verdadera hija.

Tú eres el grande, yo el pequeño/ la pequeña.
Tú das, yo tomo.
Me alegro que hayas elegido a Mamá.
Vosotros dos sois los únicos para mí.
¡Sólo vosotros!».

Quien logra realizar este acto interior se encuentra en paz consigo mismo, sabiéndose bueno y completo.

El rechazo

Algunos piensan que tomando a sus padres de esta manera también asimilarían algo malo que ellos temen. Por ejemplo, una característica de los padres, o una discapacidad, o una culpa. Así, también se cierran ante lo bueno de los padres sin tomar la vida en su totalidad.

Muchos de los que se niegan a tomar a sus padres en su totalidad, intentan compensar esta falta. En consecuencia, quizás busquen la autorrealización y la inspiración. Pero la búsqueda de autorrealización y de inspiración no es más que la búsqueda secreta del padre o de la madre que aún no han tomado. Quien rechaza a sus padres se rechaza a sí mismo y, en consecuencia, se siente poco realizado, ciego y vacío

Lo especial

Pero también hay otro hecho a tener en cuenta. Se trata de un misterio y no lo puedo argumentar. Pero siempre que lo menciono percibo un asentimiento inmediato. Cada persona experimenta que también tiene algo singular que no puede deducirse de los padres. También a eso tenemos que asentir. Puede ser algo leve o algo grave, algo bueno o también algo malo. No tenemos ninguna posibilidad de elegir. Pero independientemente de lo que uno haga o deje de hacer, independientemente de las ideas que defienda o rechace, se halla al servicio de algo más grande, lo quiera o no. Nosotros lo vivimos como una tarea o una vocación que no se fundamenta en nuestro mérito, ni tampoco en nuestra culpa, por ejemplo tratándose de algo grave o, quizá, cruel. Nos hallamos al servicio de algo mayor, sea como sea.

Los dones buenos de los padres

Ahora bien, los padres no sólo nos dan la vida: también nos alimentan, nos educan, nos protegen, nos cuidan, nos dan un hogar. Por tanto corresponde que lo tomemos todo, tal como lo recibamos de los padres. De esta manera les decimos: «Lo tomo todo, con amor». Naturalmente, también eso forma parte: «Lo tomo con amor». Esta es una forma de tomar que a la vez compensa, porque los padres se sienten respetados. En consecuencia, aún dan con más ganas.

Tomando de nuestros padres de esta manera, por regla general es suficiente. Existen excepciones, y todos las conocemos. Por otra parte, quizá no siempre aquello que nosotros quisiéramos, ni tampoco tanto como deseáramos. Pero por regla general es suficiente.

Cuando el hijo alcanza la edad adulta, le dice a los padres: «He recibido mucho, y es suficiente. Ahora me lo llevo a mi vida». Así, el hijo, se sabe satisfecho y rico. Y aún añade: «El resto lo hago yo mismo». También esta es una frase bella: le da autonomía. Después, el hijo aún le dice a los padres: «Y ahora os dejo en paz». De esta forma se desliga de sus padres y, a pesar de todo, sigue teniéndolos, y los padres siguen teniendo al hijo.

Ahora bien, si el hijo le dice a los padres: «Aún me tenéis que dar más», el corazón de los padres se cierra. De esta forma ya no pueden darle tanto al hijo, ni con tantas ganas, porque les exige. Y también, el hijo, aunque reciba algo, no puede tomarlo. De lo contrario, sus reclamaciones se acabarían.

Cuando un hijo insiste en sus exigencias ante los padres, no puede desprenderse de ellos, pues la exigencia ata al hijo a los padres, pero a pesar de esta atadura, el hijo no tiene a sus padres, ni los padres tienen al hijo.

Lo personal de los padres

Además de aquello que los padres son y dan, también tienen algo que ellos ganaron como mérito o que sufrieron como pérdida. Es algo que les pertenece a ellos personalmente. Los hijos únicamente participan de ello de una forma indirecta, pero los padres no pueden ni deben darles aquello que es personal suyo, y los hijos no deben ni pueden tomarlo de sus padres. Ya que aquí, cada uno es artífice de su propia dicha y de su propio infortunio.

Al apropiarse lo bueno y el derecho personal de los padres sin ningún esfuerzo propio, ni sufrir él mismo un destino o un dolor, el hijo está reclamando un derecho sin el asunto ni el precio.

El dar y el tomar en la familia, que sirven a la vida, se invierten cuando un posterior toma sobre sí algo grave en lugar de otra persona anterior. Por ejemplo, cuando un hijo toma sobre sí una culpa de sus padres, o una enfermedad, o un destino, o una obligación o una injusticia que estos sufrieron. El anterior no lo tomó de otro anterior como un don bueno, para más tarde pasarlo a otro, posterior, sino que forma parte de su destino personal y permanece bajo su responsabilidad. También es parte de su dignidad, y si él lo toma y otros se lo dejan, desarrolla una fuerza y un bien especial. Este bien es lo que más tarde puede pasarle a un posterior, pero sin el precio que él mismo pagó por ello.

Ahora bien, si un posterior toma sobre sí una fatalidad en lugar de otra persona anterior, aunque sea por amor, significa que un pospuesto se está inmiscuyendo en lo más personal de un antepuesto, restando dignidad y fuerza a esa persona y a la fatalidad. Así, sin el asunto, del bien de la fatalidad para ambos tan sólo queda el precio.

La inversión del orden

La orden dar y del tomar en la familia se invierte cuando un posterior, en vez de tomar del anterior y honrarlo por ello, pretende darle al anterior como si fuera igual o incluso superior a él. Por ejemplo, cuando unos padres pretenden tomar de sus hijos, y los hijos quieren darles a sus padres aquello que estos no toman de sus propios padres o del otro conyugue. En este caso, los padres pretenden tomar como hijos y los hijos pretenden dar como padres. Entonces el dar y el tomar, en vez de fluir de arriba hacia abajo, tendría que fluir en contra de la gravedad, de abajo hacia arriba. Pero al igual que un río que intenta fluir cuesta arriba en vez de cuesta abajo, este dar no llega allí donde no quisiera llegar.

Hace poco, un grupo tuve una mujer cuyo padre era ciego, y la madre, sorda. Los dos se complementaban bien. La mujer, sin embargo, pensaba que tenía que cuidar a los padres. Así, configuré la familia, como suelo hacer muchas veces, para sacar a la luz lo oculto. Durante la Constelación la hija se comportaba como si ella fuera la mayor, y los padres, pequeños. La madre, sin embargo, le dijo a la hija: «Aquello con papá lo se hacer yo sola». Y el padre le dijo: «Aquello con mamá lo se hacer yo solo». Para eso no te necesitamos. La mujer reaccionó muy decepcionada: Había sido reducida a la medida de una hija.

La noche siguiente no pudo dormir. En general tenía problemas para dormir. Me pregunto si yo le podía ayudar. Le dije: «Ha veces, la persona que no puede dormir, piensa que debería vigilar». Después le conté una historia de Borchet, de un niño que en el Berlín de la posguerra vigilaba a su hermano muerto, para que no se lo comieran las ratas. El niño estaba totalmente agotado porque pensaba que tenía que quedarse despierto. Finalmente pasó un hombre, que, amablemente le dijo: «¡Pero si de noche las ratas duermen!». Y el niño se durmió.

La noche siguiente la mujer durmió mejor.

Cuando un hijo atenta contra la jerarquía del dar y del tomar suele castigarse gravemente, muchas veces, fracasando y hundiéndose, sin conocer la culpa ni el contexto. Dando o tomando aquello que no le corresponde, atenta contra el orden por amor, no se da cuenta de la arrogación y se considera bueno. El orden, sin embargo, no puede superarse mediante el amor. Ya que antes que todo amor, en el alma actúa un sentido del equilibrio que procura reestablecer y hacer

justicia al orden del amor, incluso al precio de la felicidad y de la vida. Por tanto, la lucha del amor contra el orden también es principio y final de toda tragedia, y únicamente existe un camino de salvación: comprender el orden y después seguirlo con amor. La comprensión del orden es sabiduría, y seguirlo es humildad.

La comunidad unida por el Destino

Padres e hijos también forman una comunidad unida por el Destino en la que cada uno depende del otro de muchas maneras y donde cada uno tiene que contribuir al bienestar común según sus posibilidades. Aquí, cada uno da y cada uno toma. Aquí, también los hijos les dan a los padres, por ejemplo, cuidando a los padres cuando estos llegan a la vejez; y aquí, los padres tienen todo el derecho de exigir y de tomar. Hasta aquí, los Órdenes del Amor entre padres e hijos.

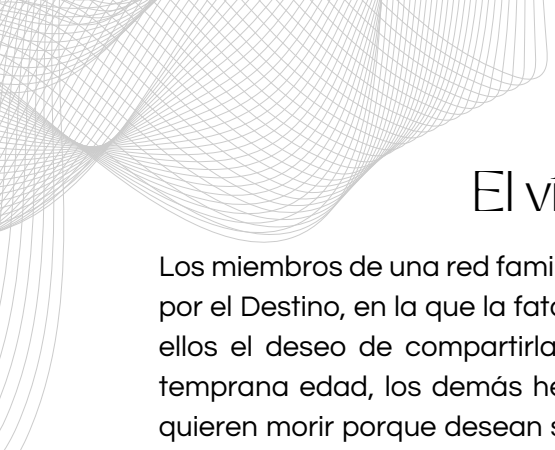
La red familiar

La segunda relación importante para nosotros se inicia al mismo tiempo que nuestra relación con nuestros padres, ya que no sólo pertenecemos a nuestros padres, también a nuestra red familiar. Junto con nuestros padres, también tenemos a sus familias, y a partir de ese momento formamos parte de una red familiar en la que se unen las familias de padre y de la madre.

Una red familiar actúa como unida por una fuerza que vincula a todos sus miembros, y por un sentido del orden y del equilibrio que en todos sus miembros obra de la misma manera. A quien esta fuerza vincula y a quien este sentido tiene en cuenta, también forma parte de la red familiar. Y a quien esta fuerza no vincula, y a quien ya no tiene en cuenta este sentido, tampoco forma parte de la red familiar. Así, pues, el alcance de esta fuerza y de este sentido permite deducir quién forma parte de la red familiar.

Por regla general, pertenece a ella:

1. El hijo y sus hermanos, también aquellos que murieron o nacieron muertos.
2. Los padres y sus hermanos.
 - también aquellos que murieron y los que nacieron muertos, así como los hermanos ilegítimos y hermanastros.
3. Los abuelos.
4. A veces, alguno de los bisabuelos.
5. Personas que no son familiares, a saber, todos aquellos que hicieron sitio para otros en la red familiar, por ejemplo:
 - Parejas anteriores de los padres o abuelos.
 - Todos aquellos por cuya desgracia o muerte otros en la red familiar obtuvieron una ventaja.



El vínculo en la red familiar

Los miembros de una red familiar se encuentran vinculados como si fueran una comunidad unida por el Destino, en la que la fatalidad de uno también afectará a todos los demás, provocando en ellos el deseo de compartirla. Así, por ejemplo, cuando en una familia un hermano muere a temprana edad, los demás hermanos quieren seguirle. A veces, también los padres o abuelos quieren morir porque desean seguir a un hijo o a un nieto muertos. De la misma manera cuando muere uno de los cónyuges, el otro muchas veces también quiere morir. En esa situación, los vivos interiormente les dicen a los muertos: «Te sigo». Muchas personas afectadas por enfermedades serias, por ejemplo cáncer, o que sufren accidentes graves o se encuentran en peligro de suicidio, se hallan bajo la presión del vínculo fatal y del amor que el vínculo conlleva, diciendo interiormente: «Te sigo».

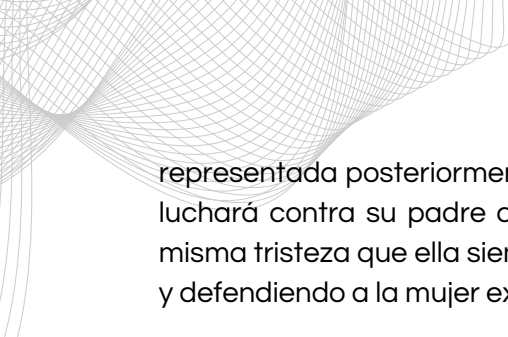
Estrechamente unida a este hecho se encuentra la idea de que el uno pudiera hacer las veces del otro, es decir, que pudiera tornar sobre sí el sufrimiento y la expiación y la muerte en lugar del otro para así redimirlo de su destino fatal. La frase interior detrás de ese comportamiento sería: «Mejor que sea yo que tú». Así, por ejemplo cuando un hijo ve que un miembro de su familia, está gravemente enfermo, interiormente le dice: «Prefiero caer enfermo yo antes que tú». O cuando un hijo ve que alguien ha contraído una culpa grave que tiene que expiar, le dice: «Prefiero expiarla yo antes que tú». O cuando un hijo ve que personas cercanas quieren abandonar la familia o morir, interiormente les dice: «Prefiero desaparecer yo antes que tú».

En todo caso, llama la atención que sean sobre todo los miembros más jóvenes de la familia los que sufren, expían y pretenden morir en lugar de otros, es decir, son sobre todo los hijos. No obstante, esta sustitución también se da entre la pareja.

Aún cabe señalar que en la mayoría de los casos este proceso se desarrolla de forma inconsciente, es decir que los afectados mismos, ya sean aquellos que actúan en lugar de otros, o aquellos a quienes este actuar pretende ayudar, no se dan cuenta de ello. Sin embargo, aquel que conoce los vínculos fatales, puede liberarse de ellos conscientemente. Donde esos vínculos fatales se muestran con especial claridad es en el trabajo con Constelaciones Familiares.

La integridad

Estrechamente unida al vínculo en un mismo destino se halla la tendencia a conservar la integridad de la red familiar. Existe un poderoso sentido del orden en la red familiar que de manera idéntica obra en todos sus miembros, cuidando de que todo el que forme parte de la red familiar también sea conservado como miembro, incluso más allá de la muerte. Ya que la red familiar abarca tanto a los vivos como a los muertos, por regla general, hasta la tercera y, a veces, hasta la cuarta y quinta generación. Así, pues, siempre que la red familiar pierde a uno de sus miembros, por ejemplo porque se le niega la pertenencia, o simplemente porque se le olvida, en el seno de la red familiar se desarrolla la necesidad irresistible de restablecer la integridad perdida. Esto se procura «resucitando», por así decirlo, y representando al miembro perdido a través de otro, posterior. También este proceso se desarrolla de manera inconsciente y, también aquí, la carga de restablecer la integridad en primer lugar recae sobre los hijos. A este respecto aportaré un ejemplo bastante obvio. Un hombre, durante su matrimonio, conoce a otra mujer y le dice a su esposa: «Ya no quiero saber nada de ti». En consecuencia, esta mujer será



representada posteriormente por una hija o un hijo del segundo matrimonio del marido. Esta hija luchará contra su padre con el mismo odio que la mujer rechazada, o se retirará de él con la misma tristeza que ella siente. Sin embargo, ni la hija ni los padres saben que está representando y defendiendo a la mujer excluida.

La responsabilidad colectiva de la familia

Así, pues, en la red familiar, los miembros inocentes tienen que responder de los culpables. De esta forma se pretende reparar o compensar a través de los posteriores la injusticia que sufrieron o cometieron los anteriores. Son sobre todo los hijos que con más facilidad se ven utilizados por esa instancia superior para compensar una injusticia. Probablemente tenga que ver con que en el seno de la red familiar también existe una jerarquía según la cual los anteriores tienen prioridad sobre los posteriores, y los posteriores sirven a los anteriores, e incluso son sacrificados para el bien de éstos. Por tanto, en lo que a la compensación se refiere, no existe en la red familiar ninguna justicia como entre iguales.

El mismo derecho a la pertenencia

No obstante en la red familiar gobierna la ley fundamental de que todo el que forma parte también tiene el mismo derecho a la pertenencia. En muchas familias, sin embargo, se niega este derecho a determinados miembros. Así, por ejemplo, cuando un hombre casado tiene un hijo ilegítimo, a veces la mujer dice: «De este hijo y de su madre no quiero saber nada, forman parte». O cuando un miembro de la familia tuvo una suerte difícil, por ejemplo, cuando la primera mujer del abuelo murió de parto, su destino infunde miedo a los demás, por lo que no se la nombra, como si ya no formara parte. O a un miembro de la familia que manifiesta un comportamiento divergente se le dice: «Eres una vergüenza para nosotros, y por eso te excluimos».

Gran parte de la moral arrogante en la práctica no significa más que: «Nosotros tenemos más derecho a pertenencia que tú». Y: «Vosotros tenéis menos derecho a formar parte de nosotros». O, también: «Vosotros habéis perdido vuestro derecho a la pertenencia». En este caso, bueno no significa otra cosa más que: «Yo tengo más derecho», y malo significa: «Tú tienes menos derecho».

También a los hijos que nacieron muertos o murieron a temprana edad, muchas veces se les niega este derecho, por ejemplo, a través, del olvido. A veces también ocurre que los padres le dan al hijo siguiente el nombre del hijo muerto. Así, de alguna forma le dicen al hijo muerto: «Ya no formas parte, ya tenemos a alguien que te sustituya». En este caso, el hijo muerto ni siquiera conserva su nombre.

Cuando los miembros de una red familiar le niegan el derecho a la pertenencia a otro miembro anterior, sea por desprecio o por miedo ante su destino, o porque se niegan a reconocer que hizo sitio para otros, posteriores, o por no querer reconocer lo que le deben, además, más tarde, bajo la presión del sentido del equilibrio sistémico y mediante la identificación, un miembro posterior lo imitará, sin poder defenderse ni darse cuenta de ello. Por tanto, siempre que a un miembro se le niega la pertenencia, en la red familiar surge la necesidad irresistible de restablecer la integridad perdida y de compensar la justicia cometida, precisamente a través de la representación y de la imitación del miembro excluido.

En este contexto también influye el sentimiento de culpa que los miembros vivos de una familia desarrollan ante otro miembro que murió pronto, experimentando su propia vida como una injusticia ante los muertos. En consecuencia pretenden compensar la injusticia, limitando su propia vida sin saber por qué.

Los Órdenes del Amor

Las familias a menudo hay un orden antiguo que causa sufrimiento en lugar de ayudar a resolverlo. Este orden se mantiene inconsciente y, cuando se hace consciente, se puede cambiar para mejorar las relaciones familiares. Se introducen los "Órdenes del Amor", que son formas de amor más sanadoras y conscientes, en contraste con el amor ciego que perpetúa el dolor.

Se dan ejemplos de cómo las personas pueden liberarse de la carga de seguir a otros o de sentirse culpables por vivir cuando otros han muerto. Por ejemplo, alguien puede reconocer a un hermano fallecido y aceptar su propio destino, lo que permite que los vivos vivan sin culpa. También se menciona cómo reconocer a los miembros de la familia que han sido excluidos puede restaurar la armonía.

Un joven empresario que, a pesar de su éxito, se siente culpable por la desgracia de su hermano. Al reconocer su propia vida y buscar un equilibrio entre dar y recibir, puede encontrar la paz y el éxito sin cargar con el pasado.

En resumen, al reconocer y honrar el pasado, se puede romper el ciclo de sufrimiento y encontrar un amor que sana y une a la familia.

Los Órdenes del Amor

Primero trataré extensamente los Órdenes del Amor en relación entre hombre y mujer comenzando por lo más inmediato.

Hombre y mujer

Al hombre le atrae la mujer porque como hombre le falta la mujer. Y la mujer se siente atraída por el hombre porque como mujer le falta el hombre, ya que lo masculino está referido a lo femenino. Por tanto, el hombre, para ser hombre, necesita a la mujer. Y lo femenino está referido a lo masculino, por lo que la mujer, para ser mujer, necesita al hombre. Así, pues, el hombre sólo se hace hombre tomando a una mujer por pareja, y la mujer sólo se hace mujer tomando a un hombre por pareja. Sólo cuando el hombre convierte a una mujer en su mujer y la tiene como mujer, y sólo cuando la mujer convierte a un hombre en su hombre y lo tiene como hombre, son hombre y mujer, y ese hombre y esa mujer se convierten en pareja.

Por tanto, en primer lugar, es propio de los Órdenes del Amor entre el hombre y la mujer que el hombre quiera a la mujer como mujer, y que la mujer quiera al hombre como hombre. En cambio, cuando en una relación de pareja el hombre y la mujer se quieren más por otros motivos, por ejemplo, para divertirse o para asegurarse el sustento, o porque el otro sea rico o pobre, culto o ignorante, católico o protestante, o porque quieren conquistarlo o protegerlo o mejorarlo o salvarlo, o porque como se suele decir, lo quieren como padre o madre de sus hijos, el fundamento está edificado sobre arena, y la manzana ya lleva el gusano.

Padre y madre

En un segundo lugar, los Órdenes del Amor entre el hombre y la mujer comprenden que, juntos, el hombre y la mujer se hallan orientados a un tercero, y que lo masculino y lo femenino que le es inherente sólo alcanza su plenitud en el hijo. Ya que sólo como padre, el hombre se convierte en hombre en el pleno sentido de la palabra, y sólo como madre, la mujer se convierte en mujer en el pleno sentido de la palabra y de manera visible para todo el mundo. A pesar de todo, es cierto que su amor como padres para el hijo tan sólo continúa y corona su amor como pareja. Ya que su amor como pareja precede a su amor como padres y, como las raíces del árbol, su amor como pareja también sustenta y alimenta su amor como padres.

Por tanto, si su amor como pareja fluye de todo corazón, también fluye de todo corazón su amor como padres para el hijo. Y si su amor como pareja se marchita, también se marchita su amor como padres para el hijo. Cualquier rasgo que el hombre y la mujer admiran y aman en ellos mismos y en su pareja, también lo admiran y lo aman en su hijo. Y cualquier rasgo que les irrite y les moleste en ellos mismos y en su pareja, también les irrita y les molesta en su hijo. Por tanto, todo respeto, y amor, y apoyo que los padres logren hacia el otro en la relación de pareja, también lo lograrán hacia el hijo. Y todo aquello que en términos de respeto y amor y apoyo malogren en la relación con su pareja, también lo malograrán hacia el hijo.

En cambio, cuando su amor como padres hacia el hijo continúa y corona su amor mutuo, su hijo se siente visto, tomado, respetado y amado por ambos padres, sabiéndose en orden y bueno.

El desear

A un terapeuta famoso acudió una vez una pareja en busca de ayuda: «Cada noche nos esforzamos al máximo para cumplir con nuestra responsabilidad para la conservación de la especie humana, pero a pesar de tanto afán, hasta ahora no hemos podido cumplir tan sublime misión. ¿Qué habremos hecho mal, y qué nos falta aún por aprender y por hacer?».

El terapeuta les explicó que únicamente debían escucharle en silencio, y después, sin pronunciar palabra, volver a casa inmediatamente. Ellos asintieron.

Así, les dijo: «Cada noche os esforzáis al máximo en cumplir con vuestra responsabilidad para la conservación de la especie humana, pero, a pesar de todo afán, hasta ahora no habéis podido cumplir tan sublime misión. ¿Por qué, simplemente, no le dais rienda suelta a vuestra pasión?». Y los echó de la consulta.

Ellos se levantaron y volvieron a casa corriendo, como si ya no pudieran aguantarse. Nada más encontrarse solos, las envolturas cayeron y se amaron con pasión y con placer. Al cabo de quince días, la mujer estaba embarazada.

Otra mujer, ya entrada en años, en un ataque de «pánico» puso un anuncio en el periódico: «Enfermera busca contraer matrimonio con viudo con hijos». ¿Qué expectativas de lograr una relación entrañable hubiera tenido esta mujer? También hubiera podido poner: «Mujer desea hombre, ¿Quién me desea a mí?»

La consumación

El temor de llamar por su nombre a lo más íntimo que tenemos y de quererlo como primero y más inmediato en una relación de pareja, seguramente estará relacionado con el hecho de que, en nuestra cultura, la consumación del amor entre hombre y mujer a muchos les parece algo casi indecente, una necesidad indigna. No obstante es el acto humano más grande. Ningún otro ser humano se halla más en concordancia con el orden y la plenitud de la vida, y ningún acto como este nos obliga más extensamente para el Todo del mundo. Ningún otro quehacer humano nos aporta tan dichoso placer y, en consecuencia, tan amoroso dolor. Ningún otro que hacer humano tiene consecuencias más graves ni riesgos más abundantes, exigiéndonos incluso lo Último, haciéndonos conscientes y sabios y humanos y grandes, como cuando un hombre toma y conoce a una mujer con amor, una mujer toma y conoce a un hombre con amor.

A su lado, cualquier otro acto humano no parece más que preparativo y ayuda, o consecuencia, quizás añadidura, o, por lo contrario, escasez y compensación.

La consumación del amor entre hombre y mujer es, a la vez, nuestro hacer más humilde. En ninguna otra parte nos descubrimos tanto, revelando indefenso nuestro punto más vulnerable; y no hay nada que protejamos con tan profundo pudor que el lugar en el que el hombre y la mujer amorosamente se encuentran, revelando y confiándose lo más íntimo.

Y la consumación del amor entre hombre y mujer es nuestro quehacer más valiente. Ya que, cuando el hombre y la mujer se unen para el resto de sus vidas, ya están encarando el final, viendo su límite y encontrando su medida, aunque todavía se hallen al principio y antes de llegar a la plenitud.

El vínculo en la relación de pareja

Según una bella palabra de la Biblia, a través de la consumación del amor el hombre abandona al padre y a la madre, adhiriéndose a su mujer, y los dos se hacen una sola carne. Lo mismo vale también para la mujer. A esta imagen le corresponde un proceso en el alma que por sus efectos experimentamos como real, ya que crea un vínculo que resulta indisoluble y, por tanto, irrepetible, aunque nosotros lo quisiéramos de otra manera.

Se podría objetar que un divorcio y una subsiguiente relación nueva demostraría lo contrario, pero una segunda relación actúa diferente que una primera. Un segundo marido y una segunda mujer perciben la vinculación de su pareja con su primera mujer o con su primer marido. Eso se evidencia en el hecho de que un segundo marido y una segunda mujer no se atreven a tomar sus nuevas parejas como su marido o como su mujer en un sentido pleno, como lo hicieron con sus respectivas primeras parejas, ni tampoco tenerlos o conservarlos como su marido o como su mujer. Frente a la primera relación, ambos compañeros experimentan la segunda como una culpa, incluso cuando la primera pareja murió, ya que una verdadera separación de la primera pareja tan sólo es posible a través de nuestra propia muerte.

Por tanto, una segunda relación únicamente se logra cuando el vínculo con la primera pareja es reconocido y valorado, y cuando los nuevos compañeros saben que siguen pospuestos a los anteriores y en deuda con ellos. Pero un vínculo en el sentido original, como en una primera relación, sería inalcanzable para ellos. Por ese mismo motivo, en la separación de una segunda relación, por regla general se experimenta menos culpa y obligación que en la ruptura con una primera pareja.

Aportaré un ejemplo:

Celos

Una mujer contó en un grupo que ella torturaba a su marido con sus celos y, aunque se daba cuenta de lo absurdo de su comportamiento, no podía evitarlo. El coordinador del grupo mostró la solución. Le dijo: «Tarde o temprano perderás a tu marido, ¡disfrútalo mientras tanto!».

La mujer se rió y quedó aliviada. Pocos días después, su marido llamó al coordinador del grupo diciendo: «Te agradezco el tener a mi mujer».

El marido, muchos años antes y junto con una amiga, había participado en un grupo con el mismo coordinador. Durante el curso explicó ante todos los participantes, y sin la menor consideración al dolor de su amiga, que tenía una nueva amiga, más joven, y que se separaría de su compañera actual. Con ella había convivido desde hacía siete años. Más tarde volvió a participar en otro curso, esa vez con su nueva amiga. Esta quedó embarazada durante el curso, y poco después se casaron.

Ahora, el coordinador del grupo se dio cuenta del sentido de sus celos. Esta mujer, hacia afuera había negado la vinculación de su marido con la amiga anterior y, a través de sus celos, también públicamente, hacía hincapié en su derecho sobre él. Secretamente, sin embargo, reconocía el vínculo anterior y su propia culpa. Sus celos, por tanto, no eran ni mucho menos la prueba de la infidelidad de su marido, sino un reconocimiento secreto de que ella no era digna de él y de que una separación provocada por ella era el único camino para reconocer el vínculo aún existente, así como una prueba de su solidaridad con la amiga anterior.



La carne

El vínculo especial entre el hombre y la mujer, indisoluble en un sentido profundo de la palabra, se crea a través de la consumación del amor. Sólo eso convierte al hombre y a la mujer en pareja, y sólo eso también convierte a la pareja en padres. Un amor únicamente espiritual no es suficiente, ni tampoco el reconocimiento público de su relación. Si, por lo tanto, esta consumación se menoscaba, por ejemplo porque el hombre o la mujer ya antes de la relación se esterilizaron, tampoco se crea ningún vínculo, aunque ambos lo quieran. Lo mismo ocurre en una relación platónica que ambos aceptan sin el riesgo de la consumación. Por tanto, tales relaciones mantienen su carácter no vinculante y para los dos, al separarse, no hay ni obligación ni culpa. Si la consumación del amor se menoscaba posteriormente, por ejemplo a través de un aborto voluntario, se da una ruptura en la relación, aunque el vínculo permanezca.

Si el hombre y la mujer quieren seguir juntos a pesar de todo, tienen que decidirse nuevamente el uno por el otro y vivir juntos como si fuera su segunda relación, ya que la primera, por regla general, ha terminado.

En la consumación del amor se muestra la superioridad de la carne sobre el espíritu, su veracidad y su grandeza. Sin duda, a veces nos vemos tentados de desdeñar la carne en comparación con el espíritu, como si aquello que se realiza por instinto y necesidad, por anhelo y amor, fuera menos que aquello que la razón y la voluntad moral nos imponen. Pero lo instintivo demuestra su sabiduría y fuerza allí donde lo razonable y lo moral con sus límites y fallan.

Ya que a través del instinto actúan un espíritu superior y un sentido más profundo, ante los que nuestra razón y nuestro querer ético retroceden y huyen.

Por ejemplo, cuando un niño cae al agua y un hombre salta detrás para salvarlo, seguramente no lo hace ni por un pensamiento razonable ni por una voluntad moral. No, lo hace por instinto. ¿Pero por eso será menos correcto y valiente y bueno?

O cuando un pájaro canta ante su hembra y se aparean, construyen un nido, incuban y tienen polluelos, ¿acaso es menos maravilloso sólo porque se hace por instinto?

El bajo continuo

Una relación de pareja se desenvuelve como un concierto barroco. En lo alto suena una gran variedad de bellísimas melodías, y de fondo, un bajo continuo que dirige y lleva las melodías, dándoles peso y cuerpo. En la relación de pareja el bajo continuo reza así: «Te tomo, te tomo, te tomo. Te tomo como mi hombre y me doy como tu mujer. Me doy como tu hombre y te tomo como mi mujer. Te tomo y me doy con amor».

La falta

Para que una relación de pareja entre un hombre y una mujer cumpla lo que promete, el hombre tiene que ser hombre y seguir siéndolo, y la mujer tiene que ser mujer y seguir siéndolo. Por tanto, el hombre tiene que renunciar a apropiarse de lo femenino como algo propio, como si él mismo pudiera hacerse y ser una mujer. Y la mujer tiene que renunciar a apropiarse de lo masculino como algo propio, como si ella misma pudiera hacerse y ser un hombre. Ya que en una relación de pareja, el hombre sólo es significativo para una mujer si es y sigue siendo hombre.

Y la mujer sólo es significativa para un hombre si es y sigue siendo mujer.

Si el hombre pudiera desarrollar y tener lo femenino en sí mismo, ya no necesitaría a la mujer, y si la mujer pudiera desarrollar y tener lo masculino en sí misma, ya no necesitaría al hombre. Por esta razón, muchos hombres y mujeres que desarrollan las cualidades del otro sexo en ellos mismos viven solos y son autosuficientes.

El hijo del padre y la hija de la madre

El orden del amor entre hombre y mujer, por tanto, también exige la renuncia. Ya comienza durante la infancia, debido a que para hacerse hombre, el hijo tiene que renunciar a la primera mujer en su vida, es decir, a la madre; y para hacerse mujer, la hija tiene que renunciar al primer hombre en su vida, es decir, al padre. Por tanto el hijo, ya tempranamente, tiene que pasar de la esfera de la madre a la del padre; y la hija, ya tempranamente, tiene que abandonar la esfera del padre para volver a la de la madre. En la esfera de la madre, el hijo frecuentemente no logra sobrepasar el estadio de adolescente, un mimado por las mujeres o un amante, pero nunca un hombre; y en la esfera de su padre, la hija muchas veces no llega a ser más que una chica o una querida, pero nunca una mujer.

Cuando el hijo de la madre se casa con la hija del padre, el hombre frecuentemente busca alguien que le sustituya a su madre, encontrándola en una amante; y la mujer frecuentemente busca a una persona que le sustituya a su padre, encontrándolo en un amante. En cambio, cuando el hijo del padre se casa con la hija de la madre, tienen más posibilidades de formar una pareja estable.

El hijo del padre, dicho sea de paso, muchas veces se entiende bien con su suegro, y la hija de la madre muchas veces se entiende bien con su suegra. Por otra parte, el hijo de la madre muchas veces se entiende bien con su suegra, y mal con su suegro, y la hija del padre se entiende bien con su suegro y mal con su suegra.

Anima y animus

Si el hijo permanece en la esfera de su madre, lo femenino inunda su alma. Le impide tomar a su padre, limitando así lo masculino que le sería propio. Y cuando la hija permanece en la esfera del padre, lo masculino inunda su alma, impidiéndole tomar a su madre y limitando lo femenino que le sería propio.

C.G. Jung define lo femenino en el alma del hombre como el anima, y lo masculino en el alma de la mujer como el animus. El hombre desarrolla su anima con la madre, y el anima se desarrolla con más fuerza si como hijo permanece en la esfera de la madre. Pero entonces, curiosamente, muestra menos comprensión y sensibilidad para otras mujeres, y no es bien acogido ni por mujeres ni por hombres. En el alma de la mujer, el animus se desarrolla con más fuerza si como hija permanece en la esfera del padre, pero entonces, curiosamente, muestra menos comprensión, sensibilidad y respeto para otros hombres, y no es bien acogida ni por hombres ni por mujeres.

El efecto del anima en el alma del hombre se limita si éste, ya tempranamente, pasa a la esfera del padre. En este caso, sin embargo, curiosamente muestra más sensibilidad y comprensión para la idiosincrasia y los valores de las mujeres.

De la misma manera, el efecto del animus en el alma de la mujer se limita si ésta, ya tempranamente, pasa a la esfera de la madre. Pero curiosamente también ella muestra entonces más sensibilidad y comprensión para la idiosincrasia y los valores de los hombres.

Es decir, el anima es el resultado interiorizado del hecho de que el padre no fuera tomado por el hijo; y el animus es el resultado del hecho de que la madre no fuera tomada por la hija.

La reciprocidad

El orden del amor entre hombre y mujer implica que entre ellos se dé un intercambio en el que ambos den y tomen en la misma medida. Ya que ambos tienen lo que al otro le falta, y a ambos les falta lo que el otro tiene. Por tanto, para que se dé el intercambio ambos tienen que dar lo que tienen y tomar lo que les falta. Es decir, el hombre se da a la mujer como hombre y la toma como mujer, y la mujer se da al hombre como mujer y lo toma como hombre.

Este orden del amor se trastorna cuando el uno desea y el otro concede, ya que el desear parece pequeño, y el conceder, grande. Así, pues, el uno resulta necesitado y como alguien que toma, y el otro, aunque quizás amoroso, ocupa el papel del que ayuda y da. De esta manera, sin embargo, el que toma acaba siendo como un niño, y el que da, como un padre o una madre. El que toma, quizá tiene que dar las gracias, como si hubiera tomado sin dar; y el que da, quizá se sienta superior y libre, como si hubiera dado sin tomar. Así se niega la compensación y el intercambio peligra. Para que esto se logre, ambos tienen que desear y ambos, con respeto y amor, tienen que conceder aquello que el otro, necesitado, desea.

Seguir y servir

A pesar de todo, el orden del amor entre hombre y mujer exige que la mujer siga al hombre. Es decir, que le siga a su familia, a su país, a su círculo, a su lengua, a su cultura, y que asiente a que también los hijos le sigan. No puedo fundamentar este orden, pero por sus efectos prueba ser real. Basta con comparar familias en las que la mujer sigue al hombre y los hijos al padre, con otras, en las que el hombre sigue a su mujer y los hijos a su madre. Sin embargo, también aquí hay excepciones. Cuando, por ejemplo, en la familia del hombre existen destinos graves o enfermedades, para el hombre y para los hijos resulta más seguro y adecuado pasar a la esfera de la familia de la mujer y de su red familiar.

No obstante, también aquí hay una contrapartida: como complemento, el orden del amor entre hombre y mujer implica que el hombre sirva a lo femenino.

Igualdad de rango

Los Órdenes del Amor entre hombre y mujer difieren de los Órdenes del Amor entre padres e hijos. Por tanto, si una pareja, sin reflexionar, transfiere los órdenes de la relación entre padres e hijos a la relación de pareja, su relación como pareja se verá desequilibrada y trastornada.

Cuando, por ejemplo, en una relación de pareja el hombre busca en su mujer, o la mujer en su marido, un amor incondicional como el de sus padres, está esperando una seguridad como unos padres suelen dársela a sus hijos. En consecuencia, se desencadena una crisis en la relación por la que, finalmente, aquel del que se esperaba demasiado se retira o se va, Y todo esto con razón,

ya que la transferencia de un orden de la infancia a la relación de pareja constituye una injusticia para el otro.

Por ejemplo, cuando un hombre le dice a su mujer, o una mujer a su marido: «Sin ti no puedo vivir», o: «Si te vas, me mato» el otro tiene que marcharse. Ya que esta exigencia exagerada resulta inadmisibles e intolerables entre personas adultas que se mueven a un mismo nivel. En cambio, si un niño les dice esto a sus padres es cierto, ya que el niño realmente no puede vivir sin sus padres.

Así pues cuando el hombre o la mujer actúan como si en la relación con el otro tuvieran la obligación de educar o reeducarlo, se están arrogando unos derechos ante una persona de igual condición como unos padres los tienen ante sus hijos. Frecuentemente, el otro huye de esa presión, buscando alivio y compensación al margen de la relación.

Por tanto, el orden del amor en la relación entre hombre y mujer implica que ambos, tanto el hombre como la mujer, reconozcan su igualdad de derechos. Todo intento de comportarse ante el otro, bien sea como superior, como un padre o una madre, o bien sea expuesto, como un niño, limitará y amenazará su relación.

Lo mismo se aplica también al equilibrio entre dar y tomar. En la relación del hijo con sus padres, los padres son los que dan y los hijos los que toman y todo intento por parte de los hijos de compensar el desequilibrio entre dar y tomar entre los padres y ellos mismos necesariamente fracasa. Por tanto, los hijos siempre estarán en deuda con sus padres, y cuando menos logren establecer este equilibrio, tanto más estrecha será su unión con los padres. Pero la misma deuda que les ata a los padres, también les impulsa a salir de casa, dado que desean probar sus capacidades y conseguir una descarga mediante su propia actividad.

Así, pues, si el hombre le da a la mujer, o la mujer le da al hombre, de la manera que unos padres les dan a sus hijos, por ejemplo cuando uno de los dos le financia los estudios al otro, aquel que tanto recibió de su pareja ya no puede estar a un mismo nivel con ella. En consecuencia, aunque le deba la gratitud, por regla general la dejará en cuanto haya finalizado sus estudios.

Sólo si le restituye íntegramente tantos los costos como los esfuerzos, puede recuperar la igualdad de rango y seguir con su pareja.

La compensación

En el sexo cómo, aunque se diferencien en aquello que tanto el uno como el otro puedan dar o tomar, el hombre la mujer se hallan a un mismo nivel, intercambio de su amor como hombre y mujer se logra continúa si su dar y tomar, también en otros ámbitos, compensa y se complementa, tanto lo bueno como lo malo.

Así pues cuando uno le hace el bien al otro, necesidad de compensación no permitirá que este reconcilie la paz hasta que no le haya dado algo bueno también. Pero cómo le ama, por precaución le da algo más de lo positivo que la mera compensación exigiría. Así, el otro se siente presionado, y también el, puesto que ama, da algo más de lo bueno compensación exigiría. De esta manera, el intercambio positivo aumenta, pero solo si entretanto, una y otra vez, se consigue la compensación para luego dar comienzo a una nueva vuelta del intercambio.

Si no se logra la compensación, el intercambio se acaba, ya que quien ya toma sin ofrecer, pronto no tendrá nadie a quien dar: y quien da sin tomar, pronto ya no encontrará a nadie que quiera recibir nada de él. Asimismo, cuando uno le da al otro más de lo que este pueda o quiera compensar, o cuando uno quiere más de lo que el otro pueda o quiera dar, el intercambio termina. Por lo tanto, la medida del que da tiene que ajustarse a la medida del que toma, y la medida del que toma tiene que ajustarse a la medida del que da. Eso también significa que de antemano existe una medida para el intercambio que le marca un límite.

No obstante, dónde queremos que una relación de pareja se logre, también necesitamos la compensación negativa. Cuando uno comete algo que necesariamente tiene que doler y herir al otro, también la víctima tiene que hacerle al perpetrador algo que le duela de manera similar y que le vida un sacrificio similar.

Si la víctima se considera demasiado noble para ser mala también, no puede darse ninguna compensación y la relación peligra. Así, por ejemplo, cuando uno de los compañeros fue infiel y el otro se obstina en la inocencia, su pareja ya no puede ponerse a un mismo nivel con él. En cambio, si él también logra una compensación negativa, ambos pueden reanudar la relación. Sólo que la víctima, si ama al perpetrador, no debiera devolverle el daño en la misma dimensión, porque así ya no se deberían nada. Tampoco por ser consciente de su propia inocencia, debe hacerle más daño, ya que de esta manera el otro, por su parte, tendría el derecho de enfadarse nuevamente. Tiene que hacerle un poco menos de daño. De esta forma se cumple tanto con la justicia como con el amor, y el intercambio positivo se puede retomar y continuar.

Sin embargo, cuando tanto la víctima como el perpetrador se hacen cada vez más daño, ambos están tratando lo malo como si fuera algo bueno, y el intercambio negativo aumenta. También este tipo de intercambio vincula a la pareja, pero para su propia desdicha.

Así, también es posible determinar la calidad de una relación de pareja por el hecho de si el intercambio se realiza más bien a un nivel positivo o negativo, y por cuál es la cuantía de lo bueno o lo malo que se intercambia. Con esto también acabo de indicar una posibilidad de reestablecer y hacer feliz una relación de pareja: del intercambio negativo se pasa al intercambio positivo, aumentándolo luego con amor.

El acuerdo

De sus familias de origen, tanto el hombre como la mujer conocen diferentes modelos o patrones para la relación de pareja, tanto en lo positivo como en lo negativo. Por tanto, para que su relación se logre, el hombre y la mujer tienen que examinar los modelos que les vienen dados por sus padres, desprendiéndose de patrones antiguos donde sea necesario y encontrando otros nuevos para su relación de pareja. En este paso, sin embargo, muchas veces se topan con sentimientos de inocencia o de culpa, ya que, adoptando los patrones que les vienen dados, aunque sean malos, el sentimiento es de inocencia, y abandonando patrones negativos, aunque los nuevos sean mejores, el sentimiento es de culpa. Así, lo bueno y la felicidad de su relación únicamente se compran al precio de esta culpa.

Implicaciones sistémicas

De las implicaciones en la propia red familiar resultan, quizá, las consecuencias peores para una relación de pareja, sobre todo cuando uno o ambos, sin darse cuenta, se ven obligados a solucionar conflictos pasados de su familia de origen en lugar de otros. Aportaré un ejemplo:

Un hombre y una mujer se saben muy unidos, pero a pesar de todo, entre ellos surgen conflictos que no comprenden. Un día en que la mujer, furiosa, se enfrentó a su marido, un terapeuta se dio cuenta de que su cara cambiaba hasta parecer el rostro de una mujer mayor. Al mismo tiempo ella le echaba en cara a su marido cosas que no podían referirse a él.

El terapeuta le preguntó: «¿Quién es la mujer mayor?».

En ese momento ella se acordó de su abuela, una tabernera. Una y otra vez el abuelo la había arrastrado por los pelos por la taberna, delante de todo el mundo. Y la mujer se dio cuenta de que la rabia que ella sentía hacia su marido era la rabia de la abuela hacia el abuelo, reprimida en aquel entonces.

Muchas crisis matrimoniales que parecen incomprensibles tienen sus raíces en tales transferencias. Este proceso se produce de manera inconsciente y, dado que nos hallamos indefensos mientras no lo reconozcamos, nos asusta. En cambio, conociendo la existencia de tales implicaciones, nos volvemos más cautelosos en cuanto sentimos la tentación de agredir al otro sin ningún motivo concreto.

La constancia

Algunas parejas desconocen la profundidad del vínculo que les une, considerando su relación como un acuerdo mutuo en el que los fines pudieran ser definidos arbitrariamente y cuya duración u orden pudieran determinar, cambiar o suprimir según su propio gusto o antojo. De esta manera, sin embargo, entregan su relación a la ligereza y a la arbitrariedad. Quizá se den cuenta demasiado tarde de que aquí reina un orden al que tienen que subordinarse. Así, por ejemplo, cuando uno de los compañeros abandona la relación sin escrúpulos y a la ligera, a veces muere o se suicida uno de los hijos de esta pareja, como si tuviera que expiar una grave injusticia.

En realidad, los fines de una relación de pareja nos vienen dados, y si queremos alcanzarlos, nos piden constancia y sacrificio.

El morir

Cuando un hombre toma por mujer a una mujer, a través de ella se convierte en hombre. Al mismo tiempo, sin embargo, ella también le priva de lo masculino y lo cuestiona. Así, en el matrimonio, el hombre también se hace menos hombre. Y cuando la mujer toma por marido a un hombre, a través de él se convierte en mujer. Al mismo tiempo, sin embargo, él también la priva de lo femenino y lo cuestiona, por lo que ella también se hace menos mujer en el matrimonio. En consecuencia, para que la relación mantenga su tensión, el hombre tiene que renovar lo masculino con otros hombres, y la mujer tiene que renovar lo femenino con otras mujeres.

A pesar de todo, el hombre pierde su identidad como hombre en la relación con la mujer, y la mujer pierde su identidad como mujer en la relación con el hombre, ya que el hombre y la mujer son diferentes en todos los sentidos. Nada de que sólo se trata de pequeñas diferencias —¡de eso nada!—. Casi todo difiere en el hombre y la mujer. Ahora bien, aunque las maneras, masculina y femenina de ver el mundo, de sentir, de reaccionar, sean tan diferentes, ambas constituyen formas de realización humana completamente válidas. Ambos, el hombre y la mujer, tienen que reconocer este hecho. De esta manera, sin embargo, la mujer priva al hombre de su seguridad como hombre, y el hombre priva a la mujer de su seguridad como mujer. Así, pues, a lo largo de su relación, también tienen que perder de nuevo la identidad como hombre y como mujer que a través del otro ganaron.

De esta forma, el hombre y la mujer experimentan su relación también como un morir. Bien es verdad que nos embarcamos en la relación con la idea de que ésta será nuestra mayor plenitud. En realidad, empero, una relación también es un proceso de muerte. Todo conflicto en el matrimonio es en cierta forma un modo de despedida y de muerte en ese sentido. Cuanto más dura la relación, más se acercan el hombre y la mujer a esta última renuncia. Así, el hombre y la mujer alcanzan otro nivel, más elevado.

La división en el hombre y en la mujer tiende a la unión. Pero la fusión de ambos sexos únicamente crea una unión pasajera, no duradera. Por tanto, la dicotomía únicamente se anula más allá de esta fusión. La fusión no es más que un símbolo para este paso; la unión real se da con la muerte. Entonces volvemos a un fondo que no conocemos.

Por supuesto, todo esto no es más que una visión posible, pero le confiere a la relación una profundidad y una seriedad dignas de ella, ya que la superación de los opuestos, que esta fusión promete, únicamente se logra con esta última renuncia.

El fondo último

Los Órdenes del Amor, que nos acompañaron en relaciones anteriores, también actúan sobre nuestra relación con la vida y con el mundo en su totalidad, y sobre nuestra relación con el misterio que detrás de él presentimos.

Así, podemos referirnos al Todo misterioso como un hijo que se dirige a sus padres, buscando un Padre Dios o una Gran Madre; creyendo como un niño, esperando como un niño, confiando como un niño, amando como un niño, Y también lo tememos como un niño y, como un niño, quizá, también temamos el saber.

O nos referimos al Todo misterioso como a los antepasados y a la red familiar: por una parte, nos sabemos consanguíneos suyos en una Comunión de los Santos, pero también, al igual que en la red familiar, réprobos o elegidos, según una ley implacable, sin que pudiéramos comprenderla ni influir sobre su decisión.

O nos comportamos hacia el Todo misterioso como si nos encontráramos en un grupo de iguales, convirtiéndonos en sus colaboradores y representantes, pactando y negociando con él, haciendo una alianza y reglamentando por contrato los derechos y los deberes, el dar y el tomar, la ganancia y la pérdida.

O nos comportamos con el Todo misterioso como si estuviéramos en una relación de pareja, en la que hubiera un amado y una amada, un novio y una novia.

O nos comportamos con el Todo misterioso como padres con su hijo, diciéndole lo que acaba de hacer mal y lo que tendría que hacer mejor, cuestionando su obra y, si este mundo no nos parece bien de la manera que es, pretendiendo salvarnos a nosotros mismos y salvar a otros de él.

O, por el contrario, al referirnos al Misterio de este mundo, dejamos atrás los Ordenes del Amor que conocemos, abandonándonos al olvido, como si ya estuviéramos en el mar y todos los ríos hubieran alcanzado su fin.



La conciencia espiritual

Comentario previo

Este capítulo da una sinopsis del desarrollo ulterior de mis comprensiones acerca de las diferentes conciencias y las resume.

Se ha visto que las Constelaciones Familiares, en tanto se mueven en el círculo de la conciencia personal y colectiva, llega a límites que evitan una solución amplia que incluya también al ámbito del espíritu. Las Constelaciones Familiares del Espíritu, las que se mueven en sintonía con este espíritu, son las que encuentran soluciones que superan nuestros límites, impuestos por las otras conciencias, y en nuestras relaciones abren así el camino al amor, en un sentido más amplio.

A esta sinopsis le adjunto algunos pensamientos, que facilitan llegar a una actitud interna, necesaria para las Constelaciones Familiares del Espíritu.

Son meditaciones, que nos guían y contienen, para poder alcanzar, a nuestro modo, la sintonía con el movimiento del espíritu, ella es la que nos prepara y dispone para las Constelaciones Familiares del Espíritu.

Diferenciación de las conciencias

Las diferentes conciencias son campos espirituales.

- La primera de ellas, la conciencia personal, es estrecha y limitada en su alcance. Debido a su diferenciación entre el bien y el mal, solamente reconoce la pertenencia de algunos y excluye a otros.
- La segunda conciencia, la conciencia colectiva, es más amplia. Representa también los intereses de los excluidos por la conciencia personal. De allí que muchas veces se halla en conflicto con la conciencia personal. Pero también esta conciencia tiene un límite, porque solamente abarca los miembros de los grupos, que de ella dependen.
- La tercera conciencia, la conciencia del espíritu, supera los límites de las otras conciencias, que éstas fijan, al hacer la diferenciación entre el bien y el mal y la diferenciación de pertenecer o de estar excluido.

La conciencia personal

a. La vinculación

La conciencia personal la experimentamos como buena conciencia y mala conciencia. Con la buena conciencia nos sentimos bien, con la mala conciencia nos sentimos mal.

¿Qué sucede cuando tenemos una buena conciencia y qué sucede cuando tenemos una mala conciencia? ¿Qué antecede a la buena y a la mala conciencia, para que la podamos sentir como buena y mala conciencia?

Si observamos detenidamente cuándo es que tenemos una buena conciencia y cuándo una mala conciencia, podemos percibir que nos invade la mala conciencia cuando pensamos, sentimos y hacemos algo que no está en concordancia con las expectativas y demandas de aquellas personas y grupos a los que queremos y, muchas veces también, tenemos que pertenecer. Es decir, nuestra conciencia vigila, para que nos mantengamos ligados a estas personas y grupos. Percibe de inmediato si nuestro pensamiento, sentir, pensar y actuar hace peligrar nuestra vinculación y pertenencia a estas personas y grupos. Si nuestra conciencia percibe que a través de nuestro pensar, sentir y actuar nos vamos separando de estas personas y grupos, reacciona con la sensación de miedo, de perder la conexión con esas personas y grupos. Este miedo lo sentimos como mala conciencia.

A la inversa, cuando pensamos, deseamos y actuamos de una manera que se encuentra en concordancia con las expectativas y las exigencias de estas personas, sentimos que pertenecemos y estamos seguros de la pertenencia.

La pertenencia así asegurada la sentimos como benéfica y agradable. No nos necesitamos preocupar de vivenciarnos de pronto escindidos, y con ello solos e indefensos. La seguridad de poder pertenecer la sentimos como la buena conciencia.

La conciencia personal nos vincula entonces a las personas y grupos, que son de importancia para nuestro bienestar y para nuestra vida. Como esta conciencia tan solo nos vincula a determinadas personas y grupos, y al mismo tiempo excluye a otros, es una conciencia estrecha.

En nuestra infancia esta conciencia fue para nosotros de importancia predominante. Los niños hacen todo para poder pertenecer, porque sin esa vinculación y pertenencia estarían perdidos. La conciencia personal asegura nuestra supervivencia en los grupos importantes para nuestra supervivencia y con las personas importantes para nuestra supervivencia. De allí que su importancia tiene que ser altamente valorada. Eso también queda en evidencia, con el eminente lugar que la conciencia colectiva ocupa en nuestra sociedad y cultura.

b. Lo bueno y lo malo

En este contexto podemos observar que nuestras diferenciaciones entre lo bueno y lo malo son diferenciaciones de esta conciencia. Ellas establecen hasta dónde se encuentra asegurada nuestra pertenencia y dónde se halla amenazada.

Lo que asegura nuestra pertenencia lo experimentamos como bueno gracias a la buena conciencia, sin pensar mucho al respecto, sin contemplarlo detenidamente y desde cierta distancia para verificar si realmente resulta bueno o si no es más bien terrible para nosotros y para otros.

Aquí, lo así llamado bueno, sólo es sentido, sin que se haya reflexionado con cuidado. Es sentido como buena conciencia.

Lo bueno es entonces irreflexivamente sentido como bueno y es defendido como lo bueno, aún si a un observador ajeno a este campo espiritual le resulte mas bien extraño y la vida de muchos se encuentre mas bien amenazada que protegida.

Lo mismo vale para lo malo, sólo que el mal lo sentimos con más fuerza que el bien, porque está unido al miedo de haber perdido nuestra pertenencia, y con ella también nuestro derecho a la vida.

La distinción entre el bien y el mal está entonces al servicio de la supervivencia dentro del propio grupo. Está al servicio de la supervivencia del individuo en un grupo.

La conciencia colectiva

Detrás de la conciencia que sentimos, obra otra conciencia más. Es una conciencia poderosa, considerando su efecto, diferente y más fuerte que la conciencia personal. A pesar de ello para nosotros se mantiene ampliamente inconsciente. ¿Cómo? Porque en nuestro sentir la conciencia personal tiene prioridad sobre esta conciencia.

La conciencia colectiva es una conciencia de grupo. Mientras que la conciencia personal es sentida por un individuo y está al servicio de su pertenencia personal y de su supervivencia personal, la conciencia colectiva tiene en la mira a la familia como un todo y a un grupo como un todo. Está al servicio de la supervivencia de todo el grupo, aún cuando para ello haya que sacrificar un miembro del mismo. Está al servicio de la integridad de este grupo y de los órdenes que más aseguran su supervivencia.

Si el interés del individuo se encuentra en contraposición al interés del grupo, a menudo también su conciencia personal se encuentra en contradicción con nuestra conciencia colectiva.

a. La integridad

¿A qué órdenes sirve la conciencia colectiva? ¿Cómo hacen prevalecer estos órdenes?

Al primer orden al que sirve esta conciencia es al que se le llama: cada miembro del grupo tiene el mismo derecho a la pertenencia. Si un miembro es excluido, sea por el motivo que fuere, más tarde otro miembro tiene que representar al miembro excluido.

Comparado con la conciencia personal, la conciencia colectiva se muestra como inmoral o amoral. Es decir, no distingue ni entre lo bueno y lo malo, ni tampoco entre el culpable y el inocente. Por otro lado protege a todos por igual. Quiere proteger su pertenencia o restablecerla, cuando ésta le ha sido negada.

¿Qué sucede si a un miembro se le ha negado el derecho a la pertenencia?

De cierta manera es reintegrado al grupo a través de esa conciencia, llevando a otro miembro a tener que representar a esta persona, sin que ella esté consciente de ello.

¿Cómo se demuestra este retorno?

Otro miembro familiar asume como sustituto el destino del excluido. Piensa como ese miembro excluido, tiene sentimientos parecidos, vive de forma parecida, se enferma de forma parecida y hasta muere de manera parecida. Este miembro familiar está al servicio de la persona excluida y representa sus derechos. La persona excluida toma posesión de la persona, por así decirlo, pero ésta, no por ello, pierde su ser. Cuando la persona excluida recobra su lugar, este miembro familiar se vuelve a liberar de ella.

No es que la persona excluida lo quiera así, que sea representada de este modo, a pesar de que a veces se da cuando por ejemplo le desea el mal a alguien en la familia. Es en primer término esta conciencia la que quiere y produce esta representación y con ella la subsiguiente implicación. Este tipo de conciencia pretende restablecer la integridad del grupo.

b. El instinto

Existe aquí el peligro de que nos imaginemos a esta conciencia como una persona, como que tuviera metas personales que quisiera alcanzar, después de una intensa reflexión. Esta conciencia actúa como un instinto, como un instinto de grupo, que solamente se propone una cosa: quiere salvar la totalidad y restablecerla. Por eso es ciega en la elección de sus medios.

c. La pertenencia más allá de la muerte

Podemos reconocer a las personas que se hallan influenciadas y guiadas por esta conciencia, Son escogidas para representar a miembros familiares excluidos.

Aquí se ha de considerar que nadie pierde su derecho a la pertenencia por la muerte. Esto significa, que en un sistema familiar, los miembros muertos son tratados por la conciencia de la misma manera que los miembros vivos. Por su fallecimiento nadie es separado de su familia. La conciencia abarca de la misma manera a sus miembros vivos como a los miembros muertos. Ella quiere reingresar a los miembros muertos a la familia, especialmente si fueron excluidos. Esto quiere decir, que alguien pierde su vida actual por la muerte, pero nunca su pertenencia.

d. ¿Quién pertenece?

Ahora realmente toca enumerar a los que pertenecen a una familia, es decir, a los que son abarcados y guiados por una conciencia colectiva en común. Comienzo con los miembros más cercanos a nosotros. Los miembros de una familia, que se hallan sujetos a la conciencia colectiva, son:

- 1. Los niños: nosotros y nuestros hermanos A nuestros hermanos también pertenecen los niños nacidos muertos, también los abortos provocados y muchas veces también los espontáneos. Justamente aquí a menudo se da la idea de que se los podría excluir. Naturalmente también pertenecen los niños ocultados y aquellos que fueron dados.

Para la conciencia colectiva todos pertenecen totalmente, son recordados y reintegrados por ella. Se reintegran de forma ciega, sin miramientos de deseos o justificaciones.

- 2. En el nivel superior al de los niños. A la familia pertenecen los padres y todos sus hermanos biológicos. También aquí todos los hermanos, tal como los enumeré en el caso anterior de los niños.

También pertenecen las parejas anteriores de los padres. Si ellas son rechazadas y excluidas y aún si hubieran fallecido, son representadas por alguno de los hijos, hasta que se las recuerde con amor y se las reintegre al ámbito de la familia.

e. Sólo el amor soluciona

Aquí quiero interrumpir la enumeración y decir algo acerca de cómo los excluidos pueden ser reintegrados. Solamente el amor es capaz de lograrlo. ¿Qué amor? El amor que se siente. Se siente como disposición y entrega a alguien, tal y como es. También se siente como duelo por la pérdida. Se siente especialmente, como dolor acerca de aquello que nosotros posiblemente le hayamos causado.

En este amor también sentimos si es que logra llegar hasta el otro, si lo reconcilia, si permite que recobre su paz interior y si ahora puede retomar su lugar y permanecer en él. Entonces esta conciencia colectiva recobra la calma.

Aquí vemos: esta conciencia está al servicio del amor, al servicio del amor por igual hacia todos los que pertenecen a la familia.

f. ¿Quién más pertenece a la familia?

Ahora prosigo con la enumeración de los que pertenecen a nuestra familia, porque también ellos abarcados y protegidos por esta conciencia.

- 3. En el plano superior pertenecen nuestros abuelos, pero sin sus hermanos, a menos que hayan tenido un destino especial. Y también pertenecen sus parejas anteriores.
- 4. También pertenece uno que otro bisabuelo, pero en contadas ocasiones.

Hasta aquí he enumerado - ante todo - a los parientes de sangre y además a las parejas anteriores de padres y abuelos.

- 5. Más allá de ellos, pertenecen a la familia aquellos por cuya muerte o destino la familia ha recibido un beneficio. Por ejemplo, por una herencia considerable. También pertenecen aquellos a cuya costa —de salud o de vida— la familia se ha enriquecido.
- 6. En este contexto pertenecen a nuestra familia, aquellos que fueron víctimas de actos de violencia por miembros de nuestra familia, en especial aquellos, que han sido asesinados por integrantes de nuestra familia. También a ellos, la familia tiene que mirar con amor y dolor.
- 7. Aquí aún algo último, que para algunos puede ser un gran reto. Si miembros de nuestra familia fueron víctimas de crímenes, ante todo si han perdido su vida, también sus asesinos pertenecen a la familia. Si son excluidos o rechazados, también ellos, más adelante, van a ser representados por integrantes de la familia, debido a la presión de la conciencia colectiva.

Quizás pueda señalar aquí que tanto los asesinos se sienten atraídos hacia las víctimas como las víctimas hacia sus asesinos. Ambos recién se sienten integrados, cuando han logrado un reencuentro. La conciencia colectiva no hace aquí ningún tipo de distinción.

g. La compensación

Antes de proseguir, quiero mencionar algo acerca de la compensación en estos dos tipos de conciencia. La necesidad de compensación entre el dar y el tomar y entre el beneficio y la pérdida es también un movimiento de la conciencia.

La conciencia personal, que nosotros sentimos como buena y mala conciencia y como culpa e inocencia, se encarga de la compensación entre el dar y el tomar con sentimientos parecidos, es decir también con los sentimientos de inocencia y culpa y con el sentimiento de una buena y de una mala conciencia. Sólo que aquí, la sensación de inocencia y culpa se sienten de forma diferente.

Culpa se siente aquí como compromiso, si yo he recibido o he tomado, sin haber devuelto algo equivalente. La inocencia se siente como estar libre de compromiso. Esta sensación de inocencia y libertad la tenemos cuando tanto hemos tomado como dado. Entonces dar y tomar se han compensado.

Aquí hay que agregar que la compensación también la podemos alcanzar de otra manera. En vez de regresar algo equivalente, lo que muchas veces no es posible, como —por ejemplo— hacia nuestros padres, podemos entonces transmitir algo equivalente, por ejemplo a nuestros hijos.

h. La expiación

Compensamos también a través del dolor. También eso es un movimiento de la conciencia. Si a alguien le hemos ocasionado dolor, también nosotros —por compensación— queremos sufrir. Después de haber experimentado ese dolor, recobramos la buena conciencia.

Esta forma de compensación la conocemos como expiación. Cabe mencionar aquí: esta necesidad está referida a uno, ya que al otro, realmente, no le puede dar ni compensar nada. A pesar de ello, a través de este tipo de expiación, el otro, muchas veces, ya no se siente solo en su dolor.

Esta forma de compensación tiene muy poco o nada que ver con el amor.
Es más bien ciega e instintiva.

i. La venganza

La necesidad de compensación la desarrollamos también cuando alguien nos ha hecho un daño. Entonces también nosotros queremos hacerle algo. La necesidad de compensación se convierte aquí en un sentimiento de venganza. Pero la venganza sólo compensa en el instante, porque origina de inmediato más necesidad de venganza en todos los participantes y finalmente sólo daña.

j. La curación

También en la conciencia colectiva nos encontramos con el movimiento de compensación, pero en gran medida oculto para nuestra conciencia, ya que el que tiene que representar a un excluido no sabe que está compensando.

La compensación es aquí el movimiento de un Todo superior que compensa en forma impersonal; debido a que los requeridos para esa compensación son inocentes en el sentido de la conciencia personal.

Esta forma de compensación se puede comparar con un proceso de sanación. También aquí se repara algo que fue vulnerado y herido, gracias a la influencia de poderes superiores. La conciencia colectiva, quiere reintegrar algo que se había perdido, para reordenar el Todo y sanarlo.

k. El orden de la jerarquía

Me vuelvo a referir a los órdenes de la conciencia colectiva y digo algo acerca del segundo orden, que está al servicio de esta conciencia y cómo, cuando el orden fue infringido, trata de lograr el desagravio.

Este orden determina que cada miembro del grupo puede y debe tomar el lugar que le corresponde en relación a la edad de su pertenencia. Eso significa que aquellos que estuvieron antes tienen prioridad sobre aquellos que han llegado más tarde. De allí que los padres tienen prioridad sobre los hijos y el primogénito tiene prioridad sobre el segundo hijo. Entonces cada quien tiene su lugar, que sólo y exclusivamente a él le corresponde. Al cabo del tiempo se va avanzando en el orden de jerarquía de abajo hacia arriba, hasta que se forma la propia familia, donde junto a la pareja se ocupa el primer lugar.

Aquí se impone otro orden más de jerarquía. El orden de jerarquía entre las familias, por ejemplo el orden entre la familia de origen y la familia propia, de cimentación reciente. Aquí la nueva familia tiene prioridad sobre la primera familia.

La familia posterior no anula la relación con la familia primera, como tampoco la nueva y propia familia anula su comunicación con la familia de origen. Sin embargo posee la prioridad.

1. Infringir el orden de la jerarquía y sus consecuencias

El orden de jerarquía es infringido si un posterior quiere ocupar un rango superior al que le corresponde según el orden de jerarquía. Esta vulneración del orden de jerarquía es precisamente la soberbia que, como es sabido, precede a la caída.

Las transgresiones más frecuentes de orden de jerarquía las observamos en los niños. Ocurre cuando se elevan por encima de sus padres. Por ejemplo, cuando se sienten mejores que sus padres y conforme a ello se comportan. Esta es una transgresión —sin amor— al orden de jerarquía.

Este orden de jerarquía se quebranta sobre todo cuando el niño quiere tomar sobre sí algo que corresponde a los padres. Por ejemplo, si en su lugar desea enfermarse o morir. Aquí se infringe con el orden de jerarquía —con amor—. Pero este amor no protege al niño de las consecuencias de esta transgresión en los órdenes de jerarquía.

Lo trágico aquí es que el niño transgrede el orden con buena conciencia. Esto quiere decir que bajo la influencia de la conciencia personal, el niño se siente especialmente inocente y grande, gracias a esa transgresión. Lo que al mismo tiempo significa que, debido a ello, se siente perteneciente de manera especial.

Aquí se hallan en contraposición ambas conciencias. El orden de jerarquía, que es impuesto y protegido por la conciencia colectiva, es agraviado en sintonía con la conciencia personal. En este sentido es agraviado concienzudamente. La conciencia personal lleva aquí a alguien a la transgresión del orden de jerarquía, con todas sus consecuencias.

¿Cuáles son las consecuencias de esta transgresión?

La primera consecuencia es el fracaso. El que se coloca por encima de sus padres, sea con amor o sin amor, está condenado al fracaso. Esta consecuencia de la transgresión del orden de

jerarquía no sólo la observamos en el seno de la familia, si no también en otros grupos, por ejemplo en organizaciones.

Muchas organizaciones fracasan debido a conflictos internos, donde una persona posterior o un departamento subordinado, se quiere colocar por encima de alguien o algo, que por orden de jerarquía fue anterior y de allí preestablecido.

El fracaso real de una transgresión al orden de jerarquía es la muerte. El héroe trágico muere porque quiso tomar algo que le correspondía a los anteriores. Pero no solamente fracasa, él muere.

Algo similar observamos en niños, que quieren asumir y cargar algo por los padres. Les dicen a ellos interiormente: «Mejor yo que tú».

¿Qué significa esto exactamente?

Al fin y al cabo: «Yo muero en tu lugar». El orden de jerarquía es un orden de paz. Está al servicio de la paz en la familia y en un grupo. En última instancia está al servicio del amor y de la vida.

m. El alcance

¿Hasta dónde se remonta la conciencia colectiva? ¿Sólo pertenecen aquellos muertos, que nosotros conocemos? ¿O esa conciencia quiere reintegrar a los excluidos de generaciones anteriores? ¿Quizás hasta a nosotros mismos, como hemos sido en una vida anterior? ¿Se encuentra posiblemente al servicio de un movimiento cósmico, para el cual nada de lo que fue puede estar perdido? ¿Transgredimos también ese orden de jerarquía con nuestras creencias progresistas, como que fuéramos mejores que nuestros antepasados? ¿Cómo que fuéramos superiores a ellos? ¿Qué sucede con nosotros cuando internamente nos colocamos en el lugar adecuado para nosotros dentro del Todo, humildemente en el último lugar?

Si a todos los que han estado excluidos, y todos los que han tenido que morir antes que su tiempo fuera completado, si a todos ellos los incluimos, con todo lo que a ellos aún les falta, también nosotros —junto con ellos— seremos integrados y llegaremos a la consumación.

Rilke dice al respecto en una poesía:

Hay uno, que toma a todos en su mano,
como cuchillas malas, que se fracturan.
No es un extraño, porque vive en la sangre,
que es nuestra vida, susurra y reposa.
Yo no puedo creer, que corneta injusticia
pero escucho que hablan —muy mal— de él.

La conciencia espiritual

¿A qué responde la conciencia espiritual?

Responde a un movimiento del espíritu, de ese espíritu que todo lo mueve, tal como se mueve, y que lo mueve todo de una manera creativa. Todo está subordinado a este movimiento, lo querramos o no, nos subordinemos a él o le opongamos resistencia. La pregunta sólo es, si nos percibimos en sintonía con este movimiento, si estamos dispuestos a plegarnos a él y conscientemente mantenernos así en concordancia. Eso significa que sólo nos movamos, que sólo pensemos, sintamos y actuemos hasta donde nos percibamos movidos, guiados y llevados por él.

¿Qué sucede con nosotros si sabemos que estamos en sintonía con ese movimiento? ¿Qué sucede con nosotros si deseamos sustraernos a ese movimiento, porque la demanda se nos hace demasiado grande y nos provoca miedo?

Aquí experimentamos con la conciencia espiritual algo que podemos comparar con la conciencia personal.

Si experimentamos en sintonía con los movimientos del espíritu nos sentimos bien. Sobre todo nos sentimos tranquilos y sin preocupaciones. Sabemos cuál es el siguiente paso y poseernos la fuerza para realizarlo. Esto sería, por así decirlo, la buena conciencia espiritual. Como con la conciencia personal, también aquí sabemos de inmediato si nos hallamos en sintonía. La buena conciencia es la entrega consciente a un movimiento del espíritu.

¿Qué es este movimiento del espíritu ante todo?

Es un movimiento de entrega a todo, tal como es. Se percibe en unidad con la entrega del espíritu hacia todo como es.

¿Cómo experimentamos entonces, aquí otra vez en forma análoga el sentimiento de culpa en la conciencia personal, una mala conciencia espiritual? ¿Cómo sentimos la mala culpa espiritual?

La sentimos como desasosiego, como bloqueo espiritual, ya no entendemos, ya no sabemos qué es lo que podemos hacer y nos sentimos sin fuerzas.

¿Cuándo es que nos invade esa mala conciencia?

Cuando nos apartamos del amor del espíritu. Cuando, por ejemplo, excluimos a alguien de nuestra dedicación y nuestra benevolencia. En ese instante perdemos la sintonía con el movimiento del espíritu. Quedamos abandonados a nosotros mismos y tenemos una mala conciencia. Así como se da en la conciencia personal, también aquí la mala conciencia está al servicio de la buena conciencia. Gracias a su efecto, nos regresa a la sintonía con el movimiento del espíritu, hasta que nos volvemos a calmar y a convertirnos en una unidad, con su movimiento de entrega y amor hacia todo y todos, tal como son.

Las diferentes conciencias y Constelaciones Familiares

Si alguien quiere comprender y solucionar un problema personal con la ayuda de Constelaciones Familiares, o un problema de relación con una pareja, o en la familia con un niño, reconocemos inmediatamente qué conciencia da origen y mantiene este problema y qué es lo que exige del individuo y de toda la familia para que pueda darse la solución. Tenemos que ver que las distintas conciencias están relacionadas de manera tal que todas se encuentran al servicio de nuestras relaciones. Se basan unas en las otras y se complementan de una forma. Tenemos que contemplar al problema y a su solución referido a varias conciencias y, en última instancia, a todas.

Si, por ejemplo, alguien nos pide ayuda, podemos reconocer de inmediato qué conciencias están involucradas y de qué modo en su problema y cuáles son las soluciones a disposición.

A la inversa, si un ayudador tiene un problema con un cliente, se puede preguntar qué conciencias tuyas están involucradas en este problema y qué se le ofrece también a él como solución.

La conciencia espiritual

Yo aquí contemplo las Constelaciones Familiares, en primer término, desde el final del camino recorrido, es decir desde la visión de la conciencia del espíritu. En retrospectión al camino hasta ahora andado, reconocemos con más claridad la importancia de las otras dos conciencias. También reconocemos dónde es que llegan a sus límites. La conciencia espiritual nos lleva más allá de esos límites.

a. La diferenciación de las conciencias

Ante todo,

¿qué es lo que diferencia las distintas conciencias y qué las limita?

Es el alcance de su amor.

La conciencia personal está al servicio de la unión de un grupo limitado.

Excluye del mismo a otros, a los que no pertenecen al grupo. No solamente une, si no también separa. No sólo ama, también rechaza.

La conciencia colectiva llega más allá de la conciencia personal, porque también ama a aquellos que dentro de la familia y dentro de grupos similares fueron rechazados y excluidos por la conciencia personal. La conciencia colectiva quiere reintegrar a los excluidos, para que puedan volver a pertenecer. De allí que su amor tenga un mayor alcance. No excluye a nadie.

Pero no tiene tanto en la mira el bienestar del individuo. Si no, no podría obligar a un inocente, quien no participó en la exclusión, a representar a ese excluido, porque con ello lo carga con algo pesado. Aquí se muestra que esta conciencia no es personal, sino colectiva, que ante todo vela por la integridad y por el orden del grupo.

Los movimientos del espíritu en cambio, están dirigidos a todos de la misma manera. El que entra en sintonía con los movimientos del espíritu, no puede más que dirigirse a todos de la misma manera, con benevolencia y con amor, sea cual fuere su destino. Este amor no conoce límites. La conciencia espiritual supera diferenciaciones de mejor o peor, de bueno y malo. De allí que supera los límites de la conciencia personal y los límites de la conciencia colectiva.

Está dirigido al individuo y al mismo tiempo también a todos los integrantes de la familia y de otros grupos, a los que pertenece.

La conciencia espiritual vela por ese amor. Entra en juego cuando nos hemos apartado de ella.

b. Las Constelaciones Familiares de Espíritu

¿Qué significa esto para las Constelaciones Familiares? ¿Cómo se muestra este amor en las Constelaciones Familiares?

Primeramente hay que indicar que los movimientos del espíritu se manifiestan de forma impresionante en las Constelaciones Familiares. A través de los representantes se hacen visibles y se experimentan, también para aquellos que observan estos movimientos. Eso significa que los movimientos del espíritu son percibidos en primer instancia por los representantes, y después a través de ellos también por aquellos que observan estos movimientos y que posiblemente son arrastrados y abarcados por los mismos.

Por tanto, en las Constelaciones Familiares del Espíritu, la forma de proceder es otra de aquella que muchos asocian con el trabajo de Constelaciones. Aquí ya no se representa a la familia en el sentido de que alguien de un grupo escoja a representantes para los distintos miembros de su familia y los coloque en una relación de espacio. Aquí solamente se coloca una persona, por ejemplo el cliente o un representante para él y posiblemente una segunda persona más, por ejemplo, su pareja. Pero no colocada en relación con el otro, como habitualmente se solía hacer. También esta segunda persona sólo es colocada, por ejemplo, frente a la otra, a cierta distancia. Aquí no hay ningún tipo de especificaciones ni intenciones. El cliente o su representante y la otra persona adicional tan sólo son colocadas.

De pronto son abarcados por un movimiento, sin que puedan dirigirlo. Este movimiento viene desde, afuera, aunque también es aceptado como originado en el interior. Esto significa que estas personas se sienten en concordancia con un movimiento, que a través de ellas pone algo en movimiento. Pero esto sólo sucede si permanecen centradas, sin intención alguna y sin temor hacia lo que podría presentarse. En cuanto se ponen en juego intenciones propias, por ejemplo, la intención de ayudar al otro, o el temor hacia lo que pueda salir a la luz y hasta donde pueda llegar una situación así, se pierde la conexión con los movimientos del espíritu. También se pierde entonces el recogimiento en los observadores. Por ejemplo, se inquietan.

A través de los movimientos de los representantes se muestra, al cabo de un rato, si aún hace falta colocar una persona más. Si, por ejemplo, uno de ellos mira al suelo, significa, que está mirando a un muerto. Entonces se elige a un representante adicional, al que se le pide colocarse en el suelo, boca arriba.

Si un representante mira de forma intensiva hacia una dirección, se coloca a alguien ahí, donde está fijando la mirada.

Los movimientos de los representantes son lentos. En cuanto alguien se mueve con rapidez, es llevado por un propósito y ya no está en unión con el movimiento del espíritu. Ya no se encuentra centrado, ya no se puede fiar de él, se tiene que sustituir por otro representante.

Ante todo, es el promotor de la configuración el que se tiene que retener de sus intenciones e interpretaciones. También él se deja dirigir por los movimientos del espíritu. Quiere decir, recién actúa si se vivencia movido a dar un paso, o a decir una frase, que él mismo dice o deja decir al representante.

Además recibe continuamente indicaciones, a través de los movimientos de los representantes, acerca de lo que sucede en ellos y hacia dónde se dirigen o tienen que dirigir sus movimientos.

Si por ejemplo un representante retrocede del representante del muerto, que yace frente a él, y si se quiere apartar, el promotor interviene al cabo de un rato y lo regresa al lugar original. Entonces, no es que el facilitador pueda dejar todo en manos de los movimientos de los representantes. Se encuentra como ellos, al servicio de los movimientos del espíritu, y los sigue, a veces irresistiblemente, interviniendo o diciendo algo de determinada forma.

¿A dónde conducen finalmente estos movimientos del espíritu?

Conducen a unir algo que anteriormente se encontraba separado. Son siempre movimientos de amor.

Estos movimientos no siempre tienen que ser llevados hasta el final, hasta completarlos. Es suficiente si queda visible hacia dónde se dirigen. Por lo tanto, estas constelaciones a menudo quedan inconclusas y abiertas. Es suficiente que se hayan puesto en marcha. Podemos confiar en que proseguirán. Porque estos movimientos no sólo muestran algo, por ejemplo la solución de un determinado problema. Son ya los pasos sanadores decisivos, e igual que en la sanación, por regla general, necesitan de su tiempo. Son el inicio de un movimiento sanador.

Las Constelaciones Familiares en sintonía con los movimientos del espíritu requieren, que — sobre todo el facilitador— se mantenga en concordancia con estos movimientos. Eso quiere decir que en primer término él abarque a todos con el mismo amor, más allá de los límites del bien y del mal. Esto únicamente lo logra si aprendió a prestarle atención a los movimientos del espíritu, de modo que pueda percibir de inmediato se desvía del amor. Por ejemplo, si interiormente culpabiliza a alguien de un hecho, o si compadece a alguien por lo que tiene que sufrir. Desviaciones de este amor las vivenciamos en nosotros una y otra vez. Si aprendimos a ponerle atención a los movimientos de la conciencia espiritual y a subordinarnos a su disciplina, pronto estaremos reintegrados en concordancia con el movimiento de amor hacia todo, tal como debe ser.

La conciencia personal

Los límites más estrechos en contra del amor los traza la conciencia personal. Porque nuestras diferenciaciones usuales entre el derecho de pertenencia o la pérdida de pertenencia quedan establecidas y aprobadas por esta conciencia. Desde luego que esta diferenciación tiene una importancia fundamental para la supervivencia y en el ámbito de ciertos límites no puede ser

sustituida por nada. Esta conciencia primordialmente le pone sus límites a los niños. Para los niños, el cumplimiento de las formas de pensar y actuar, que exige esta conciencia, es importante para su supervivencia, inclusive el recelo hacia aquellos que siguen otra conciencia personal porque se hallan enlazados a otro grupo, inclusive su rechazo y hasta su represión.

Esta conciencia, como buena conciencia, por un lado posibilita y asegura la supervivencia, por otro pone en peligro la supervivencia, en cuanto dirige a nuestro grupo hacia conflictos con otros grupos y hacia enfrentamientos mortales.

En la conciencia personal radica la necesidad de compensación. Esta necesidad es un movimiento de la conciencia, porque tenemos una buena conciencia cuando les regresamos en forma equivalente algo a aquellos que nos han dado; para que se pueda dar una compensación entre el dar y el tomar.

La misma buena conciencia también la tenemos cuando allí donde no podemos regresar de forma igual, podemos transmitir algo de forma equivalente. Por consiguiente tenemos una mala conciencia cuando tomamos sin dar algo equivalente, o si formulamos demandas que no nos corresponden.

También aquí la conciencia personal tiene una tarea fundamental al servicio de nuestras relaciones, es esta necesidad está al servicio de nuestra supervivencia, sin embargo sólo dentro de determinados límites.

La conciencia personal también sirve en su función de compensación, similar como en su función de vincularnos a nuestra familia, tanto a la vida, como a la supervivencia, como también a la inversa, en cuanto se sobrepasan ciertos límites. También aquí lleva a la muerte.

En la conciencia personal haciendo referencia a la vinculación, es la segregación de otros grupos la que puede llevar a conflictos graves —hasta llegar a la guerra.

Con respecto a la necesidad de compensación, es la extensión de esta necesidad de compensación del perjuicio mutuo y de la vulneración mutua, hasta llegar a la venganza mortal, por ejemplo a la venganza de sangre.

En la misma dirección se dirige la necesidad de expiación, si por penitencia, debido al dolor y al daño que hemos ocasionado a otros, también nos imponemos un dolor, nos restringimos y nos dañamos.

En este contexto también pertenece la expiación sustituta. Por ejemplo, si un niño expía por sus padres, pero también si la madre o el padre esperan que él lo asuma por ellos. Por ejemplo, si en su lugar se enferma y muere, como lo hemos podido observar frecuentemente en el trabajo de Constelaciones Familiares.

Sin embargo, esto ocurre de ambos lados, en gran medida de forma inconsciente, ya que aquí también juega un rol la conciencia colectiva. Pero aquí siempre se trata de una compensación que está en oposición a la vida, que daña a la vida y que hasta la sacrifica —con buena conciencia y con la sensación de inocencia.

¿A qué le tenemos que poner atención, en el trabajo de Constelaciones Familiares, para mantenernos en la conciencia personal dentro de los límites que están al servicio de la vida?

Tenemos que dejar atrás los límites de la diferenciación entre lo bueno y lo malo. Si en Constelaciones Familiares nos mantenemos en el ámbito de influencia de la conciencia personal, por ejemplo, si junto con el cliente rechazamos a otros, sólo estamos al servicio de la vida de una manera muy limitada. Entonces estamos, como esta conciencia, por un lado al servicio de la vida y por otro al servicio de la muerte.

La conciencia colectiva

¿Qué hay que tener en cuenta con respecto a la conciencia colectiva en Constelaciones Familiares?

- Primeramente, que ni nosotros, ni el cliente, excluya a alguien de la familia. Que busquemos los excluidos en nuestro caso y en el del cliente, que los miremos con amor y que los acojamos con amor. Eso sólo lo podemos lograr, si hemos superado la diferenciación entre lo bueno y lo malo y si podemos abarcar con nuestra mirada también a los niños no nacidos, sea lo que fuere, lo que esto nos cueste. Aquí se necesita tanto de valor, como de claridad.
- En segundo término tenemos que atenernos al orden de jerarquía. Esto quiere decir en primer lugar que hemos de estar conscientes que debido a nuestra ayuda, temporalmente pasamos a formar parte de la familia del cliente. Pero llegamos los últimos a esa familia y por ello ocupamos el último lugar.

¿Qué sucede si un facilitador se comporta como si ocupara el primer lugar, incluso un lugar anterior o por encima de los padres?

Sucedería que fracasaría. También el cliente fracasa si infringe el orden de jerarquía y si en esa actitud incluso es apoyado por el ayudador. Por ejemplo, si junto con él, toma de una u otra forma una posición contra los padres.

La infracción del orden de jerarquía también implica, a veces, peligro de muerte. Por ejemplo, si el cliente ha cargado algo por sus padres que no correspondía por orden de jerarquía. Entonces, a menudo, les dice interiormente: «Yo en lugar de ustedes».

También para el facilitador el infringir el orden de jerarquía puede resultar peligroso. Por ejemplo, si se arroga asumir algo por el cliente, que éste tiene que cargar por sí mismo. Entonces se coloca por encima del cliente, como posiblemente éste, a su vez, por encima de sus padres y como quizás también el facilitador ha intentado hacerlo de niño con sus padres. Pero sobre todo si el facilitador tiene la pretensión de cambiar el destino del cliente o de protegerlo del mismo.

Sólo dentro del ámbito del orden de jerarquía, el ayudador se mantiene en su fuerza y el cliente encuentra la solución apropiada a él, aquí en sentido doble.

Con respecto a la conciencia colectiva, en Constelaciones Familiares, sólo necesitamos mantenernos dentro de los límites que ella nos impone, porque estos límites son amplios y abiertos.

Resultado

En Constelaciones Familiares, la conciencia espiritual nos lleva más allá de los límites de la conciencia personal, mediante su amor hacia todos. También nos protege de desobedecer los límites de la conciencia colectiva, ya que abarca a todos de la misma manera.

De manera especial, toma en cuenta el orden de jerarquía, porque en nuestro caminar con los movimientos del espíritu nos sabemos iguales y de calidad semejante a todos los seres humanos, con todos de la misma manera.

En las Constelaciones Familiares del Espíritu todos nos mantenemos en el amor, siempre en el amor total. Sólo las Constelaciones Familiares del Espíritu están siempre y en todos lados, exclusivamente al servicio de la vida, del amor y de la paz.

Reflexiones

Lo posible

La noche de Navidad me encontraba sentado frente a la chimenea abierta y contemplaba como las llamas iban consumiendo la madera, hasta que, cada vez, se hacía menos y finalmente ya sólo ardía.

Mientras estaba sentado así y me dejaba llevar internamente por este movimiento arcaico, me surgieron algunas frases.

Todo se consume por algo, a cuyo servicio está.

Cada quien arde por sí solo.

Lo que se ha quemado, aún arde por largo tiempo.

Antes de extinguirse, a veces, vuelve a encenderse.

Lo que se quema, se convierte en cenizas, de las cuales surge algo nuevo.

La guía

En el ámbito del espíritu, aquí especialmente en las Constelaciones Familiares del espíritu, todo depende hasta qué punto nos dejamos guiar, hasta qué punto entramos en sintonía con un movimiento del espíritu, que nos coge y al que obedecemos.

Esta guía la vivenciamos de múltiples maneras.

- En primer término la experimentamos como comprensión inmediata, quiere decir, una comprensión que justamente nos es obsequiada en el instante en el que tenemos que actuar. Es la comprensión del hacer que toca, si por ejemplo, alguien nos pide ayuda y apoyo. Esta comprensión siempre es nueva. Es sorprendente y exige de nosotros, que la obedezcamos de tal manera como fue obsequiada. Si comenzáramos a dudar, nos sentiríamos inmediatamente desamparados. Nos sentiríamos abandonados por esa guía, entregados a las reflexiones e intenciones propias. Nos sentiríamos devueltos a experiencias anteriores y



cercenados de lo que en verdad se trata, de lo verdadero. En este ámbito del espíritu, sea lo que fuere, lo que nosotros por nosotros mismos pongamos en movimiento y lo que nosotros tratemos de solucionar, queda atorado. Le falta la fuerza que necesita, para poner en orden —en sintonía con el espíritu en nosotros mismos y en otros— lo que ha estado en desorden, porque se oponía al amor.

- En segundo término vivenciamos esta guía como claridad y fuerza, sin tener que preguntar o pedirles ayuda a otros. La guía del espíritu no tolera a otros junto a sí, ni dictamen, ni objeción, ni crítica alguna. Porque proviene, en regla general, de aquellos que de una u otra manera se evaden de la guía del espíritu o se oponen a ella. Los reconocemos como abandonados por el espíritu, que obstruyen el camino del amor y con ello a un movimiento, que vuelve a unir, aquello que se hallaba en oposición.

La búsqueda

La verdadera, la búsqueda más profunda, es nuestra búsqueda de comprensión de ese saber esencial, que es el que al final vale. Sólo este saber permanece, sólo este saber une, sólo este saber es amor. A esta búsqueda somos llevados. Una fuerza nos lleva hacia allí, donde por nosotros mismos jamás podríamos transitar.

¿A dónde nos lleva en última instancia? ¿Nos lleva hacia arriba o nos lleva hacia abajo?

Siempre nos lleva hacia abajo, hacia allí, donde nos encontramos unidos a todos, unidos con amor.

Solamente abajo, con muchos y con todo conjuntamente abajo, miramos hacia arriba, miramos hacia delante y encontramos conjuntamente aquello que nos supera, que nos supera infinitamente. Recién allí encontramos la calma sin búsqueda, porque somos llevados, llevados con seguridad, con seguridad consciente.

¿Qué nos distrae de esa búsqueda?

Si buscamos en otro lado ese saber y esa guía, si buscamos otras manos como guía, si buscamos un saber que pronto se desvanece. Por ello, en esta búsqueda y en este camino, aunque lo andemos con muchos otros, nos encontramos después de todo, solos, solos con esta fuerza, con el espíritu, sin buscar otro saber, sin buscar otra guía.

Esta búsqueda y esta fuerza nos llevan al actuar, al actuar con amor, al actuar que enlaza a muchos. Si bien nos hallamos en este amor, en el amor completo, permanecemos en él solamente si somos guiados, ampliamente, guiados profundamente, guiados solitariamente, colmadamente guiados.

Búsqueda y encuentro se hacen aquí uno. Amor y saber se hacen aquí uno. Regocijo y dolor se hacen aquí uno. Tomar y soltar se hacen aquí uno y principio y fin se convierten aquí en una unidad, porque todo permanece

La benevolencia

Querer bien a otros es un movimiento de amor. Nosotros sentimos esa benevolencia de varias maneras. Por un lado de ser humano a ser humano, ante todo entre hombre y mujer, cuando quieren permanecer juntos una vida entera.

- La benevolencia mutua los une de una manera venturosa. Aún con los que han permanecido ajenos a nosotros, podemos ser benevolentes.
- La benevolencia supera lo desconocido, sin que por ello excedamos esta actitud interna, como por ejemplo, acercándonos o complaciéndolos.
- La benevolencia por sí sola ya nos acerca y nos pone al alcance de otros.
- La benevolencia la aprendemos y la ejercitamos de una manera extensa, si entramos en concordancia con los movimientos de aquel espíritu que todo lo mueve, tal como es, que todo lo quiere, tal como es, porque lo piensa, como es.

Por ello está dirigido a todo, tal como lo piensa y lo mueve. Si nos sintonizamos con estos movimientos, si somos abarcados por ellos y si ellos nos cogen en su movimiento, también nosotros nos descubrimos dirigidos a todo, tal como es.

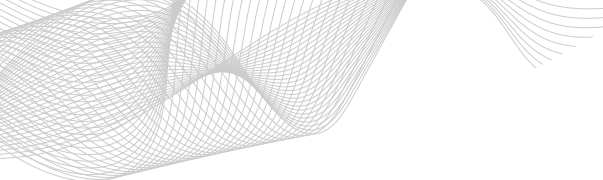
Nos encontramos consagrados a él benévolamente.

¿Es esta benevolencia lo mismo que nuestra benevolencia de ser humano a ser humano?

Es una benevolencia del espíritu, una benevolencia en sintonía con los movimientos del espíritu. Esta benevolencia es en primer término un asentimiento a todo, tal como es, también a aquello que a nosotros y a otros les causa miedo. Por lo tanto, en el fondo, es el asentimiento a los movimientos del espíritu tal como mueven todo.

Este asentimiento se dirige en primer término a este espíritu, tal como mueve todo y recién en segundo término hacia aquello que él mueve. Sea lo que sea lo que él mueve, nosotros primero lo miramos a él y sólo junto con él a aquello que mueve. Por ello mantenemos la distancia hacia aquello que él mueve y renunciamos a toda intención propia.

Nuestra benevolencia permanece por consiguiente sin intención. Deja a cada cual y a todo ahí, a donde exclusivamente pertenece, hacia donde exclusivamente se dirige por sí mismo, hacia donde exclusivamente encuentra y completa su destino. A la vez, también nosotros nos quedamos ahí, ahí a donde pertenecemos, hacia donde nos movemos, hacia donde nuestro destino fue predeterminado y donde movido por este espíritu, tal como lo quiere, se cumple para nosotros.



La expectativa

La expectativa cesa cuando nos mantenemos en el instante. Porque todo lo que nosotros anhelamos está más allá del instante. La expectativa evita que podamos mantenernos en el instante. Mediante la expectativa, lo perdemos. Ante todo perdemos lo que nos obsequia el instante. El nos regala más de lo que esperamos, porque lo que nos ofrece el instante, eso lo tenemos y lo tenemos con seguridad.

Muchas expectativas están llenas de regocijo. Al mismo tiempo vienen acompañadas por el temor, si es que se van a cumplir —si es que se van a cumplir de acuerdo a nuestros anhelos—. Tanto este regocijo, como este temor, nos paralizan. Evitan que nos abramos en todos los aspectos a aquello que viene y tal como viene. La expectativa nos determina en nuestros conceptos, de lo que viene y de aquello a lo que nosotros nos hemos dispuesto.

Si nos mantenemos en el instante, tenemos lo ahora posible, ahora —y lo tenemos completamente—. En el instante, estamos abiertos sobre todo a sorpresas y al siguiente hacer que toca. Sólo en el instante se muestra lo uno y lo otro. Sólo en el instante estamos abierto y listos para ambos.

¿A qué esperamos entonces?

Sólo él continúa y nos llena consigo. Él es aquello que podemos esperar con seguridad.

¿Cómo esperarlo?

Recogidos y serenos para — él preparados y dispuestos.

Delante

El movimiento creador siempre es un movimiento hacia algo nuevo. Va hacia delante. También el amor va hacia delante y la benevolencia va hacia delante. También el entendimiento y la comprensión van hacia delante.

Así también sucede con el recogimiento. Centrados, sólo podemos estar hacia lo próximo, hacia delante, en verdad, a lo realmente próximo, al siguiente hacer que toca.

¿Qué sucede entonces con el instante?

Él es ahora. Pero también el ahora es delante y delante de nosotros, tanto en el tiempo como también en aquello que vendrá. Porque lo próximo viene ahora. El ahora está delante y dirigido hacia delante.

¿Qué sucede con nuestros sueños para el futuro y nuestros conceptos, acerca de cómo debe ser nuestro futuro? ¿Realmente se encuentran delante o se encuentran detrás de nosotros? ¿A qué se ajustan estos conceptos? ¿Se encuentran dirigidos en forma creadora hacia delante o se nutren de algo pasado, de una expectativa pasada?

Mas bien se interponen a lo verdaderamente creador y nuevo, porque con facilidad nos determinan en algo, que sólo puede tener poco futuro. Entonces, sólo lo próximo es nuevo. Sólo aquello que se encuentra próximo y delante nuestro, nos torna de manera creativa.

¿Qué sucede entonces con lo pasado? ¿Qué sucede con lo pendiente? ¿Qué sucede con lo que no se logró? ¿Qué sucede con la culpa y sus consecuencias? ¿Qué sucede si nos detenemos allí?

Dejamos escapar lo nuevo, lo creativo. Dejamos escapar aquello que hace avanzar. Si realmente miramos hacia delante y nos movemos hacia delante, lo pasado viene con nosotros. Pero solamente si puede ser pasado, completamente pasado. Porque lo próximo es aquello hacia donde también quiere ir lo pasado. Quiere ir hacia delante.

Lo ligero

Lo espiritual es, ante todo, amplio y ligero. También los movimientos del espíritu, si entramos en sintonía con ellos, se muestran ligeros. Nos desligan de aquello que nos tira hacia abajo, ante todo de aquello que nos arrastra a nuestro pasado.

¿A qué pasado? ¿Aquí solamente a nuestro pasado personal? ¿O también al pasado de nuestros padres y de nuestros antepasados? ¿Quizás también al pasado de nuestras vidas pasadas, como que ese pasado aún no hubiera acabado? ¿O también nos arrastra al pasado de todos los seres humanos y al pasado de aquellos seres humanos con los cuales entramos en relación, sea ésta cercana e íntima o sea una relación que nos aleja de nosotros mismos a una lejana y hostil?

Todo pasado es incluido en los movimientos del espíritu. Ellos se hallan en sintonía con cada pasado, tal como fue, también con el nuestro. Sin embargo entrelazado con todo otro pasado. En los movimientos del espíritu todo pasado es correcto, tal como fue. En ellos todo pasado está también inconcluso, porque se halla todavía en movimiento. En este movimiento todo pasado — así es mi imagen — es ligero, porque aún está en movimiento. También para nosotros se hace ligero, tenemos permiso que se nos haga leve.

¿Cómo se hace para nosotros ligero?

Si en todo nos mantenemos en los movimientos del espíritu, en un movimiento, que continúa, que siempre va hacia delante.

¿Hacia dónde delante?

Hacia la sintonía con todos, que con nosotros son movidos hacia delante, que conjuntamente con nosotros son movidos hacia delante.

¿A qué movidos?

A la sintonía del amor del espíritu hacia cada uno, tal como es, con su pasado, tal como fue, y con su consumación, sea cual fuere. Esta consumación es espiritual y es ligera, ligera desde ahora.

¿Y cómo es eso?

Ya que es amor, amor puro desde ahora, amor del espíritu.

¿Qué más nos hace ligeros?

La grandeza de nuestro pasado, la grandeza del pasado de nuestros padres y de nuestros antepasados, la grandeza del pasado de nuestras vidas pasadas y la grandeza del pasado de toda la humanidad. Ligeros también nos hace el pasado de los seres humanos, con los cuales nos hallamos en relación, sea ésta cercana e íntima, o lejana y hostil. También esta grandeza es llevada por el movimiento del espíritu hacia nuestro futuro común y —en sintonía con los movimientos del espíritu— ya ahora nos completa y en su plenitud nos hace ligeros.

La sintonía

Entrar en sintonía con un movimiento que va hacia delante y que continúa. Con él, también nosotros vamos hacia delante, alejándonos de algo que queda detrás de nosotros, de algo que ya ha pasado. Entrando en concordancia llegamos a la calma, pero a la calma dentro de un movimiento. Llegamos a la calma, porque en este movimiento logramos algo. Lo logramos, porque vamos con ese movimiento, mejor dicho, porque somos llevados por ese movimiento.

No siempre nos vivenciamos en sintonía, porque a menudo, ahí hacia donde la sintonía nos conduce, también nos llega a causar temor. Mantenerse en sintonía exige de nosotros la valentía última. La sintonía exige de nosotros la completa entrega y el amor total, el amor hacia todo, tal como es.

En la sintonía nos volvemos altruistas y puros hasta en lo Último. En la sintonía estamos unidos a todo, tal como es. En la sintonía se nos acerca todo, tal como es. Se abre y se transforma para nosotros, porque estamos con él en sintonía. Recién cuando logramos sintonizarnos con el movimiento del espíritu en el otro, estamos también en sintonía con el movimiento del espíritu en nosotros.

Estar presente

¿Qué está ahí presente?

Todo está ahí presente.

¿Cuándo estuvo ahí presente?

Lo que ahora está ahí presente.

¿Estuvo anteriormente ya presente?

Todo lo que fue.

¿Sigue estando ahí presente?

¿Si yo pienso en eso, está ahí presente de diferente manera?

¿Existo yo de manera diferente, por estar ahí presente simultáneamente con todo lo que fue y porque lo otro que fue, está simultáneamente presente ahí conmigo, en efecto, así como fue?

Por lo tanto ¿cambia algo en mí, porque eso que fue, puede ser tal como fue y yo estoy presente con él, tal como fue?

¿Qué simultáneamente está ahí presente conmigo, así como fue, sin el pensamiento o el deseo, que fuera o se hiciera diferente y que por consiguiente nada tiene derecho a cambiar en él?

Por lo tanto ¿nada tiene derecho a cambiar en él, sólo porque de pronto está ahí presente para mí, exactamente como es, exactamente como fue?

Hace una gran diferencia para mí, para mi experiencia y para mi existir, si me vivencio con todo ahí, así como fue. Así llego a mi plenitud, sin actuar, solamente porque me vivencio y me sé ahí presente con todos.

Tal vez hace también una diferencia para aquello que ahí fue, que yo exista así, como soy, que me sepa simultáneamente presente con él y que pueda participar en mi existir, solamente porque también yo estoy presente. Es decir, que todo lo que fue, se experimenta como un más y

como abundante, sólo porque también yo estoy ahí presente, sin que en él o en mí cambie algo.

Nuestra existencia se hace más abundante, pudiendo estar presente todo como fue, que por siempre pueda estar así presente como fue, y que también nosotros podamos estar presentes para todo, tal como somos —con todos conjuntamente, solamente ahí presentes—.

¿Cómo juntos y ahí presentes?

Con amor hacia todo, tal como fue y ahora sigue siendo para nosotros.

¿Qué tiene eso en común con las Constelaciones Familiares del Espíritu?

En las Constelaciones Familiares de Espíritu se muestra, que todo lo que anteriormente no podía estar presente, ahora tiene derecho a estar ahí presente, en efecto así, como fue y así, como es. Tiene derecho a estar presente junto con nosotros, tal como somos. Si todo tiene derecho a estar presente ahí, tal como fue y como es, lo vivenciamos como plenitud.

A veces falta algo, para que algo pueda y se le permita estar totalmente ahí presente, tal como es. Hace falta que lloremos lo que nos ha separado, que lloremos lo grave y lo malo que nos ha desunido. Pero lo lloramos sin pesar. Solamente lo lloramos con amor, despiertos y presentes, totalmente ahí presentes.

La conciencia

¿Quién tiene conciencia?

Todo tiene conciencia, ante todo, todo lo que vive tiene conciencia. Pues sin conciencia no supiera qué es lo que necesita para vivir y para transmitir la vida. Esta conciencia supera en mucho la vida individual, porque sabe, de qué manera está unido el ser vivo a otros seres vivos, cómo están mutuamente entrelazados, de modo que mutuamente se mantienen en la vida y la fomentan. Pero no todo lo que vive es consciente de que tiene conciencia. Sin embargo se comporta como si tuviera conciencia.

¿Dónde se encuentra entonces esa conciencia? ¿Puede estar en los diferentes seres vivos? ¿O esta conciencia es movida y dirigida por otra conciencia?

De tal forma movida, a la par con muchos otros seres vivos hacia metas, que les son inconscientes a los diferentes seres vivos pero que están a su servicio, como si estuvieran conscientes.

Del ser humano decimos que tiene conciencia. Él es consciente de que tiene conciencia.

¿Pero se diferencia su conciencia determinantemente de la conciencia de otros seres vivos? ¿No es movido y conducido también él ampliamente por una conciencia que permanece inconsciente, aunque muchas veces se comporte o tenga que comportarse, como si le fuera consciente? ¿Cuánto sabe él de su conciencia? ¿Hasta que punto puede vincularse de forma consciente con esta conciencia y la puede conducir, como que fuera su conciencia? ¿Hacia dónde es guiado, si se comporta como si fuera su conciencia y como si tuviera en sus manos los movimientos fundamentales de su vida?

Pronto se hace consciente, de que su conciencia personal está limitada, que él perdería posiblemente lo esencial para su vida si fuera dejado a solas con ella.

Por lo tanto, ¿dónde se halla para nosotros la verdadera conciencia?. ¿dónde se halla para nosotros la conciencia amplia?

Somos cogidos por ella, incluso cogidos de tal manera que se nos hace consciente, pero sabemos, que se extiende mucho más allá de nosotros, tan lejos que lo vivenciamos como infinito, infinito en el sentido que nos lleva a un ámbito ante el cual flaqueamos con nuestra conciencia.

¿Qué ámbito es ese?

Es un ámbito espiritual. Ya partiendo de esa base es para nosotros infinito. Es un ámbito creador, porque todo lo que se halla ahí es pensado creativamente. Quiere decir, es pensado de tal manera, que se halla ahí presente, tal como fue pensado. Todo lo que está presente proviene por lo tanto de una conciencia, de una conciencia infinita, aunque para nosotros esté ahí presente.

Por consiguiente ¿hacia dónde se dirige nuestro camino, si nos estamos conscientes de esta conciencia?

Nosotros vamos con esta conciencia, así como nos piensa y mueve. Vamos conscientemente con esa conciencia, entregados a ella, totalmente entregados, hasta que en todos los aspectos nos vivenciamos como en unidad con ella.

¿Qué significa esto para nuestra vida cotidiana? ¿Qué significa para nuestro amor? ¿Qué significa para nuestro hacer?

Vamos de la mano con todo tal como sucede. Vamos despreocupadamente, porque en todo momento nos vivenciamos movidos por esta conciencia. También acompañamos despreocupadamente lo que a otros les sucede, lo que al mundo le sucede, porque estamos conscientes que todo es movido por esta conciencia, tal como es. Vamos conscientemente con esta conciencia. Vamos creativamente con ella, a la vez movida creativamente por ella.

Entonces ¿seguimos siendo nosotros mismos?

Es, hasta en este caminar consciente que cobramos conciencia de nosotros mismos.

Nos hacemos conscientes, de cómo somos movidos por esta conciencia, movidos en todo.

Entonces ¿existe aún algo a la par o fuera de esta conciencia? ¿Puede haber otra cosa independiente de ella?

Al final experimentamos, que para nosotros sólo resta una cosa, sólo una cosa permanece consumada: esta conciencia.

¿Qué significado tiene para nosotros «Constelaciones Familiares del Espíritu»?

Significa permanecer en sintonía con esta conciencia, en nosotros y en el otro, en sintonía con los movimientos de esta conciencia —como se muestra en nosotros y en los otros— y sólo hasta donde se muestran.

Finalmente ¿de qué depende el trabajo en Constelaciones Familiares del Espíritu?

De que algo se nos vuelva consciente, consciente así como es movido por esta conciencia: correctamente movido para nosotros, movido creativamente, movido con todos en sintonía, movido con amor, movido con el amor de esta conciencia, movido con el amor por todo y por todos.

El vínculo

Un vínculo une.

Por ejemplo el vínculo de por vida de hombre y mujer. También nos vivenciamos a otros vinculados por amor, por ejemplo a nuestros padres y a nuestra familia. Nos aliamos a otros por una tarea en común.

A veces también nos aliamos contra otros. La alianza contra otros cesa cuando con ellos hacemos la paz, si con ellos nos unimos en una alianza de paz. Entonces, de la situación uno contra otro, se da el uno para el otro.

La pregunta es: ¿estamos en un vínculo también con nosotros mismos? ¿Estamos vinculados con nuestro cuerpo? ¿Estamos vinculados con nuestros padres? ¿Estamos vinculados y conformes con nuestro destino?

Ante todo, ¿estamos también vinculados con aquellos de los que nosotros o nuestra familia nos quisieran deshacer, con aquellos que nosotros o nuestra familia quisimos olvidar y olvidamos? ¿Estamos en vinculación con aquellos que nosotros o nuestra familia hemos ocultado? ¿Estamos aún en vinculación con aquellos a los que les debemos algo importante, por ejemplo parejas anteriores o maestros o seres humanos que han acudido a nuestra ayuda, cuando nos hallábamos en necesidad o enfermos?

Si nos confrontamos con esto, sentimos qué tanto algo nos falta, qué tanto ellos nos faltan, qué tanto les faltamos nosotros a ellos, porque ya no nos encontramos unidos a ellos en un vínculo con amor, con agradecimiento, con dolor y arrepentimiento. Sentimos de pronto lo muy solos que estamos sin ellos.

¿Cómo nos comportamos para poder restablecer el vínculo, al menos en pensamientos y en el corazón?

Abrirnos para ellos nuestro corazón con amor.

A veces nos resulta difícil, sobre todo cuando nos sentimos culpables o en deuda con ellos.

¿Cómo logramos entonces renovar el vínculo con ellos?

Reconocemos que aquellos que nosotros hemos separado y excluido del vínculo siguen perteneciendo a nosotros —y nosotros a ellos—. Es sobre todo este reconocimiento lo que restablece el vínculo. De pronto nos sabemos más abundantes, más completos y nos sentimos enteros.

Las Constelaciones Familiares, donde se logran, se hallan en vinculación con los excluidos y los olvidados. Los regresan a nuestro vínculo —y a nosotros al de ellos—. A esto, se opone a veces que también el facilitador de una constelación se rehúsa a una vinculación con los excluidos.

Por ejemplo, mientras junto con el cliente cierra los ojos ante aquellos, que están esperando ser reintegrados al vínculo. Por ejemplo, ante aquellos ante los que el cliente se hizo culpable.

A través de las Constelaciones Familiares del Espíritu se logra reconstituir y sellar el vínculo fracturado de la forma más fácil, porque las Constelaciones Familiares del Espíritu van con un movimiento del espíritu, que a todos mueve con un amor igual. De ahí que al final el vínculo verdadero, el que permanece, es el vínculo del espíritu. Nosotros sellamos el vínculo con todos los que pertenecen a nosotros, en sintonía con el reconocimiento y la entrega del espíritu hacia

todos por igual. Nadie puede quebrar este vínculo, como si tuviera el derecho o la fuerza para ello, porque también el vínculo fracturado permanece intacto para el amor del espíritu.

Por lo tanto, ¿qué es lo que nos une profundamente con todos, con los que estamos o estuvimos entrelazados conformando nuestra vida?

Este otro amor, este amor amplio, este amor humilde. Nuestro vínculo con este espíritu y con su amor, y nuestro amor inspirado y sostenido por este espíritu hacia todos y todo, tal como es, es un vínculo de amor.

Lo que enferma, lo que sana en familia

Comentario previo

Este capítulo señala el desarrollo que ha habido en la comprensión sobre trasfondos de la historia familiar, en relación con aquello que enferma y obstruye el camino de la salud.

Al principio se daban las observaciones de los movimientos de la conciencia personal y el amor de vinculación en el alma, como quedó visible y patente a través del trabajo sobre Constelaciones Familiares, además de las consecuencias que ello tenía para la salud y la enfermedad. De todas ellas trata el primer capítulo: «Amor que enferma, y amor que sana».

Estas comprensiones se mantienen en el radio de alcance de la conciencia y por ello pronto llegan a sus límites. Se trata de las comprensiones acerca de los movimientos del espíritu, las que permiten ver la salud y la enfermedad con otra luz. Sea cual fuere el destino de cada quien, estos movimientos mueven a todos por igual y los toman a su servicio. Las comprensiones llevan a soluciones, que dentro del ámbito de la conciencia, no pueden ser percibidas ni abordadas. De ellas trata el siguiente capítulo: «Salud y sanación desde el punto de vista espiritual». Saca a la luz el alcance de nuestras implicaciones y qué es lo que nos expone a ellas. Se producen sobre todo cuando se infringe el derecho de pertenencia de cada uno, excluyendo a alguien que debiera pertenecer y que por la vulneración del orden de jerarquía, cuando alguien se pone por encima de los que estuvieron con anterioridad, a los que debiera encontrarse subordinado.

En relación a ello, traigo ejemplos acerca de los trasfondos de enfermedades graves, como salen a la luz a través de las Constelaciones Familiares del Espíritu, y describo caminos hacia su sanación.



Amor que enferma, amor que sana

Muchas personas tienen la imagen de que a través de una enfermedad o de su muerte pudieran cargar con el sufrimiento o la culpa de otros miembros de la familia. Se enferman o tienen accidentes o hasta se suicidan, porque añoran a miembros finados de su familia y quieren unirse a ellos a través de la muerte. Las observaciones y comprensiones de Constelaciones Familiares, que a continuación voy a describir, ayudan a descubrir y comprender esas ideas enfermizas y a superarlas de manera sanadora.

El vínculo y sus consecuencias

En una familia todos los miembros se hallan relacionados entre sí a través del destino. Donde más fuerza cobra este vínculo creado por el destino es entre hijos y padres. También es fuerte entre hermanos y entre hombre y mujer. Un vínculo especial se da ante todo con aquellos que se han creado su sitio, particularmente si éstos tuvieron un destino difícil. Por ejemplo, el vínculo que se desarrolla entre los hijos de un segundo matrimonio del hombre hacia su primera mujer, si ésta murió de parto.

Similitud y compensación

Por este vínculo, los posteriores y más débiles pretenden sujetar a los anteriores y más fuertes para que éstos no se vayan, o si ya se fueron, para seguirles.

Además este vínculo ocasiona que aquellos que tienen una ventaja, pretendan asemejarse a los que sufren una desventaja. Así pues, los hijos sanos quieren parecerse a sus padres enfermos, y miembros posteriores inocentes desean asemejarse a padres o antepasados que fueron culpables. Por este vínculo, los sanos se sienten responsables de los enfermos; los inocentes de los culpables; los felices de los desdichados y los vivos de los muertos.

Por tanto, los que reciben la ventaja están dispuestos a arriesgar y a ofrecer su salud como su inocencia, su vida como su felicidad, por la salud, la inocencia, la vida y la felicidad de otros, ya que albergan la esperanza de poder asegurar o salvar la vida y la felicidad de otros miembros de esta comunidad, renunciando a su propia vida y a su propia felicidad.

A menudo, hasta esperan poder recuperar y restablecer la vida y la felicidad de otros, aunque ya estén perdidas desde hace tiempo y se hayan acabado.

Del vínculo y del amor que esta relación comporta en la comunidad de la familia y de la red familiar, nace la necesidad imperiosa de llegar a un equilibrio entre la ventaja de unos y la desventaja de otros, entre la inocencia y la felicidad de unos y la culpa y la desdicha de otros, entre la salud de unos y la enfermedad de otros, y entre la vida de unos y la muerte de otros. Es esta necesidad la que lleva a una persona a desear también la desdicha donde otro miembro familiar fue desdichado; donde otro cayó enfermo o contrajo una culpa, una persona sana o inocente también enferma o se hace culpable; y donde una persona querida murió, otra persona próxima a ella desea morir también.

En el seno de esta comunidad tan estrechamente unida por el destino, el vínculo y la necesidad de compensación llevan a la participación y a la imitación de la culpa y de la enfermedad de otros, de su destino y de su muerte. Asimismo, se intenta pagar la salvación de otros con la desgracia propia; la curación de otros, con la propia enfermedad; la inocencia de otros, con la culpa o la expiación propia; y la vida de otros, con la propia muerte.

La enfermedad sigue al alma

Dado que esta necesidad de semejanza y compensación anhela la enfermedad y la muerte, por así decirlo, la enfermedad sigue al alma. Por tanto, aparte de la ayuda médica en un sentido más estricto, la sanación requiere también de la ayuda de personas que conocen las necesidades del alma, bien sea que el médico mismo reúna ambos aspectos, bien sea que otra persona complemente el trabajo médico, atendiendo al psique. Mientras el médico se esfuerza por curar la enfermedad a través de su tratamiento, el psicoterapeuta más bien se retiene, ya que, lleno de asombro, se halla ante fuerzas con las que le parecería arrogante competir. Así pues, intenta cambiar un destino fatal estando en sintonía con las fuerzas, convirtiéndose más bien en su aliado que en su enemigo.

A este respecto quisiera referir un ejemplo:

«Mejor yo que tú»

Durante una hipnoterapia en un grupo, una mujer joven con esclerosis múltiple se vio a sí misma de niña arrodillada delante de la cama de su madre paralítica, formulando interiormente este propósito: «Querida mamá, mejor que sea yo que tú». Para los demás participantes del grupo fue una experiencia profundamente conmovedora ver cuánto ama una hija a sus padres, y cómo la mujer joven se sentía en paz consigo misma y con su suerte.

Una participante, sin embargo, no pudo soportar ese amor dispuesto a tomar sobre sí enfermedades, dolores e incluso la muerte por el bien de la madre. Le dijo al terapeuta: «¡Deseo de todo corazón que puedas ayudarle!».

El terapeuta se quedó perplejo.

¿Cómo es posible que alguien osara tratar el amor de una criatura como si fuera algo malo? ¿Acaso no heriría el alma de la criatura, agravando su sufrimiento en vez de aliviarlo? ¿Acaso la hija no guardaría aún más celosamente su amor a la madre, aferrándose más apasionadamente a su esperanza y a su propósito, surgido en aquel momento de salvar a la madre amada a través de su propio sufrimiento?

Al respecto quisiera presentar un ejemplo más.

Una mujer joven, que también padecía esclerosis múltiple, configuró en un grupo su familia de origen y la trama relacional que reinaba en su seno. Estaban colocados la madre y a su izquierda el padre. Enfrente de ellos se encontraba la paciente, como hija mayor, y a su izquierda el hermano siguiente, que murió de un paro cardíaco a los catorce años, y a la izquierda de éste, el hermano más joven.

El terapeuta le pidió al representante del hermano muerto que saliera de la puerta, lo cual, en una Constelación Familiar así, significa morir. En el momento en el que salió de la puerta, la cara de la hija se iluminó de golpe, y también la madre se sintió mucho mejor.

Después el terapeuta envió fuera al hermano menor, y después al padre, porque había notado que también ellos tendían a salir del sistema. En cuanto salieron todos los hombres —lo cual significa que todos estaban muertos—, la madre se enderezó con un gesto triunfante, quedando claro que era ella, la que se sabía presa de la muerte —cualquiera que fuera el motivo— y también, cuán aliviada se sentía al ver que otros estaban dispuestos a cargar sobre sí la muerte, en lugar de ella.

A continuación, el terapeuta volvió a llamar a los hombres y, en su lugar, envió fuera a la madre. De repente, todos se sintieron liberados de la obligación de participar en el destino de la madre, y se encontraban bien.

El terapeuta, sin embargo, sospechaba que también la esclerosis múltiple de la hija estuviera relacionada con el hecho de que la madre se sintiera obligada a morir. Por tanto, hizo entrar nuevamente a la madre, la puso al lado del padre, y llevó a la hija al lado de ella.

Le dijo a la hija que mirara a la madre con amor y que le dijera a los ojos y a la cara: «Mami, yo lo hago en tu lugar». Al pronunciar estas palabras, el cliente se puso radiante y el significado y la finalidad de su enfermedad quedaron claros para todos los presentes.

Por lo tanto ¿qué puede hacer un médico o un psicoterapeuta y de qué se debe cuidar?

El amor consciente

Sacar a la luz el amor del hijo es, frecuentemente, todo lo que puede y debe hacer un terapeuta que conoce la envergadura de ese amor. Cualquiera que sea la carga que haya tomado sobre sí por este amor, el hijo tiene la seguridad de estar siguiendo fielmente a su conciencia, sintiéndose noble y bueno. Si con el apoyo de un ayudante comprensible, haya podido salir a la luz el amor del hijo, quizá se haga patente también que la meta de ese amor permanece inalcanzable, ya que es un amor que alberga la esperanza de poder sanar a la persona amada a través de sus sacrificios, de poder protegerla de la desgracia, de poder expiar su culpa, de arrancarla de su infortunio. A menudo se llega hasta el extremo de pensar que aunque haya muerto la persona amada, se la podría recuperar de entre los muertos.

Por tanto, si junto con el amor infantil también se hacen patentes sus fines infantiles, el hijo, ahora adulto, quizás se dé cuenta de que con su amor y con sus sacrificios no puede superar ni la enfermedad ni el destino ni la muerte de otros, sino que debe encararlos con impotencia y con valentía, asintiendo a ellos tal como son.

Las metas del amor infantil y los medios para alcanzarlas son «desengañados» en cuanto salen a la luz, ya que forman parte de un concepto mágico del mundo, que resulta insostenible ante el conocimiento del adulto. El amor, sin embargo, perdura. Una vez descubierto, el mismo amor busca probar su eficacia en esa luz. Ese amor, que en otros momentos llevaba a la enfermedad, ahora se une al conocimiento para buscar otra solución, solución consciente, neutralizando así las influencias enfermizas, donde aún sea posible. Aquí el médico y otros terapeutas puedan indicar los pasos a seguir; pero sólo si este amor infantil, por ser reconocido y valorado, puede dirigirse a algo nuevo y más grande.

«Yo por ti»

En muchos casos descubrimos como origen anímico de una enfermedad mortal la decisión del hijo o de la hija ante una persona amada: «Prefiero desaparecer yo antes que tú».

En una anorexia, la decisión es ésta: «Prefiero desaparecer yo antes que tú, querido papá».

En la esclerosis múltiple de nuestro ejemplo, el propósito fue: «Prefiero desaparecer yo antes que tú, querida mamá».

Una dinámica similar se encontraba antes en los casos de tuberculosis y sigue siendo actual en los casos de suicidio y de accidentes mortales.

«Aunque tú te vayas, yo me quedo»

¿Cuál sería la solución que realmente ayuda y sana cuando esta dinámica aparece en la conversación con el enfermo?

Toda buena descripción de un problema siempre contiene ya su solución, y ésta obra a través de la misma descripción. La solución comienza en el momento en el que se descubre la frase nociva y el paciente la pronuncia y la afirma ante la persona amada, con toda la fuerza del amor que le impulsa: «¡Prefiero desaparecer yo antes que tú!». En este punto es importante que la frase se repita hasta que la persona amada realmente se reconozca como persona y, a pesar de todo el amor, se perciba como separada del propio yo. De lo contrario, se mantiene la simbiosis y la identificación, malográndose la distinción y la separación fundamentales para una solución.

En cuanto se logra pronunciar la frase con amor, ésta traza límites claros, tanto alrededor de la persona amada como alrededor del propio yo, separando así el propio destino del de la otra persona. La frase obliga a la persona a ver no sólo su propio amor, sino también el amor de la persona amada. Y la obliga a darse cuenta de que aquello que pretende hacer en lugar de la persona amada, más bien supone una carga para ésta en lugar de una ayuda.

Entonces también es el momento de decirle una frase más a la persona amada:

«Querido padre, querida madre, querido hermano, querida hermana -quienquiera que sea—, aunque tú te vayas, yo me quedo».

A veces, sobre todo si la frase se dirige al padre o a la madre, el paciente aún añade:

«Querido padre, querida madre, bendíceme, aunque tú te vayas y yo aún me quede».

Al respecto contaré un ejemplo:

El padre de una mujer, tenía dos hermanos discapacitados, el uno sordo, el otro psicótico. Él mismo sentía la necesidad de unirse a sus hermanos para compartir su suerte y demostrar su lealtad hacia ellos, ya que no podía soportar su propia felicidad, viendo la desdicha de éstos.

Su hija, sin embargo, notó el peligro y saltó a la brecha: en lugar de su padre, se puso ella al lado de los hermanos, y en su corazón le decía al padre: «Querido papá, prefiero irme yo con tus hermanos, antes que tú». Y: «Querido papá, prefiero compartir yo su desgracia antes que tú». La hija desarrolló anorexia.

¿Cuál sería la solución para ella?

Tendría que pedirles a los hermanos del padre, aunque sólo fuera en su interior:

«Por favor, bendecid a mi padre si se queda con nosotros, y bendecidme a mí si me quedo con mi padre»

«Te sigo»

Detrás del deseo del padre, o de la madre, de desaparecer, deseo que el hijo pretende evitar con la frase de «mejor que sea yo que tú», por parte de los padres frecuentemente se halla otra frase que ellos pronuncian como hijos a sus propios padres o hermanos, cuando éstos murieron pronto o estuvieron seriamente enfermos o discapacitados. La frase es ésta: «Te sigo». O, más concretamente: «Te sigo a tu enfermedad», o: «Te sigo a la muerte».

Así pues, la primera frase que obra en la familia es: «Te sigo». También en este caso se trata de la frase de un niño; pero más tarde, cuando estos niños se han convertido en padres ellos mismos, sus hijos, a su vez, evitan que la cumplan, diciendo: «Mejor que sea yo que tú»,

Aún viviré un poco

Ahí donde aparece la frase de «te sigo» como trasfondo de enfermedades graves, de accidentes o de intentos de suicidio, la solución que ayuda y que sana sería también que el hijo le diga y le prometa a la persona amada, con toda la fuerza del amor que le mueve: «Querido padre, querida madre, querido hermano, querida hermana —o quienquiera que sea—, te sigo». También aquí es importante que la frase se repita todas las veces necesarias hasta que la persona amada sea vista como una persona real y, a pesar de todo el amor, pueda ser percibida y reconocida como separada del propio yo. Así, el hijo se da cuenta de que su amor no supera la frontera entre él y la persona amada muerta, y de que tiene que parar ante estos límites.

También aquí, la frase obliga a reconocer tanto el propio amor del hijo como el amor de la persona amada, y a comprender que ésta puede llevar y cumplir su destino con más facilidad cuando no le sigue nadie, ni siquiera su propio hijo.

Después el hijo también puede decirle una segunda frase a la persona amada que murió, la frase principal que le libera y le redime de la obligación de imitar su suerte fatal:

«Querido padre, querida madre, querido hermano, querida hermana —o quienquiera que sea—, tú estás muerto/ muerta, yo aún viviré un poco, después moriré también»,

Cuando el hijo ve que uno de sus padres quiere seguir a alguien de su propia familia de origen a la enfermedad o a la muerte, tiene que decirle:

«Querido padre, querida madre, aunque tú te vayas, yo me quedo».

O:

«Aunque te vayas, te recuerdo con cariño, y siempre seguirás siendo mi padre/ mi madre».

O, cuando uno de los padres se suicidó:

«Respeto tu decisión y tu destino. Siempre seguirás siendo mi padre/ mi madre, y yo siempre seguiré siendo tu hijo».

La esperanza que enferma

Ambas frases, «mejor que sea yo que tú» y «te sigo», se dicen y se cumplen con la conciencia tranquila y con la convicción de ser inocente. Al mismo tiempo, corresponden al mensaje y al ejemplo cristianos, por ejemplo, a las palabras de Jesús en el Evangelio según San Juan: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos», y también corresponden a la exhortación a sus discípulos de seguirle en el camino de la cruz hasta la muerte.

La doctrina cristiana de la redención a través del sufrimiento y de la muerte, y el ejemplo de santos y héroes cristianos afirman la convicción y la esperanza del niño de poder tomar sobre sí la enfermedad, la desgracia y la muerte en lugar de otros. Asimismo, afirman la idea de que, pagándole a Dios y al destino con su propio sufrimiento y con su propia enfermedad, podría librar a otros de su sufrimiento y de su enfermedad, o salvarlos de su muerte muriendo él mismo. Y si en la tierra no lograra su salvación, nuevamente podría encontrar a las personas amadas que la muerte le arrebató, perdiendo como ellos la vida y volviendo a encontrarla, según cree, a través de la muerte.

El amor que sana

En estas implicaciones, la sanación y la salvación se hallan más allá de la mera intervención médica o terapéutica. Exigen una consumación religiosa, una conversión a algo más grande, que sobrepasa y despoja de su poder a todo pensar y anhelo mágicos. A veces, el médico u otra persona que acompaña a la persona afectada, puede preparar y apoyar esta consumación. Ésta, sin embargo, no está a su disposición ni sigue ningún método como si de causa y efecto se tratara. Cuando se logra, pide lo Último y se vive como una gracia.

La enfermedad como expiación

Otra dinámica que conduce a enfermedades y al suicidio, a accidentes y a la muerte, es el deseo de expiar una culpa.

A veces, se concibe como culpa lo que sobrevino de forma imprevista o lo que se sustrajo a toda influencia humana, por ejemplo, un aborto, o la enfermedad, la discapacidad o la muerte temprana de un hijo. En estos casos es de gran ayuda mirar a los muertos con amor, encarar el dolor, y dejar en paz lo que ya esté pasado.

Cuando el destino de una persona encierra incidentes que a otros les causaron algún daño, mientras que para él resultaron ser ventajosos, o incluso les debe su salvación o su vida, también estos hechos se viven como una culpa; por ejemplo, si la madre de un niño muere en el parto.

Pero también existe la culpa real, la responsabilidad personal de una persona; por ejemplo, donde alguien abortó un hijo o lo dio para la adopción sin que hubiera ninguna necesidad auténtica, o si, sin escrúpulos, exigió o hizo algo grave a otra persona.

Frecuentemente se pretende reparar la culpa personal o la que forma parte de un destino, a través de la expiación, pagando el daño hecho, dañándose a sí mismo, «saldando» la culpa a través de la expiación y, según se cree, compensándola de esta manera.

También estos procesos, por muy perjudiciales que sean para todos los implicados, son fomentados por enseñanzas y ejemplos religiosos, por ejemplo, la fe en el sufrimiento y la muerte de redentores, y la fe en la purificación del pecado y de la culpa a través del autocastigo o del sufrimiento sobrevenido desde fuera.

La expiación causa doble sufrimiento

La expiación sacia nuestra necesidad de compensación. Pero si la compensación se busca a través de enfermedades, de accidentes o de la muerte,

¿qué se logra realmente?

En lugar de un perjudicado hay dos, y en lugar de un muerto aún hay otro más.

Peor aún: para las víctimas de la culpa, la expiación significa un doble daño y una doble desgracia, puesto que su desgracia nutre otra desgracia, su daño aún causa más daño, y su muerte aún trae la muerte a otras personas.

Pero también hay que tener en cuenta otro aspecto más: la expiación es barata. Al igual que en el pensar y actuar mágicos, donde la salvación de otros únicamente se gana a través de la propia desgracia, pensando que el propio sufrimiento bastaría para redimir al otro. Así también ocurre en la expiación: sólo basta con sufrir o morir, sin tener en cuenta la relación ni ver al otro, y sin sentir el dolor por su desgracia teniéndolo presente como persona, y sin que, después, con su asentimiento y con su bendición, haya que hacer nada para otros.

Por lo tanto, también en la expiación se intenta pagar una deuda devolviendo exactamente lo mismo. También aquí el actuar se sustituye por el sufrir, la vida por la muerte, y la culpa por la expiación, de manera que también aquí bastan el sufrimiento y la muerte sin actuar y sin esforzarse. Y al igual que la desgracia, el sufrimiento y la muerte aún aumentan y crecen a través de las frases de «mejor que sea yo que tú» y «te sigo», una vez que se hayan realizado, así también en el caso de la expiación consumada.

Un hijo, cuya madre murió al darle la vida a él, siempre se sentirá en deuda con ella, ya que ella pagó su vida con su propia muerte. Ahora bien, si el hijo lo expía haciéndose sufrir a sí mismo, es decir, si se niega a tomar su vida aunque sea al precio de la vida de su madre, o si en expiación incluso se suicida, la desgracia resulta doblemente grave para la madre. Así, el hijo no torna el obsequio de la vida que ella le dio, ni tampoco respeta su amor ni su voluntad de dárselo todo. Su muerte, por tanto, fue en vano; aún más: en vez de dar vida y felicidad, aún produciría más desgracia, y en lugar de un muerto habría dos.

Si pretendemos ayudar a un hijo en esta situación, tenemos que tener en cuenta que en su interior siente tanto el deseo de expiar como también el deseo de «mejor que sea yo que tú», y «te sigo». Por tanto, únicamente podemos influir positivamente sobre el anhelo fatal de expiar si también logramos encontrar la solución positiva para las frases de «mejor que sea yo que tú» y «te sigo».

La compensación y la reconciliación

¿Cuál sería pues, una solución para este hijo, adecuada para él y para su madre?

El hijo tendría que decir:

«Querida mamá, ya que pagaste un precio tan alto por mi vida, que no haya sido en vano; le sacaré provecho, en tu memoria y en tu honor».

En consecuencia el hijo tiene que actuar en vez de sufrir, rendir en vez de fracasar, y vivir en vez de morir. De esta manera, su unión con la madre sería muy diferente que siguiéndole a la desgracia y a la muerte.

Extinguiéndose en una unión simbiótica con la madre, su vínculo es tan sólo ciego y despersonalizado.

En cambio, si realiza algo que fomente la vida, en memoria de su madre y de su muerte, si toma su vida haciendo que también otros participen en ella, su unión con la madre es totalmente distinta: se encuentra delante de ella mirándola con amor. Y de esta manera toma su vida, conduciéndola en su plenitud, el hijo tiene presente a su madre y la lleva en su corazón. Así, de la madre al hijo fluyen la bendición y la fuerza, porque por amor a ella convierte su vida en algo especial.

A diferencia de la compensación procurada a través de la expiación, que no es más que una compensación a través de la fatalidad, del daño y de la muerte, ésta sería la compensación positiva.

Sin embargo, a diferencia de la compensación a través de la expiación, que resulta barata y perjudicial, que toma sin llegar a la reconciliación, la compensación positiva es cara.

Pero ella aporta la bendición, permitiendo que la madre se reconcilie con su destino, y el hijo con el suyo, ya que lo positivo que el hijo realiza en memoria de su madre se logra a través de ella; a través de su hijo, la madre participa en ello. Ella sigue viviendo y actuando en los actos de su hijo.

Esta compensación sigue a la comprensión de que nuestra vida es única y que cuando acaba hace sitio para la vida futura y, aunque ya haya pasado, nutre la vida presente.

La expiación sustituye a la relación

Mediante la expiación evitamos encarar la relación, ya que a través de la expiación tratamos la culpa como un asunto en el que se paga el daño con algo que nos cueste personalmente.

¿Pero qué puede conseguir esta expiación cuando he cometido una injusticia con una persona, llevándola a la desgracia y causándole daños irreparables?

A través de la expiación, sólo puedo procurar una descarga impropia, dañándome a mí mismo y perdiendo de vista al otro, puesto que si centro mi atención en el otro, tengo que reconocer que con mi expiación pretendo borrar algo, que necesariamente permanece.

Lo mismo se aplica a la culpa como responsabilidad personal. Frecuentemente una madre pretende expiar un aborto o la pérdida de un hijo por otras razones, contrayendo una enfermedad mortal o abandonando la relación con el marido y el padre del niño, o renunciando a relaciones posteriores. La expiación de una culpa personal se realiza de manera inconsciente, incluso a pesar de su negación o de la explicación a un nivel consciente.

A veces, aparte de la necesidad de expiación, las madres desarrollan el anhelo de seguir al hijo muerto, de la misma manera que un hijo desea seguir a su madre muerta. Pero —así podemos suponer— también un hijo que murió por culpa de la madre le dice: «Mejor que sea yo que tú». Por lo tanto, si la madre, para expiar su culpa, cae enferma o muere, la muerte del hijo por amor a la madre, fue en vano.

También en la culpa personal, la solución consiste en sustituir la expiación por actos de reconciliación. Esto se logra mirándole a los ojos a la persona tratada injustamente o a la que se causó un daño grave. Así, por ejemplo, la madre debe mirar al hijo abortado, o no reconocido, o abandonado, hasta que surja ante ella como una persona real, y decirle:

«Lo siento», y: «Ahora te doy un lugar en mi corazón», y: «Lo repararé hasta donde aún pueda hacerlo», y: «Quiero que participes en lo bueno que hago en tu memoria, pensando en ti».

Así, la culpa no sería en vano, ya que lo bueno que la madre —o quienquiera que sea— realiza en memoria de este hijo,teniéndolo presente, se realiza con el hijo y a través de él. Éste tiene parte en los actos de la madre y, durante un tiempo, permanece unido a ella

En la tierra la culpa pasa

Otro aspecto más merece especial atención con respecto a la culpa: ésta pasa, y debe tener la posibilidad de pasar. En la tierra es efímera y, como todo en la tierra, realmente pasa al cabo de un tiempo.

La enfermedad como expiación por otros

A menudo, la culpa y la expiación son asumidas en lugar de otros miembros de la familia o de la red familiar. Así, también en relación a la culpa o a la expiación, un hijo o un cónyuge dicen: «Mejor que sea yo que tú», tomando sobre sí la culpa y sus consecuencias, si otros se niegan a hacerlo.

En un grupo, una madre contó que se había negado a acoger en su casa a su madre anciana, llevándola a una residencia geriátrica. La misma semana, una de sus hijas desarrolló anorexia, empezó a vestirse de negro y a visitar una residencia geriátrica para cuidar a personas ancianas dos veces a la semana. Pero nadie, ni siquiera la hija, se había percatado de la conexión entre ambos hechos.

La enfermedad como consecuencia del no tomar a los padres

Otra actitud que conduce a enfermedades graves es la negación del hijo de tomar a sus padres con amor y de honrarlos como sus padres. Así, por ejemplo, existen casos de enfermos de cáncer que prefieren morir antes que honrar a su madre y padre.

El honrar a los padres

Honrar a los padres significa tomarlos y amarlos tal como son. Honrar a la vida significa tomarla y amarla tal como es: con el principio y el final, con la salud y la enfermedad, con la inocencia y la culpa. En el fondo ésta es la auténtica consumación religiosa, que antes se llamaba entrega y adoración. La experimentamos como máxima enajenación, que toma todo y da todo —con amor. A este respecto aún contaré una historia. Podría titularse «Felicidad dual», pero aquí la llamo:

Ser o No-Ser

Un monje, que estaba a la búsqueda, pidió a un mercader una limosna.

El mercader, por un momento, lo miró y preguntó al dársela:

—¿Cómo puede ser que tú a mí me tengas que pedir aquello que te falta para tu sustento, y, al mismo tiempo, me menosprecies a mí y también mi vida, cuando nosotros te concedemos lo que necesitas?

El monje respondió:

—Comparado con lo Último que busco, todo lo demás parece poco.

El mercader, empero, volvió a preguntar:

—Si un Último existe, ¿cómo puede ser algo que pueda buscar o encontrarse, como si al final de un camino se hallara? ¿Cómo podría uno salir a su encuentro y, como si entre otras muchas cosas fuera una, apoderarse de ello? ¿Y cómo, por otra parte, podría uno volverle las espaldas y, menos que otros, ser llevado por ello o estar a su servicio?

El monje contestó:

—Lo Último encuentra al que renuncia a lo cercano y lo presente.

El mercader, empero, siguió razonando:

—Si un Último existe, es próximo a cada uno, aunque, como en todo Ser un No-Ser y en todo Ahora un Antes y un Después, escondido en aquello que aparece y permanece. Comparado con el Ser, que experimentamos como pasajero y limitado, el No-Ser nos parece infinito, igual que el.

De Dónde y el Adónde comparado con el Ahora. El No-Ser, sin embargo, se nos revela en el Ser, igual que el De Dónde y el Adónde en el Ahora. El No-Ser, como la noche y la muerte, es principio sin conocimiento, y sólo brevemente, igual que un relámpago, nos destella su mirada en el Ser. Así, lo Último, también a nosotros se nos acerca sólo en lo próximo, y resplandece ahora.

Ahora también el monje preguntó:

—Si lo que dices fuera la verdad, ¿qué quedaría aún para ti y para mí?

El mercader le dijo:

—Aún nos quedaría para un tiempo la Tierra

Salud y Sanación desde el punto de vista espiritual

El amor del espíritu

Nos enfermamos cuando nos apartamos del amor del espíritu. Nos mantenemos sanos o volvemos a serlo, si vivimos en sintonía con el amor del espíritu. Si hemos perdido la sintonía con el amor del espíritu, tenemos que reencontrarla. Todo lo que dije anteriormente acerca de los caminos, que en una familia llevan a enfermedades, son desviaciones del amor de aquel espíritu, que ama y lo quiere todo tal como es, porque lo piensa como es. Todo lo que dije anteriormente acerca de los caminos, que alivian y sanan enfermedades en una familia, conducen hacia el amor de ese espíritu y hacia la sintonía con él.

¿Qué significa esto en detalle?

Lo que produce enfermedad en una familia es en primer lugar el rechazo a los padres y los reproches hacia ellos. Por ejemplo acusaciones en su contra, ante todo acusaciones públicas, litigios contra ellos, el negarse a dar apoyo y cuidado, en caso de que lo necesiten, y de asistencia y protección de su buen nombre. Estos trasfondos de enfermedades graves las vemos, a veces, en caso de cáncer. Muchos enfermos de cáncer prefieren morir antes que honrar a la madre.

La obesidad, especialmente en mujeres, muchas veces está en relación con un rechazo hacia la madre, igualmente el fracaso en la profesión y con las parejas. Lo que acabo de mencionar no son enfermedades, pero las consecuencias son similares a la que se da con ellas.

El amor del espíritu no tolera el rechazo a los padres, por los motivos que sean. No tolera frente a ellos ni pretensión, ni arrogancia.

Las consecuencias del rechazo a los padres y de las recriminaciones y acusaciones en contra de ellos, son las mismas también en los casos donde el rechazo aparenta ser justificado. Aquí se nos muestra de manera especial, que en el nivel del espíritu son otros los órdenes los que rigen, diferentes que en el nivel del bien y del mal, de justo e injusto.

En el nivel del espíritu se pone en orden lo que era un impedimento para la salud y el éxito, tanto para los hijos como para los padres.

La pregunta es entonces: ¿Cómo se logra regresar al amor hacia los padres?

Se logra si nos encontramos con ellos en el nivel del espíritu, con el amor espiritual, más allá de la diferenciación del bien y del mal.

Cómo se logra esto en detalle lo describo en el ejemplo de la adopción de un niño que fue dado. También nos permite enterarnos, sobre cómo tomar a nuestros padres de manera espiritual, cómo aprender a honrarlos y amarlos, y cómo encontrar el camino de regreso hacia ellos. Cómo poder reencontrarnos con ellos cuando nos hemos apartado, o si seguimos esperando algo que ellos ni nos pueden ni nos deben da.

Amar a los padres espiritualmente

La criatura

La criatura adoptada tiene a sus padres, así como otros niños los tienen. De estos padres predestinados el hijo adoptado tiene su vida. Pertenece a esta familia como todos los demás miembros de la familia. Está vinculado con esta familia, sea lo que fuere su destino. Este destino influenciará a todos los demás miembros de esta familia. Tomarán parte en él, como si también fuera el destino de ellos. La adopción de ningún modo cambia algo en esto.

Al igual vale para la criatura adoptada: estos padres le han sido obsequiados, tal como son y se convierten en su destino, tal como es determinado para ella. Todo reproche hacia ellos, como que se hubieran hecho culpables frente a ella, y toda demanda subsiguiente se dirigen contra esta fuerza del espíritu, que mueve a ambos, a los padres y a la criatura, de tal manera que nadie puede ser diferente a como es.

Una criatura dada en adopción

¿cómo puede o tiene que manejar entonces su destino de manera espiritual? ¿Cómo puede o debe manejarlo de una manera que le permita reconocer la grandeza que ese destino le exige, reconocerlo, en un buen sentido, como grande y asentir a él, tal y como es?

El otro amor

La criatura puede imaginarse a sus padres, aunque no los conozca. Sólo necesita contactar consigo mismo y sentirse, sabe entonces ya todo acerca de sus padres, porque en ella están presentes. Lo están físicamente, porque siguen viviendo en esta criatura. Pero también están presentes en el alma de su criatura. La criatura siente como ellos, carga algo como ellos y también por ellos. Se encuentra implicada en el destino de ellos y en el de sus familias. Ella sufre como ellos, confía como ellos y está a la espera de algo sanador como ellos. Se siente culpable como ellos y quiere expiar como ellos, también por la culpa, de haber sido dada.

Igual que sus padres, la criatura sólo se puede liberar de la implicación y de sus consecuencias de una manera espiritual, si logra conectarse, más allá de lo pesado que le toca vivir, con una fuerza espiritual y con un movimiento del espíritu, que a todos abarca de la misma manera y que a todos toma a su servicio, más allá de ellos mismos. Es un servicio por el cuál ellos y también otros crecen. Porque la adopción es difícil y dura para todos los involucrados y se convierte para ellos en su destino, a través del cual se hacen más humanos, más amorosos, más humildes y grandes.

Mediación: La despedida

Aquí recomiendo un ejercicio interior, que le ayuda a una criatura, dada en adopción, a desprenderse de sus padres con amor. Esta despedida exige dos cosas distintas:

- Primeramente, el tomar, el tomar completamente todo lo que le ha sido dado por sus padres.
- En segundo término la renuncia a más, la renuncia total, la renuncia para siempre.

¿Cómo puede realizarse este ejercicio en detalle?

La criatura cierra los ojos y se imagina a su madre y a su padre. Se amaron como hombre y mujer. No pudieron de otra manera. Lo que hayan sido las circunstancias, una fuerza más grande se sirvió de ellos. Fue la que quiso que a través de este amor la criatura recibiera su vida. Por lo tanto, la criatura mira así a su madre y a su padre, como han sido puestos al servicio de esta fuerza. Al mismo tiempo mira más allá de ellos hacia esa fuerza y se inclina ante ella. Siente entonces cómo esta fuerza le regala, a través de los padres, su amor y la vida, y como la sujeta con su amor. La criatura se abandona a esta fuerza y a su movimiento en forma totalmente entregada y dice:

«Sí, lo tomo de ti, todo, como me lo das, a través de estos padres, lo tomo como mi vida. Abro ampliamente mi alma y mi corazón para este regalo. Lo sujeto y lo honro. Voy con él, hacia donde me toca ir. Gracias».

Entonces la criatura mira a su madre, tal como es, como ha sido puesta al servicio de esta fuerza y mira a todo, a todo lo que a ella le ha costado y quizás aún le cueste. Le dice a ella:

«Querida mamá, así lo tomo de ti, al precio completo, a tu precio y a mí precio. Para mí lo vale cualquier precio, el tuyo y el mío. Gracias. Aunque me hayas dado para siempre, yo te llevé conmigo, así como eres, como mi mamá, que me fue obsequiada con amor por esa gran fuerza. También tú me puedes tener por siempre. Yo aún te pertenezco. Si algún día me llegaras a necesitar, tienes que saber: Tú sigues siendo mi madre, y yo sigo siendo tu hijo».

Entonces la criatura mira a su padre, tal como es, como ha sido puesto al servicio de esta fuerza y mira a todo, todo lo que a él le ha costado y quizás aún le cueste. Le dice a él:

«Querido papá, así lo tomo de ti, al precio completo, a tu precio y a mí precio. Para mí lo vale cualquier precio, el tuyo y el mío. Gracias. Aunque me hayas dado para siempre, yo te llevé conmigo, así como eres, como mi papá, que me fue obsequiado con amor por esa gran fuerza. También tú me puedes tener para siempre. Yo aún te pertenezco. Si algún día me llegaras a necesitar, tienes que saber: Tú sigues siendo mi padre, y yo sigo siendo tu hijo»

Entonces la criatura vuelve a ver a su madre y le dice:

«Querida mamá, te veo como a mi mamá y a mí como a tu criatura. También te veo como hija de tu madre y de tu padre, entrelazados con ellos con amor, también con su destino y con todo lo que han cargado junto con sus familias. Con ellos y también contigo yo estoy ligado, así como con su destino, así como lo tuvieron que tomar. Yo te dejo ahí, sea como fuere que estuvieras sujeta a ellos. También yo me sé unido a ellos. Pero yo también miro más allá de vosotros, hacia aquella fuerza que los mueve, así como se mueven y a cuyo servicio están y han estado. Me entrego a ella, conjuntamente con vosotros, vosotros le dicen: "Sí" y yo le digo: "Gracias". Yo los dejo ahí con amor, así como esa fuerza los toma y los sujeta».

Al cabo de un rato la criatura vuelve a ver a su padre y le dice:

«Querido papá, te veo como a mi papá y a mí como a tu criatura. También te veo como hijo de tu madre y de tu padre, entrelazados con ellos con amor, también con su destino y con todo lo que han cargado junto con sus familias, Con ellos y también contigo yo estoy ligado, así como con su destino, así como lo tuvieron que tomar. Yo te dejo ahí, sea como fuere que estuvieras sujeto a ellos. También yo me sé unido a ellos. Pero yo también miro más allá de vosotros, hacia aquella fuerza que los mueve, así como se mueven y a cuyo servicio están y han estado. Me entrego a ella, conjuntamente con vosotros y vosotros le dicen: "Sí" y yo le digo: "Gracias". Yo los dejo ahí con amor, así como esa fuerza los toma y los sujeta».

El camino

Después la criatura mira hacia aquellos que lo han acogido y gracias a quienes ha podido seguir en la vida. A ellos les dice:

«Me han sido regalados tal y como son. Vosotros os habéis encargado y dedicado a mí, cuando yo le era demasiado a mis padres. Vosotros ahora sois para mí, madre y padre. Vosotros os convertisteis en mis padres. Vosotros me habéis sido obsequiados como mis segundos padres. Os tomo a vosotros así como me habéis sido obsequiados, sea cual fuere el precio, que a vosotros os cueste y que a mí me cueste, sea cual fuere el destino que os haya determinado a ser mis nuevos padres».

Entonces la criatura también mira más allá de ellos hacia aquel poder que mantiene a todos los destinos en sus manos, porque quiere a todos así como son. Se inclina ante esa fuerza, que todo lo mueve. Se entrega a ella con amor y le dice:

«Sí, así tomo mi vida y mi destino de ti. Así me dejo llevar y contener por ti, así cumplo con lo que tú me has obsequiado y hacia dónde guías mi vida. Gracias»,

El instante

¿Dónde y cómo está ahora esta criatura? ¿Aún sigue abandonada? ¿O se siente acogida de manera milagrosa?

Se sabe ligada hacia atrás, hacia su origen, hasta donde éste se remonte. En cada fibra de su cuerpo se sabe en unidad con cada uno de sus antepasados y con sus fuerzas. Se sabe en unidad con aquella fuerza espiritual que los ha puesto a todos al servicio, así como fueron y así como son.

En el servicio a este poder, nadie fue ni mejor ni peor, ni más rico ni más pobre. Todos fueron amados por igual y por igual estuvieron al servicio de la vida.

Así también esta criatura se sabe igual a ellos. Se sabe amada por igual y contenida por igual. En cada instante se sabe presente, totalmente presente, presente en su plenitud, amada ahí, con todos ahí, conjuntamente ahí.

El orden de jerarquía vulnerado

El que vive es de igual rango a todos los demás en la medida en que su vida es igual a la vida de otros, fue pensada por el mismo espíritu y lanzada por él a la existencia. Por lo tanto, el que llegue a comportarse como que pudiera disponer de la vida de otros en el sentido de que su vida fuese de mayor valor o tuviera prioridad frente a la vida de otros, infringe este orden. Esto tiene consecuencias amplias para su propia salud y la salud de otros miembros familiares. Sobre todo para sus hijos y nietos y a veces también para la pareja.

Quiere decir: las consecuencias las cargan tanto él, que ha sido el promotor, como también otros, los que no han estado involucrados. Las consecuencias se cargan entonces por la familia como unidad, independientemente de cuánto hayan estado involucrados o hayan sabido de ello los miembros familiares.

La igualdad de rango vulnerada es una de las causas fundamentales de enfermedades, pero también de las dificultades de muchos niños, que preocupan a sus padres debido a sus actitudes. En una familia, los que son excluidos y rechazados o hasta asesinados, como por ejemplo en el caso de un aborto, más tarde serán representados por otros miembros de la familia. Los rechazados serán representados por miembros familiares posteriores, sin que a éstos les sea consciente.

La implicación

La exclusión de miembros familiares anteriores lleva a la implicación con su destino. Los así implicados, muchas veces, también reflejan la agresión de aquellos que han querido esta exclusión y que han sido responsables de ella, de modo que la agresión sale a relucir en los descendientes y recae en ellos. Su agresión les vuelve a alcanzar en sus descendientes.

La solución

¿Cuál es entonces la solución?

Los excluidos vuelven a ser reintegrados con amor, pero también con duelo y arrepentimiento por aquello que ocurrió.

También son mencionados y nombrados en la familia. Se les vuelve a regresar el lugar correspondiente dentro de la familia. De pronto experimentamos en nosotros, que podemos volver a estar sanos, que también los niños pueden volver a estar sanos y que se pueden distanciar de comportamientos agresivos, peligrosos para ellos y otros. De pronto también ellos se vivencian como pertenecientes y en orden.

Culpa y expiación

Por cierto, no siempre es suficiente el sólo hecho de reintegrar a los excluidos, porque aquellos que los han excluido o dado o asesinado, se sienten culpables. Esto significa que también quieren expiar por eso, por ejemplo, dejando también ellos a su familia, sea por enfermedad o por muerte, o sea de otra manera.

Pero entonces son otros los que ocupan ese lugar, por ejemplo las criaturas. En lugar de ellos se enferman o se mueren. O se hacen culpables y expían entonces no sólo por su culpa, si no también por la culpa de sus padres.

A nivel espiritual

Aquí la solución se encuentra en otro nivel, en el nivel del espíritu. En ese nivel nosotros reconocemos que todo, como sucede, es movido por otra fuerza: también el destino de los excluidos, también el destino de aquellos, que se sienten culpables, también el destino de aquellos que quieren expiar por ellos mismos o por otros.

Entonces éstos miran más allá de lo cercano y más allá de lo inminente hacia aquella fuerza espiritual que todo lo mueve y se doblegan ante ella. Ellos saben que, para la fuerza del espíritu, los excluidos siempre están presentes. De esa fuerza nadie se puede separar, tampoco los culpables. Cara a cara frente a ella se entregan humildemente tanto ellos, como también a aquellos, por cuyos destinos se sienten culpables. Así logran la unidad con esta fuerza.

Es en ese nivel del espíritu que lo grave logra recobrar su normalidad, con amor y orden, y sus consecuencias cesan.

Psicosis, el amor junto al abismo

Ejemplo

- Hellinger a un cliente mujer: ¿De qué se trata en tu caso?
- Cliente: En mi familia hay psicosis, en las que también yo me encuentro involucrada. Tres veces fui paciente en un hospital psiquiátrico.
- Hellinger al grupo: Ya muchas veces he trabajado con psicosis. Si ahora trabajo con ella tenemos un buen ejemplo, con el cual podemos aprender a tratar a la psicosis de otra manera.

Hellinger escoge a una mujer como representante.

- Hellinger al grupo: Ahora intento algo, que hasta ahora nunca he hecho.
- A esta representante: Tú representas a la psicosis.

La representante de la psicosis se inquieta. Gira hacia la derecha y hacia la izquierda, se pone en jarras y mira hacia el suelo. Luego deja caer las manos y da un paso hacia delante.

Vuelve a ponerse en jarras. Menea vehemente la cabeza, mira hacia arriba, se inclina rápidamente hacia el suelo y tratar de tocar ahí a alguien, que ella se imagina, con las manos. Pero con rapidez se vuelve a enderezar.

Ella repite estos mismos movimientos: mirar hacia arriba, luego al suelo, ponerse en jarras, soltar manos, girar inquietamente hacia la derecha e izquierda.

Luego coloca una mano sobre los ojos, se vuelve hacia la derecha y hace un movimiento, como si quisiera rechazar a alguien.

Hellinger escoge a una mujer como representante. Él le dice que no sabe a quién representa.

La representante de la psicosis se gira temerosamente y comienza a temblar. Luego se desplaza hacia un lado, paso por paso, en dirección hacia la otra mujer, se detiene y vuelve a regresar del mismo modo. Al mismo tiempo emite sonidos angustiosos, como de una criatura.

— Hellinger a la representante de la psicosis: Dile a ella: «Por favor».

— Psicosis: Por favor.

Ella lo dice con voz aguda y llorosa. Gime, sin poder emitir palabra alguna.

Tiembla, extiende sus manos hacia la otra representante y retrocede nuevamente. La otra se mantiene impasible, imperturbable en su lugar.

Entonces la representante de la psicosis se acerca lentamente a la otra persona, la rodea, se esconde detrás de ella y luego se coloca junto a ella. Al cabo de un rato gira alrededor de esta mujer. La mujer gira junto con ella, colocada frente a ella y mirando reservadamente. La psicosis se retira de ella, se ubica frente a ella y le mantiene la mirada. Ahora es la representante la que se retira lentamente de la psicosis, paso por paso.

— Hellinger a esa mujer: Dile a la psicosis: «Por favor».

— Representante: Por favor.

La psicosis se retira más aún. También la otra mujer se retira de la psicosis.

Al cabo de un rato esta mujer se acerca lentamente a la psicosis. Pero ésta da un paso atrás y mantiene la distancia. Luego ambas se acercan lentamente y se detienen como a una distancia de dos metros.

Hellinger le pide a una mujer colocarse entre las dos en el suelo, boca arriba.

Ella representa a una muerta.

La psicosis comienza a temblar vehementemente. Mira de forma imperturbable a la muerta. Se acerca más a ella y le extiende temblorosamente la mano a la otra mujer, por encima de la muerta. La otra mujer también está mirando a la muerta. Esta se aparta de la psicosis y mira a la otra mujer.

La psicosis se desplaza con lentitud a lo largo de la muerta y se aparta, como que hubiera cumplido con su tarea. Evidentemente su tarea fue, lograr la relación entre la otra persona y la muerta. Ahora la psicosis entra en calma.

La otra mujer se acerca más a la muerta, quien le extiende la mano. Se arrodilla junto a ella y le sostiene la mano. A raíz de ello la psicosis se retira más aún. Se arrodilla, se sienta sobre los talones, enfrente de las otras dos y se inclina profundamente.

Entre tanto la otra mujer se ha tendido junto a la muerta. Ambas se miran a los ojos y se abrazan de forma entrañable. La mujer comienza a sollozar. La muerta la sujeta y la acerca junto a ella. Ambas se abrazan más íntimamente aún.

La psicosis, que todo el tiempo ha permanecido sentada sobre sus talones, entre tanto, se ha apartado completamente de ambas.

Lo que lleva a la psicosis

— Hellinger al grupo: Aquí quiero aclarar detenidamente mis experiencias hasta ahora acumuladas.

Una psicosis, aquí en especial en forma de esquizofrenia, se da en familias donde hubo un asesinato, un asesinato dentro de la familia. Muchas veces este hecho se ha dado varias generaciones atrás. Entonces ya no se mantiene recuerdo alguno, pero en el campo espiritual de la familia se mantiene el recuerdo íntegro de ello y surge a la luz en una constelación.

En esta constelación pudimos ver que la representante de la psicosis primero estuvo perturbada por los sentimientos más diversos. Cuando coloqué una persona más, se pudo apreciar que esta persona y la psicosis se encontraban en relación.

— Al cliente: Nosotros no sabemos quién fue esa persona. Posiblemente pertenezca a una generación anterior.

— Al grupo: Ambas estaban pues en relación y para ambas valía la misma palabra clave. La palabra «Por favor» de la psicosis hacia esa persona y la misma palabra de esa persona a la psicosis. La psicosis le «Por favor, haz algo» y, la persona dice a la psicosis: «Por favor, ayúdame». La psicosis estaba al servicio de esta persona.

Después ambas trataron de acercarse y unirse. Pero esto no era posible, porque había algo que se interponía. De pronto quedó claro, entre ambas yacía una persona muerta. Por ello ubiqué la representante de una muerta entre ellas. En cuanto la muerta yacía ahí y la otra persona la miraba, la psicosis pudo retirarse. Había cumplido con su tarea.

— Al cliente: Pudimos ver claramente que la psicosis había cumplido con su tarea.

— Al grupo: ¿Cómo es que alguien se vuelve psicótico? Cuando al mismo tiempo está implicado con dos personas que se encuentran irreconciliablemente enfrentadas. Según mi experiencia actual, siempre se trata de un asesino y de su víctima. Aún no se han reconciliado con amor. Al final de esta constelación pudieron conectarse con amor. Con esto, lo hasta ahora irreconciliable llega a reconciliarse y el problema hasta ahora irresuelto queda resuelto.

— Al cliente: Cuando se da un hecho así en la familia, después del mismo en cada generación, un miembro familiar tiene que representar los hasta ahora irreconciliables. Éste se hace psicótico de una u otra manera, como tú posiblemente sepas.

El cliente asiente con la cabeza.

Pero ellos no están enfermos. Ellos buscan una solución con amor. Todos están en búsqueda de una solución con amor. La psicosis busca una solución de amor. Ella quiere volver a reunir a aquellos que implacablemente se encontraban enfrentados, y que también se hallaban excluidos de la familia, porque este hecho originaba temor en los demás. Por eso es que ya no lo quieren mirar.

— Al grupo: Lo que aquí hemos visto fue una imagen bella del movimiento del espíritu, éste movimiento vuelve a reunir, a través de la psicosis, lo que antes había permanecido separado.

— Al cliente: Aquí la psicosis posiblemente haya representado a varias personas al mismo tiempo. Pero nosotros pudimos observar la función de la psicosis en forma clara y directa. ¿Cómo te sientes ahora?

— Cliente: Me va mejor.

— Hellinger: Ahora ve con la representante de la psicosis y abrázala.

El cliente se arrodilla frente a la representante de la psicosis, que sigue sentada sobre sus talones, con las manos tapándose la cara. La psicosis mira hacia arriba y le estira las manos, pero al cabo de un rato las baja.

El cliente se gira hacia un lado y mira hacia el suelo. Se inclina profundamente hasta que su cabeza reposa en la rodilla de la psicosis. Ahí estalla en un llanto fuerte. Al cabo de un rato se endereza, se quita las manos de la cara y mira a la psicosis a los ojos. Luego vuelve a girarse hacia un lado y a mirar al suelo. Pasa un tiempo más, la psicosis se desliza en dirección a ella, hasta que queda arrodillada junto al cliente. Junto con ella mira hacia el suelo.

El cliente intenta rozar la espalda de la psicosis, pero no se atreve. Al cabo de un rato toca suavemente a la psicosis, recarga su cabeza en su hombro y sostiene su brazo.

Algún tiempo después la psicosis gira su cabeza hacia el cliente, ambas quieren tocarse con las mejillas. En ese instante la psicosis se retira y vuelve a mirar al suelo. Estos movimientos se repiten varias veces. Hasta que el cliente se sienta frente a la psicosis y la toma de las manos. Recién al cabo de un rato deja de ver a la psicosis y luego vuelve a hacerlo. Ambas se sueltan. La psicosis vuelve a mirar al suelo.

Al cabo de un tiempo la psicosis gira. El cliente se sienta junto a ella en el suelo. La psicosis quiere colocar su mano sobre la espalda del cliente, pero la retira de inmediato. Ambas se miran por largo rato. El cliente coloca su mano sobre la espalda de la psicosis y entonces se contemplan intensamente. Después la psicosis vuelve a mirar al suelo. El cliente se sienta un poco más hacia atrás y suspira profundamente.

Al cabo de un rato la psicosis se pone de pie y da unos pasos hacia atrás. También el cliente se pone de pie. Ambas fijan su mirada hacia el mismo sitio en el suelo. De pronto se voltean recíprocamente. Se miran a los ojos y dan unos pasos hacia atrás.

Hellinger escoge a dos representantes y les solicita colocarse en ese sitio en el suelo, boca arriba

El cliente voltea y mira a las dos personas tendidas. Ambas yacen sobre sus espaldas y giran sus cabezas para poder verse. Se miran y se toman de la mano. El cliente gira hacia ellas y da unos pasos hacia atrás. También la psicosis se retira más.

— Hellinger al cliente: Ahora mira más allá de ambas a la lejanía, muy lejos, a la lejanía.

El cliente mira sólo brevemente, más allá de las dos muertas a la lejanía y se vuelve a voltear hacia la psicosis.

— Hellinger: Ahora mira también más allá de la psicosis hacia la lejanía.

El rostro de la psicosis se aclara. Se retira lateralmente hacia atrás, mientras que el cliente se aparta de ella y se dirige hacia el grupo.

— Hellinger: Ahora mira hacia todos en el grupo. Ella se gira hacia el grupo y llora.

— Hellinger hacia el cliente y los representantes: Permanezcan así como están.

Quiero explicar algo al respecto.

Psicosis como perpetradores, psicóticos como víctimas

- Hellinger al grupo: Estos movimientos fueron de una belleza y profundidad increíbles. Fueron muy exactos. Nadie se los podría haber imaginado. Ambas fueron abarcadas por algo poderoso y fueron puestas en movimiento.

Pues bien, ¿qué hemos visto aquí?

Entre el cliente y la psicosis se desarrolló algo similar, a lo que con anterioridad se había dado con las dos mujeres en el suelo. La psicosis representaba al perpetrador y el cliente representaba a una víctima. El cliente tuvo una actitud de víctima.

Se comportó hacia la psicosis igual como hacia su asesino. Es el mismo trato que se da a la psicosis, en una familia donde ésta surge. La familia demuestra frente a la psicosis la misma actitud interna de exclusión y temor como hacia un perpetrador.

Muchas veces tratan al miembro familiar psicótico de igual forma en que los perpetradores tratan a sus víctimas, ignoran lo que la psicosis carga por la familia y hacia dónde quiere dirigir a la familia.

Al final, la psicosis quería que la dejaran en paz. En cuanto fue honrada y se le reconoció su importancia, aunque aún no cabalmente, pudo retirarse.

— Hellinger los representantes: Les agradezco a todos.

— Al cliente: Siéntate junto a mí. ¿Cómo te sientes ahora?

— Cliente: Mejor aún.

— Hellinger: Eso suena muy pobre.

— Cliente: ¿Cómo dices esto? Comienza a reírse de forma sonora.

— Hellinger: Eso suena mejor. La mujer sigue riéndose fuertemente y mira hacia Hellinger.

— Hellinger: Por lógica, también aquí tenemos que considerar que la psicosis para muchos vale como algo especial. Alguien sólo necesita decir: «Soy psicótico» y, de inmediato en los demás surge miedo. ¿No es esto maravilloso? La mujer ríe sonoramente y asiente con la cabeza.

— Hellinger: Tú también lo disfrutaste. Por supuesto que también lo disfrutaste.

— Al grupo: De esta manera los psicóticos demuestran que también están identificados con el perpetrador. El cliente asiente con la cabeza.

— Al grupo: Yo creo que hemos visto suficiente. Esto ahora primero tiene que tener su efecto en nosotros.

Las psicosis como problema familiar

Después del hecho que origina la psicosis, es decir un asesinato dentro de la familia, subsecuentemente en toda generación un miembro familiar tiene que ser psicótico. Este miembro de la familia asume el destino en el lugar de los otros. En cuánto un miembro familiar lo haya asumido y se vuelve psicótico, los demás sienten alivio. Por consiguiente también temen que este individuo sea sanado, y se alían secretamente contra la curación exitosa de su psicosis. De lograrse, tal vez otro miembro familiar tendría que volverse psicótico. Ese temor lo podemos percibir ante todo en la madre y el padre. El miembro de la familia que asume este destino

demuestra el amor más grande, pero de forma oculta.

Cuando ofrecí mi primer taller con clientes psicóticos, a pesar de gran resistencia por parte de psiquiatras y psicoterapeutas, el amor de estos clientes me tocó profundamente. De allí que titulé el libro que escribí al respecto: Amor junto al abismo. Eso es lo que podemos observar en el caso de psicosis. Es un amor junto al abismo.

- Al cliente: Cuando este amor surge a la luz, sabes lo importante que has sido para tu familia y lo que has cargado por ella. Ella sonríe y asiente con la cabeza.
- Al grupo: Por lo tanto un cliente psicótico no se puede tratar como persona individual. Hay que tratar a la familia entera y ayudarlo en conjunto.
- Al cliente: Lo que aquí he hecho estuvo al mismo tiempo al servicio de tu familia. Nadie necesita abrigar el temor de tener que volverse psicótico, porque tú te has logrado liberar de la psicosis.
- Al grupo: Aquí se trató de la curación de muchas generaciones, simultáneamente.

Los ayudadores

La misma situación la podemos observar con muchos médicos y con sus ayudantes en las instituciones psiquiátricas. Si no tuvieran pacientes psiquiátricos a quienes tratar, posiblemente tendrían el temor de convertirse ellos en psicóticos.

- Al cliente: ¿Puedes sentir esto?

Ella asiente con la cabeza.

Con frecuencia también en la familia de ellos se dio el caso de un crimen oculto hacia un miembro familiar. En ese sentido muchas veces los ayudadores en clínicas psiquiátricas se comportan de forma similar a los miembros familiares de sus clientes.

¿Cuál sería aquí la solución?

Nosotros no podemos esperar que estas comprensiones sean aceptadas sin reparo por estas instituciones. El temor hacia los resultados y sus consecuencias es demasiado grande, comprensiblemente.

Ejercicio: El amor espiritual

- Hellinger al grupo: Yo voy a hacer un ejercicio con ella. En este momento ella nos representa a todos, simultáneamente.
- Al cliente: Colócate ahí y mira en esta dirección. Ahora miras a muchas instituciones y clínicas psiquiátricas. Luego miras más allá de ellas, a lo lejos, hacia ese poder espiritual que también tiene su efecto en ellas, con la misma dedicación, con el mismo amor —en todo— en ellas. A continuación te retiras lentamente, pero siempre dirigiendo la mirada hacia esa dirección.

Ella se mantiene mucho tiempo en esa posición.

- Hellinger: Permanece así, siempre con la mirada en esa dirección. Mira más allá de todo esto, en total confianza al movimiento de este espíritu que a todos mueve de la misma

manera, así como quiere. Aquí nadie es mejor, nadie es peor. Aquí ya no hay perpetrador y no hay víctimas. Todos permanecen y valen y siguen siendo seres humanos en todos los sentidos. Al cabo de un rato: Y ahora te volteas hacia las personas que están aquí en este grupo. Ella gira lentamente hacia el grupo.

—Hellinger: A ellos ahora los puedes mirar. Diles: «Aquí estoy».

— Cliente: Aquí estoy... El grupo aplaude.

—Hellinger: «Una de ustedes».

— Cliente: Una de ustedes. Ella aplaude dirigiéndose al grupo. Todos la acompañan aplaudiendo.

Nuestro amor junto al abismo

Quiero decir algo más acerca del amor junto al abismo, Lo hago de forma meditativa. Podemos cerrar los ojos, vamos a explorar en nuestra alma, donde sentimos que también nuestro amor, a veces, se ha acercado a abismos.

El amor de la conciencia inconsciente

¿Qué es ese amor junto al abismo? ¿Es un amor espiritual? O ¿es un amor, en el que alguien se halla implicado de modo que ni siquiera es su amor?

Es un amor que es impulsado por una necesidad dentro de la familia —familia aquí en el sentido más amplio—. Por lo tanto este amor es un amor ciego, de allí que no puede ser espiritual. Se asienta en otro lugar.

Este amor está asentado en el ámbito de la conciencia inconsciente. A través del trabajo de Constelaciones Familiares experimentamos que el sistema familiar es dominado por un poder que vela como una conciencia sobre nuestro actuar, para que éste siga ciertos órdenes.

Benevolencia para todos

Estos órdenes son de dos índoles. El primer orden es: cada quien tiene el mismo derecho de pertenecer. Por ello, esta conciencia es benevolente con cada uno de los integrantes de la familia, Lo podremos comprender meditativamente. Nos imaginamos a nuestra familia con todos sus miembros y percibimos qué tipo de benevolencia sentimos hacia ellos.

¿Es para todos la misma? ¿Permitimos que todos estén presentes de la misma manera? ¿Hemos excluido de tal manera a algunos que fueron cayendo en el olvido?

Solamente nos necesitamos imaginar, por ejemplo, a nuestro padre y a nuestra madre.

¿Cuál de los dos está en primer plano y cual más en el fondo?

Ahora podemos colocar a ambos juntos en el primer plano y nos dirigimos a los dos con la misma benevolencia. Después contemplamos a la familia de papá y luego a la familia de mamá.

¿Cuál de ellas está en primer plano y cuál más en el fondo?

Interiormente las acomodamos y las juntamos y miramos a ambas familias con la misma benevolencia. A las dos familias les decimos, con el mismo amor: Sí.

Ahora miramos también a los otros, a los que también pertenecen. Por ejemplo parejas anteriores de nuestros padres, abuelos y a aquellos gracias a cuya carencia hemos obtenido un beneficio, una ganancia, nuestra ganancia y la ganancia de nuestra familia. Los ubicamos con todos los demás, en primer plano, con la misma benevolencia. Pero en esta benevolencia mantenemos la distancia. Cada quien se queda consigo mismo. Nuestra benevolencia no quiere nada. Nuestra benevolencia sólo es una actitud.

Luego hay algunos en la familia que son ocultados, algunos de los que uno siente vergüenza, algunos, que son señalados como criminales o perpetradores. También a ellos los tomamos y los colocamos en primer plano junto con todos los demás y los contemplamos con benevolencia.

Esta benevolencia es sin juicio. Sólo está ahí presente. De esta manera es como una benevolencia divina. Así como Dios quiere ser benevolente con todos, tal como son, sin diferenciaciones. Ésta sería una benevolencia como corresponde a la conciencia arcaica inconsciente.

La vinculación

Pero el hecho es que en nuestras familias algunos han sido excluidos, rechazados, olvidados, dados, tal vez abortados. Esta conciencia arcaica ahora busca restablecer el orden tomando a su servicio a un inocente, a un miembro posterior, a un hijo, un nieto, o a otro mucho más posterior aún, para que él o ella representen a ese excluido. Esta conciencia arcaica, obliga al posterior a la benevolencia. Es una benevolencia inconsciente, a la que él o ella son arrastrados, debido a la influencia de la conciencia arcaica.

Tienen que comportarse instintivamente como este excluido. Están vinculados a él.

Este es un amor que como es inconsciente, se halla junto al abismo, ciegamente entregado a otro poder. En el fondo este amor es el amor de la conciencia inconsciente, arcaica, común. Ya no es un amor por sí mismo. Pero contemplado el conjunto, el Todo, sí es amor. El que es abarcado por él se halla en un movimiento de amor, aunque sea inconsciente.

El amor consciente

La pregunta ahora es:

¿Cómo es posible que este amor se transforme en un amor consciente, que se transforme en un amor espiritual, que logre mucho más que este amor ciego, que se transforme en un amor que ya no se encuentre junto al abismo?

Exploramos en nosotros:

¿Somos también nosotros cogidos, de una u otra manera, por un amor junto al abismo?

Un amor tal se muestra, por ejemplo, con frecuencia en una enfermedad o en una actitud que fracasa, o en sentimientos que ya no podemos manejar, a veces en rabia, en desesperación, en duelo y en desilusión. Esperamos entonces poder rescatar este amor que es ciego, llevándolo al ámbito espiritual, para que el amor pueda permanecer y el abismo vaya desvaneciéndose.

La precedencia

Esta conciencia inconsciente obedece a otro orden más. Según este orden todo miembro familiar que estuvo antes tiene prioridad frente a aquellos que han llegado después. De allí que esta conciencia inconsciente exige que nadie que llegue posteriormente asuma algo por un anterior. Justamente aquí se muestra que a menudo, un posterior ama para ayudar a un anterior.

También esto es amor, un amor ciego. Siempre tiene las mismas consecuencias: fracasa. Muchas veces acaba en una enfermedad o en una psicosis o hasta en la muerte. Este amor es ante todo ciego, ciego por no conocer sus límites.

Nuestro amor ciego

Exploramos en nosotros:

¿Dónde hemos estado aprisionados en un amor ciego así o dónde seguimos estando cautivos?

Por ejemplo, al preocuparnos por alguien que es anterior a nosotros y que, por ese hecho, es más grande que lo que nosotros podamos ser.

¿Cómo nos coge este amor ciego junto al abismo también en nuestro trabajo?

Por ejemplo, si queremos ayudar aún siendo nosotros los pequeños y los otros los grandes y cuando cedemos a la tentación de la prepotencia.

¿Cómo nos escapamos de esta ceguera? ¿Cómo recobramos la vista?

Si a los otros les dejamos su grandeza y reconocemos y asentimos a nuestra impotencia.

El camino de purificación

Regreso nuevamente al amor junto al abismo como se evidencia en las psicosis. Hemos visto aquí lo que significa sanación espiritual.

A través de experimentarlo, también nosotros nos introducimos en este ámbito espiritual. En esta esfera nosotros mismos, a lo mejor, tenemos algo que nos mantenía o mantiene cautivos y que así logró resolverse. También quedó claro que este camino es un proceso de purificación.

En él nos deshacemos de muchos conceptos, sobre todo de conceptos de poder.

Si avanzamos siguiendo los movimientos del espíritu, al cabo de un tiempo alcanzamos cierta seguridad.

¿Cuál es la seguridad en este camino?

Confianza pura. Confianza pura, eso es todo.

Meditación: Amor que aleja del abismo

En este contexto, quiero ir con vosotros ese camino espiritual que aleja del abismo. Lo hacemos en forma de una meditación. Para ello pueden cerrar los ojos.

El círculo

Nos imaginamos los miembros de nuestra familia a través de varias generaciones. Nos imaginamos a todos los que pertenecen a ella. Algunos ni siquiera los conocemos. Nunca hemos siquiera escuchado de ellos.

Sin embargo ellos pertenecen a nosotros y nosotros a ellos. Nos imaginamos que se encuentran frente a nosotros, también aquellos a los que no conocemos. Posiblemente sólo los percibamos como sombras, borrosos, pero a pesar de ello están presentes. Se toman de la mano y forman un círculo. Nosotros nos integramos a este círculo junto con aquellos que nos son cercanos, con nuestros padres, nuestros hermanos, con nuestra pareja y nuestros hijos. Todos se miran, miran hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia delante. Se miran con amor. También nosotros los miramos y permitimos que ellos nos miren.

Algunos, cuyos rostros no pudimos reconocer, de pronto se nos hacen presentes. Sentimos el efecto de su presencia. Mientras los contemplamos y ellos a nosotros, les decimos a cada uno de ellos:

«Yo te veo. Yo te respeto. Yo te amo. Por favor mírame también a mí con amor».

Como todos están cogidos de las manos sienten la energía, el movimiento y el amor de todos al mismo tiempo. Nos damos permiso para sentir en lo más íntimo lo que este amor nos regala. Sentimos como este amor nos amplía y nos sana. Sentimos como de pronto podemos soltar. Sentimos como las preocupaciones van cediendo y como de pronto solamente estamos presentes ahí junto con ellos.

Paz a los muertos

Muchos en este círculo ya hace tiempo están muertos. Pero aún están ahí presentes. Tal vez han estado esperando algo, que se les de la oportunidad de que puedan mirarnos y nosotros a ellos. Ahora cierran los ojos. Pueden soltar todo. Entonces van descendiendo al reino de los muertos y permanecen allí en paz. Los dejamos ir sin deseos, sin preocupaciones.

Los dejamos ir sin pretensiones y sin querer recuperar algo ni para ellos ni para nosotros. Sentimos como nos liberamos, porque ellos se han liberado de nosotros.

La libertad

Los que quedan son los vivos. Se mantienen por un tiempo cogidos de la mano y se miran reciprocamente con amor.

Luego sueltan las manos. Cada quien transita ahora su camino, unido y a la vez centrado en sí mismo. Y libre en el amor.

Trastornos del habla

El destino y el sufrimiento de personas con dificultades al hablar ha encontrado poca consideración en Constelaciones Familiares —hasta ahora—. Tanto más me alegré, cuando fui invitado a un curso de dos días para personas con este trastorno. Hace tiempo que quiero ocuparme más de la pregunta:

¿Qué implicaciones se ocultan detrás de este sufrimiento y qué buenas soluciones se pueden encontrar para los afectados?

Mis expectativas fueron ampliamente superadas. Se demostró, que prácticamente todos los trastornos del habla se hallan condicionados por la historia familiar o al menos ésta tiene un rol importante en ellos.

Tartamudeo y esquizofrenia

En particular se demostró, que en deficiencias del habla, se encuentra como trasfondo un conflicto irresuelto en la familia, por ejemplo, que alguien no tuvo el permiso de estar presente o de expresarse, porque fue ocultado o dado. O que en una familia dos personas se encontraban enfrentadas de manera irreconciliable, por ejemplo un perpetrador y una víctima.

Como consecuencia de ello, un miembro familiar posterior, a menudo, representa a ambos. Debido a ello ninguno de los dos puede expresarse de forma individual. Así resulta el tartamudeo.

Por lo tanto, salió a la luz que el tartamudear muchas veces tiene un trasfondo como el de la esquizofrenia. Mientras que en la esquizofrenia el conflicto irresuelto se hace visible en la confusión y el trastorno, en el tartamudo se muestra en el hablar.

La solución para un tartamudo es entonces igual que la de un esquizofrénico.

Los aún no reconciliados se colocan frente a frente hasta que puedan reconocerse mutuamente y logren la reconciliación. Si surge a la luz, donde es que tiene su origen el verdadero problema, los tartamudos y los esquizofrénicos pueden dejarlo ahí, a donde pertenece y liberarse de él.

Tartamudeo por temor hacia una persona interiorizada

El tartamudeo puede tener aún otros trasfondos. A menudo se puede observar que un tartamudo antes de comenzar a manifestar su problema, primero se voltea hacia un lado.

Eso significa que mira hacia una imagen interna. Dicho de forma más precisa: mira hacia una persona interiorizada, a la cual teme y delante de la cual comienza a tartamudear.

Si en un trabajo de constelaciones el tartamudo puede encontrarse abiertamente con esta persona, si la puede honrar, hasta que ella a su vez pueda aceptarlo y demostrarle su amor, entonces el tartamudo le puede mirar a los ojos y decirle con claridad qué es lo que él siente y cuál es su deseo.

Tartamudeo por mantener un secreto familiar

A veces detrás del tartamudeo y de otros trastornos del habla se oculta un secreto que quiere salir a la luz, pero esa posibilidad infunde temor en la familia. Por ejemplo, un niño ocultado. Si a través del trabajo con Constelaciones Familiares este secreto es ventilado y es contemplado, ya nada obstruye el camino del hablar con claridad.

A menudo los niños tienen dificultades al articular porque sus padres quieren o tienen algo que ocultar. Sólo cuando los padres logran hablar abiertamente acerca de ello, los niños tienen la posibilidad de superar su deficiencia de articulación.

La exoneración

Yo abordo estos problemas desde el punto de vista sistémico. Los veo incluidos en algo más grande. De este modo se dan otras soluciones.

En la psicoterapia y en muchas profesiones que se dedican a la ayuda, como por ejemplo la logopedia, los terapeutas trabajan directamente con el cliente. Se sientan frente a ellos. De este modo fácilmente desaparece la idea que es miembro de una familia. Si este campo más amplio queda marginado, rápidamente llegamos a nuestros límites. Pero cuando, junto con el cliente, nos introducimos en un terreno más amplio, aparecen posibilidades totalmente nuevas. Con frecuencia lo que el logopeda está ejercitando con el niño, hasta entonces, rinde como aportación adecuada e importante. Hacer ejercicios es un paso importante para la solución, pero sin embargo queda incluido en algo más amplio.

En esta forma de proceder sistémica todos resultan exonerados, especialmente los clientes.

Reconciliar lo opuesto

Lo que se desarrolla durante una constelación con personas con trastornos del habla, a menudo tiene que ver con la locura. Por lo tanto digo algo acerca de la locura.

El loco es alguien que no puede reconciliar alguna situación determinada. Por regla general son personas que se encuentran enfrentadas. El loco tiene que entenderse con ambas partes, pero no puede porque se hallan en conflicto. Entre las partes hay algo irresuelto, por ejemplo, entre perpetradores y víctimas. Cuando se da que tiene que representar a las dos, es cuando enloquece. Comúnmente se dice: se volvió esquizofrénico.

En los trastornos del habla es bastante parecido. Alguien tiene alteraciones de articulación, especialmente al tartamudear, porque en él dos personas enfrentadas quieren expresarse al mismo tiempo. Uno está en contra del otro. Uno quiere decir algo y no puede hacerlo. Del mismo modo le sucede al otro. Una persona quiere algo y la otra está en contra. Esto lleva al tartamudeo o a alguna otra deficiencia de articulación. Cuando trabajé con esto, me vino la idea que los trastornos del habla tienen algo de locura y que la dificultad puede ser subsanada si aquellos que se hallan enfrentados en el alma, pueden reunirse y reconciliarse. Entonces también pueden reconciliarse las palabras y pueden manifestarse de forma uniforme.

Una condición previa es que en el ayudador se desarrolle algo similar. También él tiene que unir en su alma a las personas enfrentadas.

Ejercicio para tartamudos: «Tú y yo - nosotros dos»

— Hellinger al grupo: Cierren los ojos. Vayan hacia los distintos miembros de vuestras familias a través de las distintas generaciones. Se acercan a cada uno:

- A los buenos, a los malos, a los perpetradores, a las víctimas, a los muertos tempranamente, a los excluidos, a los olvidados. Miren a cada uno y díganle:

«Tú y yo - nosotros dos»

Silencio prolongado.

- Ante todo díganse a mamá y a papá:

«Tú y yo nosotros dos».

- Y a cada niño también:

«Tú y yo - nosotros dos».

Nuevamente silencio prolongado.

Este es un ejercicio importante para tartamudos. Tienen que ejercitarse en el decir: «Tú y yo - nosotros dos». Nuevamente silencio prolongado.

Cómo crecemos

Para mí fue impactante ver cómo en los trastornos del habla sale a la luz que en una misma familia puede haber dos tendencias antagónicas. Dicho más exactamente, se trata de dos personas diferentes que no logran unirse. Ese no poder unirse se muestra en la deficiencia de articulación. Acerca de esto quiero decir algo fundamental.

¿Cómo crecemos? ¿Cómo somos llevados de lo pequeño a lo amplio, de la limitación a la totalidad?

El proceso de crecimiento transcurre de la siguiente manera, vamos incluyendo progresivamente en nosotros lo que con anterioridad fuimos marginando y no le dimos espacio. Durante el proceso integramos lo excluido y le damos el lugar que le corresponde.

Ejercicio: Reconciliación en el alma

Comienza de forma muy sencilla. Cierren los ojos. Voy a hacer para nosotros un ejercicio pequeño. Nos imaginamos a nuestros progenitores, a nuestra madre y a nuestro padre.

¿Cuál de los dos es más cercano a nosotros? ¿Cuál se halla más alejado? ¿Cuál de los dos es más aceptado? ¿Cuál menos?

Entonces tomamos totalmente a aquél que no es aceptado plenamente, y lo llevamos a nuestra alma y a nuestro cuerpo. Tanto a un ámbito como al otro. Sentimos qué es lo que cambia en nosotros. Nos mantenemos ahí, hasta que nuestra madre y nuestro padre logran ser aceptados, reconocidos y amados por nosotros de manera igual, sin distinción, válidos ambos de la misma manera.

Luego damos un paso más, miramos a la familia de nuestra madre y a la familia de nuestro padre.

¿Cuál nos es más cercana? ¿Cuál está más alejada?

Ahora buscamos a aquellos que están más retirados y los acercamos a nosotros hasta que podamos aceptarlos, reconocerlos y amarlos completamente, sin ningún tipo de valoración, más allá de lo que está bien y de lo que está mal.

Luego interiorizamos en nuestra alma, sentimos y miramos qué es lo que no queremos reconocer en nosotros. Lo que posiblemente queremos excluir. Lo que despreciamos. Lo contemplamos y lo llevamos con amor a nuestra alma, con todo lo que forma parte de ello. Por ejemplo, también la culpa personal, quizás también un reproche o una enfermedad. Ahora le damos a todo un lugar.

Así regresamos del cielo a la tierra. Nos integramos al Todo tal como es, sin el deseo de querer cambiarlo y de querer tenerlo de diferente manera, tal como es. Así nos reconciamos con todo dentro del alma.

Ahora miramos también a los clientes con los que tenemos que tratar, ante todo a aquellos que tienen trastornos del habla. Hacemos con ellos lo mismo. Llevamos lo que el cliente rechaza o que no quiere reconocer a nuestra alma y asentimos. La reconciliación necesaria para él se efectúa primero en nosotros, en nuestra alma. Sentimos entonces que poseemos más fuerza al tratarlo así. Tomamos a sus padres y a su familia en nuestra alma, los perpetradores y las víctimas de su familia de la misma manera, sin valorarlos. Posiblemente también su culpa y su destino, tal como es. Interiormente nos inclinamos ante todo ello y asentimos.

De este asentimiento surge la fuerza y en concordancia con su situación y con su familia y con su destino, se ofrece asistencia y ayuda y apoyo de forma cuidadosa.

Ejemplo: Tartamudeo y esquizofrenia

El cliente, una mujer mayor, de inmediato quiere decir algo y tartamudea en ese intento.

— Hellinger al grupo: Ella tartamudea, porque quiere, a toda costa, lograr algo.

— Al cliente: Ponte comfortable junto a mí. Ella ríe.

— Al grupo: ¡Dios mío, está alborotada! —Ambos se miran con una risa.

— Hellinger: ¿Qué edad tienes?

— Cliente: sesenta. — Tartamudea tan fuerte, que apenas se puede entender algo.

— Hellinger: ¿Sesenta y cuántos?

— Cliente: Sólo con un cero. — Tartamudea de forma intensa.

— Hellinger: No lo entendí. Mirame amablemente. Ahora bien, ¿qué edad tienes?

— Cliente: sesenta. —sin tartamudear. Risas y aplausos en el grupo.

— Hellinger: Con amabilidad resulta mucho más fácil. Pero detrás de ello se oculta un miedo.

Mírame. Si miras no necesitas tener miedo ¿sabes esto? Ahora vuelves a rehusar la mirada.

Ella dirige la mirada hacia él.

— Hellinger: Exactamente, eso se llama felicidad.

Ella lo mira amablemente por un rato largo.

— Hellinger: Cierra los ojos. Coloca su brazo alrededor de ella. Luego le coloca una mano frente a los ojos.

— Al cabo de un rato al grupo: Ella no está acostumbrada a algo así. Él permanece en esa posición. Al cabo de un rato toma el brazo de ella y lo coloca alrededor de él.

Entonces Hellinger escoge a una representante para la mamá y la coloca enfrente del cliente.

Después de un rato guía al cliente unos pasos hacia delante, acercándola a la madre.

— Hellinger: nuevamente después de un rato: Dile a tu madre: «Por favor».

— Cliente: Por favor.

— Hellinger: algo más tarde: «Si aún soy tan pequeña».

— Cliente: Si aún soy tan pequeña. — Tartamudea mucho.

Hellinger la lleva lentamente más cerca de mamá.

— Hellinger a la representante de la madre: Permanece totalmente centrada. Permanece con aquello que es. Al cabo de un rato escoge a una representante para la madre de la madre y la ubica detrás de la madre.

— Hellinger al cabo de un rato a la madre: Dile a tu hija: «Si aún soy tan pequeña».

— Madre: Si aún soy tan pequeña.

Hellinger gira la madre hacia su madre. Ambas se miran por largo rato, sin moverse. Le coloca detrás de la madre de la madre a su madre.

— Hellinger a la madre de la madre: Dile a tu hija: «Si aún soy tan pequeña».

— Madre de la madre: Si aún soy tan pequeña.

Hellinger gira a la madre de la madre hacia su madre, a la abuela de la madre. Al cabo de un rato escoge a una representante para la bisabuela de la madre. La ubica detrás de la abuela de la madre y voltea a ésta hacia ella. Luego escoge una representante para la tatarabuela de la madre y voltea a la bisabuela de la madre hacia ella. La tatarabuela parece dura, mira hacia un lado. Al cabo de un rato la bisabuela de la madre se acerca a su madre, la tatarabuela de la madre. Ambas se abrazan.

Hellinger deshace el abrazo y coloca entre ambas a otra mujer en el suelo, boca arriba. La bisabuela de la madre se tiende junto a la muerta. Ambas se abrazan.

— Al cliente: Sigue tu movimiento, tal y como lo sientes internamente.

El cliente se dirige hacia la mujer muerta y hacia la bisabuela de su madre. Las tres se abrazan sentidamente. Después de un rato Hellinger les pide a las tres que se levanten. Exhorta a las mujeres a formar un círculo alrededor de la mujer muerta. Sólo la tatarabuela de la madre y el cliente se mantienen por fuera. La mujer muerta mira a cada una de las otras mujeres.

— Hellinger a la tatarabuela de la madre: ¿Qué sucede contigo?

— Tatarabuela de la madre: Yo estuve pensando que esto para nada les concierne a otras.

Hellinger abre el círculo y coloca a la muerta delante de la tatarabuela de la madre. La mujer muerta es evidentemente una criatura de ella. La tatarabuela la toma de las manos. Pero la muerta se refuerce y mira al suelo.

— Hellinger a la tatarabuela de la muerta: Dile a la muerta «Tú no me afectas para nada».

— Tatarabuela de la madre: Tú no me afectas para nada.

La muerta inclina la cabeza.

— Hellinger a la tatarabuela de la madre: Dile: «Yo no te quiero».

— Tatarabuela de la madre: Yo no te quiero.

La muerta solloza.

— Hellinger a la tatarabuela de la muerta: Aquí se ve, qué es lo que no quieres.

Hellinger lleva a la muerta con el cliente. Ésta la toma en los brazos y la sostiene, mientras ella sigue sollozando. A las madres las vuelve a colocar una tras otra. Al cabo de un rato Hellinger deshace el abrazo y guía al cliente hasta colocarla frente a la tatarabuela de la madre. Ambas se miran por un rato largo. El cliente empuña las manos. Entonces la tatarabuela le cierra los ojos a la madre, se coge el vientre, lentamente se arrodilla y se inclina profundamente. El cliente la toma amorosamente.

Hellinger indica a la muerta a arrodillarse también junto a la tatarabuela de la madre. También ella coloca su brazo alrededor de ella. El cliente pone sus manos sobre ambas. Cuando la tatarabuela de la madre y la muerta se abrazan con amor, Hellinger lleva nuevamente al cliente frente a su madre.

— Cliente tartamudeando a la madre: Yo te perdono, lo que me has hecho. Yo quiero estar en paz contigo.

Hellinger la acerca lleva lentamente a su madre y ambas se abrazan. Las demás madres forman un círculo alrededor de ellas y también se abrazan. Solamente la tatarabuela de la madre y la muerta se mantienen fuera del círculo.

— A las representantes: Les agradezco a todas.

Aclaraciones

— Hellinger al grupo: Voy a explicar los distintos pasos, como es que se dio este proceder.

- La primera imagen fue: el cliente no tiene acceso a su madre. Cuando la tomé en mis brazos, me sintonicé con su situación, con su padre y con su madre. Sentí que la madre se encontraba ausente.

— Al cliente: Así es como lo sentí interiormente.

— Cliente sin tartamudear: Ella estuvo ausente interiormente. Sin duda estuvo presente en persona, pero interiormente estuvo ausente.

— Hellinger: Si tú estás hablando muy bien.

Risas y aplausos en el grupo.

— Al grupo: Eso es lo que sentí y pensé: ahora voy a ubicar madre e hija, una frente a la otra. La representante de la madre tomó primero la actitud de una terapeuta y quería ayudar. Pero eso adulteraba todo. Por eso tuve que exhortarle a que se centrara.

— A esa representante: Después lo hiciste muy bien.

— Al grupo: Todo querer ayudar, impide la ayuda.

Con ello uno interviene en los movimientos del espíritu. Éstos ya no se pueden manifestar. Por eso a veces es difícil si uno toma a terapeutas como representantes, a menos que ya se hallen formados y maduros en la moderación y reserva.

— A la representante de la tatarabuela de la madre: Lo hiciste muy bien. En ti se pudo apreciar claramente la agresión de la última madre de la línea genealógica. Ahora te ves totalmente diferente.

La representante asiente y se ríe.

— Al grupo: Después vi, que de la madre no provenía sustento hacia la criatura.

Con ello podemos deducir, que también entre ella y su madre ha faltado ese sustento. De allí que detrás de ella coloqué a su madre. Pero también entre ellas algo interfería. Así se repitió hasta que llegué a la tatarabuela de la madre. Ella mostró de forma abierta la dureza que las demás ocultaban. También ella desviaba la mirada. Se sabe, que una actitud así en la línea de los antepasados, indica que hubo un asesinato. No hay que dejarse engañar.

Entonces ubiqué a alguien como víctima frente a la tatarabuela. Ahora lo extraño que se dio, fue que el cliente se sentía atraída hacia esa víctima. Ella demostró, que es lo que la tatarabuela de la madre le rehusaba a esta víctima.

Más tarde coloqué al cliente delante de la tatarabuela. Ahí ella apretó los puños. Eso indica que tenía una doble identificación: con la víctima y con la perpetradora. En la esquizofrenia se da esta dinámica —y en el tartamudeo evidentemente también.

Cuando la tatarabuela se acercó y se inclinó hasta la víctima, el cliente tocó a ambas.

— Al cliente: Ambas de pronto tenían un lugar en tu corazón. La contradicción y el conflicto irresuelto en ti, entre la perpetradora y la víctima, terminaron. De golpe pudo confluir en ti el amor por las dos. Necesitaste sesenta años para llegar a este punto.

— Cliente: Fue mi rotunda decisión...—tartamudeando.

— Hellinger: Mirame amablemente. Así, exactamente. Tú eres una persona amable. Mirame a los ojos.

— Cliente: Fue mi decisión resolver este conflicto—tartamudeando.

— Cliente: Fue mi decisión resolver este conflicto— sin tartamudeando. —Y aunque sea en el último tercio de mi vida, lo quiero ver resuelto.

Risas y aplausos en el grupo.

— Hellinger: Exactamente.

— Al grupo: El parentesco entre la esquizofrenia y el tartamudeo se demostró claramente en esta configuración.

— Al cliente: Después de ello todas las madres te pudieron acoger amorosamente en su círculo.

— Cliente: No conozco concretamente el caso de un asesinato en la familia.

— Hellinger: Naturalmente no. Esto se remonta a cinco generaciones atrás.

— Cliente: De ahí, obviamente, no sé nada.

— Hellinger: Naturalmente no sabes nada. Pero en una constelación así surge a la luz.

— Al grupo: Un asesinato dentro del sistema —es decir cuando alguien es asesinado dentro del sistema, por ejemplo una criatura de la madre o la mujer del hombre— tiene su efecto a través de muchas generaciones. Yo ya he visto que hasta trece generaciones sigue teniendo su efecto.

— Al cliente: Naturalmente no sabes nada al respecto. Pero el sentimiento lo has tenido, la compasión. ¿No fue bello?

— Cliente: Yo siempre he tenido la necesidad, ante todo cuando ya era mayor, de acercarme a mi madre, para demostrarle mi comprensión. Pero no me fue posible comunicarme con ella.

— Hellinger: Por supuesto que no. Tú aquí has cargado con algo, lo que una criatura no debe hacer. Todos están implicados, todos los antepasados están implicados —han estado implicados. Ambos se ríen. Está bien, deja que esto ahora tenga su efecto en el alma. Toma a la tatarabuela y a la víctima de la misma manera en tu alma —con amor—. Ambas de igual manera.

— Cliente: Yo espero que con el tiempo el tartamudeo se esfume. Esa era mi meta.

— Hellinger: Con el tiempo. Espera aún un poco. Tú aún estás muy acostumbrada al tartamudeo. La otra forma de expresarse es todavía inhabitual.

— Cliente: Sí, muy inhabitual. — sin tartamudear

Risas sonoras y aplausos en el grupo. El cliente también se ríe.

— Hellinger: Está bien, eso fue todo entonces.

El decir

¿Qué sucede cuando decimos algo? ¿Qué efecto tiene decir la palabra correcta?

Cuando una criatura por primera vez dice la palabra «mamá»

¿Notan ustedes lo que esto significa? ¿Notan la diferencia con antes? ¿Qué efecto tiene esta palabra en la madre?

Ella se transforma. En ella algo cambia por el solo hecho de que la criatura le diga mamá. También en la criatura cambia algo, cuando por primera vez logra decir esta palabra. La relación entre madre y criatura y de la criatura hacia su madre se ha modificado.

Los objetivos

¿Qué sucede con los objetos si los denominamos de forma correcta?

Muchas veces reflexionamos extensamente acerca de un contexto y no lo podemos captar. En cuanto lo logramos captar, se concentra en una verdad que puede ser expresada en una palabra. Sólo aquello que es captado de esta manera, también puede ser dicho. Cuando es dicho, tiene un efecto especial. Transforma algo. El que ha comprendido algo, también lo puede decir. Una palabra de esta índole tiene fuerza.

Aquí hay que considerar algo más. Un objeto que no es denominado de la forma correcta no llega a su plenitud. Tomemos una palabra muy sencilla, por ejemplo la palabra «rosa». Si hemos comprendido lo que la palabra «rosa» significa y la decimos, la rosa parece diferente. Ya no es la misma que antes. Un objeto inconcluso, una relación inconclusa, una situación inconclusa logra una consideración mayor a través de la palabra. Son inspirados por nosotros mediante la palabra.

Las grandes palabras

En Constelaciones Familiares muchas veces toca decir una palabra, una frase así. A veces es sólo una palabra o una frase, y se logran cambios. Hasta cuando el ayudador ha captado cuál es la palabra o cuál es la frase que logra transformar la dificultad y la pena, para poder colocarla en la boca del cliente, para que éste la exprese, y en ese momento se produce una transformación. Esa palabra y esa frase resultan creativas.

En Constelaciones Familiares, y en cómo ésta ha continuado desarrollándose, es el «decir adecuado y preciso» lo que lleva adelante en el momento oportuno. Esas palabras son una bendición.

A veces, al «decir adecuado» se le oponen otras palabras, por ejemplo una objeción. Por ello ponemos atención del efecto que podría tener una palabra, tanto en la propia alma como en el alma de otros.

Las grandes palabras provienen del silencio. Necesitan tiempo para poder madurar y para que puedan caer como fruta madura del árbol del conocimiento. Son palabras surgidas de la comprensión.

Autismo

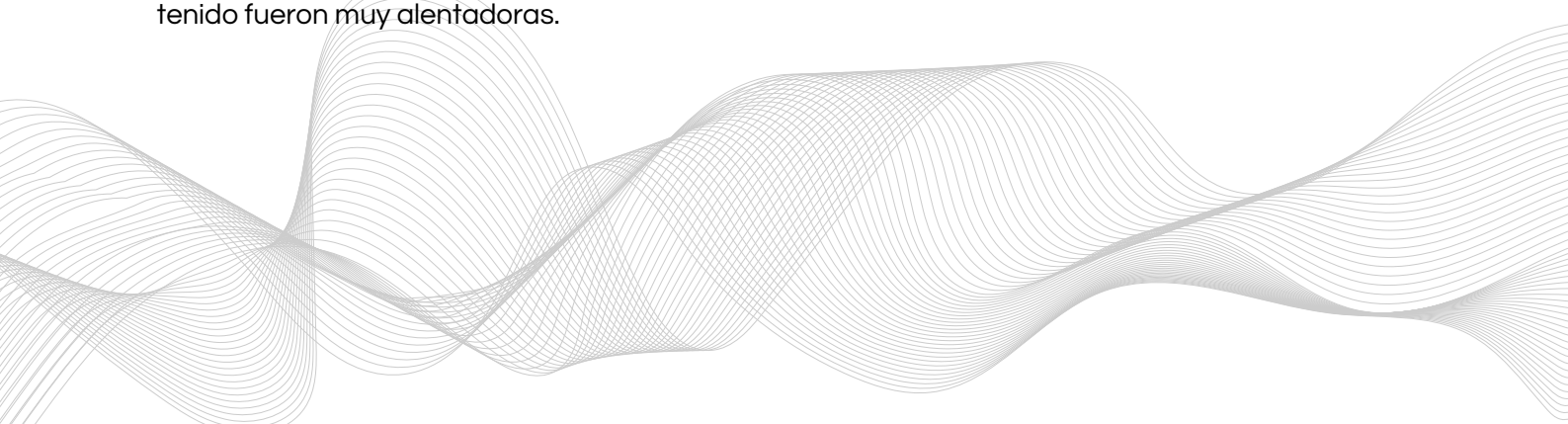
Cuando comencé a trabajar con niños autistas me sorprendió sobremanera que en sus familias se mostraba una dinámica similar a la de la esquizofrenia. En las familias con una criatura autista también se evidenció que ésta al mismo tiempo estaba identificada con un asesino y una víctima, ambos de la misma familia.

Si en una constelación ese trasfondo surgía a la luz y si se lograba la reconciliación entre asesino y víctima, en las criaturas autistas se daba una mejoría sorprendente. El movimiento sanador provenía en primer lugar de los perpetradores.

No obstante, a menudo se da una resistencia considerable a la solución en las familias afectadas

ya que la criatura autista carga las consecuencias del hecho de alguno de sus padres. La familia tiene miedo a que se de un desenlace positivo, y tengan que asumir las consecuencias.

Mis experiencias con criaturas autistas son limitadas. Posiblemente también otros trasfondos y otros hechos familiares sean de importancia. Sin embargo, las experiencias que hasta ahora he tenido fueron muy alentadoras.



Constelaciones Familiares del Espíritu en una frase

La forma de proceder

¿Qué es lo que se desarrolla?

Un cliente presenta un problema y menciona a determinadas personas. Comúnmente son los padres, la pareja, los hijos. Ellos son los más cercanos. Pero también pueden ser otros. Ahora procedo de forma sistemática. Es decir, me imagino a todas esas personas y hacia todos ellos me dirijo de la misma forma. Me expongo a ellos con cierta distancia, sin pretender algo determinado y sin sentir temor. Entonces espero la indicación.

Esta indicación ayuda a todos en la misma medida. Por lo tanto, no sólo está dirigido hacia algo que ayude al cliente. La indicación ayuda a todos en la misma medida. Con esto se evidencia que es una frase que proviene de un movimiento espiritual. Cuando esta frase es encontrada y dicha, todo termina. ¡Ni una palabra adicional! Toda palabra adicional deterioraría la fuerza de esta frase.

Ésta es la forma más bonita de ayudar a alguien. Aún va más allá de las Constelaciones Familiares del Espíritu. Pero sólo de cierto modo, porque en la imagen interna todos están presentes en la misma medida.

Me gustaría ejercitarlo con ustedes. La mejor manera sería en forma de supervisión. Ahora bien, no es que tengan que presentar algo personal, sino que ustedes acercan el caso de un cliente. Con un ejemplo así voy a demostrar como se ayuda. Es decir, no solamente lo demuestro, sino que todos aprendemos cómo podemos adentrarnos en un movimiento de ayuda de tal naturaleza.

Lo que de allí surja nos va a ayudar en muchos sentidos. Nos va a llevar a una actitud totalmente diferente. Queda claro, aquí no podemos querer nada. Estas frases no las podemos imaginar o inventar. Nos son obsequiadas en el camino de conocimiento fenomenológico.

Ejemplo: Muchacho de 12 años con tic

- Hellinger al participante que quiere exponer este caso: ¿De qué se trata?
- Participante: Un muchacho de 12 años se acercó a mí y a mi mujer. Tiene un tic nervioso. Parpadea con los ojos y mueve las manos involuntariamente.
- Hellinger: ¿Quién se acercó a ti?
- Participante: La primer vez, la madre con él y con su hermano.
- Al grupo: Él solamente nombró a este niño y a su madre.
- Hellinger: ¿A quién omitiste? El padre se presentó la segunda vez.
- Hellinger: Está bien.
- Participante: La segunda vez sólo trabajamos con el padre y con la madre.
- Hellinger: Está bien.
- Al grupo: Ahora nos imaginamos: si esta criatura hace esos movimientos, con ese tic y con esa mano y nos preguntamos. ¿Hacia dónde mira él? ¿A qué persona está viendo? ¿A qué persona a la cual los padres no miran? En vez de mirar a la persona miran su hijo. El participante asiente.
- Al grupo: Ahora nos imaginamos al sistema completo: los que pertenecen y él que, posiblemente, esté esperando a que sea mirado, que esté esperando a que se le tenga compasión o que se le ame. Eso sería el trasfondo. Bueno, ahora cerramos los ojos y nos introducimos a una actitud así frente a todo el sistema: a todos dirigidos con amor. Después esperamos, a que llegue la palabra o la frase decisiva.

Hellinger se adentra en una recogimiento profundo.

- Hellinger: Tengo la frase. Una frase totalmente sorpresiva, que uno no podría haber imaginado. Cuando vuelvan a estar contigo, los tres, indicas que el varón le diga a sus padres: «Olvídense también de mí».
- El participante asiente afectado.

Ejemplo: Hombre de 40 años con diarrea

- Al grupo: ¿Quieren que prosigamos con esta terapia ultra breve? — Una mujer levanta la mano.
- Hellinger: Nos tomamos tiempo. Estos son procesos meditativos. Con ellos llegamos a la calma, todos llegamos a la calma. Al cabo de un rato: Ahora estoy abierto a lo próximo.
- Participante: Es un hombre de 40 años, que hace dos años tiene diarrea. Físicamente no se puede demostrar nada
- Hellinger: ¿Sabes algo acerca de su familia?
- Participante: Su madre murió cuando él tenía 16. Ella cayó en una severa depresión, cuando el padre se fue. El padre abandonó el hogar después de haber tenido una discusión fuerte con la hija y haberla golpeado.
- Hellinger: ¿Es el padre de este hombre?
- Participante: Fue su padre.
- Hellinger: ¿La hija era la hermana de este hombre?
- Participante: Sí
- Hellinger: ¿La madre murió de depresión?
- Participante: Ya solamente quería estar en la cama y morir. Finalmente murió de una embolia.
- Hellinger: Las personas son: este hombre, su madre, su padre, su hermana, cuatro. ¿Quién de ellos necesita del apoyo mayor?

- Participante: El padre.
- Al grupo: Esto ahora es muy importante para nosotros. El es el que está excluido. A él lo llevamos a nuestra alma. Nos exponemos ahora a esta familia con entrega a todos y esperamos sin temor y sin intención.
Al cabo de un rato: Tengo una frase. A esa mujer: El hombre dice esa frase. Pero queda abierto a quién se la dirige. Si él llega contigo haces con él una sesión corta, una meditación. Entonces le dices esta frase. Después de ella, tiene que ponerse de pie inmediatamente y marcharse. Es decir, dejas que se siente junto a ti y le dices:
«Cierra los ojos. Ahora te imaginas a todos los que forman parte de tu familia: al padre, a la madre, a tu hermana, a ti.
Se mantienen a cierta distancia de ti. Entonces siente, con quién estás ligado más profundamente. A él le dices una frase. Esta frase te la voy a decir. Después de ello te pones de pie, sin comentario, y te marchas. La frase dice: Por favor, quédate». — La mujer asiente.
- Hellinger: ¿Está bien?
- Participante: Sí.

Ejemplo: Joven de 15 años con ataques de pánico y autoagresión

- Hellinger: ¿De qué se trata aquí?
- Participante: Se trata de una familia, en la cual los padres se hallan separados. El joven de 15 años tiene ataques de pánico y se causa lesiones.
- Hellinger: ¿Quién te fue a ver?
- Participante: Los tres.
- Al grupo: Está bien, aquí sólo tres personas son importantes: el padre, la madre, el hijo.
- A la participante: ¿Con quién vive el hijo?
- Participante: Alternando con ambos padres.
- Al grupo: Ahora nos imaginamos esto. Nos sintonizamos, con entrega a todos al mismo tiempo y nos sintonizamos con el joven y con su amor. (Al cabo de un rato)
- A la participante: Tengo la frase. Está totalmente codificado. Dices la frase en presencia de los padres. Le dices a ellos, cuál es la frase secreta de su hijo. Y les dices que en cuanto hayas dicho la frase tienen que marcharse, sin comentarios. Le dices a los padres, el hijo dice internamente: Mejor a mí». ¿Cómo te sientes con esto? Cuando la participante ríe: Lo vemos. Está bien, eso fue todo.
- Participante: Gracias.
- Al grupo: Un caso más. Luego es suficiente.

Ejemplo: Mujer de 35 años sólo puede tomar alimento líquido

- Al grupo: Desde luego también se da que a lo mejor no surja una frase. Eso puede tener diversos trasfondos. Tal vez somos demasiados diligentes. Entonces perdemos la conexión con el movimiento del espíritu. Este peligro también se da aquí, si trato un caso detrás del otro. Entonces se convierte como en un ejercicio. Eso se torna peligroso, peligroso en el sentido, de que no se logra nada.
- A la participante: ¿Pues?

- Participante: Se trata de un cliente mujer, de 35 años. Ella sufre, desde que es joven, de una enfermedad que se manifiesta en el hecho de que no puede tragar alimento sólido. Se le queda atravesado en la garganta. De allí que solamente puede ingerir alimento líquido.
- Hellinger: Bueno, esto es el problema. ¿Quién te fue a ver?
- Participante: Ella misma vino.
- Al grupo: Interiormente ahora tenemos que completar, quiénes son los que pertenecen aquí. Sin entrar en detalle nos imaginamos esta familia, también a sus hermanos.
- A la participante: ¿Algún hermano murió a edad temprana?
- Participante: Esta mujer nunca conoció a su padre.
- Hellinger: Esta es una información importante. Al cabo de un rato: A mí me llegó una frase muy extraña. A la participante: Le puedes decir, que se imagine diciendo a su mamá una frase. Pero no se la dices. La dices solamente interiormente. La frase es: «Me quedo a medias». — La participante asiente y se ríe.
- Hellinger: ¿Está bien?
- Participante: Muchas gracias.
- Al grupo: Ustedes notan, hacia dónde finalmente nos llevan las Constelaciones Familiares del Espíritu.

Ejemplo: Hombre de 37 años insensible y paralizado del lado derecho

- Participante: El cliente tiene 37 años. Hace un año que está insensible y paralizado del lado derecho. Con respecto a su historia: tenía un año cuando su madre se ahorcó.
 - Hellinger: Por ahora no quiero saber nada más.
 - Al grupo: Ahora nos sintonizamos con la situación y con la familia.
- Hellinger se adentra en un recogimiento profundo. Al cabo de un rato...
- Al grupo: Nuevamente es una frase tan extraña.
 - Al participante: Cuando llegue contigo, le pides que cierre los ojos y que se imagine: él es una criatura pequeña y ahí está colgada su madre. Él la mira, así como está colgada y le dice: «También yo». El participante asiente seriamente.
 - Hellinger: ¿De acuerdo?
 - Participante: Gracias

El movimiento interior

Al grupo: Estas frases están más allá de la ayuda; llevan al individuo a vincularse con un movimiento interior. En cuanto se encuentra esta vinculación con el movimiento interior, éste lo guía. No sabemos hacia dónde, tampoco lo queremos saber. Él entonces se halla totalmente entregado a ese movimiento.

Cuando nos es obsequiada una frase de esta índole —porque siempre es un obsequio— de inmediato nos encontramos separados del cliente, sin preocupaciones. De inmediato somos liberados. Hacia ahí nos llevan, al final, las Constelaciones Familiares del Espíritu.

Si un cliente se acerca, si está sentado junto a ustedes y ustedes se le exponen, se da que, a veces, surge sin que él exprese nada, una frase así o una palabra. Esa es una experiencia hermosa. Entonces sienten de que son guiados.

En una constelación cuando no sabemos como va a continuar, la comprensión para el siguiente paso también nos es regalada de este modo, o la frase, que alguien tiene que expresar.

Meditación: Nuestra propia frase

Cierren los ojos. En nuestra familia nos dirigimos a todos los que la conforman. Nos incorporamos en ella colocándonos en nuestro lugar, exactamente en nuestro lugar. Ahí nos quedamos. Sentimos la conexión con todos y sentimos cómo los destinos de esa familia también nos esperan a nosotros, como si aguardaran algo de nosotros que al final pudiera traer la calma.

Mientras nos exponemos así a todos, también al destino de ellos, pero siempre manteniéndonos en nuestro lugar, esperamos un tiempo hasta que les podamos decir a todos una frase, nuestra frase. No sólo les decimos esta frase a ellos, ella también vale para nosotros. No es que seamos nosotros los que les decimos la frase, porque la frase que nos es obsequiada así, también nos concierne a nosotros. Como nos concierne y podemos asentir a ella todos se sienten aliviados. Esta frase nos une a todos en lo más profundo.

Al cabo de un rato: Tal vez hayan encontrado una frase así. Les voy a dar un ejemplo: alguien dice, mientras contempla a todos:

«Yo me quedo aquí».

Supervisiones breves

El futuro

- Hellinger al terapeuta: ¿Qué es lo que hay contigo?
- Terapeuta: Se trata de una mujer joven que como niña sufrió el abuso de su abuelo.
- Hellinger: ¿Cuál es el problema?
- Terapeuta: En aquel entonces se lo comentó a su padre. El padre le prohibió que se lo dijera a la madre porque ella a su vez había sufrido el abuso de su padre, es decir, de este abuelo, cuando era chica.
- Al grupo: Aquí se nos exige la benevolencia hacia todos.
- Al terapeuta: ¿Qué edad tiene la mujer?
- Terapeuta: Está a mitad de los veinte.
- Al grupo: Lo que a menudo hago en una situación así: me los imagino a todos es decir: a esta mujer, al abuelo, al padre, a la madre. ¿A quién más? ¿Quién está excluido? La abuela. Ella está excluida. Me expongo a esto, a todos con la misma entrega, sin juicio. Entonces, a veces, me viene una frase o una palabra que hace justicia y que ayuda a todos por igual.
- Al terapeuta: La frase me acaba de llegar ahora. ¿Quieres que te la diga? La frase es: «También este amor es grande».

Silencio prolongado

- Al grupo: Olvidemos por una vez nuestros juicios morales y miremos el efecto de esta frase en la familia. ¿Qué efecto tiene para todos? Todos son liberados y tienen futuro. Muy bien, esto fue un ejemplo de terapia breve. Esta forma, como la acabo de demostrar, es la forma más condensada de este trabajo.
- Terapeuta: Cuando le hayas dicho esta frase a la mujer, termina la terapia. No se agrega

nada, ni una sola palabra. La frase por sí sola tiene su efecto, si puede quedarse así, por sí misma, con su fuerza completa. Pero primero tienes que asentir tú a que así es: «También este amor es grande y divino». Ambos asienten mientras se miran.

— Hellinger: La frase verdaderamente se metió en tu alma. — Ambos rien mientras se miran.

— Hellinger: ¿ De acuerdo?

El terapeuta asiente.

— Hellinger: Bueno, aquí lo dejo.

Un niño pierde el habla

— Hellinger al terapeuta: Sí, ¿qué hay contigo?

— Terapeuta: Un niño de cinco años pierde visiblemente su habla.

— Hellinger: ¿Cómo se muestra esto?

— Terapeuta: Él quiere decir algo, comienza a tartamudear, llega a un tono de voz agudo, sale corriendo y se esconde.

— Hellinger: Está bien. Yo miro al chico y miro a su madre y a su padre y miro al secreto. Ahí hay un secreto. El secreto es un muerto. ¿Puedes sentir esto?

— Terapeuta: Hace poco vi al padre. Tiene un miedo atroz, porque también él perdió el habla cuando era pequeño. Desde el primer año estuvo en un internado y no pudo recobrar el habla.

— Hellinger: Esto se remonta hacia atrás. En la familia hay un perpetrador. El perpetrador tiene miedo de que esto surja a la luz. Yo ahora me expongo a esta situación.

Al cabo de un rato: Tengo una palabra sencilla.

— A la terapeuta: ¿Tú trabajas a solas con él?

— Terapeuta: Sí.

— Hellinger: ¿Qué edad tiene?

— Terapeuta: Cinco y medio.

— Hellinger: Te imaginas al chico sentado junto a ti. Pones el brazo alrededor de él, lo que de por sí probablemente hagáis y ambos miran hacia adelante. Entonces le dejas decir: «Papá, nosotros dos».

— A la terapeuta: Esto de inmediato fue bien recibido por ti. Yo he visto el buen efecto en ti. Eso es bueno para el niño. Luego trabajas con el padre y buscas acercarlo al secreto que ahí se encuentra. Seguramente es un asesinato, Pero eso puede haber pasado hace mucho o, tal vez, pueda tener que ver con la guerra. ¿Puedo dejarlo aquí? — La terapeuta asiente.

Ejercicio: Ir con el espíritu

Lo hago como un ejercicio para todos. Vosotros os imagináis una situación así, donde os comentan un problema, donde vosotros queráis y, tal vez, tengáis que ayudar. Siempre que se les describa un problema, siempre se tratará de un problema de relaciones, no existe otro tipo de problemas.

¿Por qué una relación se convierte en problema?

Porque alguien es excluido o rechazado u olvidado.

Cuando un cliente describe un problema, siempre describe al que es malo. Esta es una invitación al ayudador de enfadarse, a su vez, con esta persona. Ochenta por ciento de los terapeutas caen en esta trampa. Entonces ya no pueden ayudar.

Ahora cierren los ojos. Vosotros os imagináis una situación tal, es decir, un problema que os es comentado, tal vez hasta un problema que vosotros mismos tengáis. Miráis a todas las personas que están involucradas en él. Ponéis especial atención a:

¿quién se encuentra excluido, quién no es siquiera mencionado?

A esta persona le abren vuestra alma, es decir, a los así llamados malos.

Miráis a cada quien con la misma entrega, con el mismo aprecio y respeto, con el mismo amor, sin diferenciación, a todos por igual. Con ello os abandonáis a un movimiento del espíritu del Espíritu Creador, que está entregado a todo en la misma medida.

Así acompañáis ese movimiento, pero sin introducirse en la relación. Permanecéis fuera del sistema. Lo contempláis desde el exterior con la misma benevolencia para todos. Entonces esperáis, sencillamente esperáis. A lo mejor, al cabo de un tiempo súbitamente os llega una frase, a menudo, sólo una palabra que es la justa para todos, que ayuda a todos. Proviene de la profundidad no de la reflexión, es totalmente repentina.

La palabra siempre es nueva. Nunca se dan repeticiones. De inmediato tiene un efecto liberador, también en uno mismo.

Ya lo habéis visto cuando he trabajado de esta forma. Enseguida que encontró la frase y la dijo, de inmediato se dio un cambio en los rostros.

¿Lo habéis notado? La veracidad de la frase se demuestra en su efecto inmediato.

Ayudar en sintonía

Comentario previo

En este capítulo se trata de la práctica de ayudar en sintonía con mis comprensiones: acerca de la conciencia, acerca de las vinculaciones con el destino, acerca de los movimientos del espíritu en el alma. Describo aquí mis experiencias con «el ayudar» y doy indicaciones de cómo proceder y ayudar según cada caso. Es Hellinger® Sciencie aplicada al ayudar.

Ahora, no se trata tanto de recordar los detalles para poder aplicarlo en un caso particular. Eso es complicado por el hecho de que la abundancia de experiencias se sustrae al aprendizaje detallado. Por ello se recomienda leer este capítulo como una recopilación de historias de vida, emocionantes, sin querer memorizar los detalles. Es ir introduciéndose en las experiencias, vivenciarlas e ir creciendo con ellas. Cuando más adelante ustedes sean involucrados en historias similares, de pronto saben desde el interior de que se trata y siguen sus comprensiones en concordancia con la situación, tal y como se muestra.

Estas historias son contemplaciones sobre el camino del ayudar, provienen de muchos cursos distintos. Por consiguiente conservan lo inmediato. Son aprendizaje vivo, también con una u otra repetición, no obstante siempre en un campo del espíritu nuevo y diferente.

Este campo espiritual particular vibra en las historias.

Ayudar en sintonía

La ayuda como dar y tomar

Ayudar es algo muy humano. Ayudamos gustosamente a los demás, porque a su vez hemos recibido ayuda. Cuando ayudamos a los demás, podemos aceptar mejor lo que hemos recibido de otros. Cuando recibimos sin dar a cambio, entonces se nos dificulta retener lo que hemos recibido. Cuando también damos, podemos quedarnos con gusto y sin ataduras con aquello que se nos dio. Eso es una característica humana.

El oficio de ayudar

El ayudar como oficio es algo totalmente diferente. Si quisiéramos ayudar profesionalmente con la misma actitud con la cual nos ayudamos mutuamente en las relaciones humanas, esa ayuda se tornaría peligrosa.

¿Por qué?

Cuando el ayudar es profesión, como se da por ejemplo en Constelaciones Familiares y en la psicoterapia, pero también en la ayuda médica, se trata con frecuencia de vida y muerte. Y se trata de que alguien logre su propio destino, es decir que pueda desarrollarse y crecer, conforme a ello.

¿Cuándo podemos ayudar?

¿En qué manos se halla la vida y la muerte? ¿Se halla en las manos de un facilitador?

Quien se comporta de tal forma como si la vida y la muerte de una persona estuviese en sus manos, se arroga una grandeza que sólo le corresponde a Dios, o a aquella Fuerza que vislumbramos tras esa palabra. Ante la vida y la muerte de otra persona es aconsejable una reserva extrema.

¿Tenemos entonces, en realidad, permiso para ayudar?

Sí. Pero sólo si estamos en sintonía con las Fuerzas Mayores que deciden acerca de la vida y la muerte de un ser humano.

¿Cuáles son estas Fuerzas?

Es en primer término el destino que cada individuo ha asumido a través de su familia y su origen. Cada uno de nosotros es hijo de padre y de madre y de muchos antepasados. En esta gran familia han sucedido muchas cosas, todo ello ejerce su influencia y se convierte en nuestro destino. Por ejemplo, se convierte en destino si en esa familia se dieron crímenes, o si en esa familia algunos fueron olvidados o excluidos. Estos hechos tienen su efecto en el presente y conforman nuestro destino. Si entonces ayudamos a alguien tenemos que honrar y entrar en conexión con su destino y con lo que él ha desencadenado.

Ayudar con respeto

¿Qué significa esto en la práctica?

Primeramente tenemos que dar un lugar en nuestra alma a los padres de la persona, con respeto y amor, independientemente de cómo fueron esas personas y de lo que se haya dicho acerca de ellos. Si por ejemplo, el cliente se ha quejado de su padre o de su madre, se queja al mismo tiempo de su destino. Y se queja de Dios o acerca de lo que esta palabra oculta.

Si yo le hago espacio en mi alma a aquello que él dice de sus padres, me elevo por encima de su destino y por encima de Dios, tal como él lo hace. Me convierto entonces en su creador.

¿Cómo puedo ayudar entonces?

Si adopto tal actitud.

¿Qué efecto va a tener en mi alma? ¿Y cuál también en mi cuerpo y posiblemente en mi salud? ¿Puede alguien aventurarse de esta forma sin exponerse al mayor peligro para sí mismo y al mayor peligro para esta persona?

Ayudar en forma segura

Si analizamos a los que se dedican a profesiones de ayuda, vemos que muchos proceden con cierta ceguera. Si lo miramos detenidamente y lo llevamos a la profundidad de nuestra alma, sentimos lo mucho que aún nos tenemos que transformar para que nuestra ayuda sea ayuda segura. En primer término para nosotros mismos y después para el otro.

Pues bien, regresando:

¿Cuál es aquí la forma segura de proceder?

Sea lo que fuere lo que alguien diga de sus padres, yo como facilitador los contemplo con profundo respeto y amor. Luego miro a sus antepasados y a aquello que les ha tocado como destino y me inclino ante ello. Así me pongo en sintonía con estos destinos, con todo su trasfondo y con el Alma Grande que tiene su efecto ahí.

Al hallarme en esa sintonía, me llega una indicación, si es que puedo hacer algo y qué es lo que me es permitido hacer, o si es que me tengo que retraer y no me es permitido actuar, o si aquello que percibo lo puedo o lo tengo que transmitir.

A veces esa sintonía me indica algo que aparenta ser duro, pero que se encuentra en concordancia con el destino. A menudo también me indica que me aleje, y manifestarlo así. También esto, a veces, puede resultar duro si bien ocurre en sintonía con el otro, con su alma y con su destino.

Ayudar a otros a crecer

Ayudar tiene que ver con incentivar al crecimiento, de crecimiento interior.

¿Cómo crece algo?

- Primero, como consecuencia de nutrirse.
- Segundo, al tener que imponerse a fuerzas que interfieren en el crecimiento. Mucha ayuda se concentra en el nutrir y luego retrocede ante el conflicto. Quiere decir que se confía el conflicto a otro, así como la competencia en el trato con lo desagradable.

Los Órdenes de Ayuda

Los Órdenes de la Ayuda que aquí tratamos tienen que ver con la ayuda como profesión, no con la ayuda en las relaciones interpersonales. La ayuda como profesión se diferencia de la ayuda en relaciones interpersonales. Es un arte. El arte exige cierta destreza, se tiene que tener dominio sobre algo. El facilitador tiene que dominar, sobre todo, mantener cierta distancia con el cliente, y no involucrarse en una relación.

¿Qué significa ayudar?

La ayuda es un arte. Como todo arte requiere de una destreza, que se puede aprender y ejercitar. También requiere de una empatía con la persona que viene en busca de ayuda. Es decir, requiere comprender aquello que le corresponde y, al mismo tiempo, la trasciende y la orienta hacia un contexto más amplio.

La ayuda como compensación

Los humanos dependemos, en todos los sentidos, de la ayuda de los demás. Únicamente así logramos desarrollarnos. Al mismo tiempo, también dependemos de ayudar a otros. Quien no es necesario, quien no puede ayudar a otros, acaba solo y atrofiado. La ayuda, por tanto, no sólo sirve a los demás, también nos sirve a nosotros mismos.

Por regla general, la ayuda es mutua, por ejemplo en la pareja, y se regula por la necesidad de compensación. Quien recibió de otros aquello que deseaba y necesitaba, también quiere dar algo, para así compensar la ayuda.

Muchas veces, compensar mediante la devolución sólo es factible hasta un cierto límite, por ejemplo en relación a nuestros padres. Lo que ellos nos dieron es demasiado grande como para poder compensarlo dando. Así, en relación a ellos, sólo nos queda reconocer el regalo y agradecerlo de todo corazón. En este caso, cuando pasamos lo recibido a otros —por ejemplo, a nuestros propios hijos— logramos compensar a través del dar y también logramos la consiguiente descarga.

El dar y el tomar, por tanto, se mueven en dos niveles:

- por una parte, entre iguales, donde se mantienen en un mismo nivel y requieren reciprocidad.
- Por otra parte, entre padres e hijos o entre aventajados y necesitados, donde se presenta un desequilibrio.

•

Aquí, el dar y el tomar se asemeja a un río que transporta lejos aquello que recoge. Este dar y este tomar son más grandes: su mirada abarca también lo posterior.

En este tipo de ayuda, lo donado se expande. El ayudador se ve transportado e integrado en algo más grande, más rico y duradero.

Esta ayuda exige de nosotros que antes hayamos recibido y tomado. Sólo así sentimos la necesidad y la fuerza de ayudar también a otros, sobre todo cuando esta ayuda nos exige mucho. Al mismo tiempo supone que aquellos a quienes pretendemos ayudar necesitan y desean aquello que somos capaces de, y nos disponemos a, darles.

De lo contrario, la ayuda resulta vana; separa en lugar de unir.

Sólo dar lo que se tiene y tomar lo que se necesita

- El primer orden de la ayuda significa, por tanto, que uno sólo da lo que tiene y sólo espera y toma lo que realmente necesita.
- El primer desorden en la ayuda comienza cuando uno pretende dar lo que no tiene y otro quiere tomar lo que no necesita. O cuando uno espera y exige de otro lo que éste no le puede dar, porque no lo tiene. O también cuando uno no debe dar, ya que asumiría en lugar de otro algo, que sólo éste puede o debe llevar o hacer. Así, pues, el dar y el tomar tienen límites. Percibir esos límites y, respetarlos, forma parte del arte de la ayuda.

Esta ayuda es humilde; muchas veces, ante determinadas expectativas o también ante el dolor, renuncia a ayudar.

Lo que este paso exige, tanto de la persona que ayuda como de quien busca ayuda en ella, se nos muestra claramente en el trabajo con Constelaciones Familiares. Esta humildad y esta renuncia contradicen muchos conceptos convencionales de la ayuda adecuada y frecuentemente exponen al ayudador a graves reproches y ataques.

Manienerse dentro de las posibilidades

Por una parte, la ayuda está al servicio de la supervivencia, y por la otra sirve al desarrollo y al crecimiento. Supervivencia, desarrollo y crecimiento dependen de circunstancias especiales, tanto externas como internas. Muchas circunstancias externas nos vienen dadas y no son modificables, por ejemplo una enfermedad hereditaria o también las consecuencias de determinados sucesos, o de una culpa propia o ajena.

Si la ayuda pasa por alto, o no quiere admitir las circunstancias externas, queda destinada al fracaso. Esto se aplica aún más a las circunstancias de carácter interno. Entre ellas cuentan la misión personal concreta y especial, las implicaciones en destinos de otros miembros de la familia, y el amor ciego que, bajo la influencia de la conciencia, sigue sujeto al pensamiento mágico. En cada caso concreto esto significa algo ya descrito en detalle en mi libro *Los Órdenes del Amor*, capítulo «Del cielo que enferma y la tierra que sana»

A muchos ayudadores puede parecerles duro el destino de alguien y desearían modificarlo. Pero muchas veces, no porque el otro lo necesite o desee, sino porque a ellos mismos les resulta difícil soportar este destino. Cuando el otro, a pesar de todo, se deja ayudar por ellos, no es tanto por su propia necesidad, sino por su deseo de ayudar a los ayudadores. Así, esta ayuda se convierte en un tomar, y el aceptar la ayuda en un dar.

- El segundo orden de la ayuda significa, por tanto, que uno se somete a las circunstancias, y sólo interviene hasta donde ellas lo permitan. Esta ayuda se contiene y tiene fuerza.
- El desorden en la ayuda sería aquí negar o tapan las circunstancias en lugar de afrontarlas junto con la persona que busca ayuda. La pretensión de ayudar en contra de estas circunstancias, debilita tanto al ayudante como a la persona que espera la ayuda. Lo mismo le ocurre a la persona a quien se le ofrece la ayuda, e incluso a quien se ve obligado a aceptarla.

La imagen primaria de la ayuda: padres e hijos

La imagen primaria de la ayuda es la relación entre padres e hijos, sobre todo, entre la madre y el hijo. Los padres dan y los hijos toman. Los padres son grandes, superiores y ricos; los hijos son pequeños, necesitados y pobres. Pero dado que padres e hijos se aman profundamente, el dar y el tomar entre ellos puede ser casi ilimitado. Los hijos pueden esperar de sus padres casi todo. Los padres están dispuestos a darles casi todo a sus hijos. En la relación entre padres e hijos, las expectativas de los hijos y la disposición de los padres de satisfacerlas son necesarias y, por tanto, buenas. Pero sólo son buenas mientras los hijos sean pequeños. A mayor edad de los hijos, los padres les ponen límites en los que pueden experimentar fricciones y también madurar.

En este caso ¿son los padres menos cariñosos con sus hijos? ¿Serían mejores padres si no les pusieran límites? ¿O es que justamente así se muestran como buenos padres exigiendo de sus hijos algo, que los prepara para la vida como adultos?

Muchos hijos se enfadan con sus padres, porque preferirían conservar la dependencia original. Pero justamente en esta contención, que frustra las expectativas de sus hijos, los padres les ayudan a liberarse de la dependencia para, paso a paso, actuar bajo su propia responsabilidad. Sólo así los hijos asumen su lugar en el mundo de los adultos y, de personas que toman, pasan a ser personas que dan.

Ayudar de igual a igual

Muchos ayudantes, por ejemplo en psicoterapia o en servicios sociales, ante personas que buscan ayuda, creen que deberían ayudarles como algunos padres lo hacen con sus hijos. Por otra parte, muchas personas que buscan ayuda, esperan que los ayudadores se dirijan a ellos como los padres a sus hijos, para así recibir de ellos, lo que de sus padres siguen esperando o exigiendo.

¿Qué ocurre cuando los ayudantes responden a estas expectativas?

Se embarcan en una larga relación.

¿Hacia dónde lleva esta relación?

Los ayudadores acaban en la misma situación que los padres, en cuyo lugar se colocaron, con su deseo de ayudar de esta forma. Paso a paso, tienen que poner límites o frustrar a aquellos, que buscan ayuda. Así, los clientes, muchas veces, desarrollan hacia los ayudadores los mismos sentimientos, que antes albergaban hacia los padres. De esta manera, los ayudantes, que se situaron en el lugar de los padres o incluso pretendían ser los mejores padres, en los ojos de los clientes, acaban siendo iguales que sus padres

Muchos ayudantes permanecen atrapados en la transferencia y contratransferencia del hijo a los padres, dificultando a los clientes la despedida de sus padres, así como de ellos mismos.

Al mismo tiempo, una relación según el ejemplo de la transferencia hijo-padres, también obstaculiza el desarrollo y la maduración personal del ayudador. Lo explicaré en un ejemplo:

Cuando un hombre joven se casa con una mujer mayor, muchos tienen la impresión de que está buscando sustituir a su madre.

¿Y qué busca ella?

A un sustituto de su padre. Lo mismo se da también a la inversa. Cuando un hombre mayor se casa con una chica joven, muchos dicen que ella se ha buscado un sustituto de su padre.

¿Y él?

El ha buscado sustituir a su madre.

Es decir, por muy extraño que suene, quien se mantiene largamente en una posición superior e incluso la busca e intenta conservarla, se niega a ocupar su lugar de igual a igual entre adultos. No obstante, existen situaciones en las que durante un breve tiempo resulta beneficioso que un ayudador represente a los padres, por ejemplo, cuando es necesario que el movimiento amoroso, interrumpido a una edad temprana, sea retomado y completado.

Cuando un niño pequeño no pudo estar con la madre o el padre, aunque los hubiera necesitado urgentemente y anhelara volver con ellos—por ejemplo en el caso de una estancia prolongada en el hospital—el anhelo del niño se convierte en dolor, desesperación y rabia. A partir de esta experiencia, el niño se retira de los padres y, más tarde, también de otras personas, aunque anhele estar con ellas. Estas secuelas de una interrupción temprana del movimiento amoroso se superan retomando el movimiento original y completándolo.

En este caso, el ayudador representa a la madre o al padre de aquel entonces, y el cliente, como el niño de entonces, puede llevar a cabo el movimiento interrumpido en aquel momento. Sin embargo, a diferencia de la transferencia hijo-padres, los ayudantes representan aquí a los padres verdaderos, sin pretender sustituirlos como si fueran una mejor madre o un mejor padre.

Por eso, los clientes tampoco necesitan desligarse de ellos. Los ayudantes mismos los conducen a sus padres verdaderos. Así, ambas partes permanecen libres.

Según este patrón de concordancia con los padres reales, los facilitadores pueden evitar la transferencia hijo-padres desde su inicio. Porque si honran los padres del cliente en su corazón, si se hallan en resonancia con ellos y su destino, los clientes encuentran en los facilitadores, a la vez, a sus padres. Ya no pueden evadirlos.

Lo mismo se aplica a la ayuda para niños. Cuando los ayudadores sólo representan a los padres, los clientes pueden sentirse cobijados con los ayudantes, ya que no pretenden ocupar el lugar de los padres.

- El tercer orden de la ayuda significa, por tanto, que ante un adulto que acude en busca de ayuda, el ayudante se presenta también como adulto. De esta forma rebate los intentos de colocarlo en el papel de madre o de padre. Es comprensible que muchos reciban esto como dureza y lo critiquen. Paradójicamente, esta «dureza» se clasifica como arrogancia aunque, bien mirado, en una transferencia hijo-padre, el ayudante es mucho más arrogante.
- El desorden en la ayuda consiste aquí en permitir que un adulto demande al ayudador tal como un niño lo hace con sus padres, y permitirle al ayudante tratar al cliente como si fuera un niño, asumiendo en su lugar asuntos cuyas responsabilidades y consecuencias únicamente él puede y debe asumir. El reconocimiento de este tercer orden de la ayuda marca la diferencia más profunda entre el trabajo con Constelaciones Familiares y la psicoterapia convencional.

Manienerse dirigidos hacia toda la familia

Bajo la influencia de la psicoterapia clásica, muchos ayudantes tratan al cliente como si fuera un individuo aislado. También caen con facilidad en el peligro de la transferencia hijos-padres.

Sin embargo, el individuo es parte de una familia. Sólo cuando el ayudante lo percibe como parte de su familia, también percibe a quién el cliente necesita y a quién, quizá, le debe algo. Si el ayudante ve a la persona junto a sus padres y antepasados, quizá también con su pareja y sus hijos, lo percibe tal como es en realidad. Así también percibe y comprende quién es en esta familia, la persona que necesita primero su respeto y su ayuda; a quién se ha de dirigir el cliente para darse cuenta cuáles son los pasos decisivos y, darlos.

Es decir, la empatía del ayudante ha de ser menos personal y, sobre todo más sistémica. No se establece ninguna relación personal con el cliente. Éste sería el cuarto orden de la ayuda.

- El desorden en la ayuda sería aquí, no mirar ni reconocer a otras personas decisivas que, por así decirlo, tienen en sus manos la clave para la solución. Entre ellos cuentan, sobre todo, aquellos que fueron excluidos de la familia porque, por ejemplo, son considerados una vergüenza para ella.

También existe el peligro de que el cliente reciba esta empatía sistémica como una forma de dureza, sobre todo aquel que aborda a sus ayudantes con demandas infantiles. En cambio, quien busca ayuda de una forma adulta, recibe este procedimiento sistémico como liberación y como fuente de fuerza.

Ayudar sin juicios

El trabajo de Constelaciones Familiares une aquello que antes había estado separado. En este sentido se halla al servicio de la reconciliación, sobre todo, con los padres. A ella se opone la distinción entre miembros buenos y miembros malos de la familia, tal y como la establecen muchos ayudantes bajo la influencia de su conciencia y de la opinión pública, igualmente condicionada por los límites de dicha conciencia. Así, por ejemplo, cuando un cliente se queja de sus padres o de las circunstancias de su vida o su destino, y cuando el ayudador adopta como propia esta visión del cliente, más bien se encuentra al servicio del conflicto y de la separación que de la reconciliación.

Por tanto, la ayuda al servicio de la reconciliación sólo es posible para quien inmediatamente da un lugar, en su corazón, a la persona de la cual el cliente se queja. De esta manera, el ayudador anticipa aquello que el cliente aún tiene que lograr.

- El quinto orden de la ayuda sería, pues, el amor a cualquier persona tal como esta es, por mucho que se diferencie de mí. De esta manera, el ayudador abre su corazón al otro. Se convierte en parte suya. Y lo que se ha reconciliado en su corazón, también puede reconciliarse en el sistema del cliente.
- El desorden en la ayuda sería aquí juzgar al otro; en la mayoría de los casos esto equivale a una sentencia, y la consecuente indignación desde la moral. Quien realmente ayuda, no juzga.

Ayudar más allá del bien y del mal

Otro tema importante es el momento y el modo en que se da esa ayuda. En cuanto tomamos partido, ya no podemos ayudar. Si por ejemplo, tomamos partido por el cliente en contra de sus padres o contra de su empleador o contra de la sociedad mala o contra sea lo que sea, ya no le podemos ayudar.

Existen situaciones donde de forma instintiva, inmediatamente, tomamos partido. Por ejemplo, si alguien habla de incesto o de abuso sexual o de violación o de un padre o de una pareja agresiva. Instintivamente tomamos partido por él y contra esos otros. Con esta actitud ya tenemos todas las de perder. Mientras todos sean honrados, de la misma manera, con su destino especial y con su implicación, si también frente a ellos permanecemos en el amor, y no en el amor por compasión, en el amor que reconoce al Todo tal como es, entonces podemos ayudar.

Porque sólo entonces son posibles los movimientos profundos del alma que, al final, reconcilian lo que estuvo enfrentado.

Este es otro punto importante: que la diferencia entre lo bueno y lo malo se reconozca como un impedimento fundamental para la verdadera ayuda. Si dejamos de lado esta diferencia, desde lo más profundo, estamos al servicio de la reconciliación y de la paz. Esta es la ayuda verdadera.

Ayudar sin compadecerse

Si alguien se queja de cómo transcurrió su infancia

¿Qué está haciendo en realidad?

Desea que algo fuera diferente de lo que es.

¿Qué sucede en el ayudador si lamenta eso?

También él desea que hubiera sido diferente a como fue. Con ello ambos se hallan escindidos de la realidad, tal como ésta se dio. Lo que fue se convierte, al ser reconocido, al ser aceptado tal como fue, en una fuerza. El que se lamenta de ello pierde esa fuerza. Entonces para él todo fue en vano.

Por lo tanto, como ayudador asiento a la situación de otro, exactamente como es o como fue, sin ningún tipo de compasión. Este es el sexto orden de la ayuda. Entonces gana en fuerza. A través de mí, también el otro gana en fuerza, al aceptar su pasado, tal como fue.

- El desorden se da cuando uno quisiera conservarlo de forma diferente a cómo fue.

¿Cómo se demuestra que el ayudador desea que hubiera sido diferente?

Él consuela al otro. Consolar significa aquí: junto con el cliente lamentar lo sucedido.

Ayudar ante la presencia de un destino difícil

Si un ser humano ha vivido algo terrible podemos ponernos en empatía con él; la situación nos toca también a nosotros. Pero si interiormente asentimos a lo terrible, como es o como fue, sentimos en nosotros la fuerza que de allí puede resultar para el afectado y es que asiente al hecho. Entonces ya no necesita consuelo.

Muchos facilitadores no soportan la realidad del otro. En vez de enfrentarse a esa realidad, tratan de consolar. Con ello desdibujan su realidad. Por ejemplo, la realidad de que su muerte es cercana o de que se está expuesto a un destino inevitable. En el momento en que nos hallamos en sintonía con su realidad, permanecemos tranquilos. A través de nuestra tranquilidad y por nuestro consentimiento a su destino, tal como es, también él gana fuerza para enfrentarse a semejante destino.

Por lo tanto, la ayuda se mantiene en sintonía con la grandeza de la vida y su plenitud. También está en concordancia con su reto y con su dureza; con todo al mismo tiempo. Entonces el otro puede crecer en nuestra presencia, así como también nosotros crecemos si nos exponemos a nuestra realidad, tal como es: su realidad y la nuestra.

Observación, percepción, comprensión, intuición, sintonía

Quizá sea útil describir brevemente las diferentes formas del conocimiento, para que, a la hora de ayudar, podamos en lo posible recurrir a ellas y elegir las más adecuadas. Comenzaré por la observación.

La observación es nítida, exacta y enfocada en el detalle. Por ser tan exacta, también es limitada. En ella se pierde el contexto, tanto el próximo como el más extenso. Por ser tan exacta, resulta cercana, aprehensiva, invasiva y, de alguna manera, también implacable y agresiva. Es la premisa de las ciencias exactas y de la tecnología moderna resultante.

La percepción es distanciada. Necesita la distancia, capta varios elementos a la vez, tiene una visión extensa y global, ve los detalles en su contexto y en su lugar. Sin embargo, en lo que a los detalles se refiere, es imprecisa.

Éste sería un lado de la percepción. El otro sería su comprensión de lo observado y percibido. Comprende el significado de una cosa, de un asunto o de un proceso observado y percibido, comprende su sentido. A la observación y percepción externas se suma, pues, una comprensión.

La comprensión supone una observación y una percepción previas. Sin observación ni percepción, tampoco nace comprensión alguna. O a la inversa: sin comprensión, lo observado y percibido queda sin contexto. Observación, percepción y comprensión forman un todo. Sólo donde las tres confluyen, nuestra percepción nos permite actuar con sentido, sobre todo, ayudar con sentido.

A la realización y al actuar muchas veces se suma un cuarto elemento: la intuición. Esta guarda relación con la comprensión, se parece a ella, pero no es lo mismo. La intuición es la comprensión repentina del actuar que se impone como siguiente paso necesario.

La comprensión muchas veces es generalizada, comprende todo el contexto y el proceso completo. La intuición, en cambio, reconoce el siguiente paso y es exacta. La relación entre intuición y comprensión es similar a la relación entre observación y percepción.

La sintonía es la percepción desde el interior en un sentido amplio. También la concordancia se orienta hacia el actuar. Es similar a la intuición, sobre todo, hacia el actuar en la ayuda. La concordancia me pide sintonizar con el otro, vibrar en una misma sintonía, para así comprenderlo. Para comprenderlo, tengo que sintonizar también con su origen, sobre todo con sus padres, pero también con su destino, sus posibilidades, sus límites —también con las consecuencias de sus actos, con su culpa y, finalmente, con su muerte.

Así pues, en la sintonía me despido de mis propias intenciones, de mi propio juicio, de mi súper ego y de aquello que éste me exige como deber. Es decir, entro en concordancia conmigo y también con el otro. De esta forma, también el otro puede entrar en concordancia conmigo sin perderse, sin tener que temerme. En esta concordancia con el otro, a la vez puedo quedarme conmigo. No me entrego ni me rindo ante él; en la concordancia con él mantengo la distancia, y justamente así puedo percibir qué puedo y debo hacer a la hora de ayudarlo. Por tanto, la sintonía también es pasajera. Sólo dura mientras dura el actuar en la ayuda. Después, cada uno vibra nuevamente a su manera especial. Así, en la sintonía tampoco se da la transferencia ni la contra transferencia. No se da la llamada relación terapéutica, tampoco se asumen responsabilidades en lugar del otro. Cada uno permanece libre del otro.

Ayudar en sintonía alma

Muchos ayudadores tienen la impresión de tener que poner algo en orden, en forma similar a cuando uno repara algo que está roto. Así como se repara un reloj viejo. O un automóvil que ya no funciona y es llevado al taller. Es reparado y vuelve a ponerse en marcha. De modo semejante, hay algunos padres que llevan a un hijo a un terapeuta para que lo repare y vuelva a caminar. O ellos mismos van al terapeuta y dicen: «Aquí estoy, repárame. En verdad no sé que es lo que está mal, pero tú lo tendrás que encontrar. Si te fijas con detenimiento, sabrás lo que me falta. Tú lo reparas y entonces volveré a estar bien».

Esta actitud se da frecuentemente, como si se pudiera intervenir de forma tal, con clientes como con ayudadores. También podemos proceder de forma diferente. Cuando vemos que alguien tiene un problema, sacamos algo a la luz, lo que hasta entonces había estado oculto. De pronto, el otro adquiere una imagen diferente de su situación y, entonces el ayudador termina con su ayuda. Sólo sacó algo a la luz. Después ya no trabaja él, trabaja la imagen. Esta imagen no deja tranquila al alma, así comienza en ella un proceso de crecimiento. Este proceso puede durar mucho tiempo, tal vez uno o dos años y, de pronto algo cambia. Pero no porque el ayudador haya hecho algo. Ha salido una imagen a la luz, lo hasta entonces oculto actuaba a través de esa imagen. Por lo tanto, al final cada quien sigue a su propia alma.

El ayudador sólo ayuda al otro en la medida en que facilita nueva información a su alma y, no desde afuera, sino desde dentro. En Constelaciones Familiares, como lo solemos destacar, los clientes configuran la imagen, no el ayudador. Ellos ven lo que han configurado y se quedan consigo mismos.

Si el ayudador trabaja más allá de las Constelaciones Familiares con los Movimientos del Alma y del Espíritu y coloca primero sólo al cliente mismo o a un representante para él, se origina en ellos un movimiento desde dentro, sin condiciones externas y, hace surgir algo oculto a la luz.

Lo que aquí tiene su efecto, es algo que está en el espacio. La imagen es una imagen espacial y, es una imagen sin tiempo. Actúa si se la deja así, tal como se muestra.

En muchas terapias se pregunta, se trata de averiguar qué es lo que ocurrió en el pasado. Luego se quiere saber cómo ha continuado todo, por ejemplo después de un mes o de un año. Por lo tanto uno se mueve en el eje del tiempo de: principio, mitad, final.

Yo aquí renuncio, en gran medida, a estas preguntas y a este conocimiento. Me quedo con lo que en el espacio se ha mostrado como imagen. Obra como esa imagen. Tampoco se cambia. A lo sumo se amplía con otras personas más.

Si uno pregunta acerca del significado de la imagen, ésta pierde su fuerza. Por ello es importante, no hablar al respecto.

Cuando el trabajo está hecho, dejo que el cliente se aleje de mi alma. Interiormente se lo entrego, por ejemplo, a sus padres o a sus antepasados o a una persona importante de su entorno familiar, que antes había estado excluida. También los clientes se alejan de mí. Yo me encuentro libre de ellos y ellos de mí. Ellos no se tienen que ocupar de lo que yo piense. Así la fuerza queda completamente en su propia alma. Yo tengo el mayor respeto ante el alma de cada quien y frente a un alma común, que todo lo dirige. Personalmente me mantengo al margen.

En una configuración sale mucho más a la luz, de lo que podamos expresar con palabras. Sale algo fundamental a la luz, algo que irradia por fuerza y calor propio. Así tiene que permanecer. Todo intento de averiguar, de interpretar, o de preguntar, que es lo que esto va a originar, destruye un gran regalo.

Si trabajo con alguien, trato de ponerme en sintonía con su alma. No escucho detenidamente lo que me dice —a veces tampoco pregunto— tan sólo dejo que tenga su efecto en mí, lo que de él me llega, por vibración. De pronto percibo: esta es la clave, es de lo que se trata. Con ello comienzo. Se desarrolla entonces algo con muy escasa intervención terapéutica.

La actitud terapéutica

No tenemos un alma de la que disponemos, si no que somos parte de un alma, que nos dirige conjuntamente con otros. Esta alma es consciente. Sólo entramos en relación con ella, si renunciamos al conocimiento propio. Si dejamos de ser curiosos y nos abrimos a aquello, que se desarrolla ante nosotros, de pronto formamos parte de este conocimiento.

Los representantes en una constelación repentinamente forman parte de este conocimiento y también el facilitador, que guía la misma. Pero sólo, si renuncia a lo hasta entonces aprendido, si no se confía de experiencias o de teorías anteriores y, sólo se entrega a los Movimientos del Alma y del Espíritu.

De allí que este trabajo no se pueda aprender teóricamente. El que piense, que se pueda adquirir de esta manera, pierde la conexión con el alma. Se pueden aprender ciertos pasos, pero no lo esencial.

Lo esencial se reconoce cuando uno se expone al proceso, tal como se desarrolla, similar a como uno se entrega a una música en movimiento o a un bello paisaje. Uno se abre a ello, uno toma y no sabe qué es lo que sucede. Pero después uno se encuentra transformado. Uno se transforma a través de entrar en sintonía con el alma, con los profundos Movimientos del Alma y del Espíritu.

Si me pongo a averiguar como es posible, que se haya dado, lo que aquí se desarrolló, pierdo la conexión con los Movimientos del Espíritu. La curiosidad evita mi conexión con estos movimientos.

Cuando estoy en conexión con el alma de los otros, es necesario hacer pocas preguntas. Estoy en conexión con la vibración de su alma. Entonces de inmediato percibo lo esencial.

Si el ayudador de un cliente pregunta durante media hora lo que sucedió en su familia, tanto él como el cliente pierden, en gran medida, la conexión con los Movimientos del Espíritu.

Las preguntas

El ayudador sólo tiene que saber hechos, nada acerca de las actitudes ó de las conductas de las diferentes personas. Las preguntas esenciales, que un ayudador debe formular, son por regla general las siguientes:

¿Cuál es la queja?

Es decir, si alguien está enfermo o en peligro de suicidio.

¿Qué ocurrió de especial en la familia?

Lo especial siempre son hechos externos, por ejemplo, la muerte temprana de padres o hermanos, o si alguno de los padres había estado en una relación de importancia o si en la familia hubo crímenes, si alguien fue excluido, si hijos fueron dados o si alguien en la familia se halla discapacitado. Por regla general esto ya es todo, más no necesita saber el ayudador. Lo demás lo ve. Si se configura, lo hasta entonces oculto, sale a la luz. A menudo las familias impiden que se sepa, qué es lo que ocurrió. Es para la familia un tabú. Por lo mismo un cliente no debe averiguar por cuenta propia. Sólo lo puede hacer cuando tiene el permiso de la familia. Si se imagina que podría ayudarle a la misma, si lo oculto surgiera a la luz y, si interiormente respeta a cada uno de los involucrados, tal vez, tenga permiso de saberlo.

El comienzo del amor

La mayoría de los grandes problemas se derivan, de que alguien se encuentra separado de mamá. De que o toma algo que proviene de mamá o no pueda tomarlo. La ayuda para él consiste en ayudarlo para que pueda reencontrarse con mamá. En ese camino se encuentran obstáculos, por ejemplo, una implicación.

¿Cómo se puede reconocer a alguien que se encuentra entrañablemente unido a su mamá?

Se ve en el hecho que otras personas lo aman.

¿Cómo se puede reconocer a alguien, que no se encuentra en conexión con mamá?

En el hecho de que alguien ame poco y es amado poco.

¿Dónde comienza entonces el amor?

Con la madre.

Amor y fuerza

El amor grande tiene fuerza y es resistente. El amor inconsistente es suave, débil, no puede soportar el dolor. Eso lo podemos ver aquí, a veces. Algunos se conmueven mucho con el trabajo, también en el público comienzan a sollozar. Después de ello, alguien que no puede soportarlo se acerca a los involucrados y los consuela. No los consuela porque ellos lo necesitan. Los consuela, porque él lo necesita. Este amor es débil. Interviene en el alma de los demás, sin consideración de aquello que pueda servir a sus almas. Nosotros tenemos que aprender a soportar el dolor de otros, sin intervenir.

En la Biblia hay un bello ejemplo. Job fue maltratado por Dios. Todos sus hijos murieron. Él se hallaba cubierto de heridas sentado sobre un montículo de porquería. Entonces llegaron sus amigos a consolarlo.

¿Qué es lo que hicieron?

Se sentaron a cierta distancia y siete días enteros no dijeron palabra alguna. Eso fue amor con fuerza.

Cuando un médico opera y comienza a llorar, no puede seguir operando. Para poder ayudar en presencia de un gran dolor, tenemos que elevarnos a un nivel superior. En este nivel superior nos encontramos libres de emoción, pero llenos de amor. El médico que opera bien, no muestra emociones, pero se halla lleno de amor. Por eso puede operar. Un ayudador, que en verdad quiere ayudar, tiene que poder resistir el dolor, sin dejarse arrastrar hacia él. Si soporta el dolor, le da al otro fuerza, a pesar de no intervenir.

El que tiene un problema, también posee la capacidad de cargarlo y de hecho, sólo por sí mismo. Si otro quiere cargarlo en su lugar, él se debilita. Podemos verlo, por ejemplo, en nosotros y yo lo vivencio en mí: si yo veo algo en otro y quisiera decírselo, pero me retraigo y no lo digo, me cuesta fuerza. La fuerza que me cuesta el retenerme, se convierte en fuerza para él. De pronto se le ocurre, lo que yo le hubiera querido decir. Como fue a él al que se le ocurrió, también lo puede tomar.

Cuando no lo soporto y se lo tengo que decir necesariamente, me siento aliviado de habérselo dicho. Pero a él le he quitado fuerza. Aún cuando haya sido lo correcto lo que yo le quería decir, él no lo puede tomar, porque viene de afuera. Por lo tanto, esta retracción es la base del respeto y la base del amor.

El amor del ayudador

El amor, por un lado, es sencillo, porque está ligado a una vinculación. Así el niño está unido a sus padres, los padres están unidos al niño y en una pareja, hombre y mujer se hallan ligados recíprocamente. En esta unión el amor fluye de acá para allá. El amor que está ligado a la unión, llena nuestras necesidades más profundas. Por eso es tan importante en todos los sentidos.

A menudo se da el caso que un ayudador se ata a un cliente y el cliente a un ayudador. Entonces esta relación se torna similar a la de hijos y padres y de padres e hijos y de cuando en cuando también a la de una pareja.

Pero esto no es una ayuda válida. Se trata de una sustitución. En este amor entre el facilitador y el cliente, el amor es una compensación tanto para el ayudador como para el cliente. Por ello una relación así evita las vinculaciones verdaderas, ante todo la unión entre la criatura y sus padres, pero a veces también la unión y la relación con una pareja, porque el ayudador se coloca en ese lugar. Entonces la relación terapéutica se convierte en una relación triangular y pone en peligro la verdadera relación y vinculación.

Mantenerse aquí al margen y resistirse a la vinculación con el cliente, es un arte y un logro especial. Entonces el ayudador ama de una manera totalmente diferente, a la que es posible y adecuada en un amor de vinculación. Él se halla al servicio de estas vinculaciones, pero no se incluye en ellas. Con ello conserva su independencia y su fuerza. Entonces realmente ayuda.

El alma que abarca

Tenemos la experiencia de que moviéndonos en un campo, también logramos percibir. Si miro a alguien, si lo reconozco y lo veo y si él a su vez me mira, me reconoce y me ve:

¿cómo se da esto?

Si yo me imagino que aquello que veo de él sólo se encuentra en mi cerebro y, si él se imagina que eso que ve de mí sólo se encuentra en su cerebro

¿podemos vernos entonces? ¿Podemos vernos realmente? ¿Se halla él en mi cerebro y yo en el suyo? Eso es ridículo.

Yo lo veo allí y él me ve aquí. Yo no lo veo en mi cerebro y, él no me ve en su cerebro. Lo que nos une y lo que posibilita este reconocimiento, es un alma que nos abarca a ambos. En esa alma yo lo abarco a él y él me abarca a mí. En esta alma común nos reconocemos. Esta alma se encuentra extendida y no sólo a través del espacio, sino también a través del tiempo.

Por ello en esta alma también están presentes los muertos.

Sea lo que fuere, lo que estuvo presente en este campo, todo lo pasado tiene un efecto en mí. Yo estoy en resonancia con todo lo que fue. Si en ese campo se da un disturbio, por ejemplo, si en mi familia hubo un crimen y un asesino y una víctima, estoy con ellos en resonancia. Ellos me influyen. A través de este campo yo estoy expuesto a ellos.

De modo similar muchos clientes están expuestos a un pasado. Por ejemplo, a un asesino y a su víctima. En este campo se puede poner algo en orden en forma posterior. Si se logra reunir en este campo, por ejemplo, a un asesino y a su víctima, para que puedan percibirse, amarse, reconciliarse, entonces en este campo algo cambia. Si se ha cambiado algo en el pasado, tiene un efecto benévolo sobre el presente. Aquí esto sería sanación. El ayudador que conoce estas interrelaciones, interviene en el campo de una manera reconciliadora. Gracias a ello, la terapia adquiere un enfoque totalmente diferente.

¿En qué aprendizaje es considerado esto? Y ¿cuán poco podemos hacer si no tomamos en consideración también esto, si no logramos sentir en nosotros mismos esa resonancia, si no la percibimos, si no aprendemos a tratar con ella?

La psicoterapia sencilla

La buena psicoterapia es totalmente sencilla. Yo me di cuenta que si alguien encuentra a sus padres y les abre el corazón, se solucionan sus problemas fundamentales. Esto ciertamente tiene una condición, que el terapeuta le de a los padres del cliente un lugar honroso en su corazón. Entonces sucede por sí mismo, de manera totalmente sencilla.

Cuando el psicoterapeuta da a los padres del cliente un lugar en su corazón, no se da una transferencia. Transferencia significa, que un cliente de pronto vea en el terapeuta al padre o a la madre. A la inversa se da en la contratransferencia, cuando un terapeuta mira a su cliente como a una criatura, cuando lo trata como a una criatura o cuando hasta llega a sentirse como el mejor padre o la mejor madre. Y cuando el cliente entonces lo admira sorprendido, como una criatura lo hace con su padre o su madre. Todo esto no es posible, si un terapeuta ha dado a los padres del cliente, un lugar en su corazón.

Amor y destino

Comentaré algo más acerca de los psicoterapeutas.

Un cliente se acerca a un psicoterapeuta a — tal vez se encuentre gravemente enfermo — el terapeuta le quiere ayudar. La pregunta es:

¿Tiene permiso para ello?

El terapeuta a veces ve que el otro ha llegado a un límite y que no debe intervenir. El respeto por el otro exige que se contenga. Entonces le dice interiormente:

«Te amo, y amo aquello que a ti y a mí nos guía».

En ese instante entra en sintonía con algo más grande. Tal vez ambos, el terapeuta y el cliente, luego son guiados de una manera, que ayude. Pero sin que el terapeuta haya intervenido en el alma del otro y sin que el cliente haya perdido la conexión con su alma.

Ayudar en sintonía con las familias

Quiero agregar algo más acerca del ayudar en sintonía. Yo me pregunto:

¿Cómo podemos hacerlo de la mejor manera posible? ¿Quién puede ayudar y a quién puede ayudar?

Ayudar en sintonía con los padres

Las dificultades importantes de un cliente que va a la psicoterapia tienen que ver con una separación, que éste se encuentre escindido de algo, ante todo de sus propios padres, del padre y de la madre. Este es el problema principal. Todos los demás problemas tienen que ver con ello.

Hay un método fundamental para la solución de este problema, un método sencillo, visible. Uno lleva al cliente de regreso, lo lleva hacia sus padres. Ese es todo el secreto, casi el secreto completo de la buena psicoterapia.

A esto algo se contrapone:

¿Quién puede ayudar a alguien de esa manera, encauzándose hacia esa dirección?

Sólo aquél que ha tomado con amor a sus propios padres y quien ha tomado dentro de su corazón y con amor a los padres de sus clientes. Por ello un buen ayudador no permite al cliente comentarios negativos acerca de sus padres. Yo lo interrumpo de inmediato, porque yo amo a sus padres y los respeto. Para mí no hay grandeza mayor que la de unos padres.

¿Conocen a algo más grande que ser padres? ¿Algo que pudiera tener mayor dignidad? ¿Alguien que haya conseguido algo más Grande? ¿Alguien que se haya atrevido a involucrarse en algo más Grande? No hay nada más Grande.

Padres que no tienen fallas, porque la labor de ser padres, todo lo han hecho correctamente. En eso no hubo errores. Es decir, en relación con lo esencial todos los padres son perfectos, completos.

Miro a esa perfección y la honro como lo más Grande. Lo que los padres además de eso han hecho o en lo que han fallado, no es tan importante. Otros los pueden suplantar. Pero en aquello, que los ha hecho padres, nadie lo pudo haber hecho mejor.

Muchos de los que se quejan de los padres miran a lo secundario, no a lo esencial. Con ello lo pierden. Dondequiera que alguien reclame algo a sus padres reduce lo esencial de sí mismo. Se hace más estrecho, pequeño, limitado. Cuanto más lo hace tanto más se va limitando.

A la inversa, si alguien mira lo esencial y toma la vida en su plenitud y al precio completo, que le ha costado a sus padres y al que a él le cuesta, puede encarar todo lo demás.

¿Qué sucede con los padres de un cliente cuando les doy, en mi corazón, un lugar de tanta honra? El cliente no puede hacer hacia mí una transferencia de padres. Yo tampoco hacia él una transferencia como de padres a hijo. Estas historias de transferencia ya no me pueden atrapar.

Cuando el cliente me mira, se da cuenta que estoy en alianza con sus padres. A través de mí logra encontrar a sus padres. Entonces yo no soy un reemplazo para ellos. Yo no me coloco en su lugar. Cuando está frente a mí, son sus padres los que se hallan en mi corazón, los que lo miran, no soy yo el que lo mira. Sus miradas y su amor me atraviesan a mí y llegan a él. Al cabo de un tiempo me hago a un lado y la criatura y los padres pueden reencontrarse directamente. Entonces se desarrolla lo esencial.

La sintonía con la propia familia

Si me contemplo, veo que adquiero la fuerza para ayudar a llegar a la resonancia con mi propia alma.

¿Cómo llego a la sintonía con mi alma?

Miro a mis padres; ellos me dieron la vida, que a su vez recibieron de sus padres. Me la transmitieron completamente, sin restricciones, de la misma manera como la recibieron. Miro a mis padres y digo:

«tomo la vida, de la forma en que me es obsequiada por ustedes».

Si los miro de esta manera, tomo la vida con plenitud. Esta es la primera condición.

Si tomo la vida de esta manera, tomo al mismo tiempo también todo lo demás que me ha llegado a través de mis padres. Tomo toda la plenitud, sin excluir nada, también lo fuerte y lo grave, que tal vez se halle o se hallaba ligado a ello, que pertenece a ello. Sólo así me encuentro ligado a la plenitud de la vida.

Si nos imaginamos que nuestros padres deberían ser perfectos, de acuerdo a nuestras imágenes de perfección

¿Qué hubiéramos recibido realmente de ellos? ¿Es más o es menos?

Para mí digo: sería menos. A través de entrar en contacto con mis padres, tal como son, mi alma se amplía. También aquello que posiblemente me haya costado trabajo se convierte, tan sólo sintonizándome en algo valioso y me hace fuerte.

Luego me remonto hacia más atrás aún y miro a mis antepasados. Ahí a veces hago un ejercicio para mí. Los miro a todos, también a los fallecidos tempranamente, a los que casi no se recuerdan y les digo:

«Yo soy Bert».

Yo los contemplo y dejo que ellos lo hagan también. Así entro en contacto con ellos y mi alma se amplía cada vez más. De este modo entro en resonancia con su destino, tal como ha sido. Si me encuentro en esa sintonía, adquiero fuerza. A través de sintonizarme con su destino, éste se convierte para mí en el presente, en tierra fértil, cuando alguien busca y necesita de mi ayuda. Así me contacto con cada uno de ellos y me sintonizo con mi destino en un sentido más amplio. No es que aquí hubiere un buen destino o un mal destino. Destino, tal como es, grande y adecuado. Sobre todo, si no sólo miramos al destino de un individuo, sino también al efecto que éste sigue teniendo. Con el individuo, este destino no ha llegado a su final. Sintonizándome entonces con su destino, por ejemplo también con su muerte, actúa como destino grande y poderoso y a través de mí fluye hacia aquello que hago para otras personas. En mi caso así es, así el ayudar comienza primero conmigo.

La sintonía con la otra familia

Si alguien llega conmigo y me pide ayuda, hago lo mismo con él. Primero me sintonizo con su alma. Si yo comenzara pensando qué es lo que tengo que hacer para él, me encontraría escindido de su alma.

Gracias a la plenitud que he vivenciado y que he recibido de mis antepasados y de su destino, llego a hacer contacto con su alma. Entro en contacto con sus padres, tal como son o como fueron y también en contacto con sus antepasados y su destino. De pronto esta persona se hace grande frente a mis ojos.

Sea lo que fuere su destino, yo lo respeto. Si he sintonizado y conectado con sus antepasados, el cliente se halla de igual a igual junto a mí. Entonces comienzo a ayudarlo, soy muy cuidadoso y corroboro si realmente me encuentro sintonizado con su alma. De modo contrario existe el peligro de intervenir en su alma, en la forma que considere correcta para él; con ello posiblemente lo confunda y lo debilite. En esto consistiría el ayudar en sintonía, de persona a persona.

La sintonía con otros ayudadores

Muchos de ustedes en su oficio de ayudar, se encuentran involucrados en instituciones que se preocupan por dar asistencia a los necesitados. Todos los que se han involucrado así, lo han hecho con buena voluntad y con amor. Obviamente han tenido otras experiencias y tienen otras ideas.

A menudo, si queremos ayudar en sintonía con lo que es adecuado desde nuestra experiencia, los otros, tal vez, hagan una objeción porque tienen otras experiencias.

Ahora comienza de nuevo el proceso. Busco la resonancia con ellos, con su alma, con sus padres, con sus antepasados, con su destino, con su experiencia y con lo que ellos quieren dar de bueno. Sintonizándome así, desaparece en mí un prejuicio y, tal vez, también en ellos. Así se amplía este ayudar. Va formando círculos. En esta sintonía con otros podemos lograr y asistir a muchos.

La benevolencia

Según mi experiencia, un grupo de ayudantes se mantiene por la aceptación mutua. Si por el contrario la relación se basa en saber quién es mejor o quién es peor, el grupo se escinde. Pero sea lo que sea que cada uno haga dentro del grupo, el resultado siempre es beneficioso. Podrá ser distinto a lo que imaginamos. Pero cada uno de los que trabajan en ese grupo, de seguro, hacen algo bien en su trabajo, aunque no de la misma manera que yo. Entonces, de cuando en cuando le podré decir a un compañero:

«lo que tú haces, es interesante para mí, esto lo voy a incorporar».

Tal actitud no cuesta absolutamente nada y es la correcta. Permitir que el sol ilumine a todos, sería una bella imagen para un grupo de esta naturaleza.

Cómo lograr una buena ayuda

Quiero comentar algo acerca del otro ayudar. Entretanto ha quedado claro que este trabajo exige una actitud especial y que aquí el ayudar significa algo diferente a la psicoterapia. Eso obviamente origina resistencia por parte de aquellos que están acostumbrados a otro proceder.

Al respecto quiero transmitir algunas observaciones. Vosotros podéis percibir y sentir en vuestra alma en qué tanto esta actitud está en sintonía con ella, lo que exige de cada quién para que puedan ayudar de este modo, en qué tanto esta actitud está en sintonía con ella, lo que exige de cada quién para que puedan ayudar de este modo.

Las Constelaciones Familiares han tenido un desarrollo ulterior. La experiencia que hemos hecho con este trabajo es que los representantes sienten como las personas a las que sustituyen. Esto, a su vez, hizo aparecer nuevas posibilidades para el trabajo. Mientras tanto, ya rara vez configuro a toda una familia completa. Comienzo con una o dos personas.

Por ejemplo configuro sólo al cliente o a un representante para él y le doy el espacio y el tiempo, para que en él se mueva algo por sí solo. Entonces, a menudo se pone en marcha un movimiento así, que saca a la luz algo oculto.

Rápidamente queda claro si hay que configurar una persona más y muchas veces también, quién es esa persona. A ella se le ubica, por ejemplo, enfrente.

De inmediato vemos qué es lo que se desarrolla entre ellas, qué es lo que las separa y qué es lo que las lleva a una conexión, dependiendo de la situación.

Se va desarrollando entonces algo más, de modo tal que posiblemente se tengan que integrar aún más personas.

Pero no hay una solución en el sentido habitual. Muchas veces no hay solución. La búsqueda de la solución ya sería una intervención en los Movimientos del Alma y del Espíritu. El intento de encontrar la solución rápida, es una intervención en los Movimientos del Alma del otro. Aquí solamente se trata de que un movimiento se ponga en marcha. Si el movimiento ha iniciado, el facilitador se puede retirar. Este movimiento es un movimiento de crecimiento. Como todo crecimiento necesita de su tiempo.

El que se sintoniza de este modo, puede percibir cuál tendría que ser el próximo paso a dar y qué es lo esencial en este caso. Lo esencial siempre es una sola cosa. Cuando uno la ha encontrado y con ella da un paso adelante, se ha hecho lo decisivo.

El último lugar

Si alguien llega con un facilitador, a menudo se muestra desvalido. Dice por ejemplo: «tengo un conflicto con mis padres». Se comporta como si no pudiera hacer nada por sí mismo y como que tampoco quisiera hacerlo. Entonces el ayudante, a veces, le responde o, al menos lo da a entender con su actitud: «Yo te ayudo».

¿Qué es lo que hace en ese instante?

Se eleva por encima de sus padres. Adopta una transferencia a la inversa. Por lo tanto el otro tiene una transferencia de hijo a padres y el ayudador contesta con una transferencia de padre a hijo. Así surge, lo que se nombra una relación terapéutica. En una relación terapéutica tal, ya no se puede ayudar. En ella el ayudante ha abandonado su fuerza y su control.

Porque ¿quién decide en una relación terapéutica qué es lo que se tiene que hacer? ¿Es el cliente o es el ayudante?

Es el cliente.

El ayudador que se ha involucrado en una relación terapéutica, posiblemente como hijo haya tratado de salvar a sus padres. Algo similar intenta ahora con el cliente, en la así llamada relación terapéutica. Adopta frente al cliente y frente a sus padres una posición de superioridad, si bien en realidad se encuentra en el último lugar.

El orden de jerarquía

Según el orden de origen, los que llegaron primero tienen el mayor rango dentro de un sistema. Aquellos que llegaron últimos, tienen un rango menor. En esta relación terapéutica:

¿Quién tiene el mayor rango?

La relación terapéutica no se limita, por regla general, a los clientes y al ayudante. Desde el instante en que el cliente habla de sus padres, los incluye también a ellos. Desde que el ayudante se involucra en una relación terapéutica, se convierte en miembro del sistema y llega a él como el último. Por lo tanto, en este sistema los padres del cliente tienen el rango mayor.

El siguiente rango le corresponde al cliente y el último rango lo ocupa el ayudador. Si él pone atención de permanecer en el último lugar no le puede pasar nada. Observa el juego, sin que eso lo implique. Se mantiene como espectador, hasta que repentinamente le quede claro que ha llegado su hora. Entonces interviene. Pero desde afuera, sin convertirse en miembro de la familia. Luego sucede algo, que ayuda a todos en la misma medida.

La grandeza

¿Qué hace grande a un ser humano?

Aquello que lo hace igual a todos los demás seres humanos. Eso es lo más grande en cada ser humano. Él adquiere su grandeza cuando reconoce:

«yo soy igual a ustedes y ustedes son iguales a mí».

Si es capaz de decirle todos los seres que se encuentra:

«yo soy tu hermano, yo soy tu hermana».

Si somos capaces de darle espacio a esto, ¿notan cómo eso amplía al alma y nos da fuerza?

Con ello adquirimos nuestra verdadera grandeza. Entonces podemos erguirnos junto a los demás, ni más grandes, ni más pequeños, a la par que ellos, exactamente iguales. Esta es la actitud, que llena de fuerza al facilitador, para hacer aún el trabajo arduo. Él confía en aquello que une a todos.

La relación terapéutica

Con una breve meditación nos podemos sintonizar con este tema. Nos imaginamos a nuestros clientes, unos detrás de los otros y sentimos, dónde somos pequeños y ellos grandes. Cuando, tal vez, sintamos lástima por ellos, porque nos parece terrible lo que tienen que pasar. Sentimos y tratamos de ver qué estragos origina ese sentimiento de lástima en nuestra alma. Luego nos alejamos un poco, contemplamos a sus padres y al destino que les corresponde. Nos inclinamos ante ello. Mientras nos inclinamos de esta manera nos sintonizamos con aquello que cambia en el cliente y lo que cambia en nuestra relación con el cliente y viceversa. Al cabo de un rato, nos enderezamos y contemplamos a todos con una visión clara.

La acción

Quiero detallar aún más la relación terapéutica. En este ejercicio he señalado el camino de cómo se puede interrumpir o cancelar una relación terapéutica. A pesar de ello, nos mantenemos en una relación con el cliente. Pero ya no en una relación terapéutica sino en una relación en la que se trata de actuar. En esta acción, el facilitador y el cliente suman sus fuerzas, para poner en marcha lo que sea posible. Ambos son adultos en este actuar.

¿Cómo comienza una relación terapéutica?

Comienza cuando alguien se acerca a un facilitador y se presenta como desvalido, como criatura necesitada.

Es un hecho que también personas adultas, con frecuencia, se hallan necesitadas y precisan de ayuda. Pero aquello que necesitan lo buscan como adultos. Y seguidamente hacen algo con ello. El cliente se suele presentar como criatura, por ejemplo, diciendo: «Me siento tan solo. Continuamente tengo fracasos. Mi mujer me abandona».

¿Quiere hacer algo al respecto? ¿Alguien le puede ayudar, mientras él permanezca en esta actitud?

El control

¿Qué sucede en un caso así?

El facilitador siente compasión por el cliente. O siente el desafío de tener que ayudarlo como una madre lo hace con su criatura. Le da buenos consejos, lo consuela. Esto es el comienzo de una relación terapéutica y se va profundizando. En esta relación terapéutica:

¿Quién tiene el control?

El cliente.

Por eso no se da un avance. En ella se pierde el tiempo.

¿Cómo evita, el que ayuda, una relación terapéutica o cómo la anula?

El por ejemplo cuestiona al cliente: : «¿Qué quieres hacer tú?» o «¿Qué es lo que ha sucedido?» o le formula una pregunta de mucho y viceversa. efecto, que de inmediato lo desenmascara. Investiga: «¿quién amas?». Después de esta pregunta, el cliente sabe lo que tiene que hacer. No puede permanecer en la posición de niño. Con sólo permitir una conversación donde el cliente exponga sus motivos y donde obligue al facilitador a escucharlo y donde, tal vez, se enfade, si éste no lo hace, el cliente ha retomado el control. Entonces se ha reestablecido, la así llamada relación terapéutica.

El servicio a la vida

En las primeras frases entre el facilitador y el cliente ya se establece si se va a dar una relación terapéutica o no. Por ello es importante no extenderse en una conversación, sino poner en marcha algo, que haga surgir una realidad a la luz. Por ejemplo, se coloca al cliente frente a su madre y el facilitador a su vez la toma en su corazón. Entonces, ya no es posible una relación terapéutica. Comienza otra relación que pone en marcha algo y no sólo para el cliente, sino para toda la familia.

Con lo hasta ahora dicho queda claro que este trabajo no es una psicoterapia en el sentido usual. Sobre todo, no una psicoterapia, en la que una relación terapéutica, como se la ha descrito, es ofrecida o es esperada. Si a este trabajo lo llamamos psicoterapia, muchos establecerán la exigencia, de tener que dar espacio a una relación terapéutica tal. Ellos miden este trabajo según sus conceptos y nos quieren forzar a que nos hagamos psicoterapeutas en ese sentido.

¿Qué sucede si los escuchamos?

También entre ellos y nosotros se establece una relación terapéutica. Ellos se comportan como padres y nosotros nos convertimos en criaturas. ¡Nuevamente se cae en la trampa! Si dudamos en denominar este trabajo como psicoterapia

¿Cómo lo podremos describir entonces de forma diferente y mejor?

Es servicio a la vida, tal como es.

El afán

Si alguien se decide por un oficio de ayuda y lo desempeña con gran entrega,

¿cómo se dio entonces su situación en la familia de origen?

Muchas veces sucede que se elevó por encima de su madre al intentar ayudarle. O ha tratado de ayudarle a su padre. Es la situación de una criatura que en realidad no tiene poder, pero que, por amor, quiere ayudar a los padres, aunque sea en vano. Los padres siempre permanecen como los grandes y las criaturas en comparación a ello, como los pequeños.

La situación que muchos facilitadores han vivido en sus familias de origen se repite, cuando intentan auxiliar a sus clientes. Les ayudan, como criaturas lo hacen con alguien superior. El afán que los mueve al ayudar, es por lo mismo la actitud de una criatura que se excede.

¿Cuál sería la solución para ellos?

Si logran hacerse pequeños frente a sus propios padres, también logran permanecer así frente a sus clientes y a los padres de éstos. Honran así al alma de ellos, honran a sus padres en ellos y se abstienen de intervenir en forma soberbia. Entonces, a menudo sucede algo en el cliente que se da de modo espontáneo.

Sintonía y valor

Ayudar es a veces peligroso. Se puede dar la intervención en el movimiento del alma de otra persona y se puede alterar ese movimiento. Si nosotros queremos ayudar a alguien lo primero que se tiene que dar es la resonancia con su alma y luego esperar a que su alma se sintonice con la nuestra, de modo tal, que su alma y la nuestra vibren en forma conjunta. Entonces podemos guiarlo en sintonía con su alma, pero solamente acompañando a su alma y sólo hasta tanto su alma y la nuestra lo permitan.

Podemos sentir si nos encontramos en resonancia con nuestra alma. Queda patente cuando al ayudar permanecemos serenos, o cuando somos capaces de finalizar el trabajo en cualquier momento. Si vamos demasiado lejos, percibimos que nuestra alma se retrae, que nos intranquilizamos y que comenzamos a pensar, en vez de actuar. Entonces ya no estamos en resonancia con nuestra alma y tampoco con el alma del otro.

Si notamos que el otro se intranquiliza, vemos que tampoco él se halla sintonizado con su alma. Entonces concluimos el trabajo.

A veces, cuando queremos o tenemos que ayudar a alguien, porque las circunstancias lo hacen inevitable notamos que debemos dar pasos arriesgados, que son peligrosos y que exigen valor. Son pasos a lo incierto y peligroso, porque sabemos que si alguien está presente y no se halla en empatía con el alma del cliente, más adelante, tal vez, nos pueda reclamar. A lo mejor hasta nos pueda acusar, porque hacemos algo que considera incorrecto, a pesar de que él mismo no se involucra en lo que el otro necesita y quiere.

Son sobre todo aquellos que pertenecen a una escuela en especial, una escuela que en parte basa sus teorías en creencias. Ellos son los que, a menudo, exigen que nos acoplemos a esas creencias y las obedezcamos, a pesar de que la realidad, la realidad percibida en el momento, no lo justifique.

El ayudar exige por un lado la sintonía, por el otro valor. Exige la disposición de finalizar cuando se acabe esa resonancia. Si no nos hallamos sintonizados, tampoco sabremos qué es lo adecuado para cada quien. Cuando cesa la sintonía, también la ayuda debe cesar.

La lucha de poder

El facilitador debe dominar el arte supremo de triunfar de buena manera en la lucha de poder con el cliente. Ahí ayudan ciertos métodos que, a veces, doy a conocer.

¿Cómo es que un cliente comienza una lucha de poder con el facilitador?
Es en realidad extraño.

Si gana esa lucha de poder,
¿qué es lo que ha logrado con ello?
Tal vez quiera la confirmación que su problema no tiene solución y que el facilitador tampoco lo logre.

¿Cómo es que pueda desear esto?
Yo parto de la suposición que muchos de los que buscan un facilitador no desean solucionar su problema. Más bien quieren una comprobación de que su dificultad no encuentra solución. Al cabo de un tiempo le quieren demostrar al facilitador que nada funciona.

¿Se les hace conocido esto?
Sí, pero ¿por qué? Muchas veces tenemos un problema porque amamos a alguien. Hasta nos aferramos a esa persona por amor. También lo puedo decir de otro modo. Retenemos la adversidad porque nos sentimos inocentes. Si solucionamos el problema, nos sentimos culpables. Voy a aclararlo en el ejemplo de un cliente mujer.

Pudimos ver que estaba asumiendo algo por su madre. Al asumirlo por ella le demuestra su amor. En este trabajo le señalé cómo puede interrumpir la implicación. Pero si lo hace, tendrá una mala conciencia. Por lo tanto se encuentra en peligro de recaer. ¿Ven cómo asiente? Ella lo percibe exactamente. La pregunta que se da ahora es:

¿Cómo le puedo ayudar a solucionarlo de manera tal, que ella tenga buena conciencia al hacer los cambios?

— Al cliente: Ahora lo voy a hacer contigo. ¿Quieres?

— Cliente: Por favor.

Hellinger escoge a una representante para la madre y la coloca frente al cliente.

— Al grupo: ¿Ven cómo el rostro se ha transformado? ¿No es bello ver esto?

— A la madre: Mira a la hija y dile: «Yo veo tu amor».

— Madre: Yo veo tu amor.

Madre e hija se abrazan entrañablemente.

— Al grupo: Ahora la hija tiene una buena conciencia y la madre por supuesto también.

— Al cliente: Muy bien, eso fue todo. Lo mejor para ti.

En la lucha por el poder con el cliente, el facilitador establece secretamente una alianza con alguien en la familia. Lleva adelante esa lucha en concordancia con otra persona del ámbito familiar. Por eso, en esa lucha se mantiene humilde. Él quiere que el cliente gane, si bien de otra forma, a la que éste se había imaginado.

La dureza

Quiero comentar algo sobre la dureza.

¿Qué quiere decir duro?

La realidad es dura.

Quien asiente a la dura realidad desde el alma, aparenta ser duro. Pero tiene fuerza, por estar en concordancia con esa realidad. Quien se acobarda ante la realidad, tal como es, porque interiormente tiene el deseo de que sea diferente, se debilita.

Esta debilidad lo convierte en amenazante para el cliente y éste ya no le puede tener confianza. Entonces él y el cliente comienzan un juego con los ojos vendados, más allá de la realidad. El mirar la realidad tal como es y el asentir a ella, llevan necesariamente al crecimiento del facilitador. Él tiene que cambiar. Justamente por ello su ayuda se convierte en una ayuda plena.

El facilitador se hace fuerte si puede mirar a la realidad, tal como es y si también está dispuesto a mencionarla. También el que busca ayuda se hace fuerte, si puede enfrentar directamente la realidad. Los que sienten lástima por los clientes y prefieren ocultarle la realidad, porque ellos mismos le tienen miedo:

¿son suaves?

Son duros, mucho más duros y engañan a quien busca ayuda. Este trabajo se realiza sin un amor sentido, similar al cirujano que no siente amor al operar, pero se entrega con un amor grande y logra algo bueno. Esto es amor a un nivel más elevado. Sobre todo es un amor, que no mira solamente a un individuo, sino a toda su familia, incluyéndolos a todos.

La empatía

Quiero mencionar algo acerca de la empatía o lo puedo decir con una palabra alemana muy bonita, el «sentir con».

De facilitadores, sobre todo, se espera, que puedan sintonizarse con aquel que busca ayuda, que pueda sintonizarse con su situación, con su necesidad más íntima, con su emergencia. El modelo para esta empatía nos lo facilitan de forma natural las madres y los padres con su amor por los hijos. Ahí podemos contemplar, lo que significa «sentir con». Muchas veces, cuando un cliente llega con un trabajador social o con un facilitador espera de ellos una sintonía, como una criatura la espera de sus padres.

De ahí que muchos facilitadores creen tener que demostrar la misma empatía con un cliente, como una madre o un padre con sus hijos. Pero a diferencia de una criatura, el cliente, por regla general, es adulto y capaz de actuar. Para la empatía es necesario que también yo me sintonice con la situación de encontrarme frente a un adulto, capaz de actuar. Con eso la empatía adquiere otra dimensión.

De un adulto puedo exigir que también él empatee conmigo. Una criatura no tiene que sintonizarse con sus padres. Está de por sí unida a ellos y no necesita preocuparse. Tiene el permiso de ser una criatura.

En una situación adulta un trabajador social puede contar con que también un cliente logre sintonizarse con su situación, por ejemplo con los límites que le son establecidos por una institución y los límites que tiene como ser humano.

Voy a dar un ejemplo. Cuando concluyo un trabajo, me sigo manteniendo completamente en ese campo, llega entonces alguien y me dice: «Tengo una pregunta». Él espera que yo le conteste. No se sintoniza para nada con mi situación, como que yo pudiera y tendría que desconectarme de inmediato y estar a su disposición. Con ello adopta una actitud de criatura frente a sus padres.

La empatía sistémica

Hay otro detalle importante. Si alguien se acerca a mí con un problema o una petición, espera que me empatee, sobre todo, con él íntimamente. Pero él proviene de una familia. En esa familia, tal vez, haya otros, que necesiten más de mi sintonía que él. Por ejemplo, sus hijos. Entonces se necesita de una empatía sistémica, es decir, no sólo de una personal mí hacia él, sino de una, de mí hacia su familia y hacia el sistema, del que proviene.

Por lo tanto tengo todo el sistema delante de mí, abarcado en mi mirada. Yo los respeto y siento quién es el que más necesita de mi sintonía. Tal vez, el que menos la necesite, sea aquél que se haya acercado. En consecuencia abajo con el campo más amplio y tengo también más fuerza.

La verdadera empatía se da sin emoción. Se mantiene en un nivel superior, donde conserva la visión conjunta. Sólo de una empatía tal y del «sentir con» algo más grande extraemos la fuerza para el ayudar que es eficaz.

El Alma Grande

Hay una fuerza que nos dirige de buena manera si nos entregamos a ella. Yo la denomino el Alma Grande. Si hemos comprendido cómo nos dirige, le podemos confiar. Por lo mismo, no es necesario concluir totalmente el trabajo con alguien. Con el hecho de haberlo puesto en marcha y haberle dado al alma la posibilidad de obrar, sin que nadie externo intervenga, el alma puede concluirlo por sí misma.

¿Por qué menciono todo esto?

Muchos creen que tendrían que trabajar conmigo y que sólo les podría ir bien si, en mi presencia, constelan a su familia.

¿Qué desaparece entonces de su visión?

Ya no miran al Alma Grande. El que se entrega al Alma Grande es guiado por esa alma de una manera, que va mucho más allá de lo que él anhela.

¿Por qué menciono todo esto?

Muchos creen que tendrían que trabajar conmigo y que sólo les podría ir bien si, en mi presencia, constelan a su familia.

¿Qué desaparece entonces de su visión?

Ya no miran al Alma Grande. El que se entrega al Alma Grande es guiado por esa alma de una manera, que va mucho más allá de lo que él anhela.

El efecto de la inacción

Un ejercicio para el facilitador es retirarse al centro vacío. En este centro vacío se halla sin intención, sin temor, sin recuerdos. Está totalmente recogido y centrado. Si logra ese recogimiento, alrededor de él sucede algo como que fuera obra de él. Pero no lo es. Él origina un efecto sin entrar en acción, puramente por su presencia, sin hacer absolutamente nada.

Las leyes del no actuar son magistralmente descritas en Tao Te King de Lao Tse. Una de las indicaciones señala: si un trabajo está hecho, de inmediato alejarse de él y dedicarse al siguiente, sin mirar atrás. Por lo tanto el facilitador tampoco hace preguntas posteriores.

La noche del espíritu

Estrechamente ligado a esto se halla otro ejercicio, es que se le puede denominar así. El facilitador o cualquiera que quiera arribar a las profundidades del alma, se expone a la purificación a través de la noche del espíritu. Esta imagen se remonta a San Juan de la Cruz.

¿Qué significa noche del espíritu?

Yo renuncio al saber. Es decir: no pregunto. También renuncio a novedades. Si alguien me comenta algo que no me concierne, me retiro hacia esa noche. Si trabajo con un cliente, a veces no me queda enteramente claro los siguientes pasos a realizar. Nada de mi experiencia me puede ayudar. Entonces me retiro hacia esa noche. Es similar al retiro hacia el vacío. Si permanezco en esa noche, de pronto, velozmente, me atraviesa un rayo de entendimiento. Es una indicación hacia el siguiente paso. Después de ello, se vuelve a hacer de noche.

En esta actitud nos mantenemos completamente serenos. Nada nos puede sorprender. Nos sentimos plenos, a pesar de hallarnos vacíos.

Negar la acción

Aquí nos ejercitamos en la percepción de lo que es posible y de lo que es imposible y cómo es que podemos ayudar sin actuar, cuando algo es irrealizable.

No actuar significa aquí: de ningún modo hacemos lo que el cliente espera de nosotros. Esto a veces aparenta ser duro, pero es lo correcto.

El guerrero

Reflexioné acerca del facilitador como guerrero. El que ayuda como guerrero, jamás va a una celebración de victoria. Mientras los demás festejan, él ya se dedica a la nueva tarea. Se retira de inmediato del trabajo realizado y así se mantiene libre.

Ganar y perder

Quiero hacer un comentario sobre la guerra en el sentido más amplio. Heráclito dijo: «Panton pater polemos». La guerra es el padre de todas las cosas. Muchos de ustedes se hallan en una situación de conflicto, por ejemplo, dentro de una institución o de un cargo y tienen el deseo secreto de que algo fuera diferente, que hubiera menos oposición.

La guerra es a su vez también el padre de la paz. Sin guerra, no hay paz. El que en un conflicto ha ganado, a menudo ha perdido la paz. Es decir, si ustedes con, sus nuevas experiencias obtuvieran la victoria por encima de otros, hubieran perdido algo. Lo opuesto y contradictorio que experimentan con los demás, tiene que ser reconocido como de igual condición. Aquellos que representan lo contrario tienen que ser reconocidos como de igual calidad también. En ese momento ellos a la vez pueden reconocer algo diferente en ustedes, porque no necesitan abandonar lo propio.

Los opuestos

Se entrega el reconocimiento al otro, exactamente en el campo en el que se desempeña. También se reconoce su poder, su influencia, su éxito, sus logros y sus límites. De la misma forma nos reconocemos a nosotros mismos con aquello que aportamos, con nuestro poder, pero también con nuestros límites.

Reconociendo a ambas partes, cada quien puede darle al otro, a lo opuesto, el mismo derecho. En ese instante la propia alma se expande. Si el alma está amplia, el alma del otro igualmente se puede abrir y expandir. Entonces del reconocimiento recíproco, resulta la paz.

Si en algún ámbito han ganado se deben preocupar. Mejor es que algo se desarrolle, a través de lo opuesto, conjuntamente hacia delante. Ambos, uno y otro lado, o todos si son varios, son importantes para el Todo. Por lo tanto aquél que contradice de ningún modo debe ser excluido de un equipo. Aquello, que representa, tiene que ser reconocido. De este modo él se puede abrir.

En Constelaciones Familiares vale lo mismo. Ahí también los hay que ven una contraposición entre lo que hacen unos y otros. También aquí algunos quieren quitar ciertas cosas. Si lo otro es integrado y reconocido, sin negar lo propio, hay paz. Entonces todo tiene su lugar.

Los errores

Algunos facilitadores comienzan a configurar una familia, pero de pronto ya no pueden seguir y tienen que interrumpir. Se han evidenciado, por decirlo así, como incapaces de hacer este trabajo. Pero curiosamente, a veces, le ayuda al cliente, aún en el caso que éste se haya

enfadado. Si este facilitador se hace reproches, se comporta como si el resultado estuviera en sus manos. Esos errores, en cambio, le hacen ver que no está en sus manos. Entonces se puede incluir entre los hombres comunes que también cometen faltas. Eso tiene un buen efecto para todos.

El manantial

Rilke escribe:

«La vida se mantiene pura porque nadie la domina».

Esto también lo aplicaría para Constelaciones Familiares. Permanecen puras, hasta tanto cada quien sepa que no las puede dominar. Permanecen puras, si sabe, que tiene que confiar en algo, que tiene su efecto más allá de Constelaciones Familiares. Cuando el trabajo se logra, siempre es gracia concedida y vivenciada. El facilitador es como un manantial. De él mana continuamente agua. Pero no es el agua del manantial, pues sólo fluye a través de él.

Imágenes que solucionan

Las imágenes que aquí se mencionan no son conceptos que se tienen en la cabeza. Aquí se trata de imágenes de solución, que como imágenes pueden descender hasta el alma y tener ahí su efecto.

La imagen de origen

La imagen familiar surge cuando alguien de los presentes escoge representantes para los miembros de su familia y los coloca en relación, unos con otros.

Si lo realiza de forma recogida, aflora una imagen que sorprende a él mismo. Había llevado dentro de sí una imagen que se contrapone a lo que él se había imaginado. Es decir, a través de la imagen surge algo oculto. Si dejamos que esa imagen tenga su efecto en nosotros, reconocemos problemas importantes de esa familia. Al mismo tiempo reconocemos, tal vez, también donde podrían hallarse las soluciones de los problemas de esa familia. Entonces, mediante cambios en la imagen, finalmente se puede lograr una imagen de solución. Esta es una parte de las Constelaciones Familiares.

Otra es tener en cuenta que los representantes, cuando están recogidos y centrados sienten como las personas a las que representan, sin conocerlas siquiera. Esto es algo misterioso. Uno no se lo puede explicar sin más ni más. Pero sí demuestra que estamos en conexión con algo más grande; es esa conexión la que posibilita llegar a un conocimiento que no es transmitido desde fuera. Esta es una imagen clave, de eso se trata aquí.

La imagen de solución

Se requieren imágenes que intervengan en la solución. La presencia de imágenes previas que nos implican, nos mantienen cautivos de tal manera que obstruyen algo que en nosotros se quiere desarrollar. Estas imágenes también son conceptos internos. Cada uno de nosotros nace en una familia particular. Esta familia tiene conceptos acerca de lo que es bueno y de lo que está permitido o prohibido —muchas veces independientemente de la realidad—, de lo que realmente es bueno y útil y lo que realmente interfiere. Por consiguiente tenemos que aprender a despedirnos de esas imágenes internas, por ejemplo, de imágenes que nos impiden reconocer a otras personas que son diferentes a nosotros y aprender a concederles los mismos derechos que a nosotros mismos.

Se trata, por lo tanto, también de una purificación, de una purificación interna de imágenes que nos confunden; tal vez de imágenes que nos arrastran a algo que nos perjudica tanto a nosotros como a otras personas. Mediante esta purificación llegamos a soluciones que, con respeto, une lo diferente. Por regla general el proceso fundamental de curación, consiste en vincular y unificar en nuestro corazón aquello que consideramos contradictorio.

Algo más acerca del manejo de estas imágenes. Se trata aquí de imágenes espaciales. Son atemporales, no las debemos alterar. Si reflexionáramos qué podría suceder si cambiáramos esto o lo otro, estaríamos interfiriendo en la imagen. Una vez obtenida la imagen nueva no debemos actuar de inmediato. Ésta debe reposar en el alma, tal vez, por mucho tiempo. La imagen tiene su efecto por estar presente y, no solamente en la propia alma, también en el alma de otros miembros familiares, sin que se les comente absolutamente nada.

Al cabo de un tiempo, en el alma se va acumulando la fuerza que es necesaria para hacer lo correcto. Entonces uno sigue a su propia alma y, ya no más a la imagen. Sin embargo ésta ha originado algo en el alma que hace posible una acción posterior.

Dos tipos de sentimientos

Los sentimientos primarios

El sentimiento primario siempre va al grano. Lleva a la acción y posibilita la acción. Cuando acaba algo ha cambiado. Con este sentimiento los ojos se mantienen abiertos porque están en conexión con la realidad.

Por regla general los sentimientos primarios son cortos. Las personas que presencian los mismos pueden quedarse consigo mismas. Pueden contemplarlos, ponerse en resonancia con ellos y al mismo tiempo no involucrarse.

Los sentimientos dramáticos

Por el contrario a ello hay sentimientos que se expresan de forma dramática. En ellos la persona mantiene los ojos cerrados, porque estos sentimientos no están en conexión con la realidad visible. Se orientan hacia una imagen interna. Por consiguiente hay que cerrar los ojos.

Haré un pequeño ejercicio con ustedes, para que puedan comprobar la diferencia. Cierren los ojos e imagínense los reproches que antes le hacían a vuestros padres y cómo se siente eso. Mientras mantienen los ojos cerrados, imagínense ahora que les miran a los padres a los ojos y que permanecen en ese contacto directo. Ahora intenten mirándolos a los ojos si logran hacer esos reproches.

El sentimiento con los ojos abiertos es primario, sencillo, lleva a la acción, puede soltar a los padres. Los demás sentimientos, los que están unidos a reproches se orientan según imágenes internas y se mantienen gracias a los ojos cerrados. Cuando se abren ya no pueden mantener esos sentimientos.

¿Cuál es la meta de los sentimientos dramáticos?

Quieren causar impresión y quieren inducir a otros a la acción a cambio del propio actuar. Por eso, otros se sienten incómodos en la presencia de estos sentimientos. Sienten que tienen que hacer algo y al mismo tiempo saben de inmediato que no pueden hacer nada. En cuanto alguien intenta ayudar en un sentimiento dramático, el otro le va a demostrar que no puede hacerlo. Se lo tiene que demostrar, porque el sentimiento dramático solamente sirve para evitar la acción.

Los sueños

Lo mismo se puede percibir cuando alguien cuenta un sueño. También los sueños se pueden clasificar según los sentimientos primarios y secundarios.

Cuando alguien cuenta un sueño de inmediato, especialmente cuando dice: «Soñé contigo, que...», entonces, es un sueño que quiere conservar los problemas y que, a veces, tiene la intención de hacerle daño a alguien. El sueño contiene un reproche. A ese tipo de sueños no hay que interpretarlos y tampoco hay que hacerles caso.

Esta es una diferenciación importante, la distinción entre sentimientos primarios que posibilitan y llevan a la acción y los sentimientos secundarios, que obran como sustitutos de una acción.

La buena y la mala mirada

Quiero transmitir una observación más. Mientras uno mira a otro a los ojos no puede ni pensar mal, ni decir algo negativo de él. Ustedes podrán observar esto cuando alguien hable mal de otro o de ustedes mismos. Primero, brevemente mira al costado. Se está haciendo una imagen. En el contacto directo con los ojos no se puede mantener esta imagen.

La ayuda fundamental

Muchos de los que buscan ayuda en la psicoterapia tienen la impresión de tener que trabajar aspectos que remontan a la infancia. Dedicar años de su vida a superar sucesos de la infancia, muchas veces más años de lo que la misma duró. Naturalmente hay cosas que tienen que ser trabajadas, pero muchos evitan de esta manera confrontarse con el presente y con aquello, que toca en el momento.

Un amigo mío, psicoterapeuta también, enfermó de cáncer. Me habló por teléfono diciéndome: «Aún tengo que trabajar algo. Necesariamente tengo que aclarar cómo fue la relación con mi padre cuando tenía ocho años». Le contesté: «Tienes que contemplar tu final, ¿qué quieres aclarar ahí?». El se enfadó y me colgó. Unos meses más tarde falleció.

El objeto

Si alguien se acerca con una petición hay que preguntarse:

¿Es adecuado acceder a ello? ¿En qué tanto es adecuado y cuánto tiempo le queda aún?

Justamente en enfermos graves, a veces, se ve: en vez de contemplar el fin cercano ya, miran hacia algo del pasado. Con ello omiten lo que es importante en el momento. Con otros percibo que han llegado a un límite y no lo pueden traspasar porque algo del pasado los mantiene cautivos. Entonces soluciono algo de su pasado —en forma breve, muy breve—. Gracias a ello, recuperan sus fuerzas para actuar y se pueden ir.

A menudo en un punto determinado se ha dejado algo, que se necesita para poder seguir avanzando. Por ejemplo, la confianza o la unión con una persona que fue importante para ellos. Cuando aquello que fue dejado es recuperado, rápidamente se puede seguir avanzando solo.

O han cargado con algo que no les pertenece, como lo vemos en muchas implicaciones. La implicación se soluciona dejando algo ahí, a donde pertenece. Luego pueden seguir solos su camino.

La brevedad

Muchos se acercan a la psicoterapia con la idea de que algo va a ser reparado. Con ello está ligada la imagen de la integridad, de que una terapia tiene que ser completa.

Con facilitadores dentro de la terapia familiar, también se encuentra el concepto, de tener que solucionar todos los problemas. Entonces, a lo mejor hacen con el cliente unas diez constelaciones, una tras otra, para solucionar todo para todos los miembros de la familia. Pero cuanto más quieren hacer tanto más disminuye su fuerza.

En Constelaciones Familiares la clave es que en el alma cambie una orientación. En cuanto se logra esto lo demás sucede por sí mismo. Por ello, por regla general es suficiente con una única sesión. Más no es necesario. A menos que surja algo nuevo a la luz o resulte una situación nueva.

Entonces se vuelve a hacer una constelación más, quizás después de uno o dos años, pero más no.

La seriedad

Tampoco se deben usar las Constelaciones Familiares en el sentido de trabajar a fondo, como el de hacer constelación tras constelación con la intención de trabajar todo, a fondo. O por curiosidad, en sentido de: quiero ver que es lo que sucede en mi familia. Sin problema apremiante no se debe hacer una constelación. Un trabajo así, es ante todo oportuno donde se ate de vida o muerte. Entonces toda la seriedad está presente. Luego uno se retira y lo deja en manos de una fuerza más Grande.

El límite máximo

Como facilitador, a menudo, voy con alguien hasta el límite máximo. Confrontando al individuo con los extremos hacia los que tiende. No suavizo la situación, para nada, como para que las consecuencias lleguen de lleno, íntegramente a la conciencia. Hasta cuando esto sucede, puede darse una solución, que sea más suave. Pero recién resulta cuando uno ha mirado de frente a la situación y a su seriedad. Lo que exige del facilitador un gran valor y una gran confianza.

Si bien para algunos este proceder se les hace cruel o demasiado directo, es una ejecución humilde que permite que la realidad sea tal como es y que acepta la realidad tal como es.

El respeto

El facilitador sólo puede ayudar mientras mantiene el control. Para el control es necesario que el facilitador persista en que se le respete. Eso significa que el cliente también respete lo que el facilitador decida.

De modo contrario el cliente dispone lo que el facilitador tiene que hacer. Si el facilitador hace lo que el cliente quiere,

¿cuál es el resultado?

El cliente permanece tal como está.

Hasta cuando los juegos del cliente cesan y ya no valen la pena, hasta entonces se le puede ayudar.

El recogimiento

Antes de comenzar con el ayudar se tiene que dar el recogimiento. Para ello voy a hacer un ejercicio. Imagínense una persona a la cual quieren ayudar. Tienen que lograr una cierta distancia hacia ella, una distancia bastante considerable. Alrededor de ustedes hacen un círculo, como creando un lugar seguro en el que nadie externo pueda internarse y en el cual ustedes puedan permanecer protegidos.

Entonces miran a esa persona y detrás de ella a sus padres. Se inclinan ante ellos y les dicen internamente:

«Aquí yo soy el pequeño y ustedes los grandes».

Después ven detrás de la persona a los abuelos y a otras personas importantes y además junto a la persona su culpa. Se inclinan frente a la culpa y le dicen:

«Aquí yo soy el pequeño».

Así esperan sin intención y sin temor y, esperan el tiempo adecuado, si tal vez llega una indicación de lo que les es permitido hacer o, si se tienen que retraer o, donde es que tienen que intervenir, tal vez hasta también con fuerza o, si se tienen que mantener en silencio.

El otro nivel

Este trabajo nos lleva a dimensiones que antes no habíamos percibido. También a mí me trae, cada vez, algo nuevo. Este tipo de trabajo se diferencia de manera múltiple de nuestro proceder habitual.

Generalmente nos proponemos algo, una meta que queremos alcanzar. Luego escogemos el camino que nos lleva hacia allí. En la medicina y muchas veces también en la psicoterapia, primeramente se establece un diagnóstico. De él resulta el tratamiento. El camino escogido se basa en experiencias anteriores.

Aquí, en este trabajo, no hay ni definiciones ni diagnósticos. Tampoco hay una meta. Del recogimiento surge el siguiente paso hacia la oscuridad y lo incierto, luego otro paso. Hacia dónde lleva, no se sabe. Al final, en retrospectiva, se ve cuál ha sido el camino y hacia dónde ha conducido. Por eso, en este trabajo se exige la confianza total hacia algo desconocido, pero que va guiando si nos encomendamos a él.

La humildad

De cierto modo esto exige una modificación del concepto del hacer, que pueda lograr algo a través de mi capacidad hacia un tipo de retraimiento y una espera que, desde el interior, algo nos pueda guiar. Por eso, este camino es humilde. El facilitador no se deja tentar, por ejemplo, por los lamentos de un cliente, tampoco por su pena, tampoco por el deseo de quererle ayudar o por el concepto de poderle ayudar. Si ayudo me mantengo en sintonía con su destino. No estoy obligado a cambiarlo. Sólo cuando desde su alma llega alguna señal, se me autoriza y capacita para ayudar, y me integro a ese movimiento.

La compasión

Lo más peligroso es la compasión, cuando no logro soportar la pena del otro y por lo tanto trato de auxiliarlo. En ese instante interfiero en el alma del otro.

En ese instante soy el débil y el necesitado. Si con respeto logro soportar su pena, me dirijo a él desde otro nivel. Este nivel, en contraposición a la compasión, es un nivel de fuerza.

El movimiento interrumpido

En muchas familias un niño es separado tempranamente de su madre, por ejemplo, si tiene que ir al hospital y la madre no lo puede visitar. A menudo, también se da una separación inmediata después del parto, por ejemplo, si un niño es prematuro y es llevado a la incubadora. También mediante la cesárea se da una separación temprana.

La criatura vive la separación como un gran dolor.

Después de esto, la criatura cambia, porque el dolor muchas veces se transforma en rabia y desesperación.

Cuando la madre regresa, la criatura la rechaza por la memoria del dolor vivido. La madre piensa entonces que algo hizo mal y se retrae. Así es que ambas ya no llegan a encontrarse verdaderamente. Esto tiene su efecto en la vida posterior. Donde ha habido una interrupción temprana de tal naturaleza, especialmente hacia la madre, a veces también hacia el padre, más adelante la criatura no puede acercarse a otras personas. Le tiene miedo a la cercanía.

Cada vez que va hacia alguien, recuerda el dolor de entonces e interrumpe ese movimiento de acercamiento.

Cuando la criatura llega a ser adulta y quiere acercarse a alguien, recuerda, antes de haber arribado, realmente, la situación de antaño. Entonces hace un movimiento en círculo. Se aparta, se va hacia un lado, se retira y regresa al punto de partida sin avanzar, ni acercarse realmente.

¿Cuál sería aquí la solución?

Se regresa a la situación en la que se dio ese movimiento interrumpido tempranamente y se la lleva hacia la meta. Un terapeuta tiene que representar a la madre, es decir, la madre de entonces.

No suelta a la criatura. Si ésta se quiere ir, él la sujeta hasta que ella se relaje. Entonces el movimiento interrumpido llegó a su meta.

El soltar a los muertos

Muchos de los problemas que tenemos con nuestros clientes tienen que ver con los muertos. Los muertos nos influyen y nosotros, tal vez, también a ellos.

Si con los muertos de nuestra familia, algo no ha encontrado solución actúa en el presente como perturbación. Entonces quedamos apegados al pasado, en vez de mirar hacia el futuro.

¿De qué forma estamos ligados a los muertos?

Estamos ligados a ellos a través del recuerdo.

Muchas veces los recordamos de manera amorosa. Los echamos de menos, los añoramos, estamos enlazados a ellos con amor y con luto.

¿Cómo les va a los muertos si adoptamos esta actitud? ¿Les va mejor? ¿Qué es lo que hacemos si los recordamos de este modo?

Nos aferramos a ellos.

¿Qué es lo adecuado aquí?

Si su muerte aún está cerca, el dolor y el duelo son adecuados. Nos ayudan a separarnos de los muertos. Tal vez, esto también ayude a los muertos. Entonces también ellos se pueden liberar de nosotros.

¿Cómo se logra, de la mejor manera, el duelo por los muertos?

Si les agradecemos. Si miramos lo bueno que hemos recibido de ellos como obsequio, y les decimos:

«Gracias. Lo honro y hago algo con ello».

De pronto los muertos se pueden soltar porque aquello que nos han obsequiado sigue teniendo su efecto. Ha hecho su servicio. Esta es una manera. Pero muchos quedan enfadados con los muertos. Les guardan rencor por algo.

Es frecuente que clientes que se nos acercan les guardan rencor a sus padres, si bien éstos, quizás, ya hace mucho han muerto. Con ello, los vivos quedan ligados a los muertos. Y los muertos, tal vez, no encuentren la paz, porque los retenemos con nuestras expectativas y exigencias.

¿Cuál sería aquí la solución?

Les decimos:

«Lo que quiera que haya sido, para mí fue valioso».

Así es. Lo que quiera que haya sido, en cuanto lo aceptamos y asentimos a ello se convierte en fuerza. Se hace valioso. Sólo cuando lo rechazamos se convierte para nosotros en una carga. Por lo tanto, si hay muertos con los cuales estamos enfadados, porque aún esperamos algo de ellos, también les decimos:

«Gracias».

En ese momento, todo lo que haya sido se transforma en un tesoro valioso.

También hay muertos con los cuales nos hicimos culpables, a los cuales hemos hecho daño, a los cuales hemos perjudicado en cuerpo y alma y donde hemos causado perjuicio a su vida. Entonces quedamos ligados a ellos y ellos ligados a nosotros porque aún tienen un reclamo con nosotros.

Esto lógicamente sólo es una imagen. Si realmente es así, no lo sabemos. Pero para nosotros tiene un buen efecto si con los muertos, con los cuales nos hicimos culpables, logramos conectarnos con amor, y decirles, por ejemplo:

«Lo siento, si puedo reparar algo, lo haré».

A veces, por ejemplo, se puede compensar algo en sus hijos. Si asentimos a ello y nos decidimos a hacerlo, también podemos soltar a estos muertos y ellos a nosotros. No obstante, a menudo, sentimos, que les hemos causado tal daño o, los hemos perjudicado tanto en cuerpo y alma, que ya no hay reparación posible. Hasta nos podemos sentir culpables por su muerte.

¿Cómo manejamos esto?

Les decimos:

«Yo sé lo mucho que pesa esta culpa. Pero me quedo con ella. No hago intento alguno de quitármela, por ejemplo, por expiación. Por quedármela, tengo una fuerza especial. Con esa fuerza hago algo bueno, en memoria de ustedes».

Entonces esos muertos pueden reconciliarse con nosotros. Nos pueden dejar, sin exigencia y, nosotros los podemos dejar en paz.

¿Qué significa esto para el ayudar?

Como facilitadores abarcamos en nuestra mirada a estos muertos. Es decir, miramos más allá del cliente y de los miembros vivos de su familia hacia esos muertos. Los honramos, escuchamos lo que aún quieren y se lo transmitimos al cliente.

Le ayudamos a que resuelva la situación con los muertos y pueda quedar libre para su vida.

Todo lo que hayamos aprendido en nuestra formación como facilitadores o psicoterapeutas fracasa ante esta tarea. Aquí se requiere y exige algo más. Pero si nos abrimos a ello nos sentimos amplios y profundos de una manera especial y tenemos fuerza.

Actuar que soluciona

Si un cliente se queja, por ejemplo, de su destino o de sus padres:

¿Por qué se queja? ¿Qué quiere conseguir con ello?

Que otro se compadezca de él y que actúe en su lugar. Este actuar nunca puede tener éxito. También se lo puede manejar de otro modo. Por ejemplo, si alguien se queja de su destino y de sus padres, dejamos que cuente todo y averiguamos:

«¿Qué ha pasado exactamente?».

El entonces cuenta todo con detalles.

Seguidamente comentamos:

«¿No fue esta una oportunidad maravillosa para desligarse de los padres y comenzar y hacer algo por fuerza propia?»

Si otro que no ha hecho estas experiencias como tú quisiera intentar lo mismo, no lo lograría, porque le faltaría la fuerza para ello».

Por lo tanto, sea lo que fuere lo que le suceda a alguien, si hace algo con ello, le da fuerza para su crecimiento. Haya sido como haya sido el pasado de alguien, gracias al actuar desde la fuerza, que de allí emana, se transfigura. Por lo tanto un facilitador contempla en todo lo que el cliente le ha dicho las posibilidades de crecimiento y le ayuda a emprender la acción.

Si un cliente quiere agarrarse al lamento y al reproche no se debe trabajar con él. La ayuda más grande que se le pueda proporcionar es decirle:

«Esto me es demasiado peligroso».

Todo el que se queja o lamenta, es peligroso. Eso se ve en el instante en que uno se niega a trabajar con ellos. Nadie puede ser más agresivo. Es decir, anden con cuidado.

Hay preguntas que son acusados y denunciados.

¿Por quién?

Por aquéllos que fueron desilusionados, porque los terapeutas no han hecho por ellos lo que esperaban y querían. Ésta es entonces su venganza. Con la acusación ellos se sienten bien, porque ahora sí actúan; pero no para bien y provecho de ellos mismos.

Quien ayuda frívolamente donde se trata de vida y muerte y considera que pueda ponerse por encima del destino de su cliente y lograr éxito contra su destino, pone en peligro su cuerpo y alma. Aquí nadie puede jugar a ser Dios sin perjuicio para sí mismo y para su cliente.

El temor

En varias ocasiones, me han reprochado que planteo cosas muy arriesgadas, que también podrían dañar al cliente. En esto tengo un punto de vista muy extremo. Ningún terapeuta puede dañar a un cliente.

¿Cómo lo podría hacer, excepto, que lo matara?

Cada quien es libre de hacer lo que le plazca. Si quiere que lo perjudiquen, mejor dicho, si hace algo que pareciera que lo han dañado, entonces así lo quiere. Lo quiere, pero sin querer responsabilizarse de ello. En lugar de eso se acusa al terapeuta. En el fondo, ningún terapeuta puede dañar a un adulto. Si he dicho algo equivocado cada quien es libre de verlo de diferente manera.

Pero si alguien procede del modo como yo suelo hacerlo, tiene que temer que alguien comente:

«Eso no se debe hacer. Eso es imposible».

Lo acusan entonces. Si un facilitador cede a este temor,

¿qué sucede con él?

Ya no puede percibir en detalle y uno ya no puede confiar en él. Por lo tanto la condición previa para este trabajo es que dejemos atrás ese temor. El que claudica ante él se convierte en niño y, el otro se convierte y ocupa interiormente el lugar de padre o de madre. Para permanecer en la percepción y en la valentía y también expresarla, se necesita de fuerza.

Ahora comprueben en ustedes mismos, si aquí han percibido algo diferente que yo y si hubieran tenido el valor de expresar lo que han percibido.

Algo más. Si uno llega hasta el límite máximo —y esto ha sido el límite máximo— puede suceder algo decisivo. Mucho sucede hasta llegar al límite máximo. Sólo si uno tiene el valor de llegar hasta allí, se puede dar algo mejor. Toda guerra es ganada en el límite máximo. Sólo en el límite máximo.

La precaución

Nuestra exigencia no es segura. Nada está claramente delimitado. Los márgenes son permeables y, a veces, nos podemos perder. También nuestra estabilidad psíquica es precaria. Los intentos que algunos hacen para ir más allá de sus límites psíquicos, por ejemplo a través de drogas o de ejercicios específicos, son peligrosos. Manteniéndonos en lo inmediatamente cercano es cuando más seguros nos encontramos. De ello nos debemos alegrar, mientras dure.

El río

Cierren los ojos. Todo lo que tengan en las manos, lo colocan en el suelo, para que nada los distraiga.

Ahora van a su centro y se confrontan con aquello que surja y se les presente. Lo contemplan sin temor, sin deseos, sencillamente abiertos, como una criatura que flagrante mira al mundo. Una criatura, que aún no sabe nada de palabras, de definiciones, que escucha a un pájaro sin conocer su nombre, directamente unida a Todo.

El alma es como un río. Uno se mete a ese río y se deja llevar. No sabemos hacia dónde fluye y, como quiera somos llevados por él. Ponemos su confianza en él.

Si comienzo a trabajar con algunos no sólo trabajo con ellos. Simultáneamente trabajo con todos ustedes. Aquello que en ellos surge desde el interior, algo crucialmente humano, que a todos atañe.

También nos toca a nosotros directamente en nuestra alma. En el río de la vida todos vamos nadando juntos.

Ayudar de igual a igual

Arriba y abajo

La psicoterapia como fue transmitida por Freud y como luego se ha seguido desarrollando, parte de un modelo básico: aquí hay un enfermo y ahí está un médico, aquí hay un necesitado y allí alguien superior que auxilia, que señala qué es lo que ayuda. De ello resulta una relación determinada. Este modelo tiene cierta razón y validez en la relación entre enfermo y médico.

¿Pero también la tiene para la psicoterapia?

Si se procede según este modelo, al finalizar el cliente

¿es más grande que antes? ¿O es más pequeño? La terapia ¿ha fomentado su crecimiento o lo ha convertido en un ser sin voz ni voto?

Actuar

A todo cliente lo trato de igual a igual y me niego a trabajar con alguien que se hace pasar por necesitado. Muchos, de verdad, necesitan asistencia. Realmente la necesitan. Pero la pregunta decisiva es si el cliente está dispuesto a actuar o no. Si alguien requiere ayuda y se me acerca con la disposición de actuar solamente esperando a que se le indique cómo proceder, entonces le puedo ayudar. No se hace dependiente de mí debido a la ayuda, porque puede y quiere actuar por sí mismo.

Lamentarse

Si alguien se lamenta, por ejemplo, si me cuenta lo mal que lo ha pasado en su juventud:

¿Quiere actuar? ¿Por qué me cuenta eso?

Lo hace so pretexto de no actuar él mismo. De allí que toda la energía que vierta para echarle una mano es en vano. La disposición fundamental de ir con un movimiento del alma que lleva hacia delante está bloqueada. Por eso primero pruebo si puedo y quiero trabajar con alguien.

Acontecimientos

Hay algo bien sencillo que aquí hay que considerar. Un ser humano es como es porque algo ha sucedido en la familia que ha tenido influencia sobre su vida entera. Por ejemplo, si en la familia alguien falleció tempranamente. Ese es un acontecimiento decisivo, o si alguien fue dado aún niño, o si hubo algún suicidio o si hubo un crimen, un suceso que provoca que el ámbito familiar cambie de cuajo.

Acontecimientos de tal naturaleza pueden haber acontecido en la familia actual del cliente, es decir, con él, su pareja y sus hijos, o pueden haber acontecido en su familia de origen, es decir, con el padre, la madre, los hermanos y más allá de ellos en generaciones anteriores. Los hechos decisivos pueden remontarse a varias generaciones atrás.

Por eso mi primera pregunta a un cliente que quiere trabajar conmigo, es:

«¿Qué ha ocurrido?».

Eso generalmente se puede decir en tres frases.

- No necesito saber absolutamente nada de sus sentimientos.
- Tampoco necesito saber cómo han sido sus padres. Todo eso distrae.
- Lo decisivo tiene que ver con acontecimientos.

La Constelación Familiar interior

¿Qué he hecho con este hombre? ¿Fue eso una constelación familiar?

Sí. Cuando él se acercó, pudimos ver que está en una situación difícil. Dejé que cerrara los ojos y comencé con la constelación en mi alma. Me retiré y lo encomendé a su alma. Contemplé a su madre, a su padre, a sus hermanos, si es que tiene y a sus antepasados. Miré hacia los destinos de esta familia y me incliné ante ellos con respeto. Es decir, me dirigí más a allá de él también al contexto, del que proviene.

Como no pregunté nada, como no dije nada y, como se sentía seguro de mí en el campo al que pertenece, los sentimientos determinantes pudieron surgir en él. Su alma lo guió. De pronto quedó claro, un niño pequeño y en esa etapa algo ocurrió. Entonces lo tomé en mis brazos como una madre. Estaba seguro conmigo. Coloqué mi mano frente a su rostro para protegerlo de miradas curiosas.

Luego pudimos ver la rabia en él. Era la rabia de un niño que fue abandonado. Por ello, siempre lo volvía acercar más a mí.

¿Por qué entonces le golpeé con el puño entre los hombros?

Al estar en empatía con él, sentí de pronto que eso era lo necesario. De inmediato pudimos ver el efecto en él. Se demostró que había sido lo correcto.

Cuando gritó fuerte, le dije que respirara sin sonido. El gritar intensamente muchas veces, es una resistencia. Al respirar con calma pudo conectarse profundamente con su alma. Al cabo de un rato percibí: Por ahora es suficiente, Ahora su alma necesita tiempo para manejarlo.

Ayudar a través de la renuncia

En este tipo de trabajo aquello que podemos hacer en una constelación en forma externa, a veces, está desplazado completamente hacia el interior. Los movimientos provienen de la propia alma. Entonces vemos en el rostro y en los movimientos, dónde algo ya no puede seguir avanzando. Es cuando ayudamos para que lentamente el cliente pueda superar el obstáculo. Esta es la diferencia con una constelación. Ahí se busca una solución. Cuando ha sido encontrada, el cliente a continuación tiene que hacer algo.

Aquí el proceso de curación se desarrolla ya a través de los Movimientos del Alma. Es decir, el trabajo propiamente dicho sucede aquí y ahora o al menos inicia. De esta manera tiene un alcance mucho más profundo. Al mismo tiempo todo queda en la propia alma. No hay ninguna intervención desde fuera. El facilitador muestra el mayor respeto por el destino de la persona.

Si ustedes comparan esto con los conceptos usuales acerca del querer ayudar, a menudo verán las intervenciones externas que se realizan y, con qué conceptos, muchas veces, sin consideración de lo que sucede en el alma.

A veces queremos ayudar, porque el cliente ha dicho, algo de una forma determinada y nosotros le hacemos caso. Lo que el cliente dice generalmente es resistencia a lo verdadero. Si entonces nos avocamos de inmediato a ello, tal vez iniciemos un gran juego mas allá de lo que realmente vale.

Por eso tenemos que ser cuidadosos. Nos sintonizamos con las diferencias que existen entre una forma de ayudar y la otra. Lentamente vamos aprendiendo gracias a la reacción de la propia alma: qué podemos hacer y qué no.

En el camino fenomenológico, el entendimiento se logra a través de la renuncia, así también este ayudar se logra a través de la renuncia.

La realidad sacada a la luz

En este trabajo no se trata de que el terapeuta haga mucho. Más bien, saca algo a la luz, con la ayuda de los representantes. Cuando ha surgido, tiene su efecto. Por ello, después no tiene que hacer nada más. Lo esencial ya lo ha hecho. Todo lo demás lo hace el alma, y eso necesita tiempo. Por lo contrario, si haría algo más, intervendría en otra alma.

El destino

En nuestro trabajo, a menudo nos encontramos con seres humanos con un destino especial. La pregunta que se plantea entonces es cómo exponernos, cómo reconocer, cómo asentir a este destino y percibir si somos capaces de comprender hasta dónde este destino es inevitable y hasta dónde nos ofrece algo que nos capacita para ayudar en concordancia con él.

La libertad de movimiento

En este trabajo, muy a menudo, estamos tentados a juzgar, o decir, por ejemplo: «la razón es que alguien no quiere». Es decir, partimos de la suposición que alguien es libre en sus acciones y en las circunstancias de vida en las que se halla establecido y que pudiera cambiarlas si sólo quisiera. A través de Constelaciones Familiares hemos comprendido que la libertad de movimiento que cada quién tiene es muy pequeña. El concepto de libertad se reduce a algo muy estrecho y superficial.

La familia como destino

«Destino» significa en primer término que estamos enlazados a una familia particular en la que hubo acontecimientos específicos, que determinan el destino de las generaciones posteriores. Este destino o esta determinación por el destino se expresa, en lo particular, en la lealtad hacia la familia. Si, por ejemplo, en una familia hubo un suicidio éste tiene su efecto en generaciones posteriores y puede inducir a que también otros quieran cometerlo. Si se investiga y se remonta en el tiempo, tal vez más atrás, alguien en la familia se tendría que haber tomado la vida, pero no lo hizo. Por lo tanto, entrega el pendiente que tendría que haber solucionado a la siguiente generación. Entonces ellos lo sienten como una obligación, sin saber por qué.

Si nos encontramos con alguien que se halla implicado en una situación así, no sirven de nada todas las buenas recomendaciones. Tenemos que ver, dónde ha iniciado este destino. Si podemos suponer que su problema se encuentra más allá de su libre albedrío, lo podemos tratar con más serenidad. Si le decimos:

«Averiguaremos de dónde procede, dónde tiene su origen»

entonces él se siente aliviado y descargado personalmente. Eso ya le ayuda.

La línea genealógica

En el último tiempo hemos encontrado métodos para lograr que la situación original salga a la luz. Daan van Kampenhout en su libro *La sanación viene desde afuera* describe en detalle cómo se puede hacer algo así. Primero se coloca al cliente. Luego detrás de él un representante para la generación de los padres, luego uno para la de los abuelos. Para hombres sólo se ponen hombres, para mujeres, mujeres. De este modo se pueden colocar quizás ocho, nueve, diez generaciones. Si uno espera lo suficiente se puede vislumbrar, a través de las reacciones de los representantes, en qué generación sucedió lo crucial. O el cliente se dirige lentamente a los representantes, de uno a uno y siente que es lo que ocurre con ellos.

Lo determinante siempre es un homicidio. Los destinos graves tienen su origen, hasta donde yo he visto, en que alguien de la familia haya asesinado a otro miembro familiar o que alguien en la familia haya sido matado por otro en la familia.

Si uno atraviesa las generaciones, tal vez encuentre a alguien que esté inquieto y que mire al suelo. Frente a él se coloca un representante para una víctima, boca arriba. Comienza entonces una confrontación entre víctima y perpetrador. No sabemos absolutamente nada de lo que ocurrió. Tampoco lo necesitamos saber. Sólo vemos que aquí sucedió algo. Si ahora se desarrolla algo entre víctima y victimario que logre acercarlos, por ejemplo, si el perpetrador se tiende junto a la víctima, se ve, como en las generaciones subsiguientes se hace palpable un alivio. Ese sentimiento también se expresa en la sensibilidad del cliente. Este es un método elegante sin tener necesidad de investigar mucho. El efecto demuestra lo útil que es.

A veces no se puede cambiar nada porque el destino es demasiado grande. Posiblemente aún no esté a disposición la comprensión para solucionar algo de tal naturaleza. Doy un ejemplo, de cómo un caso así pudo ser solucionado de manera sorprendente.

La fuerza sanadora

En Taiwán, la madre de un participante era esquizofrénica. Cuando configuramos a sus cuatro hijas una se comportó extrañamente. Averiguamos si muy atrás, en la familia, había sucedido algo especial. El recordó que el bisabuelo había sido asesinado por su hermano. Entonces coloqué al bisabuelo y a su hermano. Éste adoptó una actitud no sólo de perpetrador sino también de víctima. Fue cuando ubiqué a la madre de ellos, a la tatarabuela. En la reacción de los representantes se evidenció que ella, en realidad, era la victimaria, ella era la autora intelectual. El hermano del bisabuelo estaba confundido porque sentía dentro de sí, tanto la energía del perpetrador como la de la víctima. Le indiqué que con la espalda se recargara tanto en el hermano como en la tatarabuela. De pronto se esfumó la confusión del bisabuelo. La claridad se recuperó.

A continuación, hice lo mismo en cada una de las generaciones posteriores. Señalé que apoyaran sus espaldas en los anteriores. Todos recuperaron la claridad incluida la madre del cliente. Sólo su hija permanecía trastornada. No veía camino para ayudarle.

¿Qué hice entonces en esta emergencia?

La llevé con la tatarabuela. Ella la tomó en sus brazos y entonces también la hija se sintió liberada. Al fin y al cabo la fuerza sanadora provino de la perpetradora del sistema.

El destino grande

A veces no sabemos si podemos hacer algo o, si tenemos el permiso de hacerlo.

¿Qué hacemos entonces como facilitadores?

Nos inclinamos ante el destino, sin intervenir. Si sale a la luz que no podemos hacer nada, decimos claramente:

«Aquí no puedo hacer nada».

Entonces el destino asume la guía. «Destino» significa aquí también, que el Alma Grande se encarga de ello. A veces, resulta entonces que sí se da una solución. Si no se da una solución

¿es eso malo?

Si uno, por ejemplo, ve que es inevitable, que alguien se quite la vida y que uno no puede hacer nada al respecto,

¿es terrible si sucede? ¿Es malo para su alma? ¿Podemos juzgarlo nosotros?

Tal vez justamente en esto se demuestre grandeza, amor, consumación. Como facilitadores somos requeridos a doblegarnos también ante un destino tal y, reconocer que nos sobrepasa. Entonces, en todo nuestro ayudar podemos mantenernos centrados y tranquilos.

Muerte temprana

Lo mismo vale con respecto a la muerte. Si alguien muere prematuramente o antes del nacimiento o de anciano, ¿hay alguna diferencia?

Hace poco en un ejercicio me presenté ante los muertos de mi familia. En la familia de mi madre cinco niños murieron tempranamente. Me presenté a esos niños. De ellos sentí la fuerza más grande. No es que sencillamente ya no estén. De ellos emana algo benéfico si los reconocemos y si nos presentamos ante ellos.

¿Han echado algo de menos entonces? Si busco el contacto con ellos ¿no actúan a través mío y se sienten consolados?

No lo sabemos. Es decir, también en este sentido asentimos ante la realidad de la vida y de la muerte, tal como es.

Constelaciones Familiares del Espíritu

Comentario previo

Lo nuevo de las Constelaciones Familiares del Espíritu

1- La actitud interior

El facilitador de una constelación se deja guiar en todo sentido y en cada paso por un Movimiento del Espíritu. Este indica con quién trabajar, cuándo hay permiso para retomar, hasta dónde se puede llegar y cuándo finalizar.

2- El asentimiento a todo y a todos, tal como son, sin enjuiciamiento, con respeto y amor.

3- Sin preocupación,

porque se reconoce a cada cual como guiado por este Movimiento del Espíritu, sea como fuere su destino y su culpa.

4- Sin imágenes internas,

de lo que para él u otros sea correcto o incorrecto. Por eso está abierto a toda indicación que se le ofrezca y encomiende desde la observación precisa y en sintonía con los Movimientos del Espíritu.

La filosofía

En este trabajo me dediqué a indagar en los trasfondos del comportamiento humano, también en el dolor y en la felicidad que experimentan los seres humanos. En el fondo se trata de una auténtica filosofía. Pero una forma especial de filosofía, una filosofía que surge de la concordancia con algo diferente.

¿Qué es filosofía originalmente?

La filosofía ha contemplado algo, ha observado con detenimiento, se ha expuesto a un cúmulo de fenómenos. Cuando el filósofo, es decir, el ser humano que ama la sabiduría —eso es lo que significa «filósofo»— se expone a esos fenómenos, a esa gran cantidad de fenómenos, de pronto se le revela lo esencial.

«Filosofía» significa: detrás de lo ostensible reconozco repentinamente lo esencial. Quien reconoce lo esencial, quien tiene el conocimiento de lo esencial, está capacitado e impulsado a actuar gracias al conocimiento. Esta forma de conocimiento tiene que ser aplicada. Sin aplicación el conocimiento permanece vacío. O dicho de otra manera, conocimiento que no permite la aplicación, no es un conocimiento esencial.

Este tipo de trabajo sólo es posible porque una forma de conocimiento le precede. La actitud del facilitador es la de un filósofo. Quiere decir que éste se expone a aquello que se muestra, sencillamente como es. Interiormente se vacía, sin intención, sin regresar al conocimiento anterior, sin temor. Entonces se le presenta repentinamente, como un rayo, el siguiente paso esencial a dar. Da ese paso y luego no sabe cómo seguir porque el conocimiento nunca es completo. Conocimiento esencial jamás es verdad absoluta. Sólo es la indicación al siguiente paso que corresponde y que es posible dar. Cuando se ha dado ese paso, se vuelve a comenzar. El facilitador vuelve a esperar, hasta que le es señalado el siguiente procedimiento. Así se va desplegando algo en continua concordancia con aquello que creativamente tiene efecto detrás de las cosas.

El cuerpo

¿Qué es aquello que actúa de manera creativa?

Doy un ejemplo breve, para poder comprenderlo mejor. Lo vivo, el cuerpo, por ejemplo, es dirigido por una fuerza creativa, que lo mantiene todo ligado y que junto con él produce algo nuevo, lo produce de forma creativa. Esa fuerza la conocemos como alma.

El cuerpo vive porque tiene alma. La vida del cuerpo obedece a determinados órdenes. Todo lo vivo se desarrolla según un orden preestablecido. Pero este orden no se encuentra concluido porque lo vivo sigue evolucionando. A pesar de ello, algo está predeterminado. Esta predeterminación no puede provenir de lo material. Tiene que surgir de otra esfera que se encuentra por encima de lo material y que no esté sometida a ningún otro orden.

El alma

Aquello que le da al alma capacidad de animar al cuerpo y producir lo vivo y moverlo, responde a órdenes preestablecidos. Por ejemplo, esa alma no tolera exclusiones. Este es un orden preestablecido, que no puede provenir del alma. Llame que surgir de una esfera que está por encima del alma.

El espíritu humano

Por encima del alma se encuentra el espíritu humano. El espíritu se distingue por ser ilimitado. Con nuestro espíritu podemos ir, por ejemplo, hasta la galaxia más lejana, y con la rapidez de un rayo, encontrarnos allí. O nos ponemos en conexión con otra persona que se halla muy lejos, y con la misma rapidez estamos allí. Con el espíritu atravesamos todas las distancias con la rapidez de un rayo. En este sentido el espíritu no está limitado.

No obstante, también el espíritu humano obedece órdenes. No está por encima de ellos. Por ejemplo, sólo podemos pensar en determinadas categorías, como en las categorías:

- causa-efecto
- espacio-tiempo.

El espíritu humano también sigue determinadas leyes lógicas. Estos órdenes y leyes están predeterminados. Sólo podemos pensar en el seno de esos órdenes. Es decir, por encima del espíritu humano tiene que haber algo más que determine estos órdenes y que actúe por encima de ellos. ¿Qué es eso?

El espíritu creador

Ha de tratarse de algo espiritual. Pero no a la manera del espíritu humano. Nosotros podemos observar eso. Podemos observar que todo lo que es, todo lo que existe, se mueve. Todo se encuentra en movimiento, en un movimiento creador. Detrás actúa una fuerza que es creadora, inagotablemente creadora. Esa es la fuerza real.

Si interiormente nos vaciamos entramos, al final, en contacto con nuestro origen que es esa Fuerza Creadora. Este origen no sólo es mío. Es también el origen de cada uno de nosotros y del mundo como un Todo.

En la conexión con esta fuente simultáneamente estoy en conexión con la de cada uno de nosotros. Si en esta relación me permito ir a la profundidad, ya no actúo por mí mismo. Mi origen actúa junto con cada uno de los otros, porque es el inicio de ellos y mío.

Sólo en este camino y gracias a esta conexión se da el obrar creador aquí, en este trabajo. Por eso, sólo lo podemos hacer si hemos transitado, aunque sea un trecho, por este camino de entendimiento. Si hemos interiorizado la filosofía de que algo a través nuestro se ejecuta, donde ya no somos nosotros mismos; entonces podemos hacer este trabajo.

Esto ya no se trata de psicoterapia. Este trabajo llega mucho más allá de ésta. Es filosofía aplicada y aprendizaje de vida. Si nosotros la acabamos encasillando en la categoría de psicoterapia, erramos en lo esencial.

Constelaciones familiares del Espíritu

¿Qué quiere decir Constelaciones Familiares?

Describe un procedimiento, una familia configurada. En un grupo alguien escoge representantes para sus padres y sus hermanos y también para sí mismo y los coloca en un espacio, en relación de unos con otros. Eso son Constelaciones Familiares. Muy sencillo.

El campo espiritual

¿Qué sucede entonces?

Repentinamente los representantes sienten como las personas a las que representan, sin saber nada de ellas. Es decir, lo que ocurre en Constelaciones Familiares está en conexión con un Todo más grande, con un campo espiritual en el que todos los miembros de la familia están presentes de manera tal, que cada quien se encuentra en concordancia con cada quien. Todos pueden establecer relación con todos, es más, están relacionados con todos: no siempre conscientemente, pero sí en sus actitudes y en sus sentimientos. La gran profundidad de esa vinculación surge a la luz paso a paso, a través del trabajo con Constelaciones Familiares.

En estas Constelaciones Familiares también afloran aspectos de este campo espiritual. Este campo espiritual tiene un alma en común. Obedece a ciertas leyes y las impone con consecuencias de gran alcance para la familia y todos los que a ella pertenecen. Es decir, las Constelaciones Familiares se pueden aprender de una manera ostensible, sencilla, constelando a la familia. Y, de inmediato tiene un efecto.

¿El que hace esto, ¿ya sabe algo acerca de este campo espiritual?

El conocimiento del mismo es una condición, para poder ofrecer las Constelaciones Familiares de manera sanadora y liberadora. Es una parte importante de la formación que nos familiaricemos con las leyes y los efectos del campo espiritual.

Los movimientos del espíritu

Si nos movemos de determinada, podemos toparnos con un límite. Esta forma de Constelaciones Familiares llega a un límite. Entonces tenemos que dirigirnos al siguiente nivel. Ese es un nivel espiritual amplio que es completamente diferente. En él somos acogidos por otra fuerza que nos guía y en la que no podemos actuar como antes. Por ese motivo, nos contenemos. Sentimos el movimiento de esa fuerza espiritual, vamos con él y vemos que mueve algo en las almas, pero totalmente diferente a lo que nosotros nos imaginamos. Ahí nos detenemos y nos encomendamos al movimiento. Por lo tanto, cesa el hacer. Ya no podemos decir: «ahora hago una constelación familiar». Aquí nos movemos en sintonía con otras fuerzas.

El campo espiritual de la familia

El campo espiritual de la familia es comparable a los campos morfogenéticos, de los cuales habla Rupert Sheldrake. Este hizo una observación importante acerca de los campos morfogenéticos: no pueden alterarse por sí mismos. En ellos hay algo que siempre se está repitiendo. Lo mismo lo observamos, cuando contemplamos el campo familiar.

Cuerpo y alma

Hay ciertas confusiones entre estos dos conceptos: campo y alma. En una conversación Sheldrake me dijo: «"campo" no es un buen término».

Los primeros que se dedicaron a estos campos fueron filósofos alemanes a comienzos del siglo pasado. Ya ellos observaron los campos espirituales; los denominaron alma. Hablaban de un alma general también de un alma mundial. Pero el concepto alma no tenía cabida en la ciencia. Por eso mejor lo denominaron campo.

El caso es que podemos observar que un campo espiritual sigue a determinados órdenes, que está en movimiento y que con este movimiento pretende conseguir algo. Eso sólo se logra si existe conciencia.

Pero un campo no puede tener conciencia. Entonces el término más adecuado para darle es: «alma». Por ello, muchas veces hablo de un Gran Alma.

El alma familiar

Pero ahora tengo mis dudas. El alma familiar está presa en ese campo. En él todo de nuevo se repite. Por ejemplo, se repiten los destinos de la familia. Si alguien está implicado en el destino de un miembro familiar anterior y se comporta de acuerdo a ello, entonces en la generación siguiente, alguien se implicará con él. Es decir, la implicación no soluciona nada.

Sheldrake entonces observó que algo exterior se debe estar integrando al alma, algo más Grande. Él lo denominó spirit. Voy a dar algunos ejemplos para que lo podamos comprender mejor.

Los psicoanalistas son, por ejemplo, un campo. Dentro de ese campo todos se comportan de la misma manera, es más, tienen que comportarse de la misma manera. Si alguien aplica otro método pone en peligro al campo. Por eso, a veces, es excluido del mismo. El campo tiene además otro efecto. Determina qué es aquello que podemos percibir. Nos prohíbe percibir, y también pensar, en determinadas cosas.

La conciencia

Antes de mí, la conciencia no fue contemplada con detenimiento por ningún filósofo. Nadie se atrevió a hacerlo, todos estaban bajo el conjuro de la conciencia, incluso filósofos tan importantes como Kant. Ellos no pudieron percibir que seres humanos y grupos diferentes tienen conciencias diferentes y que éstas se hallan confrontadas. Todo esto se encuentra totalmente al margen del cristianismo, donde la conciencia vale como lo más sublime, como si se tratase de la voz de Dios en nosotros. Este concepto alberga contradicciones que no son fáciles de percibir.

La justicia

En este contexto experimenté otra comprensión muy importante. Se trata de la justicia. La justicia es admitida como un bien elevado y como una meta suprema.

¿Ha existido alguna vez justicia plena? ¿Han visto en alguna oportunidad que la justicia se haya dado? Nada de eso existe. Sólo existe como concepto, como concepto que hemos de alcanzar.

¿Qué sucede cuando se alcanza?

Se le quita la vida a alguien. Las guerras quieren establecer justicia. En la última Guerra Mundial cada ciudad alemana fue ofrecida en holocausto a la justicia, en el sentido literal. Todas las ciudades alemanas se convirtieron en víctimas de la venganza, se incendió y destruyó en nombre de la justicia.

¿A quién le fue ofrecido?

A un ídolo llamado justicia. En la religión nosotros esperamos de Dios que establezca justicia.

¿A quién sirve entonces Dios?

A un ídolo de la justicia. Con ello ya no es Dios sino, solamente un ídolo.

Esto es fácil y totalmente comprensible.

¿Por qué entonces no se le ocurre a alguien contemplarlo escrupulosamente?

Porque en este campo morfogenético queda prohibida la percepción para hacerlo así.

Hay muchos campos de esta naturaleza. Los médicos, por ejemplo, son un campo con grandes conquistas. Pero muchas nuevas comprensiones acerca de los trasfondos de enfermedades sólo pueden integrarse con máxima dificultad, ya que para esa percepción hay una prohibición.

Muchos terapeutas, también facilitadores, se mueven en un campo así y por consiguiente tampoco pueden percibir determinadas cosas.

El cautiverio del espíritu

Gran número de psicoterapeutas se hallan cautivos de una visión particular del mundo. Es como un muro que se levanta alrededor de ellos. No lo pueden traspasar, a menos que se abra una nueva ventana o una nueva puerta.

Quiero comentar algo acerca de este cautiverio. El que pertenece a una escuela de psicoterapia determinada, a un partido, a una religión o a una profesión determinada, se encuentra con ello en un campo morfogenético. Rupert Sheldrake estudió esto más a fondo.

«Morfogenético» significa: si algo se desarrolla de acuerdo a cierto patrón, luego ese patrón determina lo que más adelante va a ocurrir en el campo.

Voy a dar un ejemplo. Sigmund Freud descubrió algo especial y con ello fijó un patrón, una visión particular del mundo y cierto método de tratamiento. Sea quien fuere quien más tarde vaya a introducirse en ese campo, sólo con dificultad podrá abrirse a nuevas comprensiones y hacer los cambios correspondientes, porque es el campo el que toma la conducción a través de largos tramos. Entonces el individuo sólo piensa y actúa de una forma particular y queda preso dentro de ese campo.

Si uno se hace abogado entra a un campo morfogenético. Cuando alguien pertenece a una religión específica, también se introduce en un campo morfogenético. También los miembros de un mismo partido pertenecen a un campo. Las personas destacadas de un campo morfogenético dicen casi siempre lo mismo y se relacionan con términos semejantes, interminablemente, en torno a un mismo tema.

El campo morfogenético tiene el mismo efecto que el de la conciencia. Cada uno de los que se atreven a pensar diferente, de pronto sienten miedo y mala conciencia.

Este tipo de trabajo también puede formar un campo morfogenético. Entonces queda una sola salida. Uno se abre continuamente a lo nuevo, con los ojos de una criatura que día a día descubre el mundo.

Mucho de lo que hemos visto aquí no se puede clasificar en algo que yo haya dicho, escrito o hecho con anterioridad. Algo así, sólo se puede experimentar si uno da pie a lo desconocido y a lo reciente.

Si dentro del campo dirigimos la observación a un punto y movimiento específicos, entonces ahí tiene lugar una transformación.

El camino del conocimiento fenomenológico

En Constelaciones Familiares, dos leyes fundamentales sobre la vida y las relaciones salen a la luz. Son una comprensión espiritual. Me fue obsequiada en un camino de conocimiento especial. Yo lo nombro el camino del conocimiento fenomenológico.

El procedimiento

Explico la forma de proceder para que puedan enfocarse a este tipo de conocimiento. Podemos transitar este camino si, por ejemplo, tenemos frente a nosotros el problema de un cliente. A través del camino de entendimiento encontramos entonces la comprensión para el siguiente paso.

Lo apliqué conscientemente por primera vez, cuando logré las comprensiones fundamentales acerca de la conciencia. Mis comprensiones sobre ella y ahora también sobre estas leyes de vida son las comprensiones básicas que en realidad han hecho posibles las Constelaciones Familiares.

Lo primero en este transitar es olvidar todo lo que con anterioridad se haya dicho acerca del problema. Se diga lo que se diga o se haya dicho, lo dejo fuera, eso para mí es olvidar. Ustedes pueden hacer lo mismo con un cliente. Diga lo que diga ustedes lo olvidan. No se orientan para nada de acuerdo a lo que escuchan de él. Es decir, guardan una distancia entre ustedes y su problema.

A la conciencia me expuse de manera totalmente nueva e independiente, olvidando todo, todo lo que había sido dicho con respecto a ella. Ese fue el primer paso para lograr tener distancia.

El segundo se da, si me expongo a una situación o a un problema o a un cliente, sin intención.

En el caso de la conciencia no quería saber nada al respecto porque lo quería aplicar para lo que surgiera. La intención me hubiera impedido percibir realmente. Eso lo logra el segundo paso al guardar distancia. Que mis comprensiones acerca de la conciencia más adelante tuvieran un efecto de gran alcance, es otra cosa. La aplicación deliberada de ellas en todos los ámbitos de la vida y del amor, son una consecuencia de esta percepción.

Ahora aplico esto al momento de ayudar. Nos exponemos a un cliente sin propósito, sin el propósito de quererle ayudar. Renunciamos, por ejemplo, a todas las imágenes de aquello que pudiera auxiliarlo.

Si se aventuran a desechar todo lo que el cliente ha dicho y si no tienen intención alguna, podrán sentir cómo el tema se van centrando.

A la vez están ahí. Presentes para él,

¿notan cuánta fuerza van ganando en ese instante?

Sobre todo, el cliente ya no tiene poder sobre ustedes. Ustedes tan sólo se mantienen centrados.

Lo tercero es: nos mantenemos firmes, alejados del temor. Por lo tanto, no tenemos temor a lo que se muestra, tampoco a lo que la gente diga. Eso se produce si persistimos en la actitud de olvidar y permanecer sin propósito. Esto es lo más difícil. Pero sentiremos cómo aumenta nuestra fuerza si realmente nos entregamos a esa actitud. Sólo en este momento nos vemos abiertos a una comprensión nueva, también a una comprensión insólita, a una comprensión que, tal vez, nos infunda miedo.

Lo que he descrito aquí es un camino de purificación. En él, interiormente nos vemos purificados.

Ahora viene lo verdaderamente importante. Al exponerme de esta manera a una situación o a un problema, es decir, a todo tal como se presenta, va convergiendo y condensándose algo en el exterior y repentinamente reconozco lo que aquí se trata: de la clave esencial. Lo esencial me es obsequiado. Se manifiesta, Por lo tanto estamos entregados a la causa sin hacer absolutamente nada. Entonces se nos presenta algo y acude a nosotros. Se muestra. Esta comprensión recibe y acoge, a la inversa de la actitud de coger y echar mano de.

Todo gran arte se da por un entendimiento de esa naturaleza. También el arte de entrar en empatía con los animales, por ejemplo: el susurrador de caballos. Él no se dirigió de buenas a primeras al caballo. Se mostró ante él con respeto, hasta que el animal se le acercó.

Mediación: La distancia

Ahora viene un ejercicio, cierran los ojos. Nos imaginamos a alguien a quien queramos hacer algo. Por ejemplo, a un cliente pero también puede ser alguien de la familia, alguien al que queremos ayudar, alguien por el cual nos preocupamos, por ejemplo un niño.

Con distancia, nos exponemos a esa persona, con una distancia amplia, sin intención, sin preocupación, sin pesar, sin temor, sin el miedo de que pudiera ocurrir algo. En esta actitud permanecemos.

Observamos qué es lo que cambia en la persona, así como en nosotros. Y cómo, más allá de nuestra preocupación, entramos en sintonía con algo más Grande, tanto nosotros como esa persona. Entonces miramos más allá de la persona hacia su destino, y luego más allá de éste hacia la lejanía. Sólo estamos ahí, centradamente presentes.

1. Como primero decimos entonces: sí.
2. Luego, al cabo de un rato, una segunda palabra: Por favor.

De esta manera, ejercitamos y sentimos cada vez más el significado final de Constelaciones Familiares, y nos integramos a sus movimientos.

El alma

El alma es una fuerza que une por separado y lo guía hacia determinada dirección. Por ejemplo, la interacción de nuestros órganos sólo es posible porque existe una fuerza que los vincula y dirige. Así vivenciamos el alma en nosotros mismos.

El alma aglutina simultáneamente a todos los miembros de una familia y los conduce a determinada dirección. También eso es alma, alma ampliada. Esta alma no tolera que algo sea

excluido. Aquí los Movimientos del Alma quieren unir algo que se halla separado. Esta alma más grande, el alma familiar, por ejemplo, coge a los representantes en una Constelación Familiar. Toma posesión de ellos y los mueve a una dirección. Al finalizar, el movimiento vincula lo que con anterioridad había estado escindido.

La otra dirección

A menudo nos imaginamos que es lo determinante para establecer esta vinculación. Debido a experiencias específicas, también nos podemos imaginar cual podría ser finalmente la solución, o cuál ha de ser ésta. Estos órdenes se muestran en Constelaciones Familiares; lo que en muchas familias ha contribuido para que la desvinculación se supere.

Si se trata de implicaciones graves y de destinos especiales, los Movimientos del Alma, a veces van en dirección diferente a la que nos habíamos imaginado o deseado. Por ejemplo, de vez en cuando llevan a la muerte, de modo que la muerte parezca inevitable. Pero si confiamos en estos movimientos sin intervenir, sin oponernos a ellos, a menudo toman un giro inesperado presentando una solución, que no pudimos prever y que va mucho más lejos de lo anhelado. Al final, reconocemos que estábamos en conexión con algo más Grande, delante de lo cual nuestros pensamientos y nuestros deseos fracasan.

Si observamos lo que se desarrolla en estos procesos, a menudo, lo queremos comprender mejor. Yo tengo la sospecha que muchos de ustedes creen, que yo lo comprendo pero que no lo quiero comunicar. Pero yo tampoco lo sé. Yo sólo lo contemplo y veo el efecto.

La seriedad

Al término de un movimiento semejante se mantiene la seriedad. Aquí todo juego acaba. La seriedad nos lleva a un recogimiento interior especial y no sólo a los representantes y clientes, a todos los que están presentes y que en su alma comprenden este movimiento. De este recogimiento y de esta seriedad se puede deducir, que aquello que ha pasado es significativo, aunque no lo comprendemos.

El alcance

En Constelaciones Familiares como muchos las conocen, a menudo sólo nos remontamos hasta los abuelos, tal vez hasta los bisabuelos. En el seno de estas generaciones, por lo general, se nos da una imagen clara con quién alguien se encuentra implicado. Pero las implicaciones pueden remontarse hasta más atrás aún. En algunas configuraciones se puede ver que muchas generaciones atrás ha ocurrido algo crucial, que ya no se puede aprehender, pero que ejerce su poder hasta el presente.

En psicosis los pacientes, con frecuencia, son influenciados por un pasado muy remoto. Con los indios de América, tanto en Norteamérica, como en Sudamérica, se puede observar la influencia vigorosa de aquello que sucedió siglos atrás, sin que podamos detenerlo en lugar alguno.

Hasta lo que he podido observar siempre es la misma situación que de forma intensa influye sobre destinos de generaciones posteriores. Siempre es un asesinato o varios asesinatos.

El alma perdida

¿Qué sucede con alguien que le ha quitado la vida a otro?

Sucede que pierde su alma. Entonces el asesino sale en busca de esa alma. Si los asesinos no la encuentran, generaciones posteriores salen en su búsqueda.

¿Dónde se encuentra esa alma?

Con la víctima. Y es ahí, junto a la víctima, donde se la puede recuperar. Por lo tanto, cuando buscamos soluciones grandes que conduzcan a la paz, se necesita dirigir la mirada hacia las víctimas y llorar su destino con profunda compasión. Así las tomamos en nuestra alma. Con ello también integramos el alma perdida de los perpetradores en nuestra alma. Sólo entonces todo puede darse por acabado.

La claridad

Muchas veces deambulamos en la oscuridad sin información y de manera inesperada algo importante sale a la luz. Tiene un efecto. Ese efecto sigue actuando si no intervenimos.

En la psicoterapia y en muchos aspectos también en Constelaciones Familiares, especialmente en la forma como fue manejada al principio, se está tratando de encontrar siempre una solución. A menudo también se encuentra una buena solución.

Si se trata de algo profundo no podemos actuar de ese modo, nos entregamos entonces a un Movimiento del Espíritu, tal como se muestra. En cuanto éste se inicie, podemos dejarlo. Este movimiento prosigue por sí mismo.

Si buscamos una solución, a menudo tenemos una impresión acerca de cómo pudiera ser el desenlace. Hay situaciones donde esta impresión se confirma y donde despliega un buen efecto. Aquí no era posible. No sabemos cuál podría ser la solución. Pero vimos un movimiento. Cuando el movimiento sale a la luz y dejamos que esa imagen de movimiento permanezca, tal como se muestra, sin quererla cambiar, la fuerza es mucho más grande que si tratásemos de buscar una solución.

La oportunidad de que algo se modifique es más grande cuando terminamos a su debido tiempo. Pero sobre todo, el facilitador se mantiene conectado a una Fuerza más grande y el cliente también. Entonces, por encima de nuestro saber, algo más tiene su efecto, Estar en sintonía con el camino y el Movimiento del Alma, dondequiera que lleven y sea que lleven a la muerte, da claridad. Da claridad a todos, al cliente y al facilitador. Y lleva a la humildad.

La vinculación de lo separado

Quiero comentar algo sobre los disturbios psíquicos.

¿Cómo se originan? ¿Cómo es que alguien llega a una psicoterapia?

Comúnmente, porque se halla escindido en relación a otro. En cuanto alguien se halla separado de sus padres o de uno de ellos, pierde energía y fuerza. Se siente debilitado y desarrolla ciertos síntomas. La solución es muy sencilla. Se reestablece la conexión con lo disociado.

¿Cómo es posible esto? ¿Qué condiciones tienen que darse en el facilitador para que esto se logre?

Lo primero es que el facilitador mismo se encuentre en conexión con sus padres, con sus antepasados, con su destino, con su culpa y con su muerte.

En nuestra familia

Para ello podemos hacer un pequeño ejercicio. Cierren los ojos y sientan a vuestros padres en vuestro cuerpo. No hay nada en nosotros que en un principio no haya venido de nuestros padres. Nosotros somos nuestros padres. Así interiormente nos ampliamos hasta sentir a ambos padres como un Todo en nosotros mismos y sentirlos de la manera que realmente son y han sido sin el anhelo, que de algún modo hubieran sido diferentes.

Del mismo modo sienten en ustedes a sus abuelos y bisabuelos, a todos los que pertenecen a la familia, también a los difuntos tempranamente. A todos se los puede sentir presentes en el propio cuerpo. Así asentimos a ellos y a nosotros mismos en nuestro cuerpo. Nos acercamos a todos, nos dejamos abrazar y nos fundimos con ellos en una unidad. En este movimiento vivenciamos nuestro destino particular: el de nuestros padres, de nuestros antepasados, pero también el de nuestras propias acciones y de nuestra culpa. Y asentimos a este destino:

«Sí, este es mi destino y asiento a él».

Luego se agrega algo más. A través de nuestros abuelos y nuestros antepasados estamos en conexión con algo más Grande, que los toma a ellos y a nosotros a su servicio. Para cada quien de nosotros, de eso Grande proviene una determinación especial, una tarea y, por ello también la fuerza de enfrentarla. Asintiendo también a eso, nos hacemos libres sin distracción por deseos ostensibles. Estamos llenos y colmados por algo más Grande.

En la familia del cliente

Entonces tal vez miramos a un cliente que llega hasta nosotros porque necesita ayuda. Si lo contemplamos, vemos y sentimos al mismo tiempo a sus padres, como son o como fueron, y asentimos a ellos con respeto y con amor. Luego contemplamos a sus abuelos y bisabuelos, a todos sus antepasados y a todos los que en la familia fallecieron tempranamente. A través de él se nos hacen presentes; nos inclinamos ante ellos. Les pedimos su asistencia. Entonces no somos nosotros los que en principio cuidamos de él. Sus antepasados nos dan soporte y más allá de ellos, lo Grande del que todos formamos parte. Quizás comprendemos la determinación a la que está sujeto, su tarea y su destino. Asentimos a ello.

Entonces sentimos cómo estamos, tanto enlazados como separados de él. Mostramos especial cuidado para que todo lo que hagamos se encuentre en concordancia con su familia y con su destino, tal vez, también con su muerte.

Algo más. Si alguien se encuentra enfadado con sus padres, si les hace reproches, los acusa, hasta los desprecia, estoy en sintonía con ellos y sus antepasados. Entonces me niego a ayudarlo. Donde no se logra este primer paso, es para mí caso perdido, si es que solicitara mi ayuda.

¿Qué le va a ayudar a pesar de todo?

Dejarlo en sintonía con su destino. Entonces, tal vez, se de el giro que lo pueda ayudar.

Imagínense. ¿qué ocurriría si ustedes ocuparan el lugar de sus padres y al mismo tiempo trataran de ayudarle en contra de ellos. sin su bendición y sin la bendición de su destino?

Mantenerse aquí en concordancia, exige grandeza.

Muchos desarreglos se dan en el momento en que alguien en la familia no puede ser niño, carga con algo concerniente a una implicación que le impide la conexión con los padres. Por ejemplo, si tiene que expiar, si tiene que repetir destinos que no le corresponden. Entonces le podemos ayudar dando seguimiento a eso, hasta encontrar cuál es el orden adecuado que lo pueda liberar de la carga, que le de la posibilidad de ser niño y de tomar como niño lo que le es obsequiado.

Disonancia y resonancia

Si nos encontramos con un ser humano, siempre nos encontramos también con su padre y su madre. Porque cada ser humano es su padre y su madre. En él están presentes. También sus antepasados están presentes. Por lo tanto, cuando se da un encuentro así, a la vez nos hallamos junto con una gran cantidad de otras personas. Si respetamos a un ser humano, en él también respetamos a sus padres y a sus antepasados.

Es lo que en este trabajo se hace visible. También se hace visible, si alguien interiormente se encuentra escindido de su padre o de su madre o de otros miembros de su familia. Siempre donde se da el caso, este ser humano se siente incompleto y el sistema al que pertenece se percibe en desorden.

Por lo tanto, en el trabajo se trata de reintegrar a aquellos miembros de nuestra familia que se hallen separados o que nosotros, tal vez, rechazamos o que hayamos olvidado. Entonces nos sentimos completos y el sistema como un Todo íntegro.

El verdadero proceso en Constelaciones Familiares es que lo que se encuentra separado vuelva a unirse. Por eso se trata de un trabajo que trata de conseguir la reconciliación y la paz.

Si alguien se enferma se halla escindido de una parte de su cuerpo o algo en su cuerpo no se encuentra en concordancia con él. También se puede decir, que el órgano que duele está en disonancia con él.

Podemos observar, que a menudo, el órgano que se encuentra en disonancia con nosotros, se halla en resonancia con otra persona. Es decir, si en nuestra familia alguien se halla marginado o rechazado, el excluido se manifiesta en nuestro cuerpo a través de una enfermedad o molestia. Por lo tanto, el órgano que duele se encuentra en resonancia con una persona excluida. Si se logra entrar en sintonía con esta persona rechazada, el órgano que molesta también puede entrar en resonancia con nosotros. Entonces a él y a nosotros nos va mejor.

La otra forma de Constelaciones Familiares

La otra forma de Constelaciones Familiar es un desarrollo ulterior de las Constelaciones Familiares. En Constelaciones desde el principio quedó claro que los representantes sienten como las personas reales. De las experiencias de este trabajo surgieron ciertos patrones o los Órdenes del Amor. Uno sabe, por ejemplo, que los hijos tienen que ubicarse de acuerdo al orden cronológico, por regla general frente a los padres. Además que parejas anteriores de los padres tienen una importancia especial.

Aquí también pudimos observar esta regla. El hombre representaba a la pareja anterior de su madre, pero no exactamente. Es decir, no siempre nos podemos remitir a esa regla. Aquí surgió algo diferente a la luz. El representó a la víctima de la pareja anterior.

Se han encontrado algunos Órdenes del Amor a través de Constelaciones Familiares. Los he descrito y se puede trabajar con ellos. Por ejemplo, con su ayuda se puede reflexionar para saber cuál es el siguiente paso que toca. Con el paso del tiempo quedó claro, que el alma y el espíritu van aún más lejos si se les da el espacio, encuentran soluciones totalmente diferentes.

A través de los años se llegó a apreciar lo siguiente: a menudo el facilitador se puede retirar y dejarle al proceso su curso. Pero no es que él esté inactivo. Permanece completamente presente. Repentinamente descubre qué es lo que tiene que hacer. Entonces interviene. El facilitador se mantiene estrechamente vinculado al proceso y actúa en el momento oportuno. Pero no por haber deliberado acerca de ello, si no por sintonía con el Movimiento del Espíritu.

Eso infunde temor en muchos facilitadores, porque ya no están seguros de cómo poder proseguir un proceso. Se tienen que abandonar a algo más Grande. Pero entonces algunos prefieren refugiarse en lo habitual.

El anhelo

Hago un pequeño ejercicio, muy breve. Imagínense que anhelan poder ayudar a alguien.

- ¿Cómo le va a al cliente entonces?
- ¿Cómo les va a ustedes?
- ¿Qué ocurre con su fuerza y con vuestra fuerza?

Las dimensiones de la ayuda

Las Constelaciones Familiares son un método que se desarrolla gracias a la experiencia. A través de este trabajo muchas comprensiones importantes salen a la luz. Por ejemplo, cómo se dan las implicaciones y cómo pueden resolverse además los Ordenes del Amor en relaciones que se hicieron claras y transparentes. La actitud que Constelaciones Familiares hizo posible, es decir, apertura para todo lo que se muestra, obviamente también lleva a nuevas y diferentes experiencias. Por eso siempre se va añadiendo algo más.

El efecto de la inacción

Se incluyó sobre todo aquello que logramos observar: Si a los representantes les damos el espacio para que puedan abandonarse a los Movimientos de su Alma, se abren nuevas dimensiones para el ayudar. Si nos entregamos a los Movimientos del Alma nos mantenemos en marcha. El que se detiene se agarrota y el alma se retira de él. Por lo tanto el trabajo es un continuo reto. Ni con mucho se logra alcanzar el fin. Tampoco se puede llegar a un fin porque el alma jamás se detiene. Es un continuo fluir.

Lo especial aquí es: el facilitador no sólo llega a la sintonía con el cliente, sino más allá de él también con su propia familia, con su destino, con su muerte y con algo, que al cliente le indica una orientación. Por ello el facilitador se retiene completamente.

Si de este modo entra en empatía con el cliente y si está en resonancia consigo mismo, con sus límites y con el movimiento de su Alma que, a veces, exige algo nuevo y difícil, que lo va arrastrando hacia allí y que le requiere valor e infunde temor, entonces tal vez, pueda decir o hacer algo fundamental. En sintonía con su alma y el alma del cliente surge algo que puede ser reconocido como bueno, tanto por el alma del cliente, como por la suya misma. No es una intrusión desde fuera, él no quiere dirigir nada. En el fluir con todo da un pequeño impulso o se retiene, hasta que todo siga fluyendo en el cauce debido. Por eso, para mí es siempre una sorpresa lo que, de pronto, se muestra como posibilidad y el efecto que tiene, a pesar de que aparentemente no pase nada. Pero esa inacción es presencia extrema. Es inacción con eminente cuidado. De esta manera el otro, en presencia del inactivo, puede hacer lo esencial por sí mismo.

Los principiantes

Muchos de los que comienzan con este trabajo tienen sus límites particulares.

¿Logran entonces menos?

Si están en sintonía con sus límites, el alma obra de una manera u otra. Si alguien reconoce que no puede hacer nada, que ha arribado a sus límites, quizá con ello logre lo máximo en el alma del otro. El facilitador realmente tiene que fiarse sólo de su alma. Se incluyó sobre todo aquello que logramos observar: Si a los representantes les damos el espacio para que puedan abandonarse a los Movimientos de su Alma, se abren nuevas dimensiones para el ayudar. Si nos entregamos a los Movimientos del Alma nos mantenemos en marcha. El que se detiene se agarrota y el alma se retira de él. Por lo tanto el trabajo es un continuo reto. Ni con mucho se logra alcanzar el fin. Tampoco se puede llegar a un fin porque el alma. Por eso ya el gran Freud descubrió que los principiantes, a menudo, tienen éxitos más grandes que los zorros viejos. Ya que son humildes, y eso da cabida al alma.

Confiar en el alma

¿Cómo es posible trabajar de un modo como el que yo he mostrado aquí? ¿Soy vidente?
No.

¿Un representante es vidente cuando de pronto siente lo que ocurre?
No. Solamente se encuentra en conexión.

Así también yo me hallo en conexión. Es decir, me expongo a la situación, por supuesto que con responsabilidad. El representante no tiene responsabilidad alguna. Sólo muestra lo que en él ocurre, mientras que un facilitador abarca con su mirada y con sus sensaciones un Todo más grande.

Similar a los representantes prescindo de lo que en el momento siento, por lo tanto, de mis propios sentimientos y de mis propios pensamientos y de mi propia intención. Me dejo guiar, por cierto que, sin temor. Esa es la actitud fundamental aquí. A veces digo entonces frases de las que algunos puedan pensar: «¡Cómo es capaz de decir esto!». Muchos de vosotros han sentido las mismas frases, pero no se han atrevido a expresarlas. Si estamos en sintonía, también lo más arriesgado, es correcto. Se aprecia en el efecto.

Es decir, nos exponemos a la situación, tal como es, y buscamos la sintonía con el sistema más grande. Pero sucede con el facilitador como a menudo sucede con un representante, que se toma su tiempo hasta que pueda distinguir cuál es el movimiento esencial. El representante no sabe hacia dónde lo lleva el movimiento. Yo tampoco lo sé. Al cabo de un rato, siento: Este es el siguiente paso. Por ejemplo, que una persona aún falte. También siento, si tiene que ser un hombre o una mujer. Me fío de esa sensación y de ese movimiento. Gracias a ello, lo decisivo se concentra en extremo, sin que haya ningún tipo de influencia. Luego me vuelvo a retraer. El alma del cliente sigue trabajando sin mí.

Uno se puede sintonizar con una actitud de esta naturaleza. Aquellos, que frecuentemente fueron elegidos como representantes lo logran con más facilidad. Ellos ya saben, lo mucho que pueden fiarse de estos movimientos. Al cabo de un tiempo, es como caminar ciegamente hacia delante, hacia la oscuridad. Así todo encontramos lo correcto. Naturalmente no por completo. A veces también suceden errores, obvio. Lo que no tiene mayor importancia, porque los errores se compensan en el gran movimiento. Es muy difícil y exige gran esfuerzo disuadir al alma de su camino.

Un facilitador sigue en sintonía cuando permanece tranquilo. Eso se siente. Mientras permanece así, todo está en orden. En cuanto él o el grupo demuestren intranquilidad, están fuera. Entonces sólo hay un remedio: se interrumpe de inmediato.

La proyección

En este trabajo nos encontramos a veces en dimensiones peligrosas. Entonces tenemos que movernos con extrema cautela. Para el terapeuta es peligroso exponerse a ciegas a una situación. No siempre puede evaluar qué es lo que ésta va a exigirle. Puede exponerse si cuenta con una protección.

La protección proviene del vacío. Sólo cuando nos exponemos más allá de los deseos y del temor a algo más Grande y si sólo vamos hasta donde éste nos guíe y nos lleve, podemos y tenemos el permiso de hacer ese trabajo. Sólo si no seguimos avanzando más allá de lo que nos es permitido, pero también, si no nos detenemos ante lo que las circunstancias requieren, logramos salir salvos y sanos de una situación así.

Si alguien piensa que solamente se trata de arremangarse las mangas y ponerse a trabajar, puede perderse. Más no me es permitido decir. En todo caso, el que realmente se mete a este trabajo, es llevado a un camino que le exige lo Último pero, que a la vez, le obsequia lo Último.

Lo inconcluso

Quiero comentar algo sobre lo inconcluso. Lo inacabado, lo que permanece inconcluso, tiene que ver algo con el final. Lo que está concluido, aquello que se acabó. Lo que aún resta, lo que está incompleto. Lo inconcluso tiene la fuerza de seguir desarrollándose. Lo concluido puede ser olvidado.

¿Por qué digo todo esto?

También este trabajo se encuentra inconcluso. Justamente por ser así, tiene fuerza. El facilitador termina en el punto donde se da la mayor fuerza. Si algo está concluido y como quiera seguimos, porque pensamos, que hay que hacer Si me encuentro así en concordancia y honro a algo más, notamos de pronto: el aire se acabó. Ya no hay fuerza.

A veces, cuando he llegado al punto máximo, concluyo. Algunos piensan entonces que tiene que haber aún más, que habría que hacer más. Se acercan al cliente, le formulan preguntas y quieren continuar el trabajo según su visión. Con ello intervienen en algo vivo. Porque lo vivo crece, muchas veces crece de forma desapercibida. Si al cabo de un tiempo volteamos a ver una planta, nos asombramos de lo mucho que ha crecido o como un ternero se ha convertido en vaca.

Esta paciencia de dejar algo, tal como es, como para que pueda desplegarse por su propia fuerza y a su propio ritmo, es muy importante para el trabajo. Es importante para el facilitador tener confianza en que todo evoluciona por fuerza propia. Esta paciencia es también importante para el cliente y para aquellos, que consideran, que tienen que ayudar a éste o aquél, para que se de con mayor rapidez.

Lo que sucede aquí, obra de forma atemporal. La imagen que se origina, es una imagen atemporal. Justamente, si puede tener un espacio como tal en el alma, tiene efecto. Pero no porque hagamos algo con ello, sino sencillamente, porque está ahí, presente. Con su fuerza serena pone algo en marcha.

Crecer en sintonía

Quiero comentar cómo se pone en práctica lo aquí aprendido. Se aplica estando en sintonía.

Primeramente en sintonía consigo mismo. Pero sólo puedo estarlo si estoy en concordancia con mis padres. Si, por ejemplo, los miro y les digo:

«Para mí, nada es más bonito que vosotros. Nada es mejor. Todo lo Grande llega a mí a través de vosotros, Con vosotros todo ha comenzado».

Abro y amplío mi corazón para todo lo que proviene de mis padres. Entonces no sólo estoy en sintonía con ellos sino también con mis antepasados, con mi tierra, con mi pueblo y con mi religión. Ahí me incluí a través de mi nacimiento y todo es una parte mía.

Si me encuentro así en concordancia y honro a todo, no me tengo que defender de nada.

De pronto soy libre de desarrollarme. Mis padres, mis antepasados y todo lo que para mí fue querido y apreciado de niño se alegran si yo me desenvuelvo. Haciéndolo les doy la honra a todos. Y tanto más están contentos con mi desarrollo.

Si me encuentro con alguien que busca mi ayuda, busco la empatía con su alma, sus padres, sus antepasados, su tierra, su cultura y su religión. Como no opongo resistencia a nada, él puede confiar en mí y yo en él. En concordancia mutua nos hacemos más abundantes y más grandes.

Si ustedes se permiten entrar en resonancia con ustedes mismos, con vuestros padres y con vuestro destino, y si entran en concordancia con otros y su destino, a veces significa entrar en concordancia con su enfermedad y con su muerte, como al mismo tiempo lo estoy con mi enfermedad y molestias y mi propia muerte. De ese modo se da algo por sí mismo entre nosotros, totalmente espontáneo. Sucede algo sin que tengamos que proceder.

La inacción

Los grandes místicos, también los del Islam, y en China Lao Tsé, actúan mediante la inacción. No porque sean desidiosos. Se exponen al Todo y contemplan qué sucede, al mismo tiempo conteniéndose. Sobre todo se retienen del deseo de ayudar. No intervienen en sitio alguno. Entonces todo se puede desarrollar automáticamente, tal y como es adecuado para cada uno.

Este desarrollo no tiene una meta precisa. Algunos fijan metas a sus clientes, como aquello que tienen que lograr para poderse considerar sanos. Si alguien cumple con esas metas,

¿en qué se ha convertido?

En una criatura.

Quien en sí mismo vivencia lo que significa estar en resonancia, llega a veces a una situación en la que puede percibir. En este punto es necesario decir algo, tal vez sólo una frase. Entonces un rostro se ilumina, algo cambia. Pero seguimos de inmediato, para evitar contemplarlo y detenerse demasiado. Si lo hacemos, impedimos el desarrollo del otro. Por lo tanto, hacemos el bien de pasada.

En realidad podemos alegrarnos por ello. Pero si nos detenemos en la alegría,

¿qué sucede?

Pasamos por alto la próxima oportunidad.

Por eso seguimos avanzando y de pronto nos sorprendemos de todo lo que hemos logrado hacer, sin esfuerzo, sin ningún aprendizaje. Sólo a través del crecimiento.

Los diferentes caminos

Cuando los polluelos terminaron de empollarse, salen corriendo en diferentes direcciones. Se construyen nidos propios y a su vez tienen sus propios pollitos. Así también crece el trabajo con Constelaciones Familiares y con los Movimientos del Alma: de manera múltiple. A todos estos esfuerzos los acompaño con buen corazón y buenos pensamientos.

Veo que los diferentes caminos aportan algo especial a la plenitud, si mutuamente se respetan. Si todos transitáramos el mismo camino alcanzaríamos sólo una parte de la meta. Si la meta es deseada, simultáneamente, a través de diferentes caminos, aunque éstos nada tengan que ver, para todos se gana en plenitud. Para mí todos los caminos son correctos y valiosos.

Me llena de alegría si las semillas que se me permitió desparramar, donde hayan caído, traigan frutos y prosperen.

Cuentos: Dos formas de saber

Un erudito preguntó a un sabio, cómo los detalles se reunían para formar un todo, y cómo el conocimiento de lo diverso se diferenciaba del conocimiento de la plenitud.

El sabio dijo: «Lo disperso se convierte en un todo si logra encontrar un centro y actuar centrado. Ya que tan sólo a través de un centro lo diverso se hace esencial y real; su plenitud, empero, nos parece simple, casi poca cosa, como una fuerza tranquila dirigida a lo próximo, permaneciendo debajo y cerca de aquello que sostiene. Para experimentar o transmitir la plenitud, por tanto, no necesito saber ni decir ni tener ni hacer todo, uno por uno. El que quiere llegara la ciudad entra por un solo portal. El que toca una campana una vez, sólo con ese tono hace sonar muchas cosas más. Y el que recoge la manzana madura no necesita averiguar su origen; la tiene en la mano y la come».

El erudito objetó que el que quería la verdad, también tenía que saber todos los detalles. Pero el sabio lo contradijo. '«Tan sólo de la verdad antigua se sabía mucho. La verdad que conducía más allá era arriesgada y nueva. Ya que, así como una semilla oculta el árbol, también ella esconde su final. Por tanto, el que vacila al actuar, porque pretende saber más de lo que el siguiente paso le permite ver, pierde lo que es efectivo. Toma la moneda en vez de la mercancía, y de los árboles hace madera».

El erudito pensaba que eso sólo podía ser parte de la respuesta, y le pidió un poco más. Pero el sabio se negó: «La plenitud en un principio es como un barril de mosto, dulce y turbio, y necesita la fermentación y el tiempo suficiente para aclararse. El que entonces, en vez de probarlo, bebe, fácilmente se tambalea».



Hombre y Mujer

Hombre y mujer desde la visión espiritual

Continuamos con: Constelaciones Familiares del Espíritu y con Ir con el Movimiento del Espíritu y contemplamos qué es un movimiento de amor. Quiero enfocarme aquí ante todo a la relación humana fundamental, a la relación humana en verdad fundamental, la que se da entre hombre y mujer desde la visión espiritual.

La relación de pareja comienza en forma totalmente común. Un hombre necesita a una mujer y una mujer necesita a un hombre para poder sentirse completo.

Un hombre sin mujer. ¿qué es eso?

Eso lo pueden ver también aquí, conmigo.

Y una mujer sin hombre. ¿qué es eso?

Se siente incompleta. Claro está que un hombre solo si tiene a la mujer en el corazón y la honra, ante todo a la propia madre, también se puede sentir completo. De igual manera una mujer que tiene que vivir sola, si respeta lo masculino y si respeta a los hombres, entonces ella misma se completa.

El honrar

Si contemplo las relaciones de pareja específicamente, uno de los problemas actuales es que muchas veces las mujeres se niegan a respetar a los hombres. Esto tiene efectos de gran alcance para los hijos. Los hijos por lealtad al padre, manifiestan lo que su madre desprecia en el padre. Esa es la compensación y ese es el castigo. Nada de lo que pertenece al Todo puede ser excluido o despreciado.

En países como Rusia he observado —yo he estado varias veces seguidas en Moscú para impartir largos cursos— que para las mujeres es un gran problema que muchos hombres beban, que sean alcohólicos. Yo les dije: uno de los trasfondos es que sus mujeres desprecian a los hombres. Ellos me dieron la razón. Así es, a menudo, la situación: a los hombres se les mira con desprecio.

El asenir

Queda claro que la relación de pareja sólo se logra cuando el hombre respeta a la mujer tal como es, exactamente como es, y que la mujer respeta al hombre tal como es, exactamente como es. Este asentimiento crea un movimiento espiritual.

Muchos entran a una relación de pareja con la idea de cómo ha de ser el compañero. Si no es así, lo quieren cambiar conforme a esa imagen. Así el divorcio está anunciado. El que no es respetado tal como es no puede permanecer, por fidelidad a sí mismo.

El asentimiento: «yo te amo así como eres, exactamente como eres» le da seguridad a la pareja. Crece la seguridad en su amor hacia la pareja. Crece la seguridad en su amor hacia la pareja. El asentimiento incluye muchas más cosas. Incluye que el hombre diga:

«así como eres, eres buena para mí; así como eres, me regocijo en ti».

La alegría es la forma de asentimiento más bella. Entonces agrega algo más:

«me alegra ver a tu madre, tal como es y me alegra ver a tu padre, tal como es».

¿Notan la diferencia que repentinamente se da?

La pareja se siente mucho más segura si sus padres son reconocidos y amados, tal como son. Esto aún sigue:

«digo sí a lo que estás determinado y a tu destino, tal como es. Digo sí a lo que estás determinado y a tu destino, sea lo que fuere el precio para mí».

Amor del espíritu

Nos ponemos en sintonía con un movimiento del espíritu. Así es el amor del espíritu, así me imagino ese amor: dirigido a él o a ella, tal como son, porque los mueve como él o ella es. Por lo tanto, en sintonía con un Movimiento del Espíritu llego a un amor que une a la pareja en un nivel más elevado, en una gran profundidad que los lleva a conformar una unidad que no se da habitualmente en la idea del amor entre un hombre y una mujer.

En sintonía con este movimiento todo lo demás: la unión sexual, el placer, la felicidad, todo lo que forma parte de una relación de pareja en todo sentido, se hace espiritual. Este movimiento proviene del espíritu, es el movimiento original de vida. El deseo del hombre por la mujer y el deseo de la mujer por el hombre son el movimiento original de vida y el movimiento original de amor. Si en sintonía con él sentimos y nos dejamos sustentar, nada impide la felicidad total entre hombre y mujer.

La fidelidad

Se da la situación donde un componente de la pareja por vinculación con su familia, o sencillamente porque tiene que cargar algo por ella, que para la familia es de importancia, sigue ese destino, separándola de su pareja. Si entonces la pareja dice: «tienes que serme fiel»

¿perciben lo que eso provoca en el alma? ¿En ambos? ¿Cómo ambos son cercenados de un Movimiento del Espíritu?

Hay una frase, que en una situación tal permite la presencia del amor aún en separaciones. La frase dice:

«te amo a ti y me amo a mí y amo aquello, que te guía a ti y que me guía a mí, sea cual fuere el resultado».

Este es un movimiento en concordancia con un Movimiento del Espíritu y es un movimiento de fidelidad, de otra fidelidad, — de una fidelidad espiritual—. Es un movimiento de amor que a pesar de todo, permanece.

Lo que sigue

Esto es ponernos en sintonía con lo que significa, en el amor entre hombre y mujer la concordancia mutua y conjunta, y así también están en concordancia con el Movimiento del Espíritu. En una relación de pareja tal,

¿quién sigue a quién?

Ninguno sigue al otro, ambos siguen a un Movimiento del Espíritu. Con ello se unen de la forma más entrañable y al mismo tiempo se encuentran libres.

¿Quieren que trabaje concretamente con relaciones de pareja? ¿Hay una pareja que quisiera mirar algo de forma conjunta?

Puede acercarse entonces. También si alguien se encuentra solo y quisiera ver algo de su relación puede acercarse.

Ejemplo: La mirada más allá de la pareja

— Hellinger a un hombre: ¿Estás casado?

— Hombre: Sí.

— Hellinger: ¿Una o dos veces?

— Hombre: Una vez.

— Hellinger: ¿Tienen hijos?

— Hombre: Una hija de cuatro años.

— Hellinger al público: Esas son las informaciones más importantes que necesito. Todo lo demás, por regla general, resulta a través de la constelación.

— Al hombre: ¿Cómo es que quieres mirar esto? ¿Qué ocurre?

— Hombre: No logramos salir adelante juntos, y yo no sé...

— Hellinger: Está bien, no logran salir adelante juntos.

Hellinger solicita al hombre ubicarse. Escoge una representante para su mujer y le indica colocarse a unos metros de distancia frente a él.

— Hellinger a un hombre: Ahora miras más allá de ella.

— A la representante de la mujer: Tú también miras más allá de él.

— A ambos: Miran a los padres de sus parejas, al destino de sus familias. Cada uno mira hacia ahí con amor. (Al cabo de un rato) Cada quien mira más allá del otro. (Al cabo de un rato) Y luego se contemplan mutuamente.

El hombre da lentamente unos pequeños pasos hacia la mujer.

— Hellinger: Vuelvan a regresar al ejercicio. Miran más allá del otro y, más allá de él a la lejanía, se ven también a ustedes. A la fuerza, que obra detrás de cada quien, le entregan vuestros anhelos. También la culpa, aquello que posiblemente lamenten, se la entregan a esa fuerza. (Al cabo de un rato) Ahora vuelven a contemplarse mutuamente.

El hombre da lentamente unos pequeños pasos hacia la mujer, igualmente la mujer hacia el hombre.

— Hellinger: Ahora se quedan en su lugar y miran más allá del otro. También miran a las relaciones anteriores con amor —y con agradecimiento—. También a ellos los entregan a una Fuerza mayor. (Al cabo de un rato) Ahora vuelven a contemplarse mutuamente. Ambos se miran con una risa y se acercan amorosamente.

— Hellinger al público: (cuando ya están muy cerca) Lo demás nos lo podemos imaginar. Risas sonoras y aplausos en el público.

Ejercicio: Ir con el espíritu

— Hellinger al público: cierran los ojos. El mismo ejercicio lo hacen ahora con su pareja, con las parejas anteriores y con aquello que ocurrió. Miramos a la pareja, tal como es, exactamente como es. Asentimos a ella, tal como es, exactamente como es —con amor.

Miramos a los padres de la pareja especialmente a su madre y, luego a su padre y a los destinos, también a los destinos graves. Se los entregamos a un Movimiento del Espíritu, tal como son. Ahí pueden permanecer tal como son, son acogidos en un Movimiento de Amor.

Entonces volteamos a ver a la pareja y a aquello que ha ocurrido entre ustedes, algo que posiblemente haya dolido. Algo donde ustedes se sientan culpables, incluso muy culpables. Miran más allá de ello, a la lejos y lo entregan a un Movimiento de Amor. Ahí está guardado, sólo ahí.

Ahora vuelven a contemplarse. Se dicen mutuamente:

«Ahora puede haber acabado. Está guardado en otro sitio».

Nuevamente miran más allá del otro, esta vez a sus relaciones anteriores, también a las relaciones anteriores de la pareja. Asienten a ellas, tal como son. Asienten al amor que han vivenciado con esa pareja, que también vuestra pareja ha vivenciado en sus relaciones. A todos les dicen: gracias. Lo acogemos y llevamos a nuestro futuro común. Nos ha enriquecido, unos a otros.

También aquello que no ha resultado en esas relaciones, lo entregamos al Movimiento de amor del Espíritu. Allí puede quedar guardado y volverse bueno.

Volvemos a contemplar a la pareja y sentimos el movimiento que ahora es el apropiado. Tanto si nos llega a unir, como si nos llega a separar. Ambos son ahora Movimientos del Espíritu.

Si se encuentran mutuamente se ubican uno junto al lado del otro. En lugar de contemplar sólo a la pareja, contemplan juntos a otra cosa. Por ejemplo, a sus hijos u otra cosa, a cuyo servicio están.

Al cabo de un rato: Está bien.

El ir con el espíritu conlleva algo bello, algo grande y algo reconciliador.

La indulgencia

Después de estudiar en Alemania, comencé un segundo estudio en Sudáfrica, como preparación allí para la docencia. Terminando el semestre y el año escolar se hacían los exámenes. Uno recibía una hoja con muchas preguntas que había que contestar por escrito. Para aprobar el examen el 40% de las preguntas tenían que ser contestadas correctamente. 40% bastaban para aprobar el examen.

Eso también vale para nuestra pareja: 40% es suficientemente bueno. Risas en el público.

Tenemos que despedirnos de la idea del amor completo. Es inhumano. 40% son buenos. Para lo demás nos ejercitamos en la indulgencia. Indulgencia es amor, amor maravilloso.

Yo presencié un ejemplo hermoso. Fui a dar un paseo con mi mujer. Nos encontramos con un hombre viejo, que traía un carrito. Juntaba botellas y latas de cerveza que habían sido desechadas. Cerca se encontraba una disco.

— Mi mujer le comentó: «Qué bonito que usted haga esto».

— Él replicó: «¡oh, ellos lo tiraron distraídamente y yo, distraídamente lo recojo!».

Risas en el público. Eso es indulgencia. Reflexioné mucho acerca de los Órdenes del Amor. Lo que también forma parte de los Órdenes el Amor entre hombre y mujer es: Cada quien le concede al otro al menos, diez pecados. Risas y aplausos en el público. Este es un orden del amor.

¿Sienten qué bonito es? ¿Pecan entonces más o menos?

Ya no lo necesitan. Aquí se abre para ellos un campo de libertad para el amor.

Ejercicio: La felicidad que permanece

— Hellinger al público sobre una pareja, que levanta la mano: Conozco a ambos desde hace tiempo. Aquí tenemos que ver primeramente con dos culturas diferentes —el hombre es originario del Líbano—. Y con dos religiones diferentes —el hombre pertenece al Islam—. Además ya estuvo casado y tiene hijos de ese matrimonio.

— Al hombre: ¿Cuántos hijos tienes?

— Hombre: Tengo cuatro hijos.

— Hellinger a la mujer: ¿Estuviste tú también anteriormente en una relación estrecha?

— Mujer: Estuve casada dos veces y del segundo matrimonio tengo un hijo adulto.

— Hellinger al público: Pues bien, ahora los dos están juntos. Voy a hacer con ellos un ejercicio espiritual.

— A la pareja: Cierren los ojos. Ahora contemplen a las parejas anteriores.

— Al público: Si una pareja se separa se les puede contar una historia. Una pareja se acercó a mí y se me ocurrió contarles una historia con respecto a ellos. Un hombre y una mujer emprenden juntos un camino. Cada uno carga con una mochila llena de buenas cosas. Contentos se ponen en marcha, pasando por jardines y campos, se alegran de ellos. De tanto en tanto hacen una pausa. Toman algo de sus mochilas y lo comparten. Luego siguen el camino subiendo cuesta arriba. Al cabo de un tiempo uno de ellos se cansa. Todo lo que traía en su mochila, se había acabado. Se sienta. El otro sigue caminando un trecho, siempre cuesta arriba. Se sienta. También su mochila está vacía. Mira hacia atrás, divisa abajo a su pareja, divisa el camino que han transitado juntos, recuerda todo lo bonito que han vivido, y comienza a llorar.

Eso es amor, llorar con amor. Y es despedida con amor. Así se puede contemplar una pareja anterior con amor. También con duelo. Miren más allá de ella a su destino, también al propio destino y digan a este destino, al propio y al de la pareja: «sí».

Contemplan también a los hijos y a lo que significa para ellos de que sus padres se encuentren separados. Ustedes ven, cómo tienen que crecer a raíz de esto y logran crecer. Ustedes se los exigen con amor. Luego contemplan interiormente a la pareja actual, tal como es. También miran a lo que ocurrió en su vida.

Miran a las parejas anteriores y a los hijos. Los contemplan y a todo le dicen: «sí». Ustedes saben que las expectativas que ahora son posibles, son distintas a las de la primera relación. Son más modestas. En la nueva relación cada quien se sabe ligado a lo anterior. Cada quien ve también al otro ligado a lo anterior y asiente a ello, tal como es. Le dicen al otro:

«Así te tomo, con todo lo que pertenece a ti, debido a tus relaciones anteriores y debido a lo que ahí sucedió».

Esto es por un lado un amor humilde. Por el otro, un amor grande porque incluye a todos. Es un amor espiritual. Al cabo de un rato al público.

¿Qué queda para esta pareja?

Una felicidad común y corriente. Es la felicidad más bella que existe. La mujer apoya su cabeza en el pecho del hombre y él la toma en sus brazos. Ambos lloran.

— Al público: Esta es la felicidad común y corriente. Esta felicidad permanece. Desde luego, que muchos de ustedes acompañaron este ejercicio. A esta pareja: Lo mejor para ustedes.

— Al público: ¿Qué permanece y qué se va? La felicidad grande se va, la felicidad común se queda. Aplausos en el público.

Niños con necesidades

Todos los niños son buenos

De manera espiritual desearía contemplar un ámbito más, se trata el de los niños difíciles. Ningún niño es difícil. El sistema es difícil, algo en la familia está en desorden. El desorden principal que se da en una familia es que alguien se encuentra excluido u olvidado.

¿Qué hace entonces un niño difícil?

El niño difícil mira a aquellos que se encuentran excluidos. En cuanto los miembros de la familia que se hayan excluidos vuelven a ser considerados, el niño deja de estar sobrecargado.

He observado por ejemplo, que las así llamadas criaturas inquietas, se fijan en un muerto al que la familia no mira. Por ello dije la frase que sorprende a muchos: todos los niños son buenos. De que son buenos se puede demostrar en Constelaciones Familiares. A esta frase le agregué aún algo más: sus padres también, igual que los niños.

En estas Constelaciones Familiares del Espíritu,

¿qué es lo más importante?

Que cada quien obtenga su lugar, que aquellos a los que se les ha negado el lugar, les sea restituído. Entonces todos pueden respirar con alivio.

Les doy un ejemplo. Se me acerca un maestro que se ocupa de niños difíciles, especialmente de aquellos que deben ser expulsados de la escuela. Él trata de reintegrados con mucha paciencia y amor. Un día me habla por teléfono y me comenta: «mi hijo menor es tan agresivo, que lo quieren expulsar de la escuela. ¿Qué hago?».

Aquí podemos ver que hasta alguien que posee mucha experiencia y que genera tanto bien, está expuesto al destino. Pero no a su destino, sino al destino de otros miembros de su familia.

Yo le dije: «acércate con toda tu familia a un curso». Vino con su esposa y sus dos hijos. El hijo agresivo era el menor. Yo fui maestro por muchos años. Yo sé cómo tratar a varones. Conozco sus lados buenos. La familia estaba sentada junto a mí. Los miré a todos y de inmediato vi que la madre deseaba la muerte. Por eso el hijo era agresivo. Le dije a ella: «Si yo te miro, veo que quieres morir». Ella replicó: «Sí, así es» .

¿Pero cómo es que desea morir?

Obviamente, porque es una criatura buena. Le dije: «Primeramente voy a colocar a tu madre». Es decir, no me avoqué de inmediato al problema. Ubiqué pues a su madre. Ella instantáneamente dirigió su mirada hacia el suelo, hacia un muerto.

Pregunté a la mujer: «¿A quién mira tu madre? Ella quiere irse con un muerto».

El cliente contestó: «mi madre tuvo un novio al que amaba mucho. Él perdió la vida en un accidente automovilístico».

Entonces coloqué en el suelo a un representante del novio. Se supo que hubo un gran amor entre la madre y su novio. Ella se sentía atraída hacia él, se desplazó hacia su lugar y los dos se abrazaron. Luego el muerto cerró los ojos y se le veía complacido. La madre de la mujer regresó a su lugar y respiró profundamente. Entonces ubiqué a la mujer frente a su madre y dejé que ésta le dijera: «Ahora me quedo». La mujer se puso muy feliz y ambas se abrazaron. Quedó muy claro, que ella había querido morir en lugar de su madre. Se reclinó ante la madre e irradiaba felicidad. Al cabo de un rato coloqué al hijo pequeño frente a ella, tenía aproximadamente catorce años.

Ella le dijo: «Ahora me quedo, y me da alegría, si tú te quedas». El hijo se derritió de amor y se acurrucó junto a su madre. Con ello todo recobró su orden. De pronto era un niño bueno. Las criaturas difíciles son las que poseen el mayor amor. Sólo que muchas veces no sabemos hacia dónde miran.

Mediación: Nosotros como niños difíciles

Ahora voy a hacer una pequeña meditación que nos lleva hacia esa dirección. Presumo que el 20% de nosotros también en alguna ocasión fuimos niños difíciles. Por precaución rebajo un poco el porcentaje. La mayoría de nosotros ha tenido la experiencia de que sus padres se preocuparon por ellos. Tal vez porque al enfermarse o porque se comportaban de una manera que llevó a los padres a pensar: ¿Qué pasará con este hijo? Muy bien, ahora cierran los ojos y regresen al tiempo cuando ustedes eran los niños difíciles que les causaban preocupaciones a sus padres o que se enfermaban. Ustedes contemplan con amor a esa criatura que solían ser y se dejan guiar por ella.

¿Hacia dónde está mirando con amor?

Hacia aquel al que la familia quizá no veía.

Le dicen a esa persona:

«Te miro con amor. Para mí perteneces a nosotros».

Tal vez entonces nos dirijamos a nuestros padres:

«Yo miro a alguien, al que amo. Por favor miren ustedes también, conmigo, en esa dirección».

La mayoría de ustedes tiene a su vez hijos. Entre ellos posiblemente también se encuentre una criatura difícil, una criatura que les origine pesar, que se encuentre enferma, que tenga accidentes o algo así. Ustedes dirigen la mirada hacia el lugar, hacia donde esa criatura mira, con amor.

También puede ser que contemple a una criatura que fue abortada o alguien a quien ustedes rechacen o a alguien que, tal vez, hace muchas generaciones haya sido víctima de un miembro de esta familia por ejemplo, por crímenes de guerra. La criatura mira hacia allí. O mira a alguien, que es rechazado por la familia, porque se avergüenza de él por ejemplo, un criminal, un asesino, un criminal de guerra. La criatura lo contempla con amor porque los demás se avergüenzan de él. No obstante, él como todos los demás también, pertenece ahí.

Ahora contemplamos a esta persona con amor, con el Amor del Espíritu, que a todos los ha tomado a su servicio, tal como son, sin diferenciación porque sus metas llegan más allá de lo que nosotros podamos concebir. Vemos el efecto y lo sentimos en nosotros. Y sentimos como una criatura a lo mejor puede recuperar la calma, puede sentirse mejor.

Cuento para un huérfano

A uno de mis cursos en Moscú llegó el director de un orfanato, lo acompañaba un muchacho de doce años. Éste se sentó junto a mí y, yo le conté esta historia:

Hace muchos años estuve en una ocasión con los negros en Sudáfrica. Un día me encuentro con un jefe de tribu. Comenzamos a conversar. Me presenta a sus mujeres. Tenía cuatro y muchos hijos con ellas. Comienza a contarme de sus hijos, un hijo en especial le causa preocupación. Me comenta: «no sé que es lo que ocurre con él, a veces está tan triste».

Un día el muchacho encuentra a un amigo. Salen a caminar y se hallan a otro muchacho más. Éste es un poco más grande que ellos. Se dicen unos a los otros: «ahora vamos a mirar el mundo». Pero uno de los muchachos replica: «Aún hay algo importante que tengo que hacer primero». Él había perdido a alguien, a alguien muy querido. Dice: «Primero tengo que ir a la tumba». Juntos van a la tumba. Cuando se encuentran allí el muchacho les pide a los otros: «Esperen un poco más, primero tengo que ir a cortar unas flores». Lo hace y regresa junto a los otros, que siguen frente a la tumba.

Repentinamente se pone triste. Cierra los ojos y evoca a esa persona tan buena. Entonces se sienta. De pronto siente la presencia de esta persona querida. La siente de verdad, tal como si alguien colocara su brazo alrededor de él y dijera: «Siempre estoy contigo.» Entonces se pone feliz. Los amigos prosiguen su camino. El muchacho voltea a mirar a su alrededor. De golpe todo es más bonito que antes. Las flores son más hermosas.

Escucha el cantar de los pájaros y reflexiona: «así de bonito jamás los escuché cantar». Se encuentra con un manzano, coge una manzana y la muerde. Así de bien jamás le había sabido. Juntos continúan su camino. De noche regresan a sus casas. El cacique le pregunta a su hijo: «¿Qué es lo que has hecho? Estás totalmente cambiado». El muchacho contesta: «Sí, lo estoy. Es que he encontrado un tesoro que ahora siempre está conmigo».

Ayudar a los niños

Quiero comentar algo acerca de los educadores. Si uno ayuda excesivamente a un niño, éste se enfada. De ahí que se tiene que ayudar guardando distancia. Ante todo se ayuda en representación de los padres. Lo que es importante, es colocarse en un nivel menor al de los padres. Si uno se sitúa por encima de ellos, como que se fuera el mejor padre o la mejor madre, la criatura se enfada.

Educadores pueden ayudar a criaturas de orfanatos, sobre todo, si se mantienen en sintonía con sus padres; lo que comprende que asientan al hecho que las criaturas encomendadas pueden llegar a ser como ellos. Esto es importante, porque criaturas quieren llegar a ser como sus padres.

Si uno por ejemplo, le comenta a una criatura: «tu padre fue un borracho, por nada te hagas como él». Entonces la criatura por fidelidad a su padre querrá ser como él. Ese es el efecto, que en el alma, tienen advertencias de este tipo.

Si la criatura tiene el permiso de ser como su padre y le puede decir desde su alma: «Quiero ser como tú», entonces percibe como el padre lo mira amorosamente y como, acaso, diga: «tienes también permiso de hacerlo de manera diferente». Justamente por el asentimiento a que un niño pueda llegar a ser como sus padres, se le libera. Es libre entonces de desarrollarse por fuera del círculo de proscripción de sus padres. Gracias a este asentimiento el educador se mantiene al mismo nivel de los padres de la criatura. Toda criatura ama a sus padres sean como sean estos padres. Si alguien, que quiere ayudar a estos niños, en ellos honra y ama a sus padres, estos niños se sienten seguros con ellos. Aman al facilitador, porque éste interiormente se halla en conexión con los padres y porque ellos, en todo momento, pueden ir con sus padres si así lo desearan.

Ejemplo criatura discapacitada: ahora asiento

Comentario previo

Tener una criatura discapacitada es para los padres una incisión profunda en sus expectativas de futuro. Por un lado están unidos a su hijo por un profundo amor y sufren por él, esa es la regla general. Por otro lado, muchas veces se hacen recriminaciones y buscan al culpable en ellos o en otros, como por ejemplo, en los médicos. Con ello pierden la conexión inmediata con su criatura y con ellos mismos.

¿Qué les ayuda a los padres en esta situación?

Si en su destino y también en el destino de la criatura pueden percibir y reconocer un Movimiento del Espíritu que, tanto a ellos como a la criatura, los lleva por un camino especial.

En este camino, ellos como también la criatura adquieren una fuerza y cobran una importancia, que sólo se da por este destino. Ellos son confrontados y unidos con lo esencial de nuestra existencia, de una manera que les exige lo Último. Son confrontados con algo que lleva mucho más allá de nuestros conceptos ostensibles acerca de felicidad, amor y vida.

Este destino es más que un destino individual y personal. Abarca mucho más que la familia directamente afectada, abarca el entorno y tiene un efecto sanador también sobre él. Los hace modestos y humildes y también serviciales de un modo amoroso y humano.

La constelación

Los padres llegan con un muchacho discapacitado de 12 años, del que dicen que también es autista. Todos se sientan junto a Hellinger. Al lado de él, se encuentra el muchacho, a la derecha de éste su madre y luego el padre. El muchacho le ha traído a Hellinger un chocolate. Hellinger se lo agradece y lo abre. Le da al muchacho un trozo, él mismo toma uno y se lo lleva a la boca.

— Hellinger al muchacho: Sabe bien.

— Muchacho discapacitado con esfuerzo: Bien. — Mira hacia su madre y aplaude riéndose. Cuando los participantes se quieren unir a ello, aplaudiendo también, Hellinger los interrumpe.

— Hellinger al grupo: No reaccionen. Todo tiene que quedar en el ámbito de esta familia, de modo contrario molesta.

El muchacho acaricia amorosamente el cabello de su madre y la besa. Hellinger detiene su mano izquierda hasta que se calma. Luego pide a los padres colocarse uno junto al otro en el medio del círculo de participantes. La madre se pone a la derecha de su marido.

Después Hellinger coloca al hijo frente a sus padres.

— Hellinger a los padres: Permanezcan así ubicados, pero mírense mutuamente. Ahora cada quien le dice al otro: «Es nuestro hijo».

— Mujer al hombre: Es nuestro hijo.

— Hellinger al hombre: Dilo también.

— Hombre a la mujer: Es nuestro hijo.

— Hellinger: «Lo tomamos como nuestro hijo».

— Mujer: Lo tomamos como nuestro hijo.

— Hombre: Lo tomamos como nuestro hijo.

— Hellinger: «Juntos cuidamos de él».

— Mujer: Juntos cuidamos de él.

— Hellinger: «Con amor».

— Madre: Con amor.

— Hellinger al hombre: Mira a la mujer y dile: «Juntos cuidamos de él, con amor».

— Hombre: Juntos cuidamos de él, con amor.

— Hellinger a los padres: Ahora miren más allá de la criatura muy lejos, hacia su destino. Y más allá todavía e interiormente dicen: «Sí».

Por un buen tiempo ambos miran centradamente, más allá del hijo, hacia esa lejanía.

— Hellinger: Ahora miren al hijo.

Hellinger va acercando al muchacho a sus padres. Éste se apoya con su espalda en ambos. Los padres se mueven entonces de tal modo que el hijo pueda ubicarse entre ellos. Al cabo de un rato el muchacho pone sus brazos, por atrás, alrededor de sus padres y mira alternativamente al padre y a la madre. Besa a su madre en la mejilla. Luego también besa al padre.

Acaricia el cabello de su madre. Después de ello coloca su cabeza sobre el pecho del padre y dice: «Papá». Gira hacia su madre y dice repetidas veces: «Mamá». Luego les dice: «Ustedes son mi familia».

—Hellinger a los padres: Muy bien, esto fue todo en lo que aquí pensé; pero vuelvan a sentarse junto a mí.

— Al grupo: En una situación así, donde padres tienen a un hijo discapacitado, tal como lo vemos aquí, los padres, a veces, se sienten culpables. Aquí pudimos ver que la madre tiene ese sentimiento. Él mira hacia ella y hacia el marido. Al hombre: Sí, el hombre lo sabe.

Hellinger indica a la mujer levantarse y la lleva al lugar que había ocupado durante la configuración. Por un rato largo ambos se miran a los ojos.

— Hellinger a la mujer: Ahora mira a la lejanía. Ella mira a lo lejos. Hellinger está ubicado a su costado y le toca el hombro. Al cabo de un rato: Ahora atesora interiormente todos tus anhelos —todas las grandes expectativas que tuviste—. Lléalas a tus manos abiertas y ofrécelas. La mujer mira ininterrumpidamente a la lejanía. Sus manos están abiertas, como si en ellas cargara algo grande, y dices interiormente: Por favor. Al cabo de un rato: Mantienes la manos abiertas para aquello que ahora es obsequiado. La mujer sigue viendo ininterrumpidamente a la lejanía. Dices interiormente: «Ahora asiento — con amor». Un buen rato ella sigue viendo recogidamente y con las manos abiertas a la lejanía. De pronto, voltea su cabeza relajadamente en dirección a su marido y a su hijo y les sonríe. Ambos se habían puesto de pie. El hombre había mantenido abrazado al hijo por detrás y éste había colocado una mano alrededor de la cabeza del padre. Todos se vuelven a sentar junto a Hellinger. El hombre coloca un brazo alrededor de su mujer.

— Hellinger Creo que lo podemos dejar aquí. Lo mejor para ustedes.

Ejemplo: hijos abortados son representados

Una mujer se sienta junto a Sophie Hellinger. Al cabo de un rato Sophie pone su mano derecha entre los omóplatos de ella.

— Sophie Hellinger al grupo: Ella se encuentra muy alterada y sumida en sus pensamientos. Su corazón está agitado.

— A esa mujer: ¿Qué tenemos que hacer? No me estoy segura si quieres trabajar con ello. Tienes miedo de aquello que tal vez surja a la luz. Con la mano le tapa los ojos para que ella los cierre, luego vuelve a colocarla entre los omóplatos. Al cabo de un rato: Inspira profundamente, con la boca abierta y, expira y así varias veces.

— Al grupo: Intento ponerla en conexión con otra energía y al mismo tiempo, también a mí. Al cabo de un rato: Ahora sé de qué se trata. Coloca su mano derecha sobre el regazo de la mujer.

— Al grupo: Esta mañana formuló una pregunta. Aquí la quiero retomar.

Escoge un representante para el hijo de nueve años de la mujer y lo ubica. Al cabo de un rato, éste retrocede unos pasos. Luego escoge a una representante para la mujer y la coloca frente al niño, a cierta distancia.

—A esta representante: El hijo siempre comenta que sería mejor para él que no viviera.

La representante de la mujer coloca su mano derecha sobre su corazón y respira profundamente. Mira hacia delante, al suelo. El hijo lentamente cae de rodillas y se sienta sobre sus talones. Sophie escoge a un hombre como representante y le indica sentarse de espaldas frente al hijo, para que él mire a la madre, así como lo hace el hijo. Él representa, como aflora más adelante, a un hijo abortado.

— Al grupo: La representante de la madre ha dicho que no puede mirar a esa criatura. Sólo puede ver los dedos de sus pies.

La representante de la madre sigue respirando profundamente y señala hacia delante.

—A la mujer: ¿Tu segundo hijo también es un varón?

—Mujer: Sí.

Sophie Hellinger escoge a un representante para ese hijo y le indica sentarse sobre los talones, a la izquierda de su hermano.

—Al representante del hijo mayor: ¿A quién estás mirando?

—Hijo mayor: Sólo miro a esta criatura frente a mí.

—A la mujer: ¿Qué es lo que exactamente dice tu hijo?

—Mujer: Él dice: «Lo que más quisiera es matarme. Lo que más me gustaría es no haber nacido».

—Al representante del hijo mayor: Dile (a la criatura abortada): «Lo que más me gustaría es no haber nacido, como tú».

—Hijo mayor: Lo que más me gustaría es no haber nacido, como tú.

La representante de la madre está muy conmovida, pero no mira hacia allí. El segundo hijo se acerca más al hermano abortado.

—A la mujer: ¿Dice tu segundo hijo lo mismo que el primogénito?

—Mujer: Sí, eso lo ha hecho.

El hijo abortado se inquieta.

—A la representante de la mujer: Dile: «Yo no te quería. También ahora no quiero mirarte». Dile a tus hijos: «Asiento, a que ustedes lo carguen por mí. Gracias».

—Representante de la mujer: Asiento, a que ustedes lo carguen por mí. Gracias.

La representante de la mujer respira profundamente y asiente. El hijo abortado se tiende lentamente boca arriba. El hijo menor se coloca junto a él. Se miran y sujetan mutuamente.

—Al hijo mayor: Mira a tu madre y dile: «Mamá, por ti hago todo».

—Hijo mayor: Mamá, por ti hago todo.

La representante de la madre asiente.

—A la representante de la mujer: Dile a él: «Gracias».

—Representante de la mujer: Gracias.

—Sophie: Yo asiento.

—Representante de la mujer: Yo asiento. El hijo mayor igualmente se tiende junto al hermano abortado y lo abraza. Finalmente los tres hermanos se abrazan.

—A la representante de la mujer: Ella está inquieta y mueve los brazos en forma indecisa. Luego circula lentamente alrededor de los hijos tendidos en el suelo.

—Al grupo: Quiero explicar algo. La mujer tiene dos hijos, uno de ellos o hasta los dos expresan en forma abierta, lo que en la familia es ocultado. Como la madre no lo contempla se tiene que mantener en secreto. Ahora la verdad surge a la luz. Ahora que se da esto ella interiormente está tranquila. Antes estaba intranquila. Ella tiene tres hijos no solamente dos. Pero no puede mirar a uno de ellos.

—A la mujer: Cuando se da un aborto lo primero que es necesario, es que lo reconozcas. Si no, no hay solución. Aquí no se trata de justicia. Si tú reconoces esto, hay una posibilidad de salvar a los otros hijos. Tú aquí puedes ver lo que en caso contrario sucede con ellos. Mientras te niegues acercarte al hijo abortado, tus hijos lo harán por ti. La solución necesita tiempo. Si tú lo reconoces y lo expresas podrás mirar al hijo abortado. Tu representante solamente puede ver sus pies. Mientras te quedes sumida en tus pensamientos y busques, a lo mejor, disculpas y justificaciones, estás interiormente desconectada de lo que aquí se desarrolla. Primero tienes que reconocer lo que es. ¿Qué edad tenías cuando sucedió esto?

—Mujer: 17.

—Sophie al grupo: Imagínense ¡una chica tan joven! Tal vez fue sólo una noche y de pronto tomó conciencia de que estaba embarazada. Repentinamente todo había cambiado. ¿Pueden sentir

en ustedes lo que esto significa, de golpe, para una mujer: 17 años y ¿ya no hay vuelta atrás? La representante de la mujer se coloca frente a los tres hijos y los mira. Está indecisa de bajarse hacia ellos.

—A la representante de la mujer: Tal vez, hasta ahora esto ha sido la solución para ti. Dile a tus hijos: «Mejor ustedes, que yo».

Ella niega con la cabeza.

—Sophie: ¿Cómo es esto?

—A la representante de la mujer: No, eso no lo quiero.

—A la mujer: Ya verás lo que ahora sucede. Todo está aún en suspenso. La representante de la mujer sigue indecisa. Luego lentamente se baja al suelo, toca con su mano derecha el pie del hijo abortado pero al mismo tiempo dirige la mirada a otra dirección, apartándose de los hijos.

—Sophie a la mujer: ¿Hubo otra criatura más?

—Mujer: Sí.

—Sophie: ¿Te estás segura?

—Mujer: Sí. La representante de la mujer extiende la mano izquierda hacia delante, como si quisiera tocar a alguien. Luego se inclina profundamente en esa dirección. Al cabo de un rato se endereza y con la mano se toca el cuello.

—A la mujer: Ella se siente culpable pero, sentimientos de culpa nunca traen la solución. ¿Tenías un nombre para esta criatura?

—Mujer: Yo siempre pensé que fue una niña. Le di un nombre. La llamé Greta. Yo no sabía si era niña o varón. Sólo tenía la sensación de que era una niña.

—Sophie: Di: «Greta».

La mujer vacila. Sophie escoge una mujer para esta criatura y la coloca frente a la representante de la mujer.

Ésta comenta: Aquí anda vagando alguien, pero sólo puedo ver sus pies. Luego la representante de la criatura se baja al suelo con una mano toca los pies de la mujer. El hijo menor se sienta y la mira. Ella a su vez lo mira amorosamente y le extiende una mano.

—A la mujer: ¿Pueden haber sido gemelos? Sophie se acerca a la representante de Greta y quiere separarla de la representante de la madre. Pero ésta no la suelta y la sujeta. Se enjuga las lágrimas. Esto es extraño.

—A la representante de la mujer: Dile a ella: «Ahora veo tu cara».

—Representante de la mujer: Ahora veo tu cara.

—A la mujer: ¿Hubo algo en particular en la familia del padre de estas criaturas?

—Mujer: Tenía una hermana melliza.

Sophie lleva la otra representante hacia las criaturas. El hijo menor que sigue arrodillado toma su mano y reposa su cabeza en ella.

—Sophie: La criatura abortada abrió los ojos y está aliviada. Igualmente el hijo mayor. A la representante de la mujer: Ahora puedes mirar hacia allí. La representante de la madre se tiende entre la criatura abortada y el hijo mayor y abraza a ambos. También la representante de Greta se arrodilla y mira al hijo menor. Se abrazan y abrazan también a los otros. Ahora todos se encuentran junto a la madre, unidos a través de un abrazo entrañable. Al cabo de un rato, Sophie le indica a los dos hijos ponerse de pie. Ellos se levantan, se abrazan por detrás y miran hacia los otros que siguen en el suelo. La representante de la madre permanece en el abrazo entrañable con el hijo abortado. La representante de Greta se encuentra arrodillada y la contempla. La madre extiende su brazo hacia ella y la acerca. Greta se tiende junto al otro hijo abortado. La madre mira amorosamente a ambos y los acaricia.

—Al hijo mayor: Dile al hijo abortado: «Yo soy el tercero».

— Hijo mayor: Yo soy el tercero.

— Sophie: «Tú eres el primero».

— Hijo mayor: Tú eres el primero.

— Sophie: «Yo ahora soy el tercero».

— Hijo mayor: Yo ahora soy el tercero.

— Sophie: «Tú permaneces como el primero».

— Hijo mayor: Tú permaneces ahora como el primero.

— Sophie al hijo menor: «Yo soy el cuarto».

— Hijo menor: Yo soy el cuarto. Ambos hijos vivos se ríen mirándose y asienten.

— Sophie: ¿Cómo están?

— Hijo mayor: Mucho mejor.

— Hijo menor: Mejor.

Sophie escoge un representante para el padre de ambos hijos y lo coloca frente a ellos.

— Al hijo mayor: Dile a tu padre: «Tenemos dos hermanos más».

— Hijo mayor: Tenemos dos hermanos más.

— Sophie: «Yo soy el tercero».

— Hijo mayor: Yo soy el tercero.

— Sophie: «Del lado de mi mamá».

— Hijo mayor: Del lado de mi mamá.

— Sophie al hijo menor: «Y yo soy el cuarto».

— Hijo menor: Y yo soy el cuarto.

— Sophie: «Tenemos un hermano y una hermana».

— Hijo menor: Tenemos un hermano y una hermana. El padre y los dos hijos se van acercando lentamente hasta fundirse en un abrazo entrañable. Entretanto Sophie lleva a la madre misma frente a los dos hijos abortados, que permanecen en el abrazo entrañable con su representante. Sophie indica a la representante ponerse de pie y retirarse. La mujer llora.

— A la mujer: Mantente fuerte. Diles: «Yo no los quería».

— Mujer llorando, después de cierta vacilación: Yo no los quería.

— Sophie: «Esta es la verdad».

— Frau: Esta es la verdad. Ambos hijos se retiran de ella y se mantienen unidos. Al cabo de un rato se miran a los ojos.

— A la mujer: Abre los ojos. Al grupo: Creo que aquí lo puedo dejar. Más no puedo hacer por ella. Lo otro lo tiene que hacer ella misma. Ella tiene que saber que mientras no le de a estas dos criaturas un lugar en su corazón, sus dos hijos querrán ir con ellas, en su lugar. Su representante le demostró lo que toca hacer y su alma también lo sabe. Sus hijos ahora saben que ellos son el tercer y el cuarto hijo y se sienten seguros con el padre. La madre no necesita tener autocompasión. Ella lo hizo. No debemos decir que de otro modo hubiera sido mejor. Porque también estas criaturas asienten a su destino. Si la madre reconoce lo que ha hecho, gana la fuerza para poder estar presente para los otros hijos. Hasta ahora no lo podía, porque los hijos abortados están esperando ser reconocidos. Reconocer lo que fue y decirle: Sí a las consecuencias es, un movimiento divino. En tanto ella diga: No, o lo quiera disculpar, todo se hace más difícil para los demás.

— A la mujer: ¿Qué edad tendrían esos hijos ahora? Imagínate que esos hijos tendrían ahora 25 años. ¿Cómo sería esto para ti?

— Mujer: Sería grandioso.

— Sophie: Imagínate como sería. Tus hijos lo saben. Por ello es que comentan que para ellos sería mejor no estar vivos. La buena solución para ellos es, si se reconoce a estas criaturas. Tú lo tienes en la mano, solamente tú.

— A los representantes: Gracias.

La mujer agradece a Sophie y regresa a su lugar.

— Bert Hellinger: Esta forma de trabajar muestra lo que significa confrontarse con aquello que fue y, con todas sus consecuencias. Aquí no se hizo intento alguno de ocultar, de suavizar o de disculpar algo. Ustedes se podrán imaginar el efecto que tiene en una familia si uno quisiera perdonar o justificar aquello que sucedió tal como, a veces, lo hacen ciertos facilitadores.

Algunos ni se atreven a mencionar la palabra aborto o a preguntarle a alguien, si es que hubo un aborto aunque resulte evidente. Entonces, el ayudar se convierte en un gran juego en el cual inocentes son sacrificados.

Yo quiero agradecerle a la mujer la valentía que demostró al exponer aquí su petición. Gracias a ello pudimos aprender mucho para nosotros. Nos llena e valor, ahí —donde se trata de vida o muerte —enfrentarnos a esa realidad de un modo diferente.

Las consecuencias para la mujer

—Sophie Hellinger al grupo: Voy a agregar algo acerca del modo de proceder. Después de que junto con ella, logré ponerme en contacto con una energía superior a través de la respiración en común, pude involucrarme con su petición. Primero ella se encontraba cautiva en sus pensamientos y su corazón estaba a punto de estallar. Su energía se hallaba completamente en la cabeza. Pero luego, a través de la respiración la energía se fue desplazando hacia el regazo. Yo también lo sentí en mí y de inmediato supe que ahí había sucedido algo particular. Puse mi mano en su regazo para sentir, si esa energía permanece junto a ella o se retira. Si se aleja, entonces sé que no debo trabajar con ella. Esa energía se siente caliente y dolorosa.

En un aborto sucede algo muy especial en la mujer. Un médico en California practicó más de mil abortos. Luego quiso saber con más detalle que es lo que sucede durante un aborto. Con ayuda de una cámara especial hizo visible que es lo que ocurre con el embrión, si ya se encuentra algo desarrollado en el seno materno antes del aborto. La criatura percibe lo que le espera. Cuando es introducida la pinza, trata de sustraerse. El video es una documentación de esos intentos. Este médico ahora lo muestra por doquier, para que todos estén al tanto, de lo que sucede con una criatura cuando se practica un aborto.

Si una mujer ha tenido un aborto permanece la energía de la criatura en el regazo. La energía no puede irse, hasta tanto la madre no reconozca el aborto y así lo exprese. Un aborto no afecta de la misma manera a un hombre. Figúrense que una mujer haya estado por breve tiempo con un hombre y que la relación luego acabe. De pronto la mujer nota que deja de menstruar.

¿Qué sucede con esa mujer?

Nada es ya como antes. Todo cambia. Ya no es una muchacha y tampoco una mujer joven. En pocos meses será madre. Si se decide abortar la criatura siempre es su decisión. No puede deshacerse de ella o responsabilizar, por ejemplo a la madre, aunque solamente tenga 14 años.

Las consecuencias para los hijos

En España, durante un congreso, un juez nos comentó de sus experiencias con mujeres y sus hijos. Los hijos muchas veces son tan agresivos que las madres les tienen miedo. Avisan a la policía porque ya no saben como tratarlos. Comentó: hace cinco años no teníamos casos de esta naturaleza. Hace cuatro años, sólo tres o cuatro casos. Hace tres años eran veinte, y hace dos años ya eran doscientos. La agresión de los hijos siempre estuvo dirigida hacia la madre, nunca hacia el padre.

Durante ese congreso la constelación de una mujer que ya no sabía cómo tratar a su hijo pequeño de tan solo dos años, mostró que con la sola reintegración de la criatura abortada el representante del pequeño se tranquilizó de inmediato.

— A la mujer: un impacto de esa envergadura es el que ejerce la criatura abortada sobre los demás hijos, hasta cuando la madre esté dispuesta a tomarla en su corazón y decirle: «ahora eres bienvenida. Ahora tendrías veinticinco años». Imagínate todo lo que hubiera sido posible. Permite que eso deje en ti una profunda impresión y efecto, sin autocompasión. Sólo míralo. Entonces también verás de inmediato, el cambio en tus hijos. Si solamente los contemplas y les dices: «yo hago todo por ustedes, ustedes están con vida», nada se altera. Ambos están a la espera, que tú entregues tu amor a esas otras criaturas.

— Al grupo: algo más hay que considerar. Si la madre da a los dos hijos vivos el amor y la atención, que está a disposición para cuatro hijos, los hijos vivos no lo pueden manejar. Para ellos es demasiado. Es más lo que abruma, que lo que ayuda.

— A la mujer: ¿Es así? Ella lo aprueba.

— Al grupo: Con estas observaciones e indicaciones ya he ayudado a muchas mujeres. Cuando durante la constelación la mujer dijo a las criaturas abortadas: «Yo no los quise», de inmediato se tranquilizó. Su alma quiere que ella lo exprese.

— A la mujer: ¿Cómo te va ahora?

— Mujer: Me siento tranquila.

— Sophie Hellinger: Yo siempre contemplo a los niños. Mi amor les pertenece. Lo más probable es que también ellos tendrán hijos. En lugar de visitar a nuestros niños en el cementerio, les damos un hogar en el seno de familia para que puedan vivir ahí.

— A la mujer: ¿Tienes un jardín en tu casa?

Ella asiente con la cabeza.

— A la mujer: En un lugar bonito planta dos árboles por las dos criaturas. Cada vez que los mires les dices: «Hola». De esta manera se mantienen en el recuerdo. Lo que una vez fue, permanece con nosotros por siempre. Ahora te ves diferente.

Las consecuencias para la relación de pareja

— Sophie Hellinger al grupo: Es de gran ayuda para los hombres y las mujeres saber lo que sucede en una mujer si ha abortado a una criatura. Esta mujer ya no está totalmente presente para el hombre, porque una parte de ella permanece con la criatura. A menudo un hombre así le dice: «Tú no estás realmente disponible, tú siempre estás en otra parte. Para mí no estás presente».

— A la mujer: ¿Es así en tu caso?

La mujer asiente.

— Al grupo: Porque una parte de ella está con las criaturas.

— A la mujer: Si estas criaturas son reconocidas, también aquí puede cambiar algo.

— Al grupo: En algo más hay que poner atención. Hay mujeres que tienen una expresión en sus ojos que muestra su gran añoranza y anhelo. Muchos hombres se sienten atraídos por ello. Pero ese anhelo se dirige a otro sitio, a menudo hacia una criatura abortada. A menudo un hombre así quiere salvar a una mujer. Pero, ¿qué puede hacer realmente? Nada, porque ese anhelo no se dirige hacia él, sino hacia una criatura abortada. Si a pesar de todo le quiere ayudar, entonces da más de lo que la mujer puede tomar. Con eso hace peligrar el equilibrio entre el dar y el tomar. Por lo tanto, un aborto tiene efecto en muchos otros niveles.

Si un hombre vivencia algo semejante con su mujer la puede comprender mejor. Tiene que aceptar que ella, puede estar disponible, sólo en parte, para el y la familia. Si él quiere mas de lo que ella le pueda dar, a veces queda cómo último recurso, que ella lo abandone.

— A la mujer: Lo mejor para ti.

— Bert Hellinger: Gracias, Sophie, gracias.

Aplausos y ovaciones en el grupo,

Los grandes conflictos

Comentario previo

En este capítulo me vuelvo a remitir a la buena conciencia tal y como se expresa —en su forma más destructiva con respecto a la vida— en los grandes conflictos. Ellos, a menudo, tienen consecuencias mortales para muchos individuos y para grandes grupos con los que están unidos. La pregunta que se presenta es:

¿Cómo se originan estos conflictos? ¿Al servicio de qué se halla tal justificación? ¿Qué nos expone a ellos?

Por otro lado nos preguntamos: ¿Cómo los podemos dirigir de manera que se encuentren al servicio del progreso y de la renovación; para que al término ante todo nos junten, nos reúnan y reconcilien, en vez de separarnos y aislarnos unos de otros?

También nos podemos cuestionar: ¿Qué tenemos que considerar y qué podemos hacer para que a su final, en la paz nos podamos vivenciar más ricos que pobres y más humanos que inhumanos?

En este capítulo me limito a una sinopsis: ¿qué lleva a estos conflictos y cómo los podemos solucionar?

El gran conflicto

El deseo de aniquilar

Todo conflicto grande busca apartar algo del camino y llegar a aniquilarlo. Detrás de estos conflictos actúa el deseo de aniquilar.

¿Cuáles son las fuerzas o temores que alimentan ese deseo?

Se alimenta sobre todo, el deseo de sobrevivir. Cuando nuestra vida se ve amenazada,

reaccionamos huyendo —es decir huimos para evitar que otro nos aniquile— o bien atacamos —es decir que intentamos aniquilar al otro, o al menos obligarlo a huir—. Quitar de nuestro camino a otra persona, o a un obstáculo que se interpone, es el punto máximo en el deseo de aniquilar.

En tales momentos, por lo general, no sólo se trata de matar al otro, sino también de apropiarse tanto de él como de todo lo que le pertenece. También eso sirve para sobrevivir. Es verdad que el canibalismo nos espanta, pero sólo en apariencia. Porque aún hoy existen personas que, en ciertas situaciones, se aseguran de la supervivencia a costa de otros. Con frecuencia es inevitable que, para poder sobrevivir, incorporemos a nosotros mismos que hemos aniquilado. Es verdad que también nos alimentamos con lo que la naturaleza nos ofrece por su propia voluntad —sus frutos, por ejemplo—. Pero, en otras ocasiones, primero debemos matar para luego poder incorporar aquello a nosotros. Eso ocurre, sobre todo, con los animales.

¿Son tan inhumanos estos conflictos?

Me estoy refiriendo en especial a los conflictos mortales. En una situación de máxima necesidad no podemos escapar de ellos.

Por un lado, los conflictos aseguran la supervivencia mientras, por otro, la amenazan. Es por esto que, desde el comienzo, el hombre también ha intentado solucionar sus conflictos en forma pacífica. Por ejemplo, ha establecido acuerdos y definido fronteras; ha formado grupos más pequeños que se rigen por leyes y comparten la conducción. De este modo, un orden legal mantiene a los conflictos mortales dentro de ciertos límites, en especial mediante el monopolio de poder de un gobernante, quien limitará la acción de individuos o subgrupos cuando éstos busquen solucionar sus conflictos de forma violenta.

Este orden es externo. Se basa, por un lado, en un acuerdo. Especialmente se basa en el temor al castigo máximo: la exclusión del grupo y la pena de muerte. Es decir: este orden se impone por la fuerza y, por tanto, constituye, al mismo tiempo un conflicto y una lucha. Sin embargo, este conflicto responde a un orden que está al servicio de la supervivencia del grupo y de cada uno de sus miembros.

Por consiguiente, el orden legal pone límites al deseo individual de aniquilar y, cuando éste se desborda, la persona y el grupo quedan protegidos por el orden legal. Si estos límites no son respetados, como ocurre en la guerra o cuando colapsa el orden legal —en caso de revolución, por ejemplo—, entonces el deseo primario de aniquilar estalla y sus consecuencias son desastrosas.

El desplazamiento del deseo de aniquilar

En grupos donde el orden legal protege al individuo de los efectos del deseo de aniquilar —propio y ajeno—, hay veces en que el deseo de aniquilar queda desplazado a otros niveles. Por ejemplo, se desplaza al campo de la política y también a muchas disputas científicas e ideológicas.

En todos los casos en los que se abandona el plano de la objetividad queda a la vista, con frecuencia, el hecho de que en esos campos también opera un deseo de aniquilar. En lugar de encarar una búsqueda conjunta hacia la mejor solución y una observación y un examen conjunto

basados en el tema a tratar, los representantes del otro partido o de otra tendencia son difamados a nivel personal, muchas veces con calumnias e injurias. Las agresiones que se abren paso aquí se diferencian poco del deseo de aniquilación físico. Como éste aspiran desde la emoción y desde la intención de aniquilar al otro, por lo menos en el aspecto moral, declarándolo enemigo del grupo —con todas las consecuencias que ello supone.

¿Puede el individuo protegerse ante esto?

No

Que a merced de este conflicto aunque no se involucre. Como respuesta a este tipo de agresiones corre peligro de sentir, en su interior, el mismo deseo de aniquilar y, que también de no poder evitar ser poseído por ese deseo.

La justicia

La energía que sustenta estas controversias no proviene solamente del deseo de sobrevivir, también surge de una necesidad común a todos los seres humanos: la búsqueda de compensar lo que dan y lo que toman, la tendencia a equilibrar ganancias y pérdidas. Algo que también conocemos como la necesidad de obtener justicia. Sólo nos tranquilizamos una vez se ha alcanzado la compensación. Por ello la justicia es para nosotros un bien muypreciado.

¿Pero lo es en todos los casos? ¿O lo es solamente en un marco limitado, cuando se trata de compensar por vía pacífica?

Porque la necesidad de obtener justicia tiene consecuencias completamente distintas cuando se trata de compensar daño y pérdida.

Lo explicaré mediante un ejemplo. Cuando una persona nos perjudica, buscamos venganza. También nosotros queremos hacerle daño, como una manera inmediata de compensar. En nuestro interior surgen el deseo de sobrevivir y el de aniquilar. En parte debido a la necesidad de compensar —en este caso buscando justicia—. Queremos evitar que el otro nos vuelva a hacer daño, a lastimarnos. Por ello, cuando nos vengamos, a menudo vamos más allá de la necesidad de compensar y hacer justicia. Queremos que sufra más que lo que hemos sufrido nosotros por su culpa. Entonces también el otro busca justicia y venganza y, el conflicto nunca acaba. En este caso, hacer justicia es un pretexto para vengarse. El deseo de aniquilar vuelve a abrirse paso, esta vez en nombre de la justicia.

La conciencia

Hay algo más que enardece el conflicto. Es algo que llamamos «bueno» y que en realidad, a pesar de ello, produce un efecto negativo. Es la conciencia buena o tranquila. Tal como sucede con lo de hacer justicia, a menudo se usa la conciencia tranquila como caballito de batalla para el deseo de aniquilación. Y es que siempre que alguien se considera mejor en comparación a otros y que por consiguiente justifique todo lo que les cause, actúa bajo la influencia de su conciencia «con la conciencia tranquila».

¿Se trata realmente de su conciencia?

Lo que hace posible que sobreviva es la conciencia de la familia y la del grupo. Mediante el deseo de aniquilar, la conciencia de un grupo se asegura la supervivencia cuando entra en conflicto con otros grupos.

Muchas personas opinan que esta conciencia es algo sagrado y santifican los ataques —incluso la aniquilación— en contra de personas, de creencias o actitudes diferentes a la de ellos. Entonces, en las «guerras santas», tanto en el campo de batalla como dentro de los grupos aquellos que piensan y actúan diferentes son percibidos como una amenaza para la unidad del propio grupo. Así como sucede en la guerra, en este caso todos los medios para lograr ese fin son justificados y santificados por la conciencia tranquila o buena.

Por esa razón, toda apelación a la conciencia de ese tipo de agresores o a su imparcialidad no tiene eco y cae al vacío. No se trata aquí de que ellos sean malos, sino de que tienen una conciencia tranquila y consideran estar luchando por una buena causa.

A la inversa: aquél que considera que puede apelar a su conciencia actúa así desde otra conciencia, desde su conciencia tranquila. Por lo tanto corre peligro de recurrir, siempre siguiendo lo que dicta su propia conciencia tranquila o buena, a los mismos medios que los agresores. Por ello resulta inútil tratar de encontrar soluciones para los grandes conflictos a nivel de la justicia y la conciencia buena o tranquila.

Lo nuevo como amenaza

La conciencia experimenta como una amenaza todo aquello que sacude el orden convencional, tanto en el plano de la conciencia individual como en la conciencia de grupo, suponiendo que se pueda establecer una diferencia entre ambas. Porque, en definitiva, cada conciencia es la conciencia de un grupo. Lo nuevo amenaza su adhesión y con ello la supervivencia bajo las pautas conocidas. Es que si un grupo diera lugar a lo nuevo se disolvería, o debería volver a organizarse de una nueva manera.

Muchas ideologías, al cabo de un tiempo, han colapsado por esta razón. A la larga no pudieron mantenerse firmes ante la realidad práctica. Por ejemplo: la ideología comunista. El colapso sólo ocurrió luego de que, en pos de la supervivencia de los grupos que seguían esa ideología, muchos de los que habían llamado la atención sobre lo ilusorio de la misma fueran ejecutados o quedaron a merced de las hambrunas, sobrevenidas como consecuencia del intento de conservar el sistema comunista.

Sólo cuando los grupos que se forman en base a nuevas comprensiones son lo suficientemente fuertes como para proteger a sus miembros ante el deseo de aniquilación de los grupos anteriores, sus adeptos tienen la vida asegurada. Aquél que osa adelantarse antes de tiempo está en peligro. Muchos herejes y otros divergentes dieron su testimonio de alerta.

Pero ¿eran malos aquellos que crucificaban a los herejes o los quemaban públicamente en la hoguera? Luchaban por la supervivencia de su grupo y, en consecuencia, luchaban por sobrevivir. Su deseo de aniquilar estaba al servicio de sobrevivir, seguían las indicaciones de una conciencia tranquila, una buena conciencia.

El rechazo interiorizado

Si una persona rechaza a otra bajo la influencia de su conciencia tranquila —cualesquiera sean las razones— también debe cederle un lugar en su alma, a consecuencia de la presión que ejerce sobre ella otra instancia del alma. Esto queda a la vista cuando, de repente, vive en carne propia algo que ha rechazado en el otro, por ejemplo: su agresión. Pero el objeto de la agresión

fue transferido. La agresión no se dirige a la misma persona que la del perpetrador a quien rechazó, si no a otras personas que ha vinculado con el perpetrador, quizás sin que éstas verdaderamente lo sean. Por ello, para esa persona permanece oculto el hecho de que en su caso se trata tan sólo de un desplazamiento, porque el impulso sigue siendo el mismo.

Sin embargo, mediante un modo extraño y compensador, una instancia interna oculta hace que la conciencia tranquila y, al mismo tiempo ciega, caiga en su propia trampa y fracase.

En este contexto hay una transferencia más. Lo que nosotros personalmente rechazamos y negamos, es combatido no en nuestro interior, sino en otra persona, tal como Freud lo describe en sus tratados sobre las proyecciones.

Una transferencia adicional se demuestra mediante el hecho de que los hijos encarnan en sus actitudes aquello que uno de sus padres rechaza. Eso se ve, por ejemplo, en muchos casos de radicalismo de derecha. A menudo, a través de su extremismo honran al padre rechazado o despreciado por parte de la madre. Pero también lo vemos en muchos de los que combaten a los radicales de derecha. Lo hacen con la misma agresividad y aplicando los mismos medios. Pero todos con la conciencia tranquila o buena.

El campo

Logramos comprender mejor estas conexiones si las observamos desde la imagen del campo. Rupert Sheldrake habla aquí de un campo mental o de una mente expandida, ampliada. En inglés «extended mind». Él observó que: entre los seres vivos existe una comunicación que sólo se puede comprender si suponemos la existencia de un campo mental, dentro del cual permanecen y se mueven.

¿De qué otro modo se explicaría el hecho de que un animal se oriente justamente hacia la planta que necesita para aliviar una molestia de su cuerpo?

¿O qué un perro sepa cuándo su amo emprende el camino de regreso al hogar?

Lo mismo ocurre con los fenómenos que se observan en las Constelaciones Familiares y sólo resultan comprensibles partiendo de la suposición de ese tipo de campo compartido.

Por ejemplo: que cuando los representantes de ciertos miembros de una familia ocupan una posición en relación con otros, repentinamente sienten como las personas que representan, aunque no sepan nada sobre ellas.

En ese campo, todos están en resonancia con todos los demás. Nada ni nadie puede caer fuera de ese campo. Incluso lo pasado y los muertos continúan presentes y actuando. Por lo tanto, todo intento de excluir a alguien —o deshacerse de él o ella— está condenado al fracaso. Por el deshacerse de él o ella está condenado al fracaso. Por el contrario, lo excluido, rechazado o eliminado adquiere más poder dentro de ese campo precisamente a causa del intento de deshacerse de ello. Cuanto más fuerte sea el deseo de deshacerse de algo, tanto más fuerte será su acción. El campo estará intranquilo y desordenado hasta que lo rechazado sea reconocido y ocupe el lugar que le corresponde dentro del mismo.

Campo y conciencia

Las formas en que actúa la conciencia se vuelven más comprensibles para nosotros si las consideramos en relación a los campos mentales. Allí se pone de manifiesto que nos movemos en campos diferentes. Por ello, en los distintos campos, también tenemos distintas conciencias. Las reacciones de la conciencia nos permiten interpretar cómo actúa ese campo, a quiénes abarca y a quiénes —o a qué— desplaza o excluye.

El campo se polariza por la influencia de la conciencia buena o tranquila. Eso significa que sólo una parte del campo o —aplicando este concepto a las relaciones interpersonales— una parte de las personas pertenecientes a ese campo son reconocidas como pertenecientes. En el idioma de la conciencia, aquellos a los que se les permite pertenecer son los buenos. Sin embargo, buenas —en el sentido de conciencia— sólo son aquellas personas que al mismo tiempo, rechazan y excluyen todo lo diferente. Como lo desplazado y excluido no llega a salir del campo sino que, por el contrario, gana fuerza dentro de éste, lo desplazado pondrá en un aprieto cada vez mayor a quienes son considerados «buenos».

Eso se manifiesta en el hecho de que continuamente se ven obligados a defenderse de lo supuestamente malo en su propia alma y en su entorno. La lucha contra la sombra de su propia luz los va consumiendo hasta que sus fuerzas decaen y también ellos, en su interior, conceden un espacio a lo malo o caen presa de ello. Eso sí, sin respetarlo, con una sensación de derrota y con mala conciencia.

¿Cuáles es entonces el gran conflicto?

Es el conflicto entre la conciencia tranquila o buena y la mala conciencia. A partir de aquí se originan los conflictos más implacables y crueles entre los grupos y en la propia alma.

El delirio

Bajo la influencia de la tranquilidad de conciencia y la irresistible necesidad de pertenecer surge un movimiento fervoroso y ciego. Por un lado, provoca una sensación de éxtasis, el éxtasis de la inocencia, de la conciencia tranquila y de la pertenencia que, sin embargo, al mismo tiempo se dirige con ira ciega en contra de otros. Conduce a los individuos hasta el punto de estar dispuestos a matar en conjunción con un deseo de aniquilar a otros, sin que la mirada considere a esos otros como seres humanos. Para aumentar anónimamente esa sensación de éxtasis son arrojados, como cebo, ante un ídolo ciego y sacrificados a él. Por lo tanto ese conflicto grande y sin sentido extrae su fuerza de un delirio como éste.

Existen, por supuesto, distintos grados de este delirio, pero el movimiento básico es el mismo. En ese movimiento, el sí mismo se disuelve en el Yo colectivo del grupo que está seducido por la tranquilidad de la conciencia —la buena conciencia— y, ha llegado a sentirse superior a los demás aunque en otros aspectos permanece en el anonimato. Ese movimiento es el mismo que lleva al entusiasmo. También en el caso del entusiasmo la percepción es reducida y adquiere rasgos delirantes o, en ocasiones, queda suprimida.

Quien se retira de la masa de entusiastas y vuelve en sí, deja de ser útil para el gran conflicto. No se deja seducir en su favor, Pero aún está en riesgo de caer víctima de ese conflicto porque los entusiasmados pueden volverse en contra suya y considerarlo un traidor. ¿Por qué? Porque ya no tiene la misma conciencia buena o tranquila que los demás.

Resumen

Los grandes conflictos comienzan en el alma bajo la influencia de la conciencia buena o tranquila.

A ese tipo de conflicto a menudo se le sacrifica tanto la propia vida como la de otros. De esa manera, en el alma, los grandes conflictos se vuelven algo sagrado, incluso algo divino, algo a lo que voluntariamente se le ofrece como sacrificio hasta lo más alto y lo Último. Pero únicamente al Dios propio. Por consiguiente, los grandes conflictos son conflictos al servicio de ese Dios. Él es el que los inicia y el que los recompensa.

¿De qué manera?

Sobre todo después de la muerte. Porque la vida aquí es el alimento que se le ofrece continuamente mediante sacrificios, que lo enaltece dentro del grupo y que garantiza su dominio dentro del mismo.

¿Encontramos alguna salida de esto?

Busco encontrarla en el próximo capítulo.

La gran paz

El amor

A la par de los conflictos que surgen, en gran medida debido a la conciencia tranquila y al deseo de supervivencia, entre las personas existe también un movimiento hacia los otros, el anhelo de unirse a ellos, la curiosidad y el deseo de conocerse más. El comienzo de este movimiento lo constituye el amor entre el hombre y la mujer cuando ambos provienen de familias distintas. A través de la nueva pareja también ambas familias se acercan y forman un clan en cuyos límites reina la paz.

El intercambio

La otra forma en que familias y grupos diferentes se acercan y abandonan el temor recíproco es el intercambio: el dar y el tomar. Como esta forma ofrece ventajas para ambas partes, las une aún más. A veces, al cabo de un tiempo, también se fusionan ante la amenaza por parte de otros grupos y, juntos, aseguran sus probabilidades de supervivencia.

Cuando en un conflicto se necesitan aliados, éstos se unen en contra de un enemigo común que procede de fuera. De esa forma hacen más intenso el intercambio y la cohesión entre sí. De esta manera, la amenaza externa y el enemigo externo contribuyen a la paz interior.

La conciencia

Al mismo tiempo, este grupo desarrolla una conciencia común bajo cuya influencia los miembros ponen un límite frente a aquellos que se encuentran fuera de su grupo. Bajo la influencia de la conciencia se sienten mejores que los demás y menosprecian al otro. Todo aquello que sirve al propio grupo, y lo que éste exige como condición para poder pertenecer, es recompensado por la conciencia con una sensación de ser bueno o ser mejor.

En este contexto, la conciencia acepta y premia todo lo que va en contra de los que están fuera del grupo; también premia lo que sirve para delimitar y proteger, incluso los sentimientos de agresión que intensifican la disposición a crear conflictos y luchar contra otros. Tanto la paz en el interior del grupo como la conciencia buena, que la consolida, son condiciones previas para superar, con éxito, los conflictos externos.

La impotencia

Entonces: ¿Cómo se logra la paz entre grupos que estuvieron en conflicto?

Por lo general, esto debe darse en ambas partes, cuando ya no pueden seguir luchando y sus fuerzas están agotadas. Siempre y cuando ambos grupos hayan estado en paridad de fuerzas y admitan que continuar enfrentados sólo significaría pérdidas. En ese momento hacen las paces. Determinan nuevas fronteras que los dos grupos respetan por algún tiempo, comienzan con el intercambio del dar y tomar y hasta pueden llegar a unirse para formar un Todo mayor.

El triunfo

¿Pero qué ocurre si un grupo derrota al otro y lo somete luego de haber intentado aniquilarlo?

El grupo triunfador pierde la unidad interna después de triunfar. Así, el grupo sometido vuelve a tener autoridad después de la derrota. La disolución del grupo triunfador, y su ocaso, comienzan a partir del triunfo.

La comprensión

Aquí lo he descrito en general y, a grandes rasgos. Como ocurre en la vida, esta generalización no abarca la diversidad de matices de lo concreto. Pero tampoco se trata de eso. Visto desde afuera, la guerra y la paz parecen un destino inevitable con su alternación y su mutua dependencia. Y realmente lo es hasta tanto no tomemos conciencia de las conexiones más profundas entre la guerra y la paz que tienen lugar en nuestra alma y, por lo tanto, permanezcamos inaccesibles a las comprensiones esenciales.

Una de las comprensiones es que, al final, todo gran conflicto fracasa.

¿Por qué debe fracasar?

Porque niega lo evidente y traslada afuera algo que sólo se puede solucionar en la propia alma. No pretendo decir que todos los conflictos se pueden solucionar de esta manera; tampoco digo que podamos vivir sin conflictos. Los conflictos son una parte necesaria en el desarrollo del individuo y de los grupos. Pero teniendo en cuenta las comprensiones esenciales, los conflictos se pueden solucionar de otra manera, con más prudencia y reconociendo las distintas necesidades y los límites que las soluciones conjuntas imponen. Porque, en definitiva, toda paz se alcanza mediante una renuncia.

La paz interior

En su interior, cada individuo vive continuamente el conflicto entre distintos sentimientos, necesidades e instintos. Es cierto que cada uno de ellos es importante, pero solamente logran imponerse y alcanzar sus objetivos en la medida en que se toman en consideración y logran armonizarse entre sí.

Así ganan algo y, al mismo tiempo, deben renunciar a otra cosa, teniendo en cuenta al Todo mayor. Si están compensados entre sí, nosotros nos sentimos bien y en paz. Pero mientras existan conflictos y sus limitaciones y posibilidades aún no hayan sido delimitadas, nosotros nos sentimos molestos, quizás también incitados y a veces enfermos y exhaustos.

La pregunta es: ¿se trata aquí sólo de un conflicto interno o se trata de un conflicto de afuera que hemos trasladado al interior?

Se trata de un conflicto interno que hemos trasladado hacia fuera. Como para comprender mejor esta concordancia que se da entre afuera y adentro vuelvo a referirme a los campos mentales.

La paz en un campo mental presupone que todos aquellos que pertenecen a él sean reconocidos como pertenecientes por igual. Esto se logra recién cuando los denominados buenos han podido descubrir lo malo y lo peligroso de su conciencia tranquila. Recién entonces pueden ir más allá de los límites de la conciencia tranquila, si bien con una sensación de culpa y de una mala conciencia. Recién entonces pueden conceder un lugar de pares dentro de este campo a lo rechazado, en especial, a otra persona rechazada.

La percepción

Dentro del campo, la percepción de los miembros es limitada. Dentro de un campo se repiten los modelos, también los modelos de actitud de las personas.

Sobre todo porque lo rechazado y las personas rechazadas también rechazan con conciencia tranquila a quienes los rechazan a ellos. De manera que el conflicto entre ellos no es más que un conflicto entre conciencias tranquilas; buenas conciencias que se enfrentan entre sí. Ambas son limitadas, deliran, imaginan que podrán derrotar al otro de una vez por todas y podrán deshacerse de él. Gira la rueda del conflicto, buenos y malos se alternan. Los que antes eran buenos ahora son malos, los que antes eran malos ahora son buenos.

Rupert Sheldrake observó que un campo sólo puede modificarse cuando un impulso externo lo pone en movimiento. Ese impulso es mental. Proviene de una nueva comprensión. Al comienzo, el campo se defiende ante esta comprensión e intenta sofocarla. Pero si una cantidad suficiente de sus miembros quedan convencidos y aceptan la nueva comprensión, también el campo —como un Todo— comienza a moverse. Puede abrirse a nuevas comprensiones. Puede dejar atrás algo superado y actuar de otra manera.

Tal comprensión sería, por ejemplo, percibir que los grandes conflictos se originan en las conciencias tranquilas o buenas, y de ella extraen sus energías agresivas.

De las Constelaciones Familiares y de su ulterior desarrollo el fluir con los Movimientos del Alma, surgió otra nueva comprensión. Se demostró que: en una constelación familiar cuando los representantes tienen tiempo suficiente y logran centrarse sin intervenciones externas, repentinamente son tomados por un movimiento que siempre va en la misma dirección. Unifica, en un nivel superior, lo que estaba separado. Los Movimientos del Alma nos llevan de una comprensión a otra, por un camino que termina, donde los grandes conflictos pierden su encanto y razón de ser. Estos movimientos van más allá de los límites de la conciencia tranquila y, así, van más allá de los límites del propio grupo. Unen lo que estaba separado para conformar una unidad mayor que enriquece a ambas partes y les ayuda a avanzar.

La otra conciencia

En el nivel de los Movimientos del Alma actúa otra conciencia. Percibimos en forma de sentimiento aquello que identificamos como culpa o inocencia. Lo mismo ocurre con la conciencia que nos lleva más allá de los límites de nuestro grupo, nos sintoniza con algo Mayor y une, a un nivel más elevado, aquello que antes estaba en posiciones opuestas.

Esto sucederá cuando hayamos transitado una parte del camino que nos lleve más allá de nuestra conciencia habitual. Tal conciencia podrá manifestarse como tranquilidad o intranquilidad, serenidad en equilibrio o sensación de haber perdido el rumbo, de persecución y de no saber cómo seguir adelante. Se da sin tener en cuenta que, al perder nuestro centro, volvemos a quedar atrapados por la tranquilidad de conciencia o, por su opuesto: la mala conciencia. Estar en sintonía significa estar en contacto con muchas cosas. En realidad significa que estoy en contacto con todo y, por tanto, quiere decir que no soy enemigo de nadie. Pero la tranquilidad de conciencia —la buena conciencia— me muestra unido a una de las partes y en conflicto con la otra, hasta desear aniquilarla.

Involucrarse en la esfera de la otra conciencia significa dejar atrás las imágenes de controversia, de enemistad. También en este lugar existen los conflictos, ya que forzosamente son parte del crecimiento y del desarrollo, pero aquí no están presentes las imágenes de enemistad ni el deseo de aniquilar. Sobre todo, aquí no hay entusiasmo ni tampoco fervor.

Entonces, ¿dónde comienza la gran paz?

Allí donde se ha extinguido el deseo de aniquilar al otro, donde no valen las justificaciones, y donde el individuo admite que las personas nos son mejores ni peores.

Cada una a su manera, todas ellas están implicadas y, por lo tanto, se encuentran tan comprometidas como nosotros. En este sentido, todos somos iguales.

Si reconocemos y aceptamos esto, si reconocemos que a causa de nuestra conciencia no somos libres, podremos acercarnos sin soberbia. Respetando los límites establecidos podremos mirar más allá de nuestra habitual tranquilidad de conciencia, podremos ir más allá y encontrarnos en algo Mayor. Allí comienza la gran paz.

El otro amor

Otro amor prepara el camino hacia esta paz, es un amor que nos lleva más allá de los límites de la tranquilidad de conciencia, de la buena conciencia. Jesús describió ese camino al decir:

«Sean misericordiosos, como mi Padre que está en el cielo. El permite que el sol brille sobre los buenos y los malos. Permite que la lluvia caiga sobre justos y pecadores».

Es amor por todos, tal como son, es el otro amor, el gran amor, el amor que está más allá del bien y del mal, el amor que está más allá de los grandes conflictos.

Paz a los pueblos

Hace algunos años me encontraba en Polonia. En el trayecto de tren de Breslau a Cracovia le pedí a mi amigo Zenon: «Cuéntame algo de Cracovia». El dijo: «En esa ciudad hubo una gran comunidad judía. Un tercio de la población era judío. No lejos se encuentra también la gran región de Galicia. Mayormente estaba habitada por judíos, sin embargo ya no es así».

Entonces imaginé esa ciudad, Cracovia. Vi en una imagen interior: alrededor de la ciudad se hallan muchas personas y solicitan su entrada, pero no se les concede pasar.

A la mañana siguiente comenté: «Me gustaría ir al barrio judío». Entonces fuimos juntos al barrio judío. Todo estaba intacto. Todavía se encontraba la sinagoga, había muchas inscripciones hebreas sobre las tiendas, pero ya no había judíos. Contemplé las ventanas y vi muchos rostros. Se les vaciaban los ojos de tanto llorar.

Di un curso en esta ciudad y esa misma noche cuando me presenté a una conferencia ahí, estaban presentes más de mil personas. A ellos les conté esto. Les dije: «Mi visión es que en el alma de los polacos faltan los judíos. Eso se siente en el alma. Esa alma sólo va a sanar cuando esos judíos, ya que todos eran polacos, reciban un lugar en el alma de los polacos actuales».

Al mismo tiempo también recorrimos Silesia. Pude sentir claramente que faltaba la gente oriunda del lugar. Les faltan a los polacos. No es que ahora éstos tengano deban regresar, pero tienen que obtener un lugar en el alma de los polacos. Entonces su alma estará completa.

He escuchado que ahí se dan ciertos conflictos entre los descendientes de los silesios y los polacos, tal vez esto que he comentado ahora, sea un paso importante para la solución.

He trabajado mucho con situaciones de esta naturaleza, ahí donde se han dado conflictos entre pueblos y conflictos entre grupos grandes. Sobre todo naturalmente entre alemanes y judíos. Pero también entre alemanes y rusos, y en Palestina entre israelitas y palestinos. También en otros países trabajé en este sentido, por ejemplo el año pasado en Nicaragua. Después de la guerra civil se pide una solución, un nuevo inicio.

Voy a contar el ejemplo de Nicaragua. En ese país dominó el dictador Somoza, su dominación fue terrible. Entonces alguien llamado Sandino se reveló contra él.

Sandino fue asesinado por Somoza. A raíz de ello se formó el Movimiento Sandinista. Organizaron la insurrección y vencieron. Pero fueron igual de terribles. Somoza fue asesinado en el exilio.

Escojo entonces un representante para Somoza y un representante para Sandino. Los dos representantes no son de Nicaragua, son de España. Eso a veces es más sencillo porque no tienen prejuicios. Muy lentamente ellos se van enfrentando con los puños en alto.

Coloco entonces representantes para los muertos que caen, es decir para los muertos de ambos bandos. Somoza y Sandino dejan caer sus manos y juntos contemplan a los muertos. Seguidamente ubico a una representante para Nicaragua. Ella estalla en un grito de dolor y se tiende junto a los muertos. Entonces el representante de Somoza cae de rodillas, se arrastra

alrededor de éste muerto y va al otro lado y se tiende ahí. El representante de Sandino también se arrodilla, se desliza alrededor de los muertos y se echa sobre Somoza. Es como si ambos quisieran descansar en la misma tumba, con los muertos.

Coloco luego representantes para los descendientes y partidarios de Somoza y representantes para los descendientes y partidarios de Sandino. Unos con otros se acercan y se tienden las manos. Seguidamente solicito que la representante de Nicaragua se ponga de pie y la ubico en medio de ellos. Ahí Nicaragua da un respiro.

Es decir, ¿qué antecede a una reconciliación?

Todos contemplan a los muertos de ambos lados y están juntos de luto de forma conjunta: sin reclamo, sólo con duelo. Eso tiene un efecto sanador.

¿Qué es lo que produce el efecto sanador?

Finalmente puede haber acabado. Esa es la solución. Aquí ya nadie se encuentra excluido. Tampoco ya hay malos, ni perpetradores, ni víctimas—todos sólo son seres humanos, iguales unos a los otros—. Después de esto poseen un destino común.

Una vez escuché un chiste, creo que es de Erich Kästner. Él dice: «Cuando alrededor de una cuestión finalmente ha podido crecer el pasto, viene un camello y se lo devora nuevamente». Eso entonces se llama: historia relatada.

¿Al servicio de quién está el relato de historia?

Al de resucitar el pasado. Este relato de historia es la condición para una nueva guerra. Yo escribí una vez una historia acerca del retorno y la solución. Tal vez, simplemente la cuente aquí.

La religión espiritual

Comentario previo

Las religiones desempeñan un papel fundamental en las relaciones humanas. Sobre todo, mantienen unidas a los grandes grupos. Para sus seguidores son como una familia extendida en la que se perciben como pertenecientes de una manera global, incluso más allá de esta vida. Les brindan protección y les dan esperanza, esto a muchos les hace más soportables las adversidades de la vida.

Las religiones, por ser tan importantes, son defendidas también frente a otras religiones. Por lo tanto en ellas tienen el mismo efecto los movimientos de cohesión y exclusión como los vivenciamos en todos los grandes conflictos. Al establecer límites a sí mismas como también a otros, las comunidades religiosas al mismo tiempo limitan.

La religión en el sentido originalmente experimentado, es la conexión personal a las Fuerzas del Espíritu que nos sustenta; por ellas nos vivenciamos guiados y contenidos. Queremos entrar en sintonía con sus movimientos, porque sentimos que de ellos nos proviene nuestra existencia, que nuestro movimiento más íntimo se dirige hacia ahí y hasta ahí encuentra la serenidad. Esta religión personal es un movimiento profundamente espiritual.

A estos movimientos espirituales y a esta religión espiritual llevan los siguientes capítulos, con consecuencias de gran alcance para nuestras relaciones. También ellos pertenecen a la Hellinger® Science. Muestran los ámbitos que ella también abarca en el seno de la religión y de las religiones.

Hace muchos años me dedico a observar las incidencias del antisemitismo, tanto con los cristianos como también con los judíos. Quería saber cómo es que comenzó el antisemitismo y cuáles son sus raíces. Sobre todo quería saber, como puede ser superado de forma reconciliadora en el alma de los cristianos. El resultado, para mí sorprendente, lo encuentran en el capítulo: Jesús y Caifás.

El amor divino

El amor divino puede significar dos cosas: el amor de Dios a nosotros, y nuestro amor a Dios.

En el Antiguo Testamento, el amor a Dios es un mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente».

¿Qué significaba esto en la práctica de entonces?

Significaba que uno debía acatar los mandamientos de, Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente.

¿Qué mandamientos? ¿Eran mandamientos de Dios o eran mandamientos del hombre? ¿Quiénes habían proclamado esos mandamientos en nombre de Dios? ¿Dios les dio el encargo de hacerlo? ¿Y qué Dios? Cuando las tribus de Israel invadieron Canaán ¿realmente les mandó que mataran todos a los hombres, mujeres, niños y bestias como holocausto a Yahvé? Y los que sintieron compasión por ellos ¿realmente desacataron los mandamientos y el amor a Dios? ¿Y si esos mandamientos resultaran ser mandamientos del hombre, dados por hombres que se proclamaron a sí mismos mensajeros de Dios sin serlo verdaderamente? ¿Qué efecto tendría entonces ese «amor con todo corazón, con toda el alma y con toda la mente»? ¿No nos alejaría de Dios? ¿No sería inhumano y contrario a lo divino?

Situaciones similares se dan siempre que unos seres humanos se sienten representantes de Dios o sus elegidos, se reclaman de él como si estuviera de su parte y fuese su dios exclusivo. No importa qué nombre se le de a ese dios. A veces, lleva el nombre de la verdad o de la ciencia, del pueblo o de la patria. El amor que ese dios exige a través de sus mensajeros es siempre el mismo: «con todo corazón, con toda el alma, con toda la mente». Ese amor se demuestra en el seguimiento a esos mensajeros, en la fidelidad a ellos y en el cumplimiento de sus órdenes y mandamientos. Y es inhumano para aquellos contra los que se dirige. Sin embargo, el amor a Dios puede interpretarse también de otra manera. De hecho, lo complementa el mandamiento siguiente: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo. «Entonces se podría decir por ejemplo: «Si amas a tu prójimo como a ti mismo, amas también a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda tu mente». Entonces ese dios no sería ya tan sólo mi propio dios sino el Dios de todos. Ninguno de sus proclamadores podría entonces invocarlo para llamar en su nombre a la lucha contra otros seres humanos.

¿Por qué el mandamiento del amor al prójimo tiene tan poca aceptación en la realidad?

Porque el dios que exige ese amor no pasa de ser el dios de un pueblo y, porque el prójimo al que alude a menudo sólo es el prójimo del propio grupo.

Sólo tenemos que imaginarnos qué revolución supondría el formular el mandamiento del amor con este añadido: «Y amarás a tu pueblo prójimo como al tuyo propio, y a tu religión prójima como a la tuya propia». Entonces nadie podría ya reclamar a Dios como propiedad suya. Entonces ya no podríamos apoderarnos de Él.

¿Pero podemos siquiera amar a Dios y tenemos derecho a hacerlo? ¿Es un interlocutor nuestro que quiere o incluso necesita nuestro amor? ¿Puede nuestro amor realmente ofrecerle algo? ¿O más bien lo rebajamos a nuestro nivel con ese amor, tomando posesión de Él? ¿Incluso lo obligamos con ese amor y lo convertimos en un súbdito nuestro? ¿No es ese dios entonces un dios a nuestra imagen y semejanza y, como tal, anodino?

Nuestra experiencia humana demuestra que el secreto que existe detrás de nuestro mundo, detrás de nuestro destino, detrás de la vida y la muerte, permanece fuera de nuestro alcance. No podemos saberlo ni hacerlo nuestro. El mero hecho de que llamemos dios a lo que está oculto para nosotros ya es un intento de descubrirlo, máxime si nos lo imaginamos como una persona dotada de atributos humanos, como el amor, el sentimiento de ofensa, los celos o la decepción.

Y sin embargo nos experimentamos a nosotros mismos como seres protegidos, resguardados, conducidos, obligados y amados por poderes que están fuera de nuestro alcance. Confiamos en estas fuerzas, nos detenemos ante ellas y nos sabemos mantenidos en nuestra impotencia por ellas. Permanecer en ese sentimiento sin desear nada propio, estar entregados sin movernos por nosotros mismos, es la verdadera experiencia religiosa. No es una experiencia divina, porque acepta que todo lo que asociamos al nombre de Dios es inalcanzable. Mira a la oscuridad sin ver.

En ese sentimiento, todo puede ser como es, con el mismo rango y participando de mi existencia. Estoy profundamente ligado a él, pero sin desear nada. Solamente estoy ahí, junto a él.

Esto es amor. Y quizás es lo que más se aproxima a lo que muchos han expresado y experimentado en su amor a Dios.

Los dioses

Dioses hay muchos. Y se diferencian. Y sólo porque se diferencian unos de otros existe una multiplicidad de dioses. Cada uno de ellos tiene algo más o algo menos que los otros dioses... o diosas. Porque los dioses se distinguen también por su sexo.

Los dioses están para algo. Tienen una función y, para cada función una facultad especial. Por eso se les invoca y necesita según cual sea su función y facultad. En el cristianismo son los santos los que asumieron las funciones de los dioses. Ocuparon su lugar y los dioses resucitaron en ellos.

También el dios judío y cristiano es sólo un dios entre otros. También Él tiene una función y le compete un área parcial. Por ejemplo, el del pueblo elegido o sus fieles. También tiene sexo. Cuando manda «no tendrás otro dios ante mí», se pone en el mismo escalón que ellos. Sólo puede tenerles celos siendo uno de ellos. Lo mismo cabe decir del «dios verdadero». Siendo verdadero, se diferencia y se convierte en uno entre muchos. También el dios que se revelasólo puede ser uno de los dioses. Necesita a alguien por medio del cual expresarse, y ya por eso resulta limitado.

La pregunta es: ¿qué nos queda entonces de Dios?

La respuesta es: nada.

¿No debemos temer al afirmar esto? ¿Por qué en realidad?

Sólo se debe temer a los dioses. Sólo los dioses pueden sentirse amenazados. Precisamente por ello resultan anodinos.

La pregunta es: ¿existe algo detrás de esos dioses?. ¿Algo en cuyo lugar hemos colocado dioses?

No lo sabemos. Permanece oculto para nosotros. Pero el adiós a los dioses nos abre a los otros. Es un adiós que sirve sobre todo a la paz. Porque los humanos básicamente se diferencian unos de otros por sus dioses. Se enfrentan en guerras en nombre de sus dioses, sea cual fuere el que más veneren en un momento determinado.

Los dioses son, sobre todo, dioses de un grupo. Sin ellos y diciéndoles adiós nos individualizamos, pudiendo ir al encuentro de otros seres humanos de forma individualizada, de igual a igual. Al mismo tiempo, nos abrimos a algo que es común a todos, y que nos une humildemente por la precisa razón de que no podemos nombrarlo.

Semejante a Dios

En el Génesis se dice que Dios creó a Adán, el primer hombre, a su imagen y semejanza. Por tanto, el ser humano, cuando se mira a sí mismo y a los otros humanos, ve la imagen de Dios. Pero eso quiere decir también que viendo a Dios se vea sí mismo. Por ese motivo le habla a Dios como si le hablara a un ser humano y espera que Dios le conteste como a un ser humano y que sienta como tal. Según la experiencia, el resultado del texto bíblico es por tanto justamente inverso a lo que expresa la letra. Dice que el hombre creó a Dios a su imagen y semejanza. Semejante a Dios no significa por tanto que el hombre sea semejante a Dios sino que, al contrario, Dios es semejante al hombre. También podríamos decir: sin el hombre, ese dios no existiría.

¿Qué hacemos con nosotros y qué se hizo con nosotros para que creáramos a ese dios a nuestra imagen y semejanza?

En él no sólo vivimos nuestros impulsos más nobles, sino también los más truculentos. Por ejemplo, al juzgar en su nombre a otros, al desearles el mal y esperar que Dios lleve la venganza contra ellos. Por eso, mientras nos agarramos a él como a nuestro Dios, difícilmente podemos desarrollarnos superando esos impulsos y, llegar a un sentimiento verdaderamente interhumano. Por tanto, ese dios no es sólo humano, sino que nos hace inhumanos.

¿Pero no representa ese dios también el amor? La pregunta es: ¿qué amor y a qué precio? ¿Con qué temor y qué temblor?

Sin ese dios, seremos más humanos,

Semejante a Dios

El otro Dios, si existe, es diferente del que nos creó a su imagen y semejanza, y al que nosotros creamos a nuestra imagen y semejanza.

Naturalmente, al decir esto también estoy creando al otro Dios según una imagen, incluso según mi propia imagen. Por tanto, esa imagen es tan falsa como cualquier otra.

Pues si existe, ¿cómo podríamos y nos permitiríamos formarnos siquiera una imagen de Él o de lo que intuimos que actúa poderosamente detrás de todo?

Pero no se trata ahora de esto.

Se trata del efecto que una u otra imagen puede tener en nuestra alma y, sobre todo, del efecto que tiene para la convivencia de los seres humanos.

Y podemos plantear una tercera pregunta: ¿qué efecto tendría el renunciar a toda imagen, ya que somos conscientes de nuestra flaqueza y nuestros límites?

Pero, bien mirado, también ésta es una imagen. Tampoco así podemos escapar a nuestras imágenes.

¿Qué nos queda, pues, cuando queremos hablar de Dios, o de la totalidad, o del misterio que hay detrás de nuestro ser y todo ser?

Nada. Sólo la impotencia. Pero es precisamente en esa impotencia donde encontramos nuestra esencia, donde somos verdaderamente humanos... y humanamente religiosos.

Ejemplo: Jesús y Caifás

Comentario previo

Durante un congreso en Lyon se me solicitó hablar una mañana entera acerca de nosotros y nuestros antepasados, y demostrar que es lo que nos une y nos reconcilia con ellos.

Hace tiempo vengo observando que la exclusión de un miembro familiar tiene un efecto fatal, que a menudo perdura a través de siglos.

Ismael e Isaac

Estoy pensando aquí en la exclusión de Ismael, el primogénito de Abraham, para hacerle lugar al segundo hijo, Isaac. Esto podría tener que ver, tal vez, con la exclusión del pueblo judío de otros pueblos hasta el día de hoy; como expiación por la injusticia cometida contra Ismael y su madre, Hagar.

Pero también estoy pensando en el conflicto de Israel y sus vecinos árabes, que se sienten como los descendientes de Ismael. Como en otras ocasiones también, ahí donde un miembro familiar ha sido excluido de esta manera, el efecto profundamente sanador en el alma sería, si el excluido y sus descendientes pudieran ser reintegrados en el seno de esta familia, en el lugar jerárquico que les corresponde, es decir, el primero.

Caifás y Jesús

Un conflicto comparable sería la historia de dolor de los judíos bajo los cristianos y en relación a ello el antisemitismo existente, hasta hoy en día, entre los cristianos.

Según mi visión ese conflicto también aquí tiene su comienzo. Es el conflicto entre Caifás y Jesús y entre aquellos que se sienten mas bien unidos a Caifás y el judaísmo que él representa y defiende, y aquellos que se convirtieron en los seguidores de Jesús. A pesar de que ambos pertenecen a la misma familia y que a los cristianos, por orden de jerarquía, les tocaría el segundo lugar, ellos se colocaron en el primero. Pero en este caso se tendría que considerar que la exclusión fue recíproca.

Por ello, hace mucho que he tenido la visión de que el conflicto se tendría que analizar y solucionar primeramente ahí donde se originó, es decir, entre Jesús y Caifás.

El camino del entendimiento espiritual

Reflexioné mucho acerca de cómo se podría hacer visible semejante profundidad de relación y cuál sería su alcance. Desde el principio me quedó claro que la comprensión de esas relaciones se encontraba más allá de mis posibilidades personales. Sobre todo porque estos movimientos, aunque se nos hagan terribles, tienen que ser reconocidos por nosotros como Movimientos del Espíritu, como movimientos de ayuda para todos que finalmente unen a todo lo que se halla separado.

En las Constelaciones Familiares del Espíritu estos movimientos se convierten para nosotros en visibles y vivenciables; en medida que pone en marcha los movimientos fundamentales más allá de nuestros conceptos actuales, también más allá de nuestra compasión y nuestras objeciones. Nos llevan por un camino de entendimiento por el cuál aún no hemos transitado por nosotros mismos.

En este sentido me atreví a realizar una constelación en Lyon ante un público numeroso, colocando frente a frente un representante para Jesús y otro para Caifás; luego confíe completamente en los Movimientos de este Espíritu Creador.

Lo que sí tengo que aclarar es que no hubiera tomado la iniciativa por mí mismo. Cuando me preparé interiormente para este curso me fueron indicados claramente estos nombres. Ocurrió en una forma tan nítida, que me sobrepuse a mis temores y me entregué completamente a los Movimientos del Espíritu, para que ellos me guiaran. Así es como se dio esta constelación cuyo proceso describiré.

La constelación

Como es usual en las Constelaciones Familiares del Espíritu, no es necesaria una configuración en el sentido habitual. Basta con que los representantes ocupen sencillamente su lugar. De pronto son abarcados por un movimiento, que en forma irresistible los lleva a hacer y mostrar lo que corresponde a la situación de la persona representada.

Decidí representantes para Jesús y Caifás. Caifás fue el supremo sacerdote, que condenó a Jesús a la muerte y lo entregó al romano Poncio Pilatos para que éste determinara su crucifixión, ya que sólo él, ya que sólo él tenía la atribución de hacerlo.

Después de encontrar voluntarios como representantes de Jesús y Caifás, los coloqué uno frente al otro a cierta distancia. A partir de entonces, tanto ellos como yo sólo nos dejamos guiar por los Movimientos del Espíritu.

Desde el principio el representante de Jesús se mostró totalmente dispuesto y entregado hacia el representante de Caifás. No se comportaba ni como enemigo, ni como víctima, si no como alguien que pertenece sin exigencias ni reproches. Miraba al representante de Caifás amablemente, con las manos abiertas, pero sin moverse. Sólo estaba dirigido hacia él, estaba ahí presente.

El representante del sumo sacerdote empuñó las manos, se acercó a Jesús y con un pie le golpeó el pecho. Jesús no se apartó. Seguía de pie en actitud amable. Entonces Caifás volvió a enfrentarse a él, con los puños le golpeó el pecho e intentó apartarlo, echarlo fuera.

Jesús permanecía en la misma actitud amable y entregada, sin dejarse provocar a realizar una reacción en contra o de defensa. Seguía de pie con las manos abiertas.

En ese punto intervine. Me surgió la frase del Evangelio según San Mateo donde la multitud frente a Pilatos exige la muerte de Jesús y dice: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». No necesitamos saber si la frase fue dicha de esta manera o si proviene del autor del Evangelio.

Si observamos el destino del pueblo judío entre los cristianos, esta frase evidencia lo que luego se convirtió en realidad y seguramente contribuyó a que así fuera.

Para demostrarle al representante de Caifás las consecuencias de su actitud frente a Jesús, coloqué cuatro representantes para los judíos perseguidos y asesinados, en el suelo, boca arriba, entre él y el representante de Jesús. Representaban a millones de víctimas que encontraron su muerte, desde ese tiempo lejano, no en último término como consecuencia del comportamiento de Caifás frente a Jesús.

El efecto de esta intervención en el representante de Caifás fue sorprendente. De inmediato cesaron sus agresiones. Se retiró, pero sin mirar a los muertos. Sólo miraba a Jesús. Jesús a su vez miraba a los muertos. Al cabo de un rato, también Caifás volteó a verlos, entonces se le doblaron las rodillas, se inclinó hacia ellos y comenzó a sollozar fuertemente.

El representante de Jesús seguía amablemente dirigido hacia Caifás. Se sentó en el suelo, miraba a Caifás y le ofrecía la mano.

Al cabo de un rato, Caifás se tendió en el suelo colocando su cabeza sobre el vientre de un muerto. Extendió los brazos, lloró y continuamente movía los labios como si quisiera decir algo o gritar, pero sin sonido o palabra alguna. La imagen que me surgió fue que también él se encontraba en la cruz. Pasó así un tiempo, hasta que Caifás con un dedo tocó sutilmente la mano de Jesús, pero volvió a retirarlo.

Después de un tiempo más, trató de enderezar y poner de pie a los muertos, como si los quisiera regresar a la vida. Jesús se retiró de él y de los muertos. Se sentó del otro lado en el suelo, la cabeza inclinada, las manos abiertas.

En ese punto interrumpí la constelación.

En total había durado tres cuartos de hora sin que se hubiera dicho absolutamente nada.

Reflexión

Sea como fuere que deseemos contemplar estos movimientos, seguro es que no provienen de los conceptos de los representantes. En ellos tuvo su efecto un Movimiento del Espíritu. Como todos estos movimientos, si mueven a los representantes hacia algo que va mucho más allá de sus conceptos, están también al servicio del amor. Están al servicio de superar las contradicciones, los extremos, aquí entre judíos y cristianos y con ello también están al servicio de la paz.

Cuento: La vuelta

Alguien nace en el seno de su familia, en su país y su cultura, y ya de niño se familiariza con quien, desde hace tiempo, es su modelo y su maestro, y siente el profundo anhelo de crecer y de ser como él. Se une a un grupo de iguales, se ejercita en una disciplina que dura largos años, y sigue al gran modelo hasta ser idéntico a él, y pensar y hablar y sentir como él.

Pero una sola cosa, piensa, le falta todavía. Así emprende un largo camino para, quizás, aún superar en la soledad más lejana una última frontera. Pasa por jardines antiguos, desde mucho tiempo abandonados. Aún florecen rosas silvestres y altos árboles traen su fruto cada año, pero éste cae al suelo sin el cuidado de alguien que lo quiera. Y poco a poco comienza el desierto.

Pronto le rodea un vacío desconocido. Le parece como si aquí cualquier rumbo tomado fuera indiferente, e incluso las imágenes, que a veces ve delante suyo, pronto se muestran vacías. Camina siguiendo su impulso y, cuando ya lleva tiempo que no se fía de sus sentidos, de repente descubre el manantial: brota de la tierra, y la tierra lo vuelve a recibir. Pero allí donde su agua llega, el desierto se convierte en un paraíso.

Al mirar a su alrededor, ve a dos desconocidos que se acercan. Ellos hicieron lo mismo que él: como él emprendieron un largo camino para, quizás, aún superar en la soledad del desierto una última frontera; y encontraron, como él, el manantial. Juntos se agachan, beben de la misma agua, y presienten la meta casi conseguida. Enseguida se confían sus nombres:

—Yo soy Gautama, el Buda.

—Yo soy Jesús, el Cristo.

—Yo soy Mahoma, el Profeta.

Después, llega la noche y encima de ellos destellan las estrellas, inalcanzables en su lejanía y en su quietud. Todos enmudecen, y uno de los tres se sabe más cerca que nunca de su gran modelo. Le parece como si por un momento pudiera intuir cómo se sentía cuando lo supo: la impotencia, la inutilidad, la humildad, y cómo debería sentirse si también conociera la culpa.

A la mañana siguiente, da la vuelta y sale salvo del desierto. Una vez más su camino le lleva por los jardines abandonados, hasta acabar en uno que es el suyo. Frente a la entrada se encuentra un hombre mayor, como si lo estuviera esperando. Le dice:

—Quien, como tú, de tan lejos encontró el camino de vuelta, ama la tierra húmeda. Sabe que todo, si crece, también muere, y si acaba, también nutre.

Sí —responde el otro—, estoy de acuerdo con la Ley de la Tierra. Y empieza a trabajarla.

Reflexiones finales

¡Organiza tu casa!

¿Qué significa: «¡Organiza tu casa!»?

Significa que la organices de tal manera, de que te puedas ir, sin que nadie ya espere algo de ti. Significa, que la organices de tal manera, que algo que tiene y que debe continuar después de ti, pueda subsistir también para otros, porque a través de ti también ha sido obsequiado a ellos. Es decir, organiza tu casa de tal manera, que este obsequio persista para otros como un obsequio, sin que ya tengas que preocuparte de ello.

«¡Organiza tu casa!» significa entonces también, que algo pueda proseguir sin ti, de un modo que no pese a nadie y, que le brinde el espacio a seres humanos de asumir y continuar algo tuyo, de tal manera que lo puedan adoptar y conservar como algo propio en sintonía con aquello, que también a ellos les fue obsequiado y encargado.

La casa organizada se mantiene habitada, también se habita de nueva cuenta. Permanece, porque se halla organizada, organizada con amor, organizada con miras al futuro, organizada al servicio de la vida y del amor. Está organizada y dispuesta para lo nuevo, que tiene que venir.

Buscando

Buscamos a alguien al que estamos aguardando. También buscamos la felicidad, un evento gozoso, el cumplimiento de un deseo largamente abrigado. Buscamos una consumación, la consumación de una tarea. Sobre todo, buscamos la consumación de nuestra vida.

Lo queramos reconocer o no, nuestro anhelo más profundo es esa consumación, a ella es a la que primordialmente perseguimos. Sentimos profundamente en el alma, que esta vida sólo es el paso hacia algo, que se halla más allá de ella.

Consumación significa aquí exactamente lo contrario de Acabado. Ya ahora contemplamos algo que se encuentra más allá de nuestra vida, algo que nos aguarda después de ella.

Buscando así miramos en dirección a lo que va venir. Somos atraídos por ello y en esa contemplación, ya ahora nos hallamos allí.

¿Qué sucede con nosotros y con nuestra vida, si buscamos de tal manera, si, así de recogidos buscamos con la vista algo Último? ¿Nos encontramos entonces aún aquí?

Estamos aquí de forma diferente, ya ahora, consumados aquí, serenos aquí, felices aquí.

La libertad

Libre soy mientras pueda contemplar más allá de lo que está cerca, hacia algo, de lo que lo cercano dependa y del que tenga su existencia. Esto vale sobre todo para otras personas a las que me siento vinculado, sea por amor o por agradecimiento, o sea también porque me encuentre enfadado y me quiera apartar de ellos.

Mientras mire lo cercano, sobre todo a personas cercanas, ellas toman posesión de mí y yo de ellas. Se colocan en el lugar de lo Grande que se halla detrás de ellas y en su nombre me tornan cautivo y me quitan la libertad.

Esclavo también me hago si me quiero deshacer de estas personas, con la idea de que así recobrara la libertad. Tal vez, después me quede tanto más vinculada a ellas y ellas a mí. Pero sobre todo —con esa libertad— seré menos que más.

Si entonces, más allá de las personas, miro a esa fuerza espiritual que me mueve a mí y a ellas de la misma manera y si por ello me comporto con respecto a ellas, en forma, tal vez independiente y libre, porque me hallo vinculado en otro lado; ellas pierden el poder sobre mí, pierden ese dominio que me vincula a ellas y a ellas a mí.

Al mismo tiempo estoy ligado de otro modo con las personas, de una forma más libre. Estoy ligado a ellas con aquel amor espiritual que nos abarca en un movimiento en cuyo interior nos vivenciamos, más allá de nosotros mismos, como realizados y vastos.

¿Cómo?

Obedientemente dominados y hasta lo último libres para lo Verdadero.

Llegamos

¡Finalmente llegamos!

¿A dónde llegamos?

Ahí, hacia donde siempre nos hemos sentido atraídos.

¿Hacia dónde nos sentimos atraídos?

Hacia ahí, donde podemos quedarnos, donde podemos permanecer para siempre.

¿Vamos hacia allí solos? ¿Nos acompañan otros? ¿Llegamos allí junto con otros? ¿Qué nos aguarda allí? Todo nos espera allí. Todo en conjunto nos espera allí.

¿Cómo?

Perennemente, porque permanece con nosotros, permanece consumado con nosotros.

¿Cómo nos podemos imaginar esto?

Todo regresa hacia ahí de donde provino. Todos los seres humanos regresamos ahí, sabiendo que de ahí tenemos nuestra existencia. Regresamos con nuestra existencia, tal como fue, con todo lo que en ella experimentamos pero, sin algo propio. Regresamos nuestra existencia como algo prestado y la ofrecemos.

¿Cómo?

Estando ahí con ella, sólo estando ahí, estando ahí con todo.

¿Seguimos siendo los mismos que fuimos al principio? ¿Somos diferentes? ¿Al llegar traemos algo con nosotros?

Traemos, lo que ha acontecido. Traemos con nosotros a otros, que se han acercado a nuestra vida y nosotros a la de ellos. Regresamos la existencia completa.

¿Cómo se hizo completa?

Se completó por algo que nos fue dado, por algo que nos fue encomendado y obsequiado. También eso lo ofrecemos, lo ofrecemos junto con nosotros.

¿Qué efecto va a tener para nosotros?

Nos hacemos puros; puros porque todo regresa hacia ahí, de donde provino.

¿Cómo continuamos ahí si llegamos puros?

Permanecemos puros ahí, espiritualmente ahí, abajo —con todos conjuntamente ahí.

Vida que permanece

Nosotros hablamos de vida que transcurre. Porque esa es nuestra vivencia: la vida que conocemos, al cabo un tiempo de un tiempo, termina. Pero acaba de tal forma, que a la vez es transmitida y, de este modo, continúa renovada infinitamente. Transcurre y permanece al mismo tiempo.

Pero ¿de dónde proviene esta vida? ¿Está ligada a algo material específico?

Ya que los movimientos, que la hacen surgir, deben provenir de algo externo a lo material. Sobre todo, porque estos movimientos de vida tienen como fundamento un plan y un orden, que les ha sido asignado.

¿De dónde ha sido dado? Este plan ¿puede provenir de lo material? ¿O se muestra aquí, que lo material obedece a leyes, que lo mueven y dirigen más allá de lo material, de tal modo, que comienza a vivir? Que comienza a reproducirse y debido a que se reproduce, solamente se extingue lo material

¿no así la Vida misma, que proviene de otro sitio? Por lo tanto la Vida ¿es una Vida que perdura más allá del individuo y se manifiesta más allá de lo material?

Con otras palabras: la vida se manifiesta como algo espiritual. A través de lo material no puede ni ser acabada, ni condenada a la desaparición. Perdura por sobre lo perecedero, porque proviene de otro lado, donde permanece, donde eternamente permanece.

¿Qué sucede entonces con nosotros, seres humanos, con nuestra vida?

Nos vivenciamos como seres espirituales. Nos vivenciamos unidos, más allá de lo material, a algo espiritual que nos mueve. En lo material nos experimentamos como espirituales: espiritualmente movidos, espiritualmente guiados, espiritualmente contenidos, espiritualmente en unidad con una conciencia, que ya ahora, en esta vida nos lleva hacia algo perdurable. Nos lleva a algo espiritual, independientemente de lo material; aunque aquí también experimentamos lo material, en todo momento, como espiritual, como movido por el espíritu, con la voluntad del espíritu, con el alma del espíritu.

Es decir, primero vivenciamos lo espiritual en lo material, en nuestra existencia física, en nuestra existencia material; porque también lo material sin el espíritu no puede estar presente, no puede estar presente tal como es. Sin embargo, a la par vivenciamos lo espiritual como independiente y libre de lo material, con un efecto más allá de él, eternamente más allá. Nos lleva durante nuestra vida —ya ahora— a ese espacio espiritual, nos arrastra con verdadero poder hacia allí.

En este ámbito espiritual tenemos la Vida que perdura, que permanece más allá de esta vida, que permanece más allá de nuestra muerte, más allá de nuestra conciencia actual.

¿Cómo la podemos experimentar como perenne ya ahora?

La experimentamos como perenne en el recogimiento y en la contemplación espiritual.

¿Proviene este recogimiento y esta contemplación de nosotros? ¿Lo podemos lograr por nosotros mismos?

Nos son obsequiados. Los experimentamos, ahí donde los vivenciamos, como obsequiados. Los vivenciamos como existencia obsequiada, como existencia espiritual regalada, como vida regalada que permanece.

La retirada

El retraimiento en el ámbito espiritual nos acerca más de lo que nos aleja. Nos acerca a la Fuerza que todo lo contiene, porque todo lo mueve, tal como es. El retraimiento nos une entonces a todo aquello de lo que nos hemos apartado, que aparentemente hemos dejado atrás, que hemos superado. En la retirada volvemos a reencontrarnos con lo que permanece, con aquello que ya no ha de avanzar, porque reposa colmado de sí mismo.

La retirada nos devuelve al manantial de nuestra fuerza, al origen. Este queda eternamente por delante de todo. Lo que viene después, jamás puede igualarlo. Todo lo que para nosotros viene después, ya estaba ahí, presente en su origen. Cuanto más parezca apartarse de su origen, tanto más íntimamente queda ligado a él, hasta que reconozca que su aspiración de avance lo lleva a su origen, como que fuera un movimiento circular, siempre hacia delante y a la vez siempre de regreso al inicio.

Entonces, ¿cómo regresamos realmente?

Yendo para adelante, regresamos. También el ir hacia adelante nos lleva hasta el origen.

¿Alcanzamos entonces nuestro origen? ¿Debemos imaginarnos al origen como un inicio al que retornamos?

O se encuentra el origen mismo en un movimiento, un movimiento que para nosotros siempre se halla a la misma distancia, de modo tal que se manifiesta como un impulso del origen que se mantiene, dentro del seno de su inicio; que ni comienza ni acaba, porque en todo obra de la misma manera y, está presente de la misma manera —y nosotros con él ahí.

La paz

La paz comienza ahí donde cada uno puede ser como es, donde cada uno le conceda al otro el derecho de ser como es y de continuar donde se encuentra ubicado. Eso significa al mismo tiempo que se respeten sus límites, que nadie sobrepase los límites del otro, que cada quien permanezca dentro de sus propios límites.

Este límite es —si es que aquí lo puedo decir de esta forma extrema— un límite dispuesto por Dios.

¿Qué significa esto?

Cada quien así como es, fue pensado por otro poder y así puesto a su servicio, también con su límites. Si yo respeto sus límites, también respeto los míos. Es decir, yo respeto mi límite y el del otro en consonancia con un Movimiento del Espíritu. Este límite crea paz si nos mantenemos en concordancia con él, porque los Movimientos del Espíritu están dirigidos a ambos lados por igual. La paz se hace posible en sintonía con un Movimiento del Espíritu, en sintonía con su entrega hacia todo tal como es, en sintonía con su amor, en sintonía con su amor espiritual.

¿Qué se opone a este amor?

Si yo me permito pensar que el espíritu me mueve más a mí que a otro y que por consiguiente, me sienta superior a él. En ese instante pierdo la sintonía con los Movimientos del Espíritu y con su amor. Esto significa que entro en conflicto con el otro y también con un Movimiento del Espíritu.

Como consecuencia quedo abandonado a mí mismo. Me sentiré abandonado por ese espíritu y por su guía.

¿De qué modo lo experimento especialmente?

Por el hecho de fracasar o de morir o que otro muera en mi lugar.

¿Me encuentro entonces totalmente abandonado por ese espíritu?

Nunca jamás. Sólo que me toma a su servicio de otro modo. Me toma a mí y a otros en un servicio de dolor, también así totalmente a su servicio.

¿A dónde nos conduce un servicio de esa naturaleza?

Nos conduce hacia la paz. Nos conduce hacia el reconocimiento de los límites mutuos y con ello al respeto hacia los otros, tal como son y, al respeto hacia nosotros mismos, tal como somos. Evidentemente a través de desvíos y después de experiencias dolorosas para muchos. Pero entonces, tanto más se mantiene la paz, tanto más humilde se hacen nuestras exigencias, tanto más nos sabemos iguales a todos los demás.

Esta es en verdad la paz, la paz que permanece, la paz humana. Esta es la paz del espíritu.

Suficiente

Siempre que aprendamos algo nuevo, como aquí en las Constelaciones Familiares del Espíritu sentimos, al cabo de un tiempo, que ahora es suficiente. Eso quiere decir: sabemos suficiente como para poder aplicar lo aprendido y esperamos la oportunidad para poder llevarlo a cabo. Es decir, también queremos aprender por experiencia propia. Sólo entendemos cabalmente lo que experimentamos por nosotros mismos, también con errores y hasta con fracasos. Sobre todo sabemos entonces, de inmediato, a través de la sensación, si algo es posible o no. Por lo tanto un maestro no enseña a sus alumnos todo lo que sabe. Los lleva hasta un umbral que han de atravesar solos, sin su asistencia y soporte. Y ahí se retira.

Siguiendo esa idea, en el libro sólo he mostrado y explicado algunas cosas. Pero aquél que interiormente las ha acompañado, ante todo en la actitud de la entrega hacia todo tal como es, sabe suficiente, para poder embarcarse en esta aventura y entregarse a los Movimientos del Espíritu, tal y como lo guían.

De este modo, también yo confío en las Fuerzas Superiores que guían a otros tal como lo han hecho conmigo. Yo me retiro en sintonía con su amor, en esa sintonía me mantengo unido a un movimiento, que continúa, que continúa con todos, también conmigo.

Yendo

- ¿Hacia dónde voy, y si llego a la meta, hasta dónde es que llegué?
- ¿Soy aún aquél que ha ido hacia allí o es que la meta me ha atraído de tal manera que me ha absorbido por completo?
- ¿De qué hablo aquí?
- ¿De qué camino y de qué final?

Hablo aquí de un camino de entendimiento, del camino hacia un Último Entendimiento.

- ¿Puedo aún estar frente a él?
- ¿O me implica de tal manera que soy absorbido por él, y que en él me convierto en entendimiento, puro entendimiento?
- ¿Qué quiere decir aquí puro?

Puro significa que caminé con ese entendimiento, que a él me dediqué plena y totalmente y que con él me fui.

- ¿Quién entonces comprende aún?
- ¿Quién obra a través de ese comprender?
- ¿Quién quiere conseguir algo mediante ese comprender?
- ¿Se logra comprender algo por medio de ese entendimiento?
- ¿O este entendimiento ya sólo es conocimiento, conocimiento puro, conocimiento como existencia pura?

Este conocimiento actúa, porque sabe. El efecto que tiene lo podemos reconocer, al menos en parte.

- ¿Pero podemos comprender también lo que nos reconoce, si algo es posible o no, conoce de esa manera?

Hasta cierto punto podemos reconocer un trecho del camino, sobre todo si en él nos sentimos guiados por una fuerza conocedora. Pero al cabo de un rato termina la comprensión y se inicia el conocimiento, el puro saber lejos del Yo, sólo el saber ahí, infinitamente presente.

- ¿Qué sucede entonces con nuestro destino?
- ¿Qué hay con el destino de aquellos con los que estamos entrelazados?
- ¿Qué hay con vidas anteriores?
- ¿Qué hay con la vida de aquellos que vivieron antes que nosotros y de cuya existencia aún nos nutrimos?

En este conocimiento se ha incluido, se ha absorbido, se ha consumado, llegando —con nosotros— a la meta.

Epílogo

La Hellinger® Sciencie es una ciencia en movimiento. Abarca más allá de ella misma. El que se embarca en este movimiento, crece de instante a instante, más allá de lo anterior. De allí que las comprensiones y su aplicación, como se describen en este libro, son transitorias, es decir, diferente a como lo relacionamos muchas veces con la palabra ciencia. En ella habitualmente recién a partir de las repeticiones algo se evidencia como científico y permanentemente válido.

La ciencia de nuestras relaciones y de nuestra vida, tal como es, solamente puede ser una ciencia en movimiento, tal como nuestras relaciones, nuestro amor y nuestra vida.

De allí, que de ninguna manera se trata de repetir o de aprender algo con la intención de luego reproducirlo, Todo lo contrario. Nos introducimos en este movimiento, en el movimiento de esta ciencia de nuestras relaciones: crecemos, seguimos moviéndonos con ella y continuamos, en todo sentido, con nosotros mismos. Nos mantenemos ahí, como más allá de nosotros, con algo espiritual que nos pone en movimiento. Permanecemos en el movimiento, guiados por un espíritu que todo lo abarca, recogidos y abiertos para lo diferente y lo nuevo, que día a día se presenta a nosotros de forma distinta y reciente y que crea nuevo conocimiento. Permanecemos sin palabras, valientemente en nuestra fuerza, creativamente mucho más allá de nosotros—y con todo en el amor.

